

# EL AMOR Y EL GENIO

EL AMOR COMO FACTOR  
DEL INTELECTO HUMANO

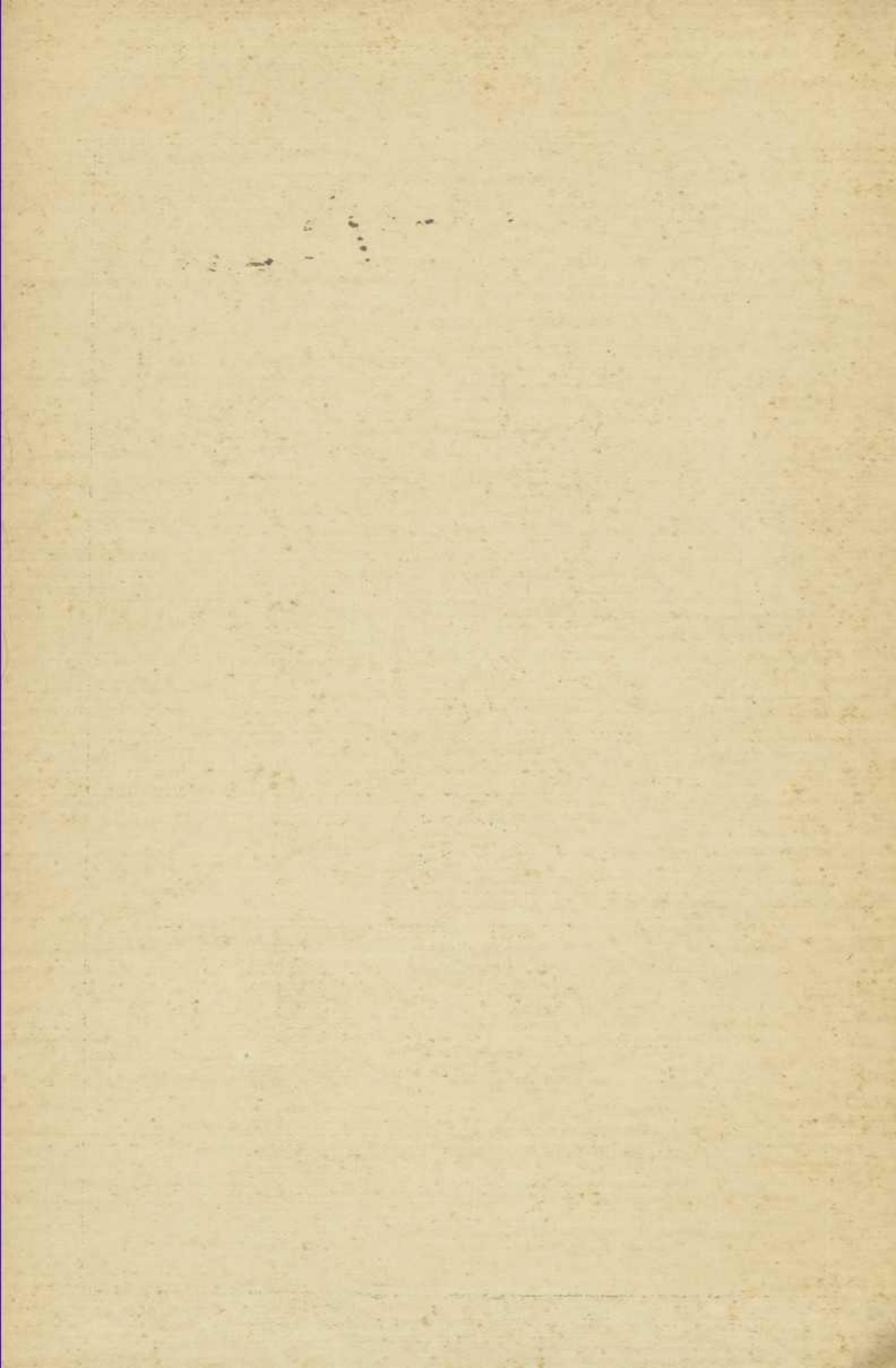
POR

**CARLOS SFONDRINI**

PROFESOR DE FILOSOFÍA, DIPLOMADO, EN EL INSTITUTO  
NACIONAL DEL PROFESORADO SECUNDARIO DE BUENOS  
AIRES Y CATEDRÁTICO DE LA ASIGNATURA EN EL COLEGIO  
NACIONAL DE SANTA ROSA



**EDITORIAL POBLET**  
**MADRID - BUENOS AIRES**



Rivlin -  
1939

EL AMOR Y EL GENIO

1182541

DR

7374



# EL AMOR Y EL GENIO

EL AMOR COMO FACTOR  
DEL INTELECTO HUMANO

POR

CARLOS SFONDRINI

PROFESOR DE FILOSOFÍA, DIPLOMADO, EN EL INSTITUTO NACIONAL DEL PROFESORADO SECUNDARIO DE BUENOS AIRES Y CATEDRÁTICO DE LA ASIGNATURA EN EL COLEGIO NACIONAL DE SANTA ROSA



Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Sorla

7774

EDITORIAL POBLET  
MADRID-BUENOS AIRES

1932

DERECHOS  
RESERVADOS

*A mi madre*





---

---

## P R E F A C I O

*¿Hasta qué punto es el genio fruto del amor? Tal es el problema a cuya resolución quisiéramos haber contribuído con esta obra.*

*Son muchos los estudios existentes acerca del hombre de genio desde los puntos de vista psiquiátrico, patológico, sociológico e histórico; pero no conocemos ningún estudio psicológico que haga un análisis directo, especial y metódico del genio con relación al amor.*

*El genio es, ante todo, un profundo sentimiento de la unidad. Con frecuencia el genio resume toda una época. Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Miguel Angel, Newton, etc., expresan una unidad de las cosas en forma conspicua. Y la esencia de la unidad se encuentra en el amor. Amar es recibir lo infinito en lo finito; es decir, la unidad en la variedad. Es por medio del amor que el genio alcanza a ver la unidad, y si él concibe, persiste, se decide y realiza su obra, es porque ama.*

*Hay una íntima dependencia entre el sentimiento y la inteligencia, entre el amor y el genio. Cuanto más amor, más inteligencia. Todo lo grande en las ciencias, en las artes, en la filosofía y la religión, es inexplicable sin el amor. A la inversa: la estrechez mental limita la magnitud del amor.*

*El amor es superior al conocimiento, porque éste no es la substancia de nuestra vida, sino sólo una luz, una guía para nuestra voluntad. El conocimiento llega a ser substancia solamente cuando contiene en sí el amor: sentimiento que da existencia y forma a todo ser humano*

*Todo hombre es como es su amor, pues piensa y obra siempre como ama. Lo que distingue una persona de otra*

es la naturaleza y fuerza de su amor. Un gran amor determina grandes obras, grandes hombres, grandes épocas. Los tiempos en que el amor deja de ser un sentimiento elevado y profundo que embarga toda el alma, haciéndola capaz de los mayores sacrificios, para pasar a ser una de las modalidades del instinto genésico, son tiempos de decadencia o de retroceso.

Ningún hecho es capaz de revelarnos y hacernos comprender mejor el alma de un individuo, de un pueblo o de una civilización como el estudio de sus sentimientos afectuosos. La vida es un don precioso que se debe tratar de comprender en su verdadero significado e importancia. Acaso no es más que una capacidad de amor. Y, acaso, cuando aprendamos a hacer de nuestra vida una expresión de amor, queden resueltos todos los problemas de la existencia.

En esta obra exponemos las diversas relaciones entre el instinto genésico y la actividad psíquica creadora, hacemos un análisis sucinto del amor en general y tratamos detenidamente del amor del hombre de genio; luego, presentamos las relaciones que existen entre el amor y la creación genial y estudiamos la influencia de la mujer en la formación del hombre de genio.

Al final de cada capítulo van indicadas las principales obras que hemos consultado al respecto.

C. S.

PARTE PRIMERA



---

---

## CAPITULO I

### El instinto sexual como causa del despertar de las funciones psíquicas creadoras

SUMARIO: I. Algunas opiniones acerca del instinto sexual considerado como fundamento de nuestras facultades intelectuales y morales. — II. Caracteres psíquicos del niño antes de la edad púber. — III. Los caracteres psíquicos del niño después de la pubertad. — IV. Características psíquicas y orgánicas de los tres diferentes períodos de la pubertad, según Marro. — V. Coincidencias entre el despertar de la función sexual y el despertar de las funciones psíquicas creadoras.

#### I. ALGUNAS OPINIONES ACERCA DEL INSTINTO SEXUAL CONSIDERADO COMO FUNDAMENTO DE NUESTRAS FACULTADES INTELECTUALES Y MORALES

El genio, las aptitudes psíquicas creadoras, se hallan en íntima relación con el instinto genital. En efecto, como lo veremos comprobado en el curso de este trabajo, el instinto sexual constituye el fundamento de nuestras más nobles y elevadas facultades intelectuales y morales. Además de tener un fin esencialmente biológico, consistente en la reproducción de la especie, él es la causa del *amor*, de donde brotan las fuerzas más elevadas, grandes y portentosas que posee la Humanidad. El hombre, si estuviera exento del instinto sexual, carecería del más grande de los estímulos que lo llevan a la actividad y a la creación, y de sus más bellos productos, como las artes, las ciencias, la filosofía, la religión, o sea, en otros términos, lo que llamamos civilización y progreso.

Esta aserción está corroborada por la opinión de muchos ilustres pensadores.

He aquí lo que escribe E. Maudsley: "Si seguimos el desarrollo del instinto sexual hasta su punto culminante, demostraremos su lejana influencia hasta en los sentimientos más elevados, sociales, morales y religiosos, de la Humanidad. Pero estos efectos individuales quedan abolidos si el desarrollo de los órganos correspondientes se impide antes de la pubertad: el espíritu de los eunucos queda mutilado a la vez que su cuerpo: son cobardes, envidiosos, haraganes, embusteros y desprovistos de todo sentimiento moral y social; la privación del instinto sexual les priva del desarrollo y de la energía que dicho instinto inspira directa o indirectamente; es difícil precisar hasta dónde alcanza esta influencia, pero es muy probable que, si el hombre estuviese privado del instinto sexual, no existiría la mayor parte de la poesía y de la moral".

En su obra *Antropogenia*, XXIX, hace presente E. Haeckel que por un lado nosotros glorificamos el amor, como la fuente de las más bellas concepciones artísticas, de las más elevadas concepciones de la poesía, del arte plástico y de la música; vemos en él el factor máximo de la civilización humana, la base de la familia y, por tanto, del progreso de las naciones. Por otro lado, nosotros tenemos en él la llama devoradora que lleva al desgraciado a la ruina, y que ha determinado más miserias, más vicios y catástrofes que todos los otros males unidos del género humano.

En la primera parte de su *Psicopatía sexual*, Krafft-Ebing manifiesta también "que el amor es el más potente factor de la vida del individuo y de la sociedad, el impulso más enérgico de las acciones humanas para procurarse el bienestar de la vida, para poner las bases de la familia y para el despertar de los sentimientos altruistas, primero hacia las personas del otro sexo, luego hacia los hijos, y, en fin, hacia la sociedad entera. Así, en último análisis, la moral, y quizá en gran parte el sentimiento estético y religioso, deben su origen a las sensaciones sexuales; y como el amor puede ser la fuente de las más grandes virtudes, hasta el sacrificio del propio yo, puede igualmente degenerar en ciega pasión por el predominio de los sentidos y ser la causa de los vicios más abyectos".

Pablo Mantegazza, que ha escrito varias importantes obras sobre el amor, sostiene que si estudiamos la evolución de los grandes trabajos del genio humano, si seguimos las largas trayectorias de su vida y sus diversas etapas, se podrían señalar con el dolor y el amor las formas distintas y las actitudes diferentes del pensamiento, del estilo y del gusto. En otro lugar de sus trabajos afirma: "El genio de muchos entre los más grandes poetas, artistas y escritores del mundo, tuvo por primer compañero, por estímulo soberano, el amor, y sin este sentimiento sus nombres hubieran sido ignorados".

De idéntica opinión es H. Ellis, cuando dice: "El impulso sexual no es, como algunos se lo han figurado, la única raíz de las complejas emociones humanas, de las más brillantes aptitudes del hombre: simpatía, arte, religión. En el complicado organismo humano donde todas las artes tienen multitud de fibras tan estrechamente entrelazadas, ninguna gran manifestación se puede hacerla derivar de una sola causa. Pero el impulso sexual entra extensamente en todas las emociones y aptitudes, y todas las modela en virtud de sus dos caracteres especiales: en primer lugar, él es el más profundo y el más ardiente de los impulsos humanos, en segundo lugar —diferentemente del otro impulso humano que sólo puede comparársele, o sea el impulso nutritivo—, puede ampliamente transformarse en una fuerza capaz de las más variadas y extrañas aplicaciones".

Max Zeiss, en su obra *Ragnarök*, sostiene que todo trabajo, todo esfuerzo, todo deseo de posesión material, toda aspiración al honor y a la fama son medios y manifestaciones asociativas y secundarias para la satisfacción del amor.

Según I. Bloch, el amor es el verdadero núcleo, el sostén de la vida social e individual, el punto ardiente de la "voluntad" de Schopenhauer y la continuidad del "plasma germinativo" de Weismann.

La escuela psicoanalítica tiene por base que toda nuestra actividad psíquica, incluso los sentimientos artísticos, científicos, morales y religiosos no son más que derivaciones o residuos, casi siempre inconscientes de una fuerza primordial instintiva; esto es, el instinto sexual, comprendido en su sentido lato (libido).

Una de las tantas pruebas evidentes del gran poder que ejerce el instinto sexual sobre la inteligencia, la hallamos en los cambios que ésta sufre durante la pubertad, o sea, cuando entran en función por primera vez los órganos genitales, pues el observar los niños antes de la pubertad y luego durante y después de este período, nos lleva a sostener que es en la época del despertar de la función genésica cuando asimismo se despiertan las aptitudes psíquicas nobles y creadoras.

## II. LOS CARACTERES PSÍQUICOS DEL NIÑO ANTES DE LA EDAD PÚBER

Si nos detenemos a examinar cuando un niño adquiere, en sus diversos elementos y procesos psíquicos, una organización más rica, más completa y casi definitiva, y llega a darle un sello propio y original a los materiales y a los conocimientos por él asimilados, veremos que es durante la pubertad.

El niño, antes del despertar del instinto sexual, en el período de la infancia hasta el período de los doce a dieciséis años, época de la pubertad, resulta indiferente a muchas cosas del espíritu. Su imaginación está amodorrada para las bellas artes, es insensible a los sentimientos estéticos de orden superior, a los encantos de la razón y a las investigaciones científicas. Su psiquis es, ante todo, *intuición, memoria y fantasía*. Aunque no carece de la capacidad para abstraer, se detiene, sin embargo, mucho más en el aspecto concreto de las cosas. Todo lo que entra en el dominio de sus sentidos le interesa, y principalmente lo nuevo, lo extraordinario; quiere conocer hechos y objetos; quiere observar y experimentar, hacer y deshacer, saber no tanto el por qué, si el *qué* y el *cómo* de los objetos del mundo exterior. Su interés es múltiple y variado, su atención flexible y cambiante. Todos sus sentidos están dirigidos hacia lo *exterior*. Su alma, se difunde hacia afuera y en la multitud de los objetos que lo rodean y que le ofrecen una cantidad de motivos para distraer y modelar su espíritu; pues los objetos se presentan ante el niño con tanta novedad,



impresionan tan vivamente su alma fresca y limpia que lo invitan continuamente a sumergir en ellos toda su personalidad. De ahí que su conocimiento resulta *directo, inmediato*, apoyado sobre las cosas mismas, y sus intuiciones son *sensibles* y no racionales. Identificándose el contenido de su inteligencia con los objetos exteriores, en el infante no puede haber oposición ni diferenciación grande entre su psiquis y las cosas. Por este motivo es la infancia el tiempo de la *armonía natural*, la época del acuerdo del sujeto consigo mismo y el mundo, aunque este acuerdo no es espiritual, porque no hay en él todavía una oposición con el mundo exterior y su alma. Por esta razón también el niño es el ser más *dependiente*, pues no hay en él ninguna separación entre su inteligencia y las cosas.

Como su razón todavía no está bien desarrollada, el instinto lo impulsa en casi todas sus actividades. Las manifestaciones instintivas son más numerosas en los niños que en los adolescentes y en los jóvenes. Ellos obran, por lo general, inducidos directamente por los estímulos inmediatos, sin intercalar entre los motivos y los actos los frenos y los principios de la razón. La principal característica de esta edad es, por tanto, la ausencia de toda vida *interior*.

Su vida afectiva tiene también caracteres peculiares. Como su alma es nueva, debe ser necesariamente más impresionable y más sensible en determinados casos (1). El infante se conmueve más fácil y vivamente que las otras personas, pero en cambio son sus *emociones* de *breve duración* y de *gran variabilidad*, como de una *gran inestabilidad*; caracteres éstos que aumentan el número de las mismas en su cantidad, pero no en su calidad. En el niño hay más *emociones* que sentimientos, si entendemos con la palabra emoción "un estado actual específico de placer o dolor", y por sentimiento "la aptitud establemente constituida para explicar tales estados"; la emoción es siempre un presente, el sentimiento es un pasado combinado a la anticipación de una posibilidad por venir. Los caracteres

---

(1) Decimos esto porque un niño puede permanecer indiferente por la muerte de un miembro de la familia y llorar por la pérdida de un juguete.

esenciales de una vida afectiva del infante son, por tanto, la abundante cantidad de sus afecciones, su elevada intensidad, su breve duración y el predominio de las emociones sobre los sentimientos.

De la inestabilidad de su vida afectiva *se deriva la inestabilidad de su voluntad*. Los niños en sus acciones muestran la versatilidad, la falta de constancia y perseverancia de una voluntad que se deja dirigir más por impulsos, por inclinaciones y tendencias vagas que por sentimientos conscientes; persiguen fines cercanos y concretos y se someten de buen grado a una voluntad superior. Poco o nada de *moralidad* les pertenece propiamente y se colocan difícilmente en las situaciones tristes o alegres de las demás personas.

Por otro lado, teniendo el infante una memoria más mecánica y tenaz que juiciosa, es como resulta apto para acumular muchos conocimientos que más tarde elaborará. La mayoría de los autores que han hecho investigaciones sobre la memoria, han observado que el número de recuerdos registrados progresa regularmente hasta el momento de la pubertad, época en que sufre un debilitamiento provisorio. Los alumnos de diez a trece años hacen más rápidos progresos que los alumnos de más edad. Ha dicho Stanley Hall, "nunca está la mano tan cerca del cerebro". *The hand is never so near the brain*.

La infancia se caracteriza, además, por un perfecto equilibrio en todas las actividades, no sólo psíquicas, sino también orgánicas; por una resistencia grande, tanto en lo muscular como en lo nervioso. La edad prepuberal es comparable a un período de madurez, en que la naturaleza parece acumular grandes fuerzas para una obra que ella desarrollará más tarde; porque es en esta época cuando el hombre adquiere un rico fondo de conocimientos y que su inteligencia está continuamente ocupada en apoderarse con avidez de todos los fenómenos, para conservarlos para el porvenir. Nótese que los conocimientos y las luces que adquiere el hombre antes de la pubertad, son más importantes que todos los que aprende después, por más sabio que llegue a hacerse, porque aquéllos resultan ser la base de toda actividad mental futura.

La infancia es, por otro lado, la edad de la *inocencia*, por estar *adormecida la función sexual*. Su carácter resulta ser, por lo general, libre, sereno, confiado, feliz e inocente. Además, sus escasas preocupaciones, su ordinaria ausencia de reflexiones subjetivas, determinan que el niño sea dichoso y que la vida parezca un edén florido.

Exento, por otra parte, de todas las pasiones que suelen acompañar al instinto genital, es el niño, en esta edad, más deseoso de aprender, más fácil de instruir, más obediente y más dispuesto que los adolescentes y los adultos a toda clase de enseñanza. Observa S. Freud: "la precocidad sexual hace al niño ineducable".

La ausencia de la impulsión tumultuosa sexual puede presenciarse también en esas miradas tan inocentes y serenas de los infantes, que llegan, a veces, a adquirir una elevada expresión contemplativa y que Rafael supo reproducir tan hábilmente en sus encantadoras cabezas de ángeles.

### III. LOS CARACTERES PSÍQUICOS DEL NIÑO DESPUÉS DE LA PUBERTAD

Con el despertar de la función sexual, un cambio sorprendente y casi completo se efectúa en el niño, tanto en lo fisiológico como en lo psíquico, por lo general, en forma paulatina. Una vez que el instinto genésico ha adquirido una cierta madurez, el adolescente se pone fuera de sí por la novedad y la extrañeza de lo que experimenta. Parece que un fuego ignoto circula en sus arterias, anima sus miradas, enardece sus sentidos, abraza su imaginación y exalta su inteligencia. Siente su alma abierta a una vida nueva antes desconocida. La alegría, la serenidad y la indiferencia por el porvenir, características de la edad precedente, es substituído por una preocupación interior acompañada algunas veces por accesos de melancolía. Una continua agitación lo domina, haciéndolo indisciplinable, impaciente y descontentadizo de sí y de los demás.

Un carácter propio del púber es el de replegarse en su *interior* y *elaborar* todos sus conocimientos para afirmarlos frente a las demás personas y, al mismo tiempo, tratar

de elevarlos hacia un fin superior: contrario al infante, que toda su actividad la despliega hacia el exterior. Antes de la edad núbil el niño carece, generalmente, de personalidad propia, desea ser enseñado, dirigido y corregido, mientras que después quiere guiarse por cuenta propia, no se deja corregir fácilmente y van acentuándose los caracteres de su personalidad. Su espíritu se vuelve más crítico, más penetrante y su voluntad más enérgica e independiente. Como nota bien W. Keiper, "el joven comienza a seguir el rumbo que él mismo se traza, a rechazar los consejos y prescripciones autoritarias, a oponerse a todo lo que le parece ajeno a su propio modo de pensar y sentir. Quiere ver con sus propios ojos y oír con sus propios oídos; es más razonador, más escéptico, más violento; empieza la época peligrosa en que se preparan los conflictos entre padres e hijos, entre la generación presente y futura. Todas las facultades psíquicas se intensifican y profundizan, pero no son tan fácilmente dirigibles. Se precisa, por tanto, para no dejar extraviarse la naciente personalidad, una mano hábil, suave y firme al mismo tiempo, un conocimiento penetrante del alma juvenil, mucha superioridad intelectual y moral y mucha paciencia".

Desde el punto de vista afectivo, el púber tiene como principal carácter ser como el infante, impresionable, pero *voluble e inconstante* y de pasar fácilmente a las antítesis más opuestas. La adolescencia es, en otras palabras, la *edad de los contrastes*. Stanley-Hall ha señalado doce antinomias, de las que pueden considerarse como más exactas la excitación y la languidez, la hiperhemia y la anemia psíquica, el placer y el dolor. Echase de ver que la volubilidad y el contraste afectivo no resultan una anomalía para la vida psíquica del púber, sino una necesidad para el desarrollo de la misma, porque es natural de los estados emocionales moverse en el seno de los contrarios, porque sin contraste no hay conciencia, y sin lucha intensiva los procesos afectivos, los sentimientos se desvanecen en lo inconsciente.

Como el adolescente llega a preocuparse de su alma, se hace apto de representar y de comprender el espíritu de los otros, sus deseos, sus alegrías y sus penas. Empieza a

interesarse por lo que tiene cerca y sentir que no fué hecho para vivir solo. Así es como su corazón se abre a los afectos humanos y, ante todo, a la amistad. Es, en efecto, en la adolescencia que se contraen las verdaderas amistades; en la infancia no se tiene más que compañeros. Enriquecida su vida interna con la emoción sexual, nace en él el amor, con todas las otras pasiones que lo acompañan: celos, envidia, rivalidad, cólera, ciego impulso hacia el otro sexo, etcétera. Pero al lado de estas pasiones surgen también y toman mayor vuelo los nobles sentimientos y generosos anhelos que se hallan en él en estado latente y rudimentario. El adolescente es excesivamente sensible a las demostraciones de interés, a la estimación, y, por tanto, al respeto humano. Sólo que sus actos generosos están asociados, como advierte G. Roumá a una fuerte dosis de *Sel-exhibition*, a la exhibición de su personalidad.

En la pubertad es cuando sobreviene una inversión de los valores, y las aspiraciones nuevas llegan a contrastar con los hábitos adquiridos y con los recuerdos de la edad anterior. Sus juicios se apartan también de la modalidad infantil para aproximarse a la modalidad humana. Siente entusiasmo por las cosas nobles y los grandes hombres. Por otra parte, la vida psíquica del niño adquiere con el despertar de las glándulas sexuales un carácter *específico propio* a cada uno de los dos sexos. Los niños en los primeros años de su vida, salvo casos anormales, se muestran sexualmente *neutros*, les corresponde un sentimiento sexual *indiferenciado*. Antes de la pubertad el niño pasa por una época de *pseudohermafroditismo* atenuado no sólo por sus hábitos corporales, sino en sus manifestaciones psíquicas.

Pueden notarse en ambos sexos el mismo semblante, el mismo color, la misma voz, los mismos gustos y las mismas costumbres, y en algunos varones la apariencia femenina, como en algunas niñas la apariencia masculina. El varón se muestra más impetuoso, combativo, insubordinado; la niña se manifiesta menos turbulenta, menos violenta, más casera y más afectuosa. La diferente predilección por ciertos juegos señala también el crepúsculo de sus diversas tendencias. La niña juega con su muñeca,

el niño a la lucha, al combate, a los juegos de fuerza, etcétera. Aunque ya preexisten anatómicamente diferencias sexuales en ambos sexos desde el nacimiento; aunque ya en la segunda infancia principian a esbozarse las tendencias propias de los dos sexos, no llegan, sin embargo, a concretarse y hacerse definitivas sino cuando las glándulas genitales vierten sus hormonas sexuales en la sangre, dando origen a los llamados caracteres sexuales secundarios, terciarios y cuaternarios de cada sexo. Es menester advertir de paso que, anatómicamente considerado en la fase embrional, no se puede distinguir el sexo sino en la quinta semana, y que no existe ser viviente que pueda llamarse *monosexual* por excelencia; porque en el hombre existen caracteres femeninos no desarrollados, y en la mujer caracteres masculinos rudimentarios que en condiciones morbosas pueden desarrollarse, como sucede en el hermafroditismo o los invertidos sexuales. La secreción interna sexual es la que impulsa el desarrollo somático y psíquico propio de cada sexo, como también la que refrena el desenvolvimiento de los gérmenes sexuales contrarios, de modo que, al faltar la secreción de los órganos sexuales masculinos, por ejemplo, no sólo faltarán los caracteres sexuales masculinos, sino que los femeninos podrán desarrollarse con más facilidad, como sucede en parte en los eunucos.

Con el nacimiento de la función sexual el niño se siente, además, atraído hacia el otro sexo: hacia el amor. Al principio ama sin saber lo que ama, sintiéndose llevado por el deseo antes que por el amor, ama a la mujer antes que a una mujer. Cuando en él se despierta el amor, que se confunde en su inicio con la simpatía, ama primero un objeto ideal, con la fantasía, antes que con el corazón, y cuando no tiene un ser concreto donde poder objetivar su sueño, se lo crea con su imaginación. Romeo amó primero a Julieta con su imaginación, antes de amarla con el sentimiento. Este amor romántico, poético, ideal y platónico, no resulta, sin embargo, un extravío de su espíritu, sino un fenómeno transitorio que llega a ser muchas veces la causa de fecundos entusiasmos y elevadas y grandes creaciones psíquicas. Nace, en parte, del ardor de su fantasía puesta en actividad con muy pocos materiales reales y no domi-

nado todavía por la experiencia y la crítica de la inteligencia.

Aristóteles nos ha descrito admirablemente los caracteres del adolescente y del joven en estos términos: "La juventud tiene como carácter distintivo el estar llena de deseos, y es capaz de llegar a realizar cuanto llega a desear. Entre los deseos y las pasiones del cuerpo, los jóvenes se dejan llevar principalmente por el amor... Variables en sus deseos y prontos al hastío, desean con amor extremado y se cansan muy pronto. Sus voliciones son muy vivas, pero sin intensidad ni duración, cual el hambre y la sed de los enfermos. Son coléricos, de una excesiva vivacidad para irritarse y prestos siempre a seguir la impresión que los domina. Como tienen escaso dominio sobre el corazón que les ciega, su ambición no les permite soportar el desprecio, y se llenan de indignación a la menor idea de una injusticia recibida. Les gustan las distinciones, pero mucho más todavía la victoria. Prefieren los honores y el triunfo al dinero, pues no dan la menor importancia a la riqueza, por no haber experimentado su necesidad... No tienen carácter suspicaz, y, antes al contrario, son confiados, por no haber tenido el tiempo de ser engañados. Se entregan fácilmente a la esperanza, porque la juventud, como la gente ebria, es naturalmente ardiente, y porque tampoco han sufrido todavía muchos fracasos. Viven sobre todo de esperanzas, porque la esperanza tiene como único objeto el porvenir, como la memoria vive del pasado que no ha de volver... Lo cual hace que se pueda engañar fácilmente a la juventud, pues tiene no menos fácil la esperanza. Tiene asimismo más valor por estar más inclinado a la cólera y a la esperanza, motivando la una el que no tema nada, y la otra el que esté lleno de aplomo... Los jóvenes son también propensos a la vergüenza, porque no tienen como bello y honesto sino la ley de que recibieron su única educación. Son magnánimos, porque la vida no les ha empequeñecido todavía e ignoran las exigencias de la necesidad.

"El creerse capaz de mayores cosas es elevación de alma; y esta buena opinión personal no pertenece sino a un corazón repleto de esperanzas. Cuando tienen que obrar, prefieren lo hermoso mucho más que lo útil. Esta edad gusta

más que las otras de hacerse amigos y camaradas, porque se complace en la vida común, y como no juzga nada todavía con la medida del interés, tampoco relaciona con él sus amistades. Los jóvenes llevan siempre sus faltas a mayores extremos que los demás y las someten de modo más violento, porque todo lo ejecutan con exceso. Creen saberlo todo, todo lo dirimen, lo cual es causa de todos los excesos a que se dejan arrastrar. Cuando se hacen culpables de faltas graves es más bien por insolencia que por perversidad. Se sienten inclinados a la misericordia, por creer que en el mundo no hay más que gente honrada y que los hombres son mejores de lo que son; miden a los demás con su propia inocencia y suponen siempre que las desgracias de que son testigos son inmerecidas. Les gusta reír, y por consiguiente zaherir, ya que la burla no es más que una insolencia de buen tono. Tal es el carácter de la juventud”.

Por último, podemos decir que es durante la pubertad cuando se manifiestan los sentimientos *estéticos, morales y religiosos* y el gusto para la *actividad intelectual*. En resumen, como dice J. J. Rousseau en su *Emilio*, lib. IV, “La pubertad constituye un segundo nacimiento en que el hombre nace de verdad a la vida y en que nada humano es ajeno a él”.

#### IV. CARACTERÍSTICAS PSÍQUICAS Y ORGÁNICAS DE LOS TRES DIFERENTES PERÍODOS DE LA PUBERTAD, SEGÚN A. MARRO

A. Marro divide la pubertad en tres períodos: primero, el período *preparatorio*; segundo, el período del *desarrollo acelerado*, y tercero, el período del *perfeccionamiento*.

El *primer período* (es el mismo Marro que habla) se caracteriza por una detención del desarrollo de la estatura, un mayor desarrollo de los órganos genitales, la primera aparición de los caracteres sensibles secundarios en el orden físico y un cierto perfeccionamiento de las cualidades psíquicas superiores: atención, reflexión, juicio y asimismo un mejoramiento en las relaciones sociales.

El *segundo período* se manifiesta por un rápido desarrollo de la estatura y de la capacidad vital y se acentúan con mayor evidencia los caracteres físicos sexuales. Este



período es el más crítico, porque la integridad orgánica y funcional puede ser más o menos comprometida. Es una ley casi general que a una actividad exagerada en el crecimiento, corresponde un arresto del perfeccionamiento de las demás funciones; hay una oposición entre el crecimiento de la estatura y el desarrollo de la estructura: de donde una gran actividad en el uno implica un debilitamiento del otro.

He aquí por qué coincide también esta época con un estado especial de debilidad psíquica, revelada por la inestabilidad y desorden en la conducta; y la experiencia diaria demuestra que, después de la primera infancia, el período de la pubertad es aquel en que los individuos presentan menos fuerza de resistencia física. La clorosis, las perturbaciones nerviosas en la mujer, las afecciones de los órganos respiratorios y digestivos en los hombres, tienen en esta época una predilección especial: una mayor morbosidad los acompaña. En esta edad es cuando los órganos sexuales se hacen sentir con más fuerza en su actividad. A juzgar por los efectos que resaltan en el joven o en la joven, deberíamos admitir que la acción excitante de este despertar sexual en la mujer se resuelve, en la máxima parte, en acciones reflejas motoras y vasos motrices espinales, mientras que en el hombre la mayor parte sigue un camino más largo, por las vías centrípetas intraespinales y cerebrales hasta excitar la corteza cerebral. En la mujer se notan hemorragias fisiológicas, y mayor facilidad para las enfermedades, perturbaciones en la distribución de la sangre, mayor convulsibilidad como prueba de la facilidad de las acciones reflejas espinales; mientras que la disminución de la sensibilidad, la disposición melancólica pasiva del espíritu propio de la mujer, y la facilidad de nacer la histeria, testifican una disminución de la actividad y de la fuerza de resistencia en las funciones cerebrales. Hay también en la mujer una disminución de los procesos de oxidación orgánica. En el joven, en cambio, las funciones cerebrales sufren una perturbación más bien que una disminución de la actividad. Al lado de una mayor emotividad, común a la mujer, se despierta en él una mayor represión a la acción, contra las causas de la excitación; mayor in-

quietud, acompañada de manifestaciones más graves, no sólo con infracciones a la disciplina familiar, sino atentados contra las leyes sociales. De aquí la manifestación de la criminalidad que en esta época de la pubertad sobresale en el hombre. La característica de esta época es lo *imprevisto*. El individuo recibe, de la esfera de lo inconsciente, impulso a la acción, en que la reflexión y el juicio no han adquirido todavía la capacidad de dominar y regular; de ahí provienen muchas acciones negligentes que contrastan con los hábitos y con el carácter anterior del joven. Los hechos criminales de esta edad son demostrativos de la insuficiente actividad de los frenos inhibitorios cerebrales, son muchas veces un simple indicio de una debilidad fisiológica, unida a un rápido desarrollo físico, más que una disposición innata al delito.

En la *tercera* fase, que alcanza más o menos a la edad de diecisiete años, época en que el joven cerca de los romanos vestía la toga viril y era considerado púber, es cuando sobreviene la máxima asimilación de los materiales, y se inaugura el proceso de la *elaboración*. Y una manifestación de esta elaboración en el campo físico es el perfeccionamiento de las formas. En la niña la grasitud que resulta de la lentitud de los procesos de oxidación orgánica es utilizado para dar una forma más elegante a su organismo. Ella entonces envuelve de tejido adiposo los miembros, mientras que se perfecciona el tono de su voz. Cesa la inconsciente tristeza de los primeros tiempos, se desvanece la aprehensión en ella despertada por la primera aparición de las manifestaciones de la pubertad, y con establecerse la regularidad de las funciones iniciadas su alma reposa tranquila. La mujer principia a comprender mejor su destino: los tributos de admiración que recibe, los deseos que ella siente despertar con su fresca juventud y con la belleza de sus formas, viene a lisonjear su amor propio, adquiere poco a poco un más alto concepto de su personalidad y aprende a estimarse más. Sintiendo ahora que no le queda más que llegar al matrimonio para alcanzar en la sociedad el lugar que tienen las otras mujeres y cumplir la misión a que es llamada, coordina a este fin todas sus miras y se prepara con el cuidado de la persona y de los

modos y poniendo en relieve sus atractivos. Todo entonces se anima en la joven: sus ojos adquieren esplendor y expresión; el brío y la frescura de su juventud dan a sus formas y a sus movimientos un éncanto especial, que atraen la atención y la admiración de los otros. En el joven las innovaciones no son menos evidentes; la voz mientras adquiere un tono bajo se hace también más autoritaria. En esta época aparece y se desarrolla la barba, se hacen más evidentes las masas musculares y las prominencias óseas que presentan puntos de apoyo o de inserción. Al mismo tiempo el carácter del joven, calmada la agitación, se consolida y se hace más consistente; las diferencias entre individuo e individuo se hacen más claras y resaltantes y el carácter sufre una transformación que refleja la fisonomía misma, que luego perdura toda la vida. Los nuevos determinantes volitivos que entran en su actividad crean nuevas pasiones: la emulación, el amor al elogio, la vanidad de distinguirse, de sobresalir, especialmente en presencia de personas de sexo diferente; la ansiedad de placeres se acentúa poco a poco, adquiriendo un imperio mayor. Las ofensas del amor propio son más o menos vivamente sentidas y pueden dejar profundos rastros en el organismo mental. La propensión hacia el otro sexo, al principio vaga, se hace cada vez más clara, hasta concentrarse en una persona definitiva, y el individuo se siente excitado a la acción para conquistar sus gracias. La conducta del joven tiende a hacerse más regular, y él se siente capaz de desarrollar hacia un fin concreto, con seriedad de propósitos, una actividad profunda y verdadera. El individuo sufre en este período una verdadera transformación: la crisálida se convierte en mariposa.

#### V. COINCIDENCIAS ENTRE EL DESPERTAR DE LA FUNCIÓN SEXUAL Y EL DESPERTAR DE LAS APTITUDES PSÍQUICAS CREADORAS

Hemos visto que el niño, durante el período prepuberal, recibe y se apropia de los conocimientos para fines futuros, casi de una manera pasiva, sin demostrar gustos bien definidos e iniciativas propias en sus actividades. Después de

la aparición de las secreciones internas sexuales es, en cambio, cuando comienza a demostrar principios de independencia y de originalidad en la manera de sentir y de pensar.

Ahora bien; hay muchos hechos que podemos traer como prueba de la coincidencia entre el florecer de la función genital y la manifestación de la actividad psíquica creadora.

El movimiento que provocan las hormonas sexuales al sentimiento vital debe por fuerza encontrar una salida, debe impulsar al individuo fuera de sí. Y cuando no le es posible materializar esa energía en la realidad exterior, como sucede con frecuencia por las costumbres sociales y la higiene, el adolescente se ve obligado a desplegarlo en su interior, en lo ideal, en productos psíquicos. Bien se ha dicho que durante la pubertad el alma crece. Bajo la influencia del instinto genésico se abre ante el púber un mundo desconocido, ideal, y quien durante este período no es llevado al amor y no se siente inspirado por lo bello, lo grande y lo sublime, permanece para siempre un ser mediocre.

Con la aparición del impulso sexual la vida afectiva se hace aguda e intensa, y la imaginación se inflama y aviva, manifestándose con soñados modos poéticos y vagas aspiraciones. El primer despertar de la imaginación creadora se conexas con la madurez sexual, y el desarrollo de aquélla está supeditado a la efervescencia primera del sentimiento.

Debido al calor del sentimiento y al ardor de la imaginación es como todos tienen en esta época algo de genio, hasta aquellos que no lo tendrán de ordinario. Por la misma razón se explica que la mayoría se sienten poetas y les da por componer versos, aunque no tengan disposiciones para la poesía.

Observa Platón en su *Convite* que el amor es el gran maestro que enseña al hombre a fijar sus sentimientos en algo ajeno a su propio yo. Y Goethe, en su poema titulado *El Pastor*, ha descrito con gran maestría el fuego ardoroso que acompaña al amor "que nos lleva a lo lejos" y que, por lo general, dura muy poco y cede, comúnmente, a la medianía vulgar, en cuanto el instinto físico ha hallado su satisfacción.

Veremos más adelante cómo el ardor y las inspiracio-

nes propias de la pubertad perduran en el genio y se hacen constantes durante toda la vida, y que el progreso intelectual y moral consiste en conservar por muchos años el entusiasmo y el temperamento juvenil.

Durante la pubertad es cuando también se manifiestan de una manera intensa los sentimientos estéticos.

Darwin y otros sostienen que hay una estrecha relación entre el desenvolvimiento del sentimiento estético y la selección sexual. Vemos, en efecto, en los animales en la época de celo que se cubren de plumas nuevas, cambian de color, de forma; manifiestan hábitos distintos y muestran singulares habilidades; de taciturnos se vuelven cantores y de torpes se hacen ingeniosos.

Y en lo que se refiere a la actividad estética humana, ¿qué sería de la pintura, de la poesía, de la música, de la novela, de la escultura y de la mayor parte de las artes sin el amor?

Del amor, que tiene sus raíces en el instinto genésico, la imaginación recibe aquel calor sin el cual no es posible una verdadera composición artística, y la excitación de los sentidos aumenta continuamente su llama. De este modo se explica el por qué los grandes poetas y artistas sean de naturaleza esencialmente sexual.

La naturaleza estética del amor la había reconocido igualmente Platón al notar que con la aparición de la pubertad nacía también el impulso artístico creador.

Y en su *Aesthetik, Münche, 1905*, J. Volkelt afirma que no hay duda alguna de la íntima relación que existe entre la sexualidad y el sentimiento estético, y escribe: "Que los primeros albores de la sexualidad en los niños suscitan en ellos también un avivamiento del sentido artístico. Juntamente con los primeros amores juveniles, hacia los dieciséis o diecisiete años, se principia a apreciar la belleza del paisaje, el encanto de la poesía, de la pintura, de la música... Sólo la sexualidad da calor a la vida, hace hallar y apreciar matices y finuras que primero pasaban inadvertidas; sin ella la vida se haría lánguida, monótona, y la facultad de crear se destruiría o, por lo menos, quedaría reducida. Asimismo el amor más ideal debe ser alimentado por los sentidos para poder permanecer vivaz y creador".

Según T. G. Lancaster la apreciación de la belleza aumenta gradualmente en la pubertad, y en su encuesta, llevada a cabo sobre 200 adolescentes, 120 estaban llenos de entusiasmo por las lecturas, 109 manifestaban un gran amor por la naturaleza, 59 hacían versos... De la misma observación se obtuvo que sobre 53 poetas, cuya vida estudió, la mayor parte habían publicado las primeras poesías entre los quince y los veintiún años; y sobre 100 autores dramáticos, la edad media de los primeros triunfos puede fijarse a los dieciocho años. De 100 músicos, 95 revelaron un talento excepcional antes de los dieciséis años, y esto demuestra que la música es la más precoz e instintiva de todas las artes. Por el contrario, los hombres de ciencia no principiaron a hablar de ella antes de los diecinueve años, y los *professionalmen* a los veinticuatro.

Hemos visto anteriormente que el púber demuestra mayor interés que el infante por las cuestiones sociales y morales, y que el instinto genésico lo lleva a mirar fuera de sí, a auxiliar y defender a los otros y a obrar no sólo en beneficio propio sino de los demás. La adolescencia ha sido considerada la edad de la amistad, del amor ideal y de la ambición. El amor que se manifiesta con la pubertad resulta ser, como lo veremos, el origen de una infinidad de sentimientos sociales y morales, como el amor conyugal, el amor a la prole, el cariño, la ternura, el valor y otra serie de innumerables sentimientos.

El sentimiento religioso está asimismo en relación con la pubertad. Marro hace de aquél una consecuencia de ésta. Se han visto muchas conversiones religiosas que tuvieron lugar durante esta época, y según Starbuck éstas alcanzan a su máximo a los dieciséis años en los muchachos y a los trece en las muchachas. En ninguna edad, como en la adolescencia, la bondad es tan pura, sincera e inmaculada y las inclinaciones a la maldad son tan acentuadas; muchos sienten un amor divino exaltado; otros son ateos violentos. La mayor parte de los santos y santas han sentido su vocación a la religión en los años de su pubertad.

La extraordinaria sensibilidad afectiva del adolescente lo predispone a sentir con más violencia los diversos fenómenos psíquicos, y a manifestar así en esta edad sus pecu-

liares tendencias y sus aptitudes intelectuales, si es que las tiene: la mayoría de las vocaciones se han hecho visibles durante la edad de la maduración genésica.

Hace presente Víctor Mercante que el momento vocacional del niño, predestinado o no, se define entre los catorce a diecisiete años. De suerte que —dice él— el genio, el talento, el destinado a culminar bajo un solo aspecto, a desear una cosa, se manifiesta en esta época de las nuevas facultades, si es favorecido por el ambiente.

Afirma Lancaster que la vocación artística nace a los diez años, se eleva a los doce y se desvanece a los quince, en los no definidos. Para Ribot, en las artes plásticas, la vocación y la aptitud para crear se manifiestan desde los diez a los catorce años.

La vocación poética —escribe a su vez H. L. Brittain— es la sola, entre las vocaciones artísticas, que con más frecuencia se manifiesta durante la adolescencia, nunca antes, rara vez después. Infinidad de nombres podrían citarse en apoyo de esta afirmación: Shelley, Goethe, Schiller, Leopardi, Musset, Hugo y tantos otros. Los primeros ensayos son algunas veces satíricos o humorísticos, para luego ser pesimistas o melancólicos.

Otra prueba de la íntima correlación entre la aparición de la pubertad y la aparición de la capacidad psíquica creadora la hallamos en el hecho de que la mayoría de los genios fueron precoces y han concebido la mayor parte de sus grandes obras durante la juventud.

La precocidad es uno de los caracteres más constantes del genio: Pascal y Comte eran grandes a los catorce años; Rafael, a los catorce; Miguel Angel, a los diecinueve; Mozart dió conciertos a los seis años; a los trece años Beethoven había compuesto tres sonatas; Meyerbeer, a los quince años, tocaba maravillosamente el piano, y Weber tenía catorce años cuando hizo representar su primera obra, *Das Vadmadchen*. Goethe, antes de los diez años, sabía varios idiomas; Lope de Vega versificaba a los doce años; Tasso y Metastasi, a los diez; Byron, a los doce, y Calderón, a los trece años, escribió *El carro del cielo*.

Encuentra H. Ellis (*Study of British Genius*, 1904), que durante la infancia de los genios prevalece la inferioridad

física y la precocidad mental, sobre 1.030, fueron precoces 272, y 44 no lo fueron.

Acerca de la precocidad del genio es de observar que no se puede sostener como regla general que todo niño precoz sea signo de un genio futuro; porque son bastante conocidas las consecuencias fatales que trae consigo la precocidad mental de algunos niños. La medianía mental o la muerte prematura se deben, generalmente, a que la actividad excesiva del sistema nervioso impide la formación completa del organismo y del cerebro, haciéndolos luego incapaces de resistir los golpes de las enfermedades y de la vida. Para actuar con éxito en toda clase de actividades físicas e intelectuales es menester que los órganos hayan adquirido todo su vigor. Por esto no debe extrañarnos si algunas veces los niños prodigiosos resultan, cuando grandes, cerebros vulgares. Todo lo que llega pronto a la cima de la perfección resulta menos resistente y dura menos tiempo, y si el genio artístico demuestra su vocación en la adolescencia no significa empero que sus mejores obras sean realizadas en esta edad. Sólo en su juventud o en su edad madura es cuando llegaron a crear obras que inmortalizaron su nombre (1).

En la pubertad es cuando también el cerebro llega a adquirir su gran desarrollo. Restando el máximo de crecimiento, que se inicia al nacer hasta el cuarto año, y que luego se detiene pasada esta edad, el cerebro vuelve

---

(1) F. Galton, en su comunicación a la *Antropometric Committee de British Association*, 1881, observa que la precocidad de los niños es más bien una desventaja que ventaja para la continuación de la vida, y que los precoces no mantienen en toda su extensión su preeminencia; pueden quedarse atrás, mientras muchos de aquéllos, que están en un lugar inferior, en la serie estadística entre los catorce a dieciséis años, ocupan uno mejor en los años posteriores. El doctor Delaunay, en una comunicación a la *Sociedad Francesa de Biología*, demostró que la precocidad indica inferioridad biológica, y aduce como prueba los niños esquimales, negros, cochinchinos, japoneses, árabes, todos los precoces de los blancos; también en la escala zoológica las especies inferiores se desarrollan más precozmente que las de orden superior; la mujer es más precoz que el hombre. Es un hecho observado frecuentemente que cuanto más complicados son los organismos tanto más tiempo emplean para desarrollarse.



a emprender su marcha en la época de la pubertad, adquiriendo así su completo desarrollo a los catorce años. Dado, por ejemplo, 100 el desarrollo definitivo del cerebro, si a los catorce años es de 95,3, a los treinta años será de 99,3. Según Kaes, la complejidad del cerebro progresa enormemente después de los dieciséis a diecisiete años, y V. Mercante manifiesta que es en esta edad en que se encuentra apto el educando para el análisis y el razonamiento sistemático, que es la característica de la educación del colegio nacional. Los estudios de Vulpian y de Flechsig confirman los de Kaes, pues éstos han comprobado que las fibras tangenciales, por las cuales se realizan las asociaciones superiores del espíritu, crecen, se desarrollan y entran en actividad, sobre todo, a los diecisiete años.

La íntima unión entre las facultades creadoras y la pubertad puede notarse igualmente en el hecho de que muchos caracteres del púber son propios también del genio. En efecto, la volubilidad afectiva, la fácil disposición a la alegría y a la tristeza, el brusco cambio de una intensa actividad a un completo desfallecimiento es común a ambos. Es propio de ambos asimismo amar la soledad, gustar vivamente de los espectáculos de la naturaleza, tener una viva imaginación, concentrarse con frecuencia en sí mismo, ser extremadamente egoísta o altruísta, sentir un gran amor a la independencia y cometer actos bizarros de honor y de patriotismo.

Otro carácter común al genio y al púber es la *megalo-manía*. C. Lombroso cita muchos ejemplos de hombres de genio dominados por el delirio de grandeza y por la hipertrofia de la personalidad. El niño, durante el período genésico, pasa por idéntico estado, si bien transitorio, de megalomanía, que se distingue, según R. Senet, por una euforia excesiva, una exaltación del sentimiento de la propia personalidad, caracterizado por la exaltación de la conciencia de las propias fuerzas y aptitudes en que se mezcla la vanidad enfermiza del yo con la incomprensión de las condiciones objetivas del ambiente en que se entra a luchar por la vida.

Con la pubertad no solamente aparecen los nobles sentimientos y las aspiraciones del alma, sino que surge tam-

bién todo lo que hay de más bajo y bestial en el ser humano. Los criminalistas han observado durante este período muchos actos violentos y delictuosos. Comprobaron igualmente que la mayor parte de los futuros delincuentes parecen normales hasta la pubertad. Sólo después de esta crisis a que no han resistido, se manifiesta en ellos la anestesia psíquica, la amoralidad impulsiva, la ausencia de remordimientos y la malignidad instintiva.

Naecke, en su trabajo *Pubertad y Delincuencia*, estudiando los asilados en un orfanato del Jura (109 sujetos), recoge la observación, que desde años atrás venía llamando la atención del maestro, que de los huérfanos recibidos en el establecimiento a los cinco años de edad, educados todos bajo el mismo régimen disciplinario, marchaban próximamente paralelos hasta la pubertad, y era sólo entonces que se desviaban; cambiaban de carácter y se hacían antisociales los que tenían taras hereditarias. Las razones de estos hechos son puestas en claro por Marro en su obra sobre la *Pubertad*. Algunos han notado irregularidades en los delincuentes a la aparición de la pubertad, siendo ésta, en muchos casos, tardía. Repetidos estudios han demostrado que la locura, salvo raras excepciones, se declara antes de la época de la pubertad. Algunos ensayos han permitido ver que la castración devuelve a los maniáticos la razón, y los eunucos caen a menudo en el idiotismo, pero nunca en la locura. Muchas psicosis se inician con ocasión del embarazo, el puerperio y la lactancia. La vejez, que se manifiesta con una disminución de la función sexual, coincide con una disminución de las facultades creadoras del espíritu. Seres desprovistos de imaginación inventiva la han adquirido súbitamente bajo el estímulo de las hormonas sexuales, e imaginaciones brillantes se han extinguido a causa de una relajación de los órganos genitales.

Con la aparición de la función sexual se ponen de relieve, pues, tanto las buenas como las malas aptitudes y tendencias que el hombre posee desde el nacer. Por esta razón ha sido considerada la pubertad la edad de oro, la época más decisiva cuya orientación fija en gran parte el resto de la vida humana. El niño, en este tiempo, siéntese lleno de exceso de vida y su alma principia a dilatarse hacia

el infinito. Brotan en él, por primera vez, las ilusiones, las esperanzas, los dulces sueños de amor y felicidad. Su primer amor, que es siempre casto, exalta su inteligencia y despierta aptitudes creadoras y sus disposiciones a las artes, a la poesía. Desde ese momento se presentan ante él dos grandes caminos: uno, inferior, o sea de la generación mortal, la del cuerpo, y otro, superior, o generación inmortal, la del espíritu. ¡Felices aquellos que son capaces de seguir el segundo y escalar la cumbre donde resplandece el templo de la inmortalidad!

## BIBLIOGRAFIA

- ARISTÓTELES.—*Rethorique*, París, 1870.
- CLAPAREDE, E.—*Psicología del niño*. Madrid, 1910.
- COMPAYRE, G.—*L'adolescenza*. Torino, 1921.
- DE CANDOLLE.—*Historie des sciences et des savant*, Geneve, 1885.
- ELLIS, H.—*L'evoluzione del pudore*. Palermo, 1913.
- FANCIULLI.—*La vita affettiva dei Bambini*, Revista *Psiche*. Firenze, 1914.
- FORMIGGINI SANTAMARÍA, E.—*Psicología del fanciullo*. Génova, año 1912.
- KEIPER, W.—*La cuestión del profesorado secundario*. Buenos Aires, 1913.
- KIRPARTRIK.—*Fundamentos del estudio del niño*. Madrid, 1917.
- KOFFKA, K.—*Bases de la evolución psíquica*. Madrid, 1926.
- LA VAISSIERE, DE J.—*Psicología pedagógica*. Madrid, 1919.
- LOMBROSO, C.—*L'uomo di genio*. Torino, 1894.
- MANTEGAZZA, P.—*L'amore*. Milano, 1898.
- *Fisiología dell'amore*. Firenze, 5.<sup>a</sup> ed.
- MARRO, A.—*La pubertà*. Torino, 1897.
- MAUDSLEY, E.—*Fisiología del espíritu*. Madrid, 1880.
- MENDOUSSE, P.—*L'ame de l'adolescent*. París, 1911.
- MERCANTE, V.—*La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas*. Buenos Aires, 1918.
- OSTWALD.—*Le grandes hommes*. París, 1912.
- RIBOT, TH.—*Ensayos acerca de la imaginación creadora*. Madrid, 1901.
- ROUMÁ, G.—*Pedagogía sociológica*. Madrid, 1915.
- SENET, R.—*Patología del instinto de conservación*. Buenos Aires, 1906.
- *Psicología infantil*. Buenos Aires, 1911.
- STANLEY-HALL.—*Adolescence*. New York, 1904.
- VIDONI, G.—*Valore e limiti dell'endocrinologia nello studio del delinquente*. Torino, 1923.

---

---

## CAPITULO II

### Relaciones entre los órganos sexuales y el cerebro

SUMARIO: I. Relaciones neuroquímicas o nerviosas entre el cerebro y los órganos genitales.— II. Influencia de las secreciones internas sexuales sobre el cerebro y las demás partes del organismo.

#### I. RELACIONES NEUROQUÍMICAS O NERVIOSAS ENTRE EL CEREBRO Y LOS ÓRGANOS GENITALES

Los órganos genitales están en estrecha relación con el cerebro por medio del sistema nervioso, o sea por vía neuroquímica, y por medio de la sangre, o sea por vía humoral.

Nos ocuparemos, ante todo, de la primera relación. La experiencia atestigua que los órganos sexuales obran sobre el cerebro y que el cerebro influye mediante las ramificaciones nerviosas sobre los órganos genitales.

El sentido genésico, como todos los demás sentidos, tiene su centro en el cerebro. La función sexual, en el hombre, no es un instinto ciego, sino que está bajo el dominio de la voluntad. Y el impulso sexual como tendencia de la personalidad es una función del cerebro. Lo demuestra esto la persistencia del apetito venéreo en algunos castrados y en ciertas mujeres privadas de ovarios.

En estos últimos años se ha podido descubrir la sede anatómica del centro sexual en la corteza cerebral. La antigua doctrina de Gall, aceptada luego por Lussana y más tarde por Bunge, que localizaba en el cerebelo el centro del instinto sexual, quedó destruída con las experiencias de Luciani, el cual observó que los perros, sin cerebelo, tie-

nen, como los normales, períodos de celo con todos los fenómenos eróticos. Un perro sin cerebro, en cambio, que estuvo dieciocho meses en observación, no dió ninguna señal de atracción sexual.

Basándose sobre ciertos datos experimentales, Ferrier sostuvo la hipótesis de que los centros de las tendencias sexuales debían ser buscados en las regiones que unen los lóbulos occipitales con las partes profundas e internas de los lóbulos temporales. Sus ideas, sin embargo, no han tenido hasta el momento ninguna prueba fisiológica ni patológica.

Bechterew probó que la excitación farádica sobre la parte posterior del giro sigmoide producía el aumento del volumen de la verga. Este mismo experimentador y Mislowsky hallaron en la superficie media del giro sigmoide los puntos de excitación e inhibición de los movimientos de la vagina, y para los movimientos del útero, la parte media de la zona motriz.

Según Flechsig, el sentido erótico está localizado en la esfera somestésica (circunvoluciones centrales, parte posterior de las circunvoluciones frontales, lóbulos paracentrales, giro fornicato), en cuanto éste, es transmitido por medio del cutis y de la mucosa de los órganos genitales externos; y de hecho tales partes pierden la sensibilidad por la destrucción de la corona radiada de la esfera sensitiva. Si esta suposición de Flechsig resulta probable con respecto a los órganos genitales externos, no resulta seguro, en cambio, para los órganos genitales internos.

L. Pusser (*Sobre los centros corticales de la erección de la verga y de la eyaculación*, 1902) encontró en los perros una pequeña región inmediatamente detrás del surco crucial, cuya estimulación causaba erección y eyaculación, mientras que después de su extirpación desaparecía el impulso sexual.

Afirma Lowenfeld que, dado que existe en los animales un centro superior sexual, debe existir también dicho centro en el hombre, aunque hasta el momento no se ha podido determinarlo con precisión. C. Ceni hace presente que, después de la mutilación del cerebro anterior, la glándula sexual presenta fenómenos de deficiencia sexual; mientras

que la glándula intersticial sexual, como la glándula germinal, están reguladas por centros superiores, los cuales no tienen ninguna localización definitiva sino que están difundidos en toda la masa de la corteza cerebral.

Hay que advertir que el deseo sexual cerebral no obra directamente sobre los órganos genitales, sino que pasa por estaciones intermediarias, de las cuales la más importante parece que está situada en la parte inferior de la *región lumbar*. La electrización de esta parte origina la erección y hasta la eyaculación. Este centro puede ser excitado tanto por estímulos orgánicos como psíquicos o indirectamente por las fibras que de él parten y que van al cerebro. La estimulación de los órganos sexuales o las excitaciones patológicas de los órganos cercanos a éstos, como irritación del recto (hemorroide), irritación de la uretra (gonorrea), provocan igualmente la actividad del centro sexual medular.

L. R. Müller ha observado que los reflejos de erección y de eyaculación se conservan después de la extirpación de toda la medula lumbar y del espacio superior de la medula sacra. Sólo es necesario que permanezcan intactos el cono y el epicono medular.

La patología nos enseña que en el hombre la incapacidad de la erección va unida a la enfermedad de la porción más inferior de la medula. También ciertas enfermedades que atacan únicamente la parte inferior de la medula espinal y que producen una fuerte excitación, dan lugar al *priarismo*, es decir, a una erección continua. En dicha parte de la medula es donde principian las enfermedades nerviosas que tienen por causa los excesos genitales, y en dicha región es donde se sienten los dolores que resultan de abusos venéreos.

Es un hecho fácil de notar que se puede tener eyaculación espermática sin erección, aun en condiciones relativamente normales. Si se excitan en los conejos los filamentos nerviosos que están cerca del conducto deferente, se origina un movimiento expulsivo sin producir ninguna erección. Con esto se puede afirmar que los elementos nerviosos medulares de la erección son anatómicamente distintos de los de la eyaculación. La experiencia demuestra, asimismo, que los estímulos periféricos producen la erec-

ción cuando obran con moderada intensidad, y cuando son muy fuertes y continuados determinan la eyaculación. La función de los órganos erectores es una función de *inhibición*. Ellos obran sobre el aparato ganglial de inervación de los cuerpos esponjosos, bajo el cual están las fibras musculares lisas de los cuerpos cavernosos, de modo que sufren un relajamiento y sus espacios son llenados de sangre. Al mismo tiempo la dilatación de las arterias concurrentes en la red de los cuerpos carvenosos ejércita una presión sobre las venas de la verga que impide que salga la sangre.

Los órganos sexuales influyen sobre el cerebro mediante las impresiones provocadas desde la periferia por los órganos genésicos, como la tensión de las vesículas seminales, la hiperemia de las partes eróticas; las excitaciones de los órganos generativos (verga, clítoris, etc.). Pueden igualmente ser excitados por la estimulación de la región anal, con los castigos corporales sobre el trasero, con la flagelación. Esto nos hace comprender el por qué de ciertos fenómenos morbosos observados en los flagelados, del despertar precoz del instinto sexual en ciertos niños, como el caso de J. J. Rousseau, que sentía placer cuando recibía castigos corporales de la señorita Lambercier, que, según él mismo dice, experimentaba en el dolor una mezcla de sensualidad que más le hacía desear que temer los castigos de su mano. La excitación sexual no se limita sólo al centro de la erección y no se traduce únicamente en el cerebro como sensación y sentimiento voluptuosos, sino que se difundè por todo el organismo, especialmente por el sistema vaso-motor y el gran simpático.

El cerebro tiene, por su parte, una influencia tanto *excitadora* como *inhibidora* sobre el centro erectivo y sobre los órganos sexuales.

Las simples representaciones psíquicas que tienen cierta relación con los órganos sexuales, sean evocadas por la memoria, sean provocadas por las excitaciones directas de la vista, del oído, del olfato, bastan para provocar, independientemente de cualquier estimulación de la piel y de los órganos sexuales, no sólo la erección, sino también la eyaculación. La vista de un cuadro con figuras eróticas, las lecturas obscenas, los recuerdos de los placeres pasa-

dos, las sensaciones táctiles, como el contacto de la mano, el beso, etc., son igualmente aptos para despertar el instinto erótico.

Ciertos géneros de representaciones teatrales difundidas en la mayoría de las ciudades, la literatura pornográfica, la moda actual del vestido femenino: todas conspiran al despertar de la función sexual. Pero la más dañina de todas las influencias para los niños y los jóvenes, por cuanto contribuye al despertar precoz del instinto genésico y obra de una manera inconsciente, son muchas vistas cinematográficas en donde se observan todas las clases de movimientos y actitudes que imitan la realidad, mujeres que se descubren hasta la desnudez y seres de distinto sexo que se abrazan y se besan recíprocamente.

La imaginación ejerce asimismo una acción muy clara sobre la energía sexual, ora *exaltándola*, ora *deprimiéndola*. Por eso, una mujer, indiferente para un hombre, es solicitada por el ardor de otro. Existe una impotencia sexual de origen psíquico que puede ser debida a la idea obsesiva mnemónica de un primer fracaso. Un exagerado gusto estético hiela el instinto sexual. En ambos casos es la imaginación la que desempeña un papel preponderante. La imaginación puede excitar a su vez, en una forma exagerada, el instinto sexual. La precocidad sexual de muchos niños es obra, muchas veces, de una imaginación calenturienta. Un buen número de desviaciones sexuales es debido a errores de la imaginación. El espíritu cuando está ocupado adormece las sensaciones genésicas, mientras que la ociosidad es casi siempre madre de los vicios. Para apreciar con mayor exactitud el poder de la imaginación sobre el instinto genital, basta tener presente la parte tan importante que ella tiene en la formación y despertar del amor, del cual trataremos más adelante.

Hay ciertos órganos que están en conexión simpática con el instinto genital. Entre ellos tenemos el pezón. Su titilación, en la mujer, puede determinar contracciones uterinas, y un médico célebre, Scanzoni, ha basado sobre este hecho todo un método de parto artificial.

Experiencias observadas en los ahorcados parecen demostrar que el centro de erección y el instinto genital sean



excitados igualmente por medio de las vías de conducción de la medula espinal. Las excitaciones de la corteza cerebral producidas por procesos orgánicos especiales pueden dar origen a manifestaciones eróticas, como lo prueban las observaciones hechas sobre algunas enfermedades cerebrales y mentales.

El cerebro ejerce, por otro lado, una influencia *inhibidora* sobre el instinto sexual. Ha observado Goltz que en un perro intacto es mucho más difícil provocar la erección y la eyaculación que en un perro al cual se ha seccionado la medula lumbar. Toda perturbación del sistema nervioso central se refleja igualmente sobre la función sexual. Las alteraciones del sistema nervioso causan molestias en la circulación y nutrición general que se sienten también en los órganos generativos.

En un cerebro débil o enfermo, el centro sexual suele comúnmente hacerse dueño de todo el sujeto, reduciendo a la esclavitud el organismo entero. La pérdida del poder de inhibición psíquica, la falta de pudor, la insensibilidad estética y moral facilitan la entrada de las tendencias morbosas sexuales.

El hombre, en su vida social y culta, necesita a cada paso poner en acción su energía inhibitoria, obra de los centros superiores, para dominar sus deseos eróticos que hieren la moral y las buenas costumbres, y, muchas veces, la salud física y psíquica. Y según que sea para él esa energía más o menos poderosa será arrastrado a acciones morales o a acciones delictuosas.

En la formación de los procesos inhibitorios concurren especialmente la educación, la cultura y los temperamentos de los individuos. El alcohol, que excita por un lado el erotismo y por otro perturba la conciencia, disminuyendo la resistencia moral de los sujetos, obra en sentido contrario a los poderes inhibitorios.

Es menester hacer también presente la relación que existe entre el cerebro y el instinto genital mediante los diversos sentidos. Pues tanto las sensaciones visuales como las auditivas, olfativas, táctiles y musculares tienen una gran influencia sobre los órganos reproductores. La naturaleza ha proporcionado a los animales los sentidos no sólo

para que cooperen a su propia conservación, sino especialmente para que ellos intervengan como auxiliares en la reproducción.

Con respecto al *sentido de la vista*, se puede notar que cuando un hombre está dominado por oscuros deseos sexuales, sufre por medio de la vista la fascinación de la belleza de la mujer, de sus formas (belleza estática), como de sus movimientos y actitudes (belleza dinámica); esta última se traduce en lo que denominamos gracia. Dice Dante:

*E vien dagli occhi una dolceza al core  
Che intender non la può chi non la prova.*

El amor nace principalmente del poder fascinador de la mirada. Es imposible amar a una persona que no conocemos. La concentración ardiente y afectuosa de nuestra vista sobre los ojos de la criatura admirada por nosotros tiene la virtud de despertar en su alma un afecto semejante al que nos domina en ese instante. Algunos ven en el amor una especie de hechizo, de encantamiento en donde la vista desempeña el principal papel.

Los colores, las formas, los movimientos armónicos resultan, merced a su atracción especial, un estímulo poderoso de simpatía y amor. La belleza del mundo vital está en íntima relación con la vida sexual y el amor, y tal vez aquélla no existe más que para ésta. Lo demuestran las plantas y los animales que durante la época de los amores asumen aspectos más bellos y floridos, que luego desaparecen pasado aquel período. En algunos moluscos e insectos, como la luciérnaga, se manifiesta la fosforescencia para desaparecer o disminuir cuando la reproducción se ha efectuado. En las anguilas, durante el período de celo, el órgano visual aumenta de volumen y se hace más hermoso. El hombre y la mujer se valen del vestido, adornos, afeites, de los buenos modales, de los gestos, de la sonrisa, etc., con el fin de impresionar el órgano visual y estimular la atracción.

Las *sensaciones auditivas*, es decir, el tono de la voz, la dulzura de la expresión fonética, el lenguaje musical, están igualmente en relación con el instinto de reproduc-

ción. La experiencia demuestra la recíproca dependencia de la voz con los órganos sexuales, pues aquella cambia cuando éstos entran en función. La vida diaria nos muestra que la mujer es atraída por el canto del hombre; el dulce tono de la mujer es para el varón uno de los más grandes vínculos que lo unen a ella. El distinguido científico Moreu se vió obligado a renunciar al placer de ver a una bella actriz para matar la pasión violenta que ésta le había suscitado, sólo por haberla oído cantar. El dúo amoroso de R. Wágner en *Lohengrin*, el delicioso canto de primavera de *La Walkiria* y las frases musicales del delirio amoroso de *Tristán e Isolda* son las expresiones más afrodisíacas del amor, excitadas por las sensaciones auditivas.

La música, como lenguaje del sentimiento, tiene un gran poder para avivar el amor, y quien en determinados casos no está dispuesto a él, se siente transformado bajo su influencia. Algunos insectos y pájaros tienen la facultad, durante la época de celo, de emitir sonidos especiales. El canto de los pájaros es una especie de poesía amorosa mediante la cual el macho invita a la hembra a la cópula. Según De Napoli, la voz ha servido, primitivamente, como llamada amorosa.

El *sentido del olfato* es de una gran importancia para la reproducción. Nos lo muestran los animales de distinto sexo que son atraídos recíprocamente por las sensaciones olfativas de carácter picante que despiden sus órganos sexuales en el tiempo de celo. La marta y el castor tienen en sus órganos reproductivos glándulas secretoras que despiden una substancia de olor penetrante. La perra emite, de las glándulas anexas a la mucosa vulvar, un olor que ejerce sobre el perro un gran atracción.

El hombre y la mujer tienen diversas transpiraciones y exhalan olores diferentes del sobaco, del pubis y de los órganos sexuales, que resultan el uno para el otro un excitante genésico. Un joven campesino, durante un baile, excitó el deseo genital de una joven al secarle el sudor de la cara con un pañuelo que había tenido en el sobaco. *El cantar de los cantares* expresa con claridad las relaciones del olfato con el amor al decir: "El perfume de tu boca es como un vino excelente". "Tu seno es como una copa donde

el vino perfumado jamás falta." "Mis manos destilan mirra y de deliciosa mirra están llenas mis manos."

El filósofo Demócrito y un monje de Praga estaban dotados de un olfato tan sutil que distinguían una mujer virgen de una desflorada. Esto se explica por el olor particular que adquiere la mujer al absorber el esperma humano, y que no tiene aquella que no ha tenido nunca *aprosches* con el hombre.

Muchos artistas, pensadores y guerreros, entre ellos Shakespeare, Shelley, Goethe, Napoleón I, Zola, Baudelaire, Nietzsche, han tenido una exquisita sensibilidad olfativa, y, dada la íntima unión de este sentido con la sexualidad, viene esto a confirmar también la conexión entre la función generativa y las facultades psíquicas creadoras.

Muchos perfumes obran con gran eficacia sobre el instinto reproductivo. El olor de las lilas determina una suave embriaguez semejante a la del amor. Una señora hipersensible, referida por P. Mantegazza, decía: "Yo experimento algunas veces tanto placer en oler las flores que me parece cometer un pecado". Los buenos olores en Oriente son apreciados según las relaciones que tienen con la voluptuosidad. La predilección de muchas mujeres libertinas por los perfumes, como el almizcle, es otra prueba del nexo entre ambos órganos.

La relación entre el olfato y los órganos sexuales lo señala también el hecho de la cercanía del lóbulo olfativo al centro cortical de la erección. En los perros, la extirpación del lóbulo olfativo puede abolir el impulso sexual. Algunos autores antiguos han sostenido que existe una relación directa entre el tamaño de la nariz y el de los órganos de la cópula.

La patología ha observado casos de atrofia de los bulbos olfativos asociada a la de los órganos sexuales. En las psicosis masturbatorias son frecuentes las alucinaciones olfativas, mientras que son raras en las psicosis extrañas al instinto genésico. Algunas enfermedades de la nariz han sido consecutivas a la perturbación de las menstruaciones. Existe una correlación entre la dismenorrea y las alteraciones del olfato. Los perros sufren de hiposmia después de la castración.

De todos los sentidos hasta aquí mencionados el que tiene más influencia directa en el instinto sexual es, sin duda, el *sentido del tacto*. Esto es debido a la gran cantidad de fibras que tiene esparcidos este sentido en todo el cuerpo. Además, los corpúsculos de Pacini y de Water son semejantes a los de Krause, que se encuentran en las diversas partes de los órganos sexuales. Las sensaciones de picazón y cosquilleo tienen mucha semejanza con las sensaciones eróticas. La experiencia diaria demuestra que la piel es el órgano más importante de la excitación sexual. Por este motivo, quien es capaz de evitar los contactos con el otro sexo está más dispuesto a substraerse de las excitaciones genitales. Y lo que no puede muchas veces una mirada, es capaz una mano que estrecha a otra mano, una caricia hecha en debida forma.

El beso es la palabra amorosa que se hace carne, el epílogo de la expresión de los afectos, la personificación del amor. El beso representa el estímulo más agudo y eficaz de las sensaciones eróticas, y una mujer que es capaz de dar un beso está en condiciones de entregarse completamente. Gualino y Petermann han demostrado que la excitación mecánica de los labios suscita sentimientos eróticos e hiperemia en los órganos genitales. Por este hecho el beso sobre los labios es un beso por completo sexual, prelude casi siempre de la cópula. Dante hace ver esto cuando dice con Francisca de Rimini:

*La bocca mi baciò tutto tremante,*

haciendo que los amantes en aquel día interrumpieran la lectura del libro *Galleotto*.

## II. INFLUENCIA DE LAS SECRECIONES INTERNAS SEXUALES SOBRE EL CEREBRO Y LAS DEMÁS PARTES DEL ORGANISMO

Los órganos sexuales tienen una *doble función*: *secreción externa*, cuyo fin es la propagación de la especie, y una *secreción interna*, que, reabsorbida por el organismo, tiene una acción tónica excitante sobre él, siendo a su vez la causa de los llamados caracteres secundarios y terciarios, del

desarrollo del pelo, la barba, el timbre de la voz, el crecimiento de los senos, etc., y obra también sobre la vida psíquica, determinando los caracteres psicológicos de ambos sexos. Estos productos de la secreción interna sexual han recibido el nombre *hormonas sexuales*.

En el hombre son los *canales seminales* de los testículos los que elaboran los elementos que van a fecundar los óvulos, y al mismo tiempo preparan la secreción interna. No son las células *intersticiales* las que determinan el apetito sexual y los caracteres del macho, como se ha creído, siguiendo la teoría clásica de Buin y Angel, sino que son las células de la serie seminal las que preparan la secreción interna y producen los espermatozoides, opinión ésta sostenida desde hace tiempo por el sabio histólogo francés Betterer y comprobada últimamente por Gley.

Es, en efecto, en el momento de la función espermatogénica cuando aparecen también todos los fenómenos de la pubertad. Cuando en los injertos testiculares estas células se encuentran privadas del canal excretor, cesan de elaborar los espermatozoides y no funcionan más que en el sentido endocrino. En los testículos de los animales criptorquídeos se produce el mismo fenómeno. Como ha observado Gley, jamás un testículo de los criptorquídeos está constituido únicamente por células intersticiales. Contiene siempre tubos seminíferos cuyas paredes aparecen tapizadas por células epiteliales que están lejos de ser completamente degeneradas. Betterer atribuye a las células intersticiales la *función nutritiva* a beneficio de las células epiteliales seminales. Los productos nutritivos aportados por la sangre son elaborados por las células intersticiales y distribuidos en seguida a las células de la serie espermatogénica.

Aunque no se conocen bien todos los fenómenos que ocasiona la secreción de las glándulas sexuales sobre el cerebro y el sistema nervioso y sobre el sistema vegetativo, se sabe bastante por los efectos producidos por la castración, por la inyección de sustancias testiculares y los injertos.

No menos importantes resultan las observaciones de los efectos que ocasionan la excesiva evacuación de semen y

los trastornos orgánicos y mentales asociados a una deficiencia o atrofia de los órganos sexuales.

Los hombres castrados (eunucos) a la edad de seis a siete años o cuando la viración es ejecutada antes de la pubertad, ofrecen en la edad adulta una talla elevada, rostro imberbe, la piel blanca; la mayoría son obesos, poseen formas redondas y los senos son con frecuencia voluminosos. Las carnes son flojas. La musculatura está aminorada, se fatigan fácilmente, la voz es infantil, la sangre es pobre y su pulso suele ser lento y débil. Falta en ellos el desarrollo del sistema pilífero: no tienen bigote ni barba, ni vello en el tronco, y apenas en algunos casos lo muestran en el pubis y en los sobacos. Son, en general, enfermizos y su vejez es precoz.

La relajación psíquica no es menor. Intelectualmente son torpes, y sólo por excepción se registran casos de eunucos con alguna cualidad intelectual. Parece, dice Virey, que se ha cortado a los eunucos el nervio del pensamiento. Desde el punto de vista afectivo se muestran tristes, melancólicos, paranoicos, fanáticos en religión, envidiosos, intrigantes y egoístas. Son dóciles, medrosos como los capones, apáticos, poco impulsivos y poco enérgicos.

Sabido es que a un castrado no se le admite en el sacerdocio, porque ningún mérito tendría para resistir el aguijón del instinto sexual y porque pierde todo el vigor moral necesario para que cumpla su sagrado ministerio.

En la mujer la ablación de los ovarios antes de la pubertad impide la formación de los caracteres de su propio sexo, para acercarse al tipo masculino. Carece de flujo menstrual, de pelos en el pubis y en los sobacos y del tejido celular que da gracia y redondez a las formas. Los senos no se desarrollan y crece en su rostro la barba, su tez se hace masculina, los deseos genésicos son débiles y la inversión es frecuente en ellas. Su carácter psíquico adquiere la fuerza y la rudeza propia del varón.

La castración, cuando es ejecutada en la edad adulta, no tiene efectos menos evidentes. Esta trae como consecuencia una disminución de la energía orgánica e intelectual y aparecen a veces los caracteres del sexo contrario. A. Martín habla de un soldado a quien la ablación de los

órganos genitales exteriores, causada por el estallido de una bomba, desarrolló las glándulas mamarias, le hizo caer la barba y modificó la voz. Las tendencias genéticas se apagan; pero no disminuyen ni se borran las imágenes del apetito sexual. El comercio sexual puede permanecer mucho tiempo, y Moebius lo llama *comercio cerebral*. El porqué de la persistencia del instinto genital es fácil comprenderlo, si se piensa en la localización de las sensaciones genéticas en el cerebro. Los castrados han sido comparados ingeniosamente con los bueyes faltos de cuernos, pero que aun pueden dar topetazos. La cohabitación es todavía posible en ellos, si interviene la secreción prostática, y Godard refiere la historia de un eunuco que intentó violar la mujer de un mecánico.

En el poeta Abelardo, castrado a los cuarenta años por orden de su tío, se observa un gran contraste entre la fogosidad de sus primeros amores con Eloísa y la frialdad que muestra en las cartas posteriores a su castración. Mientras las respuestas de Eloísa están llenas de fuego, a despecho de su misticismo, las de Abelardo, después de la mutilación, disimulan su extinguido ardor con sutiles razones. Tales efectos pueden observarse también en los viejos atónitos, que son, en realidad, castrados fisiológicos por la usura de la edad. Aquellos que tenían un carácter afectuoso, con la suspensión de la secreción interna se vuelven egoístas y muéstranse indiferentes a los acontecimientos que antes les emocionaban.

Las mujeres adultas, cuando son castradas, conservan su apetito venéreo y algunas veces hasta sus menstruaciones. Generalmente, se vuelven gruesas y están a menudo sujetas a perturbaciones nerviosas y cambios de carácter. Nosotros tuvimos la oportunidad de observar muy de cerca y diariamente, durante dos años, una mujer de unos cuarenta años, a quien a causa de una enfermedad tuvieron que extirparle los ovarios. Cuando se hizo operar, era viuda, y al poco tiempo se casó, según ella, más por salir de su triste situación económica que por otras causas. El novel marido ignoraba, por otra parte, la mutilación que ella había sufrido. La conocimos nosotros cuando se hallaba lejos de su marido, trabajando en la casa de una



parienta suya. Desde el punto de vista físico se observaba en ella una extrema gordura a la altura de los senos y en la cadera; en cambio, sus miembros superiores e inferiores parecían normales. Su cara tenía siempre un tinte blanco apagado y no modificaba nunca su color a la influencia del frío y del calor. El sentimiento materno permanecía intacto, mostrándose cuidadosa del hijo que tuvo en el primer matrimonio. En cambio, no se preocupaba jamás del marido, que se hallaba lejos, ni menos ansiaba verlo. Tampoco demostraba sentir deseos venéreos espontáneos; pero no le desagradaban las caricias de los hombres. Cada quince o veinte días sufría ataques neurálgicos en la cabeza; los pies se le hinchaban, viéndose obligada a guardar cama por algunos días. Era muy olvidadiza; ciertos días demostraba una torpeza psíquica general y falta de habilidad en sus quehaceres domésticos. Su voluntad era débil y se fatigaba pronto.

La influencia de la secreción interna sexual sobre el cerebro lo demuestra igualmente el hecho de que la época de la mayor fuerza mental coincide con la mayor energía de la secreción interna sexual. Si Goethe y Víctor Hugo produjeron obras admirables hasta su vejez, fué porque, según Metchnikoff, sus glándulas sexuales eran aún suficientemente activas.

En la excesiva efusión de esperma, que tiene por efecto *debilitar la secreción interna genésica*, se ha notado una depresión de la inteligencia, embotamiento afectivo y una disminución de la energía física con irritación nerviosa. Sabido es que durante la cópula el animal pierde una determinada cantidad de energía concentrada, pérdida que se manifiesta con una dejadez y relajamiento momentáneos de todo el sistema nervioso y muscular. En ciertos insectos el acto sexual va acompañado de la muerte inmediata del animal, lo cual dice Celsio: *Seminis emissio es partis animae jactura*.

Los antiguos filósofos, al ver que el grado excesivo de evacuación de semen debilitaba el cerebro, lo llamaron *Stilla cerebri*, flujo del cerebro. Tandler y Groos han demostrado que las células intersticiales se hallan más desarrolladas durante el período de inactividad de los tubos semi-

níferos que después del período de actividad. Y la experiencia nos enseña que cuando se suspende por algún tiempo la secreción externa seminal o que la actividad endocrina de esta glándula se realiza sin distracción alguna, nos hacemos más ardientes, viriles, activos, osados y valientes; nuestra voz adquiere un timbre más sonoro y tenemos más aptitud para los actos de vigor y concebir elevados pensamientos. Por esta causa los atletas de épocas pasadas, para conservar sus fuerzas, se condenaban a la continencia, y los grandes pensadores, para tener despiertas sus inspiraciones, permanecían castos. Conocido es también el hecho de que los hombres más débiles pueden sobrepujar por abstinencia a los individuos más robustos, y que las enfermedades de los hombres castos ofrecen mucha más reacción vital que las de los disolutos.

Los abusos sexuales, debilitando las secreciones internas, ocasionan síntomas análogos a la castración. Así, en las prostitutas, después de un largo ejercicio en su profesión, se observa una atenuación de sus caracteres secundarios sexuales; su carácter psíquico tiende a ser viril, el cuello se hace más robusto, la voz y la laringe propenden a ser semejantes a las del varón. Masini ha hallado que de 50 prostitutas, 29 tenían la voz gruesa, con la laringe ancha y las cuerdas vocales idénticas a las de los hombres. En sólo seis sobre 50 pudo observar una laringe normal. En cambio, de 20 mujeres honestas, únicamente dos tenían una laringe amplia como la del hombre.

El hombre que es dado con frecuencia al abuso sexual, el Don Juan Tenorio, suele ser siempre muy poco varonil en sus ideas, sentimientos y tendencias; se observa en él una disminución de sus caracteres sexuales secundarios y presenta el aspecto de la feminidad. Se sabe, por otra parte, que mientras un bajo no tiene que temer, por su voz, las consecuencias de cualquier exceso genital, un tenor, por el contrario, se ve obligado a hacer una vida sexual moderada para evitar modificaciones en su laringe.

Por medio de las inyecciones o injertos de substancias testiculares y ováricas se pueden hacer aparecer los caracteres propios de cada sexo en los castrados impedidos por la mutilación de sus órganos, como también se puede trans-

formar un animal macho castrado en hembra, y viceversa, por el injerto o inyección de las sustancias correspondientes de cada sexo. Voronoff presentó en el Congreso de Medicina que tuvo lugar en Londres en el año 1913, varios casos de ovejas, que no sólo volvieron a su vida sexual activa sino que quedaron preñadas, merced a ovarios prestados, y parieron con toda facilidad. Hooper ha inyectado un ovario de una mujer sana a una señora amenorroica y psicopática, logrando que las menstruaciones reapareciesen y que se desvaneciesen las perturbaciones psíquicas, como la melancolía y la manía religiosa. Marañón ha inyectado en un pollo castrado un extracto testicular de cerdo criptoquidío, observando que la cresta y la barbilla atróficas del capón crecían y se hacían rojas y eréctiles como las del gallo, brotaban las plumas de la cola, su carácter pacífico se volvía acometedor, apareciendo el ardor sexual. Si se suspendían las inyecciones, la cresta se atrofiaba y desaparecía la acometividad y la impulsión sexual, regresando el animal de nuevo a su pacífica índole de capón.

La *espermina* tiene, según los estudios de Pahel, un gran poder para acelerar los procesos metabólicos del organismo, tonificando el corazón y los músculos. El extracto del ovario en forma de ovarina parece haber dado también resultados beneficiosos en varias enfermedades, sobre todo en la anemia y perturbaciones debidas a la menopausia artificial.

Mucho tiempo antes que Brown-Sequart manifestase en 1889, en la Academia de Medicina, haber recuperado a los setenta años la fuerza y la energía de la juventud con el suministro del jugo glandular de carnero, obtenido por la trituración de los órganos sexuales de este animal, el conde Cagliostro había confeccionado un cierto elixir de vida que devolvía instantáneamente a los viejos el vigor y la savia de la juventud. Esa composición tenía por base el vino llamado malvasía y la obtenía de la destilación del esperma de ciertos animales con el jugo de varias plantas.

Las experiencias de Silvio Venturi realizadas sobre cuatro sujetos lo llevaron a afirmar que las inyecciones del jugo testicular pueden tener una influencia estimulante

emotiva e intelectual en las personas envejecidas y decaídas.

Pregly y Zoth, que estudiaron la acción del jugo testicular sobre el trabajo *muscular* con el método ergográfico y los manubrios, obtuvieron los siguientes resultados: que las inyecciones nombradas no aumentan por sí solas la capacidad del trabajo muscular, pero asociadas al trabajo muscular cotidiano conducen a un grado tal de aceleración que con el sólo ejercicio no parece posible alcanzar. Ellos observaron también que esta exaltación de la fuerza muscular persiste largo tiempo después de cesada la inyección de la substancia testicular. Concuerdan con estos resultados el hecho constatado por Hedbom sobre el corazón aislado y regado por la sangre; la agregación del extracto testicular refuerza de un modo claro los movimientos rítmicos.

Las experiencias para demostrar las relaciones humo-  
rales entre el cerebro y los órganos genitales han sido llevadas a cabo con semen humano. Silvio Venturi experimentó, en el manicomio por él dirigido, sobre cinco enfermos con semen humano de un hombre joven, usado antes de un cuarto de hora de su emisión, y, al ser inyectado en los enfermos, observó que la temperatura, el pulso y su estado general no se había modificado de una manera apreciable; en cambio, pudo presenciar la *dilatación de la pupila*, que notó desde la primera observación y continuó en la mayoría de los casos hasta catorce horas después, y en algunos perduró durante treinta y dos horas. Estas pruebas se repitieron de nuevo con albúmina de huevo para poder comprobar que la dilatación de la pupila no había sido obra de la sugestión de los enfermos.

Se pudo comprobar también que el semen depositado y reabsorbido por la vagina, además de obrar como elemento fecundador del óvulo, resulta ser un estimulante del sistema nervioso y de otras partes del cuerpo. La vagina tiene, en efecto, un poder notable de absorción. Coen y Levi, entre otros, han demostrado que si se introduce en la vagina un tapón empapado de iodina, al cabo de una hora es dado hallar iodina en la orina. Y lo mismo sucede con otras substancias. P. Mantegazza ha podido sentir en la transpiración un fuerte olor de semen en varios jóvenes castos y

muy eróticos. Ha sostenido Deufugere que el semen, una vez reabsorbido por la vagina, estimula la secreción de los ovarios, ejerce influencia sobre la sangre en la anemia y que el coito es el mejor tratamiento de la clorosis. La causa de que muchas jóvenes débiles y anémicas se vuelven robustas después de casadas y pierdan las tendencias nerviosas y la timidez parece que es debido a la absorción del semen humano.

Se ha observado que conservando algún tiempo el semen en la boca produce un ardor parecido al de las especias, que no desaparece pronto. Los aborígenes de Australia, según H. Ellis, administran una porción de semen a los moribundos o a los individuos débiles de su tribu. En su *Spermatología*, Schuring creyó necesario estudiar con amplitud las posibles cualidades médicas del semen humano, dando numerosas recetas en las cuales era competente.

Lo expuesto acerca del poder del semen sobre el sistema nervioso y el organismo nos explica muy bien los efectos saludables fisiológicos y psicológicos del amor ejercitado en condiciones naturales y en armonía con las leyes de la vida. Condena, en cambio, los artificios del amor sugeridos por la escuela de Lesbos y las ideas de Malthus y todos los géneros de precauciones para evitar que la mujer reciba en el acto del amor el misterioso licor humano, como sucede en *coitus reservatus* o *interruptus*.

La patología viene también a proporcionarnos su luz respecto de las relaciones humorales entre el cerebro y los órganos sexuales.

Un buen número de perturbaciones mentales están relacionadas con la función de las glándulas sexuales; durante la época de la *pubertad* y de la *menopausia* pueden presentarse casos de trastornos orgánicos y nerviosos. Muchas psicosis se inician en ocasión del *embarazo*, el *puerperio* y la *lactancia*. En la mujer se ha notado una debilidad mental como muscular y de destreza durante los primeros días de las menstruaciones. Algunas pierden pasajeramente su afabilidad o bondad natural y por cosas insignificantes se exasperan y se ponen fuera de sí. En ciertos casos la depresión producida por el menstuo puede alcanzar hasta la locura. Lombroso encontró que de 80 mu-

jerés arrestadas por rebelión contra la policía y por agresión, solamente una se hallaba en el período de las menstruaciones.

Pedro Janet refiere el caso de una mujer en la cual los sentimientos de familia, las emociones afectivas, el pudor, aparecían y desaparecían al mismo tiempo que la sensibilidad de los órganos sexuales.

Un gran número de psicopatías están bajo la alteración anatómica del aparato genital. La frecuencia de la enajenación mental, de la melancolía, del suicidio y hasta del homicidio a impulso del amor, prueba la acción de la influencia genésica sobre las facultades intelectuales. El incesto, la violación, el adulterio y los atentados contra el pudor son del propio modo los resultados de la perturbación pasajera del sentido moral, determinado por el impulso sexual. El trastorno del juicio por causa del amor es muy general en la mayoría de los hombres. Este hecho justifica la venda que ponen los escultores al amor y explica el por qué los poetas lo pintan ciego.

Según las observaciones de Silvio Venturi, ninguna forma de locura va exenta de pérdidas seminales; de 110 enfermos solamente nueve no tenían pérdidas seminales, voluntarias o pasivas. Se ha notado la falta de menstruaciones en la tercera parte de las alienadas, y Algeri, que estudió un gran número de mujeres locas, halló que apenas el 30 por 100 gozaban de menstruaciones normales; y Sheine encontró, entre 192 mujeres enfermas mentales que sólo 27 tenían sus molestias mensuales.

Es muy importante también hacer presente que los ovarios van perdiendo de peso y de volumen a medida que avanza la edad. El peso normal de los ovarios es de seis a ocho gramos, siendo el derecho más grueso que el izquierdo. En la época mensual aumentan de volumen, y en las mujeres de pasiones violentas son más gruesos, notándose la atrofia ovárica en las enfermas de locura grave. El desarrollo paralelo entre el encéfalo y los órganos genitales lo prueba asimismo la relación íntima que existe entre los dos sistemas. Así, los microcéfalos tienen también testículos rudimentarios. En los idiotas los órganos sexuales son pequeños o mal conformados. La pubertad en ellos es re-

tardada o no alcanzan a tenerla, y presentan un carácter de infantilismo. En las mujeres, las menstruaciones aparecen tarde o no se manifiestan nunca. Sollier y Bourneville, que han examinado 758 idiotas e imbéciles, han llegado a la conclusión de que en ellos las anomalías de los órganos genitales son extremadamente frecuentes. En ciertos casos se ha encontrado en estos deficientes una precoz actividad sexual asociada a verdaderos excesos, por faltarles el freno intelectual y moral.

La función de las glándulas sexuales está, como todas las demás glándulas, subordinada a la actividad de otras glándulas de las cuales no puede ir separada. Está íntimamente unida con la glándula *pineal*. Esta inhibe normalmente el desarrollo semático y genital, y, por tanto, su destrucción, debida a ciertos tumores, ocasiona fenómenos de precocidad sexual y psíquica. A su vez la involución de la glándula genésica ocasiona la involución de la pineal, y cuando la glándula sexual vuelve a emprender su actividad la primera regula su función.

La secreción de la *tiroide* influye sobre el desarrollo de los órganos sexuales. Cuando la función de esta glándula es débil ocasiona una hipofunción sexual, impide el desarrollo de la pubertad y de los caracteres sexuales secundarios. La secreción hiperactiva tiroidea produce, en cambio, una gran excitación sexual y una pubertad precoz.

La función sexual está relacionada con la *hipófisis o pituitaria*. La insuficiencia de esta glándula ocasiona una detención o un retardo en el desarrollo de los órganos sexuales, determinando el infantilismo; la talla permanece pequeña y va unida a una gran adiposidad. La castración, las menstruaciones y el embarazo parecen ocasionar la hipertrofia de la hipófisis.

Los ovarios están en relación con las *glándulas suprarrenales*. La alteración corto-suprarrenal ocasiona el virilismo, disminución de las menstruaciones, una hipertrofia singular de los órganos genitales externos e inversión sexual. Las glándulas suprarrenales durante la época fetal parecen contener hormonas virilógenas cuya inhibición permite la diferenciación y la evolución sexual de los seres femeninos.

En la hipoplasia de las suprarrenales se han notado modificaciones de los testículos, especialmente de las células intersticiales.

El *timo* con la castración aumenta de volumen, como se ha observado en los animales castrados, y con la ingestión del timo parece que se ha obtenido un aumento de los testículos y de los ovarios.

Por lo expuesto hasta aquí se puede decir que la secreción interna sexual es la que vigoriza el sistema nervioso, ilumina la mente, inspira el valor, fortifica los músculos, regulariza el crecimiento del cuerpo, robustece la voz, hace germinar el pelo y la barba y determina los caracteres de los distintos sexos. Además, podemos agregar que *el desarrollo y el funcionamiento de la inteligencia están subordinados, en gran parte, a los productos químicos de las hormonas sexuales, siendo una condición necesaria para la integridad mental la integridad de la función sexual.*

#### BIBLIOGRAFIA

- BIANCHI, L.—*La meccánica del cervello*. Torino, 1921.  
 BLOCH, I.—*La vita sessuale dei nostri tempi*. Torino, 1910.  
 BUSCAINO, V.—*Biologia della vita emotiva*. Bologna, 1921.  
 CAULLERY, M.—*Le problèmes de la sexualité*. Paris, 1913.  
 CENI, C.—*Cervello e funzioni materne*. Torino, 1922.  
 DE NAPOLI, F.—*Sesso e amore*. Torino, 1927.  
 DUMÁS, G.—*Traité de psychologie*. Paris, 1924.  
 ELLIS, H.—*El simbolismo erótico*. Madrid, 1913.  
 — *La selección sexual en el hombre*. Madrid, 1913.  
 FALTA, W.—*Le malattie delle glandole sanguigne*. Milano, 1914.  
 FLEZHSIG, P.—*Etudes sur le cerveau*. Paris, 1898.  
 FRANCESCINI, E.—*La vita sessuale dell'uomo*. Milano, 1923.  
 GLEY, E.—*Les sécrétion internes*. Paris, 1914.  
 — *Physiologie*. Paris, 1918-1919.  
 JANET, P.—*Etat mental des hysteriques*. Paris, 1892.  
 KRAFF-EBING.—*Le psicopatie sessuali*. Torino, 1889.  
 LIOY, P.—*Sulla legge della produzione dei sessi*. Milano, 1873.  
 LONWENFELD, L.—*La vita sessuale e le malattie nervose*. Torino, 1911.  
 LORAND, A.—*Ringiovanire*. Torino, 1926.  
 LUCIANI, L.—*Fisiologia dell'uomo*. Milano, 1911, vol. IV.  
 MANTEGAZZA, P.—*Igiene dell'amore*. Firenze, 5.<sup>a</sup> ed.  
 MARAÑÓN, G.—*La doctrina de las secreciones internas*. Madrid, 1915.



- MARAÑÓN, G.—*Tres ensayos sobre la vida sexual*. Madrid, 1927.
- PENDE, N.—*Endocrinologia*. Milano, 1916.
- PENTA, P.—*Influenza degli organi e delle funzioni sessuali sul modo di agire sul sistema nervoso*. Roma, 1897.
- RONDONI.—*Sessualità e ringiovanimento*. Bologna, 1922.
- ROSOLINO CIAURI.—*Il senilismo e i dismorfismi sessuali*. Roma, 1912.
- SFONDRINI, C.—*El placer y el dolor*. Buenos Aires, 1928.
- SHARPEY SCHAFFER, SIR E.—*Les glandes a sécrétion interne*. París, 1921.
- SOLLIER, P.—*Psychologie de l'idiot et de l'imbecile*. París, 1901.
- VENTURI, S.—*Degenerazioni psico-sessuali*. Torino, 1891.
- VORONOFF, S.—*La futura ciencia de vivir*. Barcelona, 1923.
- WITKOWSKI, G. S.—*La generación humana*. Madrid, 1914.

---

---

## CAPITULO III

### La función sexual y el genio

SUMARIO: I. Paralelismo entre la función sexual y la creación genial.—II. El genio transforma su energía sexual en energía psíquica creadora.

#### I. PARALELISMO ENTRE LA FUNCIÓN SEXUAL Y LA CREACIÓN GENIAL

En el capítulo anterior hemos tratado de demostrar con numerosos hechos la correlación estrecha entre los órganos sexuales y el cerebro. En éste nos corresponde hacer ver el paralelismo que existe entre la actividad sexual y la función psíquica. Cuando una de ellas se ejerce con exceso hay detrimento en la otra, las facultades creadoras del pensamiento se compran al precio del poder generador sexual y de la energía vital, en general.

Hemos visto que al entrar en función los órganos genitales es cuando se manifiestan por primera vez las aptitudes creadoras del espíritu. Notamos que en el hombre que abusa de su fuerza sexual la actividad mental superior se realiza con fatiga; mientras que, cuando las secreciones internas sexuales son vivas y abundantes, el pensamiento es claro y luminoso.

Muchos trastornos en la vida sexual pueden ocasionar una perturbación mental. Algunas enfermedades mentales están constituidas por una serie correspondiente de enfermedades genitales. El desarrollo y la diferenciación de los sexos están íntimamente unidos con el desarrollo y la orientación funcional del cerebro. Las experiencias de C. Ceni

y de sus discípulos han demostrado que la mutilación experimental del cerebro en la infancia de los animales produce detención o retardo de los órganos del sexo. La castración en los adultos origina una distinta orientación mental, y en los niños un retardo o disminución del desarrollo del cerebro. L. Bianchi ha observado que la extirpación de los lóbulos frontales en los monos suprime el instinto sexual o lo altera profundamente. La espiritualización o materialización de la psique puede ser descubierta, observando la sublimación o la bajeza de la vida sexual. La patología sexual puede revelar, en parte, la mental. Determinadas enfermedades mentales tienen su origen en determinadas alteraciones sexuales. Es de tener presente que no afirmamos que toda enfermedad mental sea efecto de un trastorno genésico, porque, como se verá a continuación, la *psique* depende de todo el organismo, y *regula no sólo la vida de la especie, sino también la del individuo*. Por este motivo el *pansexualismo*, que hace del instinto sexual la base fundamental de toda la actividad psíquica, tanto normal como patológica, no puede ser verdadera.

Como la psique gobierna la función sexual, en la seducción, en la conquista, en la selección del sexo contrario, y le proporciona formas elevadas, resulta claro que si ella está enferma la vida sexual también sufre sus consecuencias, según puede observarse en los débiles mentales y en los idiotas.

A la alteración de la vida sexual no siempre sigue, sin embargo, la alteración de la vida mental, porque la inteligencia, que tiene una esfera más amplia de acción, llega a veces a adaptarse al desorden sexual y mantener de esta manera un equilibrio en otras actividades.

Entre la vida del individuo y la de la especie existe un verdadero antagonismo. La ley de compensación, de acrecentamiento, manifiesta que cuando se ha acumulado mucha energía en un órgano, otro empobrece. De donde un grado mayor de individualización da lugar a un grado menor de fecundación. Los jardineros cortando los brotes de las flores acrecientan mayormente el volumen del tallo a costa del polen y de la semilla.

Se ha observado que los órganos sexuales y el cerebro

son polos opuestos; ambos están cubiertos de pelos, y el primero ha sido comparado a la raíz y el segundo a la corona de una planta. Se ha hablado de "hemisferios testiculares", en analogía con los hemisferios cerebrales, analogía ésta que hace recordar el significado común y el origen etimológico de las palabras "producir" y "generar". Novalis ha considerado los órganos del pensamiento como las partes genitales de la naturaleza. Los latinos denominaban *genius*, el genio, la facultad generadora del espíritu.

Cuando el cerebro se halla en estado de reposo, de sueño, los órganos genitales entran con mayor facilidad en actividad. Por esto se observa la tendencia a la erección en los momentos en que la conciencia está somnolienta o distraída, y que las poluciones acontecen siempre durante el sueño cerebral. La erección es el despertar de la función sexual, que de subconsciente pasa a ser consciente. La actividad mental, en cambio, inhibe la función sexual, y durante una fuerte excitación genésica es imposible una elevada actividad mental creadora.

El cerebro ha sido hecho para la evolución del espíritu por medio del cual el hombre crea en el mundo físico: casas, ciudades, máquinas, buques, ferrocarriles, industrias, obras de ciencias, de arte, etc. Los órganos sexuales han sido destinados para la procreación de la especie, y es claro que cuando la energía sexual y vital se dirige al polo superior debe resentirse el polo inferior, y viceversa. La época de mayor creación en las artes y de adelanto en las ciencias y de grandeza política de un país se ha señalado siempre por un mayor número de hombres que llevaron una vida austera.

El centro cerebral sexual se puede comparar a un acumulador eléctrico, que envía energía a los demás centros cerebrales activando su función. Y en aquellos que practican la castidad y están dotados de aptitudes intelectuales se observa que sienten entusiasmo por lo bello y lo grande y demuestran mayor ardor y constancia en el trabajo.

Se comprenderá mejor la antítesis entre la función sexual y la mental si hacemos presente de dónde proviene la energía que emplea el cerebro para su actividad. El cerebro no es un creador de energía por sí mismo. Su objeto

es el de registrar, conservar, reproducir, combinar, distribuir, multiplicar, transformar y transmitir las impresiones y la energía que provienen del exterior (1).

El cerebro, aparte de ser un *acumulador*, es asimismo un *generador* de energía de calidad superior y refinada; pero la generación o creación del cerebro se hace a base de energía de naturaleza inferior. La psique, empero, no es producto exclusivo del cerebro, sino del organismo entero, no siendo el cerebro más que el lugar donde la actividad espiritual alcanza su *cohesión* y su *unidad*. La energía que se transmuta en psiquisidad es llevada al cerebro por medio de la sangre, pues aquél está abundantemente irrigado y oxigenado por ésta. Basta comprimir las carótidas, como lo hizo A. Mosso, para que el individuo pierda de inmediato la conciencia. Con esto se comprende el motivo por el cual es necesario una salud corporal para tener una inteligencia sana y vigorosa: si la sangre es pobre en productos reparadores o si es anémica, necesariamente el pensamiento será débil y la atención vacilante. He aquí el por qué las enfermedades mentales tienen una gran correspondencia secundaria con los desórdenes de cada órgano del cuerpo. Las psicopatías no derivan solamente de las lesiones cerebrales, si que también de las perturbaciones del aparato genital, digestivo, circulatorio, respiratorio, etcétera.

Fundado sobre estas bases, hay que hacer, sin embargo, una observación con respecto a la relación entre el cerebro y los órganos genitales. Cada uno de los órganos del cuerpo, aun cuando están bajo la acción de otros, conservan, en parte, una cierta autonomía; no sucede lo mismo con los órganos genitales: sus productos no dependen únicamente de la función de aquéllos, sino que participan, como la psique, del organismo entero.

Para comprobar esto basta hacer presente cómo las más ligeras indisposiciones físicas o morales alteran la vida sexual, y cómo la trasmisión hereditaria revela la condición sana o morbosa del organismo entero de los padres.

---

(1) La existencia de la energía mental y de su transmisión está demostrada por los hechos telepáticos, la exteriorización del pensamiento y ciertos fenómenos hipnóticos y de medianismo.

Los testículos y los ovarios son, como el cerebro, órganos de coordinación de toda la actividad transmisible del organismo. Por estos hechos nos parece exacta la hipótesis de Keiffer (*Essai de Physiologie sexuelle, Bruxelles, 1897*), al considerar que el aparato genital no es el solo y exclusivo depositario de la función sexual, sino que todos los tejidos intervienen en ella, siendo la fecundación la meta definitiva. Ahora bien; cuando el cerebro subtrae de la sangre una mayor cantidad de energía fuera de lo normal, como sucede durante la actividad mental intensa, resultará que lo hace a expensas de todos los demás órganos del cuerpo, incluso los órganos sexuales, los cuales sufren a su vez por la influencia de la debilidad de los demás órganos del cuerpo, ocasionada por el exceso de la actividad cerebral. Si se piensa, además, que toda actividad orgánica tiene por fin primordial la reproducción de la especie; si se tiene presente que los sentimientos y las pasiones que provienen del aparato genital son más violentos y tiránicos que los de los otros aparatos, se podrá con facilidad inducir que es este aparato el que provoca el mayor número de perturbaciones mentales y el que se encuentra en una mayor oposición con las necesidades del genio.

Debido a que la inteligencia creadora llega a perturbarse bajo las exigencias de la función sexual, es como la mayoría de los grandes pensadores han permanecido castos o huyeron del matrimonio para conservar su potencia cerebral. La vida casta que llevaron los más grandes genios es otra prueba de la antítesis entre las exigencias de la vida sexual y las necesidades de la vida intelectual superior (1). Se podrá aquí llamarnos la atención diciendo que ha habido hombres eminentes como Bichat, Gambetta, Mirabeau, Skobelev, Makart, etc., que fueron muy dados a los placeres sexuales. Pero si comparamos la fecundidad intelectual de los unos con la de los otros, se verá que la de éstos últimos era muy reducida. Asimismo hubo genios que tuvieron hijos: Dante, Goethe, Darwin, Galileo, Perugini, Goya, Kepler, Schumann, Rubens, etc. Esto podrá servir, con seguridad, para algunos adversarios de la tesis

---

(1) Véase el capítulo sobre "El genio y la castidad".

que aquí sostenemos, para decirnos que los goces sexuales son perfectamente compatibles con el genio. Los que quieren hacer valer este hecho en contra de la castidad del genio se olvidan de que castidad no implica la ausencia de la función sexual, sino que, por el contrario, la supone: pero entonces está bajo el dominio de las exigencias del espíritu. Además, el genio no lo es siempre durante toda su vida, y en los períodos de su descanso intelectual puede hacer uso de su función genital normalmente, como los demás hombres.

El antagonismo entre los goces sexuales y el genio está únicamente en el hecho de que no se puede en el mismo período de tiempo experimentar un gran entusiasmo intelectual y dedicarse a los goces del amor.

Los que se entregan al trabajo intelectual muy intenso saben muy bien cuán perjudicial es durante ese tiempo el comercio sexual con la mujer. Y los que han querido conciliar al mismo tiempo Minerva con Eva y procrear hijos intelectuales y carnales abreviaron el hilo de su existencia, como les sucedió a Bichat, a Rafael y a muchos poetas.

Aristóteles había observado ya en su *Moral* que durante el goce sexual es imposible pensar claramente. Tal es el parecer también de Destouches en el *Filósofo casado*, al decir que nadie tiene a la vez todos los dones: *On dit, qu'on n'a jamais tout le don a la fois*. Y en el mismo sentido debe interpretarse el dicho baconiano: *Amare et sapere viz Deo conceditur*. El amar y el saber sólo ha sido concedido a los dioses.

Se ha podido observar asimismo que los pensadores profundos, que emplean la mayor parte de su tiempo en la actividad mental, tienen poca o casi ninguna inclinación hacia el amor físico.

Algunos sabios y artistas experimentaron una impotencia sexual transitoria que coincidía generalmente con la época de su mayor trabajo cerebral, cuyo ejemplo lo hallamos en Kierkegaard, Grillparzer, A. Musset, Carlyle, Cowper. Interesante resulta lo que le aconteció al respecto a J. J. Rousseau con la cortesana Julieta de Venecia, que él menciona en sus *Confesiones*, la cual se vió obligada a decirle: *Zanetto, lascia le donne e studia la matematica*.

La causa del divorcio de Ruskin con su mujer parece debida a su esterilidad, y J. Stuart Mill tenía un desarrollo casi infantil en su sexualidad.

Muchos hombres de genio, atrayendo al cerebro la mayor parte de sus energías sexuales y vitales, han resultado estériles, y otros engendraron hijos desheredados del genio paternal. Una gran parte de los poetas ingleses no tuvieron descendencia: Shakespeare, Addison, Pope, Swift, Johnson, Goldsmit, Cowper. Los hijos de Pericles, Tucídides, Sófocles, Sócrates, La Fontaine, Dante, Goethe, Napoleón I, etc., no se han parecido a sus padres.

Cuando la excitación sexual es viva y se tiene el poder de desviar su energía empleándola en la actividad intelectual, ésta resulta más vigorosa e intensa. Como ejemplo de este caso se suele citar el siguiente pasaje de A. Schopenhauer de sus *Nuevas paralelipomenas*, y parece que él habla por experiencia propia: "En la hora en que el impulso sexual es más intenso, no como un lánguido deseo nacido de la vacuidad o de la torpeza del espíritu, sino como un anhelo abrasador, las facultades supremas del espíritu y la conciencia se hallan dispuestas a una actividad más intensa, aun cuando en aquel momento en que la conciencia está sumergida en el deseo, se halla como latente; pero basta un esfuerzo poderoso para cambiar la dirección, y entonces, en lugar de aquel deseo tormentoso e insaciable y desesperado (el reino de las tinieblas), se levanta en la conciencia la actividad de las facultades supremas (el reino de la luz)". Brown-Sequard juzgaba que el procurarse en edad avanzada una cierta excitación sexual fuese de ayuda al trabajo mental.

Se ha podido comprobar igualmente que el período de mayor poder creador coincide con el de la mayor potencia funcional sexual, o sea con la juventud. Casi todas las grandes obras e importantes descubrimientos han sido concebidos por hombres que se hallaban en plena juventud, es decir, en la edad en que las secreciones internas sexuales se encuentran en su completo vigor. Si reparamos, en efecto, en la edad que tenían muchísimos hombres de genio cuando realizaron o concibieron la mayor parte de sus obras, veremos que oscila entre los veinticinco y treinta y



cinco años. Linneo descubrió el sistema sexual de las plantas a los veinticinco años, pudiéndose agregar también Carnot y Claudius. Newton había concebido en su juventud sus inmortales descubrimientos. Descartes tenía veintitrés años cuando concibió su método de la aplicación del álgebra a la geometría. Berkeley compuso su *Teoría de la visión* a los veintitrés años, y Hume tenía veinte años cuando escribió su obra *Tratado sobre la naturaleza humana*. Schopenhauer llevó a cabo a los treinta años su obra capital: *El mundo como voluntad y representación*. Rafael, Pascal, Leopardi, Balmes, Mozart, Byron y muchísimos otros hombres eminentes en las artes, en las letras y en las ciencias murieron antes de los cuarenta años. Afirma asimismo Montagne en sus *Ensayos* que la mayoría de todas las bellas acciones humanas, de cualquier clase que sean, han sido realizadas antes de los treinta años de edad. Disminuyendo la fuerza sexual se ve declinar el pensamiento del genio. Un ejemplo de esto lo hallamos en Napoleón I, que, según Goethe, "veía con mayor claridad en su juventud, cuando se encontraba en plena fuerza ascensional y que más tarde parece haberle abandonado aquella clara visión, así como su dicha y su buena estrella".

Si el genio prolonga sus producciones en edad avanzada es debido, en gran parte, a la conservación de su energía sexual, lo que ha llevado a Goethe a decir que *el genio vive una segunda pubertad mientras que la demás gente sólo son jóvenes una sola vez*. Glasdton, a la edad de ochenta años, vibraba de entusiasmo por la libertad y sentía un profundo odio a la tiranía; Goethe, a los setenta años, producía como a los veinte, y sentía el amor como un joven. Cervantes, Chateaubriand, V. Hugo, Ibsen, R. Ardigó, Wundt, para no citar más que algunos que ya han desaparecido, conservaron su aptitud creadora hasta en los últimos años de su vida.

Un paralelismo entre la sexualidad y la actividad mental puede observarse en la mujer durante la pubertad, que es cuando se manifiesta en ella una especie de disposición para la música, la pintura, la literatura, que desaparece luego con el matrimonio. Se citan mujeres que componían mejor durante el período de las menstruaciones, ha-

biéndose visto igualmente durante este tiempo ímpetus de generosidad y grandes concepciones ideales. Por otra parte, la menor intensidad del deseo sexual que caracteriza a la mujer, nos explica el por qué en su sexo sólo existen talentos y no verdaderos genios, y el mismo talento de la mujer, como veremos más adelante, va unido a una especie de virilidad. Safo, Catalina II, Aspasia, *J. Sand*, la Franco, Blavatsky, A. Besant tuvieron excesos o defectos en sus funciones sexuales.

## II. EL GENIO TRANSFORMA SU ENERGÍA SEXUAL EN ENERGÍA PSÍQUICA CREADORA

Si examinamos la vida de los hombres de genio desde el punto de vista de su instinto sexual, veremos que éste, por lo general, ha obrado en sentido de otros fines muy diferentes de aquel que la naturaleza le dió, esto es, la reproducción de la especie. Pues, en lugar de gastar sus energías sexuales en la esfera específica de la generación física, han permanecido como principales agentes de la producción intelectual, es decir, el genio *sublimiza* sus impulsos sexuales.

Sublimar significa en el sentido psicofisiológico, *elevar, engrandecer, ensalzar o exaltar*, mediante la intervención de una fuerza interna. Sublimar una tendencia egoísta es purificarla de todo elemento que la impulsa a su fin para que no reste de ella más que el impulso motor que la lleva hacia el bien general. Este término significa igualmente el *desvío* de su curso normal de toda tendencia, instinto o pasión inferior, hacia la esfera del intelecto, de modo que sus respectivas energías, en lugar de ser desplegadas en su orden vulgar, son empleadas en beneficio de una actividad psíquica elevada. Así, la soberbia puede ser transformada en orgullo sapiente e iluminado, en un celoso cuidado de la propia dignidad; la vanidad puede ser orientada hacia el bien, haciendo obras virtuosas para hacerse admirar de los demás; el instinto luchador puede ser encauzado hacia el amor a la autoridad, a los deportes, a los juegos; el instinto sexual puede ser transmutado en amor, en caridad, en altruísmo, etc. Si bien se observa, se verá que lo que

llamamos cultura es el resultado, en gran parte, de la sublimación de nuestros instintos y tendencias primitivas.

“La sublimación consiste —dice Freud— en derivar de las tendencias sexuales otros fines extraños a ellas, cuyo resultado es el acrecentamiento de la actividad espiritual del individuo.” “Con el término sublimación —escribe O. Pfister— nosotros entendemos aquel proceso por el cual una función instintiva primitiva e inferior es substituída por una función éticamente más elevada, mientras la suma de las energías psíquicas pertinentes a dicha función (por ejemplo, la sexual) es ascendida a la función superior.”

El vocablo sublimación ha sido usado especialmente por la escuela psicoanalítica. La psicología, en cambio, se ha valido siempre de las palabras *intelectualización*, *idealización*, *espiritualización*, y A. Schopenhauer de la palabra *objetivación* para indicar el mismo concepto. Por este motivo los que piensan que dicha idea ha sido una creación de la escuela psicoanalítica desconocen a fondo la psicología (1).

F. Paulhan establece una diferencia entre la *espiritualización* y la *idealización* o sublimación de las tendencias. La *espiritualización* es la entrada de una tendencia en la vida general del espíritu, su combinación, en el mayor grado posible con las demás tendencias, ideas, sentimientos, actos, etc. La *espiritualización* no es necesariamente una depuración, una sublimación. Por el contrario, en cierto sentido, conduce a un enriquecimiento de la tendencia, mientras que la *idealización* supone la supresión de algunos de sus elementos y, por consiguiente, resulta un empobrecimiento. Un amor que se idealiza sería un amor que deja de tener en cuenta el cuerpo. Un amor espiritualizado, en cambio, no descuida el cuerpo en cuanto éste está representado en el espíritu, aparte de asociarse a él una gran parte de la vida mental. La *espiritualización* de la necesidad de comer no es dejarse morir de hambre, sino asociar a la necesidad orgánica un gran número de elementos, de tendencias y sentimientos, coordinándolos con las ideas de

---

(1) E. Ortolani, en su obra *Essai sur les Plaisirs*, París, 1804, ya usaba el vocablo sublimación en el mismo sentido de Freud.

salud, de preocupación, de conveniencias comunes, personales, impresiones estéticas, sentimientos de familia, todo un conjunto psíquico.

La sublimación de una tendencia o de un instinto no es lo mismo que su *represión* o *inhibición*. Así, para sublimar el instinto sexual no basta *frenar* su impulso, que de por sí resulta perjudicial al cuerpo y al espíritu, como lo enseña la psiquiatría y la psicoanálisis, pues las energías reprimidas buscan casi siempre una vía normal de salida, manifestándose en forma de histerismo, ideas coactas, fobias, etcétera. Para sublimar el impulso erótico es menester, además de su dominio, ennoblecerlo asociándolo a los valores éticos, sociales y estéticos, y emplear sus energías en cosas desinteresadas. Aquellos; pues, que piensan educar, corregir o formar el carácter con el solo desarrollo de la inhibición intelectual o dominio de sí mismo, sin al mismo tiempo unir las tendencias inferiores del educando con las fuerzas espirituales, o encauzarlas hacia actividades de orden moral, sólo logran una falsa y artificial educación. Las tendencias, los instintos, las pasiones, de cualquier clase que sean, son los resortes de toda actividad y no se pueden inhibir sin que al mismo tiempo se quebranten los elementos propulsores de la voluntad. Las tendencias de por sí no son ni buenas ni malas; sólo llegan a serlo cuando son orientadas hacia esos fines. No se debe, pues, sofocar las tendencias, las pasiones, sino que hay que aprovecharse de ellas para poner en actividad las partes más nobles de nuestra psique.

J. Payot, en su trabajo sobre *La educación de la voluntad*, propone como medio para dominar las malas tendencias transferir sus fuerzas en otras actividades.

Por lo visto la sublimación no es una simple permuta mediante la cual el instinto primitivo es substituído por una actividad superior, ni una ramificación de ese instinto, sino que la energía del instinto se transforma y se consagra a elevadas funciones.

La sublimación no se forma tampoco por la simple *transmutación* o *transformación* de la energía vital del yo en la energía espiritual. En el proceso sublimatorio entra siempre un elemento de origen moral, un valor, que es el

que inhibe las tendencias groseras y las encauza hacia más nobles fines. Ella es, pues, un producto de la actividad cerebral. Aquel, por consiguiente, que no posee disposiciones e ideas por lo grande, lo bello, lo bueno y lo santo, no podrá orientar sus tendencias hacia esos fines. Ningún instinto puede ser sublimado sin estar asociado a una tendencia espiritual. Asimismo, ninguna función de orden intelectual superior es producto exclusivo de la transmutación de determinados instintos. El hombre de genio no es producto único de la sublimación del instinto sexual, sino también de su viva aspiración hacia las cosas grandes, del gran placer que siente para la actividad creadora, de sus nobles disposiciones naturales, etc. El santo no podría sublimar su amor inferior en amor divino sin sentir una fuerte pasión por Dios y una gran comprensión de que la Providencia está sobre todos los fines y las cosas de este mundo.

La sublimación sigue a la par con el mayor grado de inteligencia del sujeto. El grado de dignidad moral del sujeto, donde ella se manifiesta, indica el grado de su elevación. Ella no puede efectuarse sin una sobreabundancia de instintos y energías espirituales. Ella no es posible en seres degenerados y deficientes mentales. Se alcanza a la sublimación, casi siempre, después de penosas luchas y conflictos; y la victoria procura serenidad y quietud mental, aun cuando ésta es siempre provisoria, porque la lucha entre el yo inferior con el yo superior dura cuanto dura la vida.

El instinto genital, el más fuerte de todos, está dotado de un modo especial de la capacidad de sublimarse, de cambiar de fin con otro más estimable moral e intelectualmente. Las energías sexuales no gastadas pueden utilizarse así en casi todas las diversas manifestaciones de la vida física, afectiva e intelectual: la ciencia, el arte, la religión, la filosofía, la filantropía, la industria, etc., todas pueden promoverse por el uso de la tendencia sexual no satisfecha, con el desvío hacia el cerebro de su energía dinamogénica.

La energía desplegada por la tendencia sexual es una fuerza bruta y grosera, obra en el cerebro automáticamente

te, sin producir beneficios morales apreciables, a no ser la reproducción de la vida; concentrada, en cambio, en el cerebro se enriquece, se sutaliza y se transforma en energía espiritual.

El genio, mediante la transformación de esta energía, se convierte en centro radiotelegráfico, mediante el cual establece correlaciones a través de los tiempos, y sus obras se presentan como los principales factores de la civilización y como educadoras de la Humanidad. La gran concentración y localización de la energía vital en el cerebro nos da la clave del misterioso poder que poseen ciertos espíritus eminentes para proyectar y materializar en el mundo visible las formas que su imaginación ha construído en lo invisible, valiéndose de la energía inerte.

Muchas obras de arte y de ciencia no son en el fondo más que el resultado de la transformación de las fuerzas de origen sexual. Un deseo amoroso es transmutado, por hallar algún obstáculo, en poesía o en obra de arte. Las desdichas de un amor desgraciado, en lugar de ser sofocadas con excesos físicos o con la desesperación, el hombre de grandes miras los emplea para escribir un libro o para hacer investigaciones provechosas para el progreso científico. La literatura erótica es, en gran parte, una objetivación del deseo genésico. El amor al bien, a la belleza, a la verdad es, según Platón, amor de sexo transfigurado, hecho trascendente. El canto de los poetas expresa la plenitud de las fuerzas vitales bajo las formas de imágenes vivaces y de entusiasmos líricos. Muchos sistemas filosóficos son medios por los cuales el hombre superior trata de calmar el tormento que él mismo siente y las dudas que experimenta su proteiforme afectividad.

El genio, por lo general, transfiere su amor hacia la mujer, al objeto de su estudio, de su arte o de su investigación; transforma su pasión carnal en equivalentes mentales, estéticos y morales. La esencia del genio consiste precisamente, como lo ha notado A. Schopenhauer, en el predominio de la inteligencia sobre la voluntad, cuyo foco principal es el sistema sexual; en otras palabras, *el genio es la suprema sublimación del instinto genital*. De los deseos reprimidos, se ha dicho, florecen los símbolos. Al re-

nunciar Goethe al amor de una muchacha, hizo surgir la elegía denominada de *Mariemband*, que fué la última lírica del gran poeta. El inmenso dolor causado por la renuncia del amor que R. Wágner sentía por Matilde Wesendonk, le sirvió para crear *Tristán e Isolda*. El mismo compositor, en la *Tetralogía de los Nibelungos*, quiso advertir que el oro del Rhin no pudo ser conquistado más que por aquél que renunció al amor. La poesía femenina ha sido considerada como una especie de instinto sexual idealizado. La mayoría de las poetisas no han conocido, por lo general, el amor y buscan un sustituto espiritual. Cuando se casan y tienen hijos, no sienten más la necesidad de escribir versos. Goethe refiere que ha conocido muchachas que dibujaban admirablemente, pero que dejaron el dibujo tan pronto como fueron esposas y madres.

En la vida ordinaria suceden con frecuencia muchas sublimaciones, y S. De Santis cita algunos casos presenciados por él. La moda, la danza, los juegos de sociedad y otras manifestaciones placenteras de la vida social, son equivalentes sexuales, transformaciones de la tensión sexual. El culto de la virgen María, en la religión católica, es un espléndido ejemplo de la sublimación del amor hacia la mujer.

“Un deseo insatisfecho o reprimido, escriben Tanzi y Lugaro, deja un estado de tensión duradero, y esta tensión puede llegar a ser útil, facilitando las tendencias genésicas a la acción, o mejor a ciertas acciones, que adquieren el mismo tono, tal vez por contraste, con el deseo insatisfecho o condenado, dándole un desahogo más elevado y a menudo generoso; pero tanto más intenso cuanto mayor ha sido el sacrificio de la renuncia. Los deseos sexuales, por su inoportuna indiscreción, piden con frecuencia el beneficio de la conversión, la reducción a otros denominadores, la transposición de su tensión afectiva, sobre un término nuevo y distinto. El amor insatisfecho exalta las tendencias líricas al combate, al heroísmo; todas las cualidades, en suma, que servirían para acrecentar el relieve de la personalidad, y es sabido cómo las artes, y sobre todo la literatura, deben a él numerosas obras maestras. El ardor sentimental del erotismo reprimido o inconscien-

te impele a muchas mujeres al misticismo, a las exageradas prácticas de la devoción, a una zoofilia sectaria, a la ambición social y política, y también al altruismo más puro, a la caridad, a la filantropía más desinteresada. Igualmente el instinto maternal se convierte a menudo en una necesidad poderosa de socorrer y confortar a los niños abandonados, a los débiles, a los enfermos, a los animales. Y con frecuencia las acciones en apariencia más nobles y severas son el producto perfeccionado y ennoblecido de tendencias egoístas, de ambiciones mediocres, pequeñas y hasta ridículas, que todavía proporcionan un tema y una meta a aquel tono afectivo y que es condición necesaria de toda acción."

El arte y la poesía, según L. Winiarski, no son sino elementos diferentes de artificio, de seducción y de adorno, que forman parte del papel activo del macho en la relación sexual. Las energías sexuales, no pudiendo encontrar satisfacciones inmediatas, se transforman en coquetería, en adornos y, por lo general, en medios de atracción sexual. Una mujer, por ejemplo, si el hecho sucede en los tiempos primitivos, arrancará una flor y se la pondrá en la cabeza. Ella quiere de esta manera agradar, es decir, atraer al hombre. Dicho de otra manera: la energía sexual, que no encuentra salida, buscará una descarga en la belleza, que es un medio de atracción indirecta. Otras mujeres emplearán para el mismo fin peines, plumas, etcétera. Los hombres se mutilarán, se harán tatuajes, etcétera. Pero en el fondo, se tiene aquí la transformación de una cierta parte de energía biológica potencial en trabajos necesarios para llevar a cabo estos adornos. La energía estética, además de servir para la atracción sexual, puede en ciertas circunstancias transformarse en energía moral y servir para expresar la amistad, la dignidad personal. Cuando un creador piensa, escribe o pinta de una manera bella es porque todo su ser está inconscientemente dirigido hacia la conquista amorosa, pues él se adorna de los elementos más poderosos para la seducción. En los creadores de edad avanzada, en los sabios, en los filósofos, la belleza puede transmutarse en inteligencia, astucia; pero estos fenómenos tienen la misma procedencia biológica.



Goethe y Chateaubriand inspiran involuntariamente, siendo viejos sexagenarios, sentimientos a las niñas de dieciocho años. La comprensión, la inteligencia, la astucia, pueden ser consideradas, en cierto modo, como *atributos del amor*. Y cuanto más grande es el amor y el hombre, es decir, la energía biológica, más grande es el poder de comprensión y de síntesis. Por este motivo, en los genios, la belleza va a la par con una gran capacidad de asimilación y de síntesis, constituyendo la facultad creadora, la poesía. Por esta causa el misterio de la fuerza creadora, el misterio del poeta, del artista, del sabio, del genio, deben ser buscados no solamente en sus órganos especiales, como el lenguaje, el oído, la vista o el cerebro, sino en sus íntimos procesos psicológicos, en su apetito y en su amor.

En su obra, *Die Phantasie als Grundprincip des Weltproceses*, München, 1887, Jacob Froschammer manifiesta que cuando surge en el hombre la tendencia a la generación física, puede, por intermedio de la inteligencia, divergirse de su curso y volcarla dentro de sí mismo en provecho propio, transformando las sensaciones en sentimientos, los deseos corporales en deseos espirituales, los ardores sexuales en entusiasmos ideales. De dónde la causa del amor místico e ideal, con sus vivos sentimientos y exaltaciones, cantado por los poetas; pero asimismo la emancipación del espíritu, el cual, libertado de las últimas ilusiones del deseo físico, descansa en la serenidad de una vida puramente espiritual, y elevándose sobre las funciones del organismo, adquiere independencia y pleno dominio de sí, y se substraer de la necesidad de perpetuar la especie, substituyendo la *fecundidad material* por la *fecundidad moral*, las creaciones del mundo de los cuerpos por las del espíritu, transformando la fuerza vital en inteligencia, y la potencia generadora en facultad evocadora de imágenes, de aprehensión de nuevas relaciones y creadora de nuevos mundos internos.

Las secreciones internas sexuales aumentan con la inhibición de las secreciones externas y van a erotizar los centros nerviosos, refinan las tendencias y los sentimientos, refuerzan la actividad de las representaciones y hacen más vivo el placer que se une al amor puro, a la amis-

tad, a la vida moral y estética. Por este motivo, los artistas, los sabios, los grandes pensadores se retiran con frecuencia de la vida social común, se abstienen de todo goce material y se permiten sólo las más indispensables necesidades de la vida, con el propósito de dedicarse a fondo a su actividad espiritual y de favorecer sus inspiraciones. La riqueza y grandeza de sentimiento, la capacidad de simpatizar de comprender los hombres y las cosas, la exquisita sensibilidad moral y estética dependen de una cierta disminución de la energía brutal, de un cierto desfallecimiento de la animalidad sana en el hombre.

El genio, aunque sublimiza su instinto sexual, no es, sin embargo, un ser desexualizado, y aquellos que por ignorancia se castran materialmente para no verse arrastrados en el fango de los bajos instintos, se cortan al mismo tiempo las alas para elevarse a las supremas alturas. El genio, volvemos a hacerlo presente, no es, empero, puro producto de la sublimación, sino que es el resultado de una multitud de causas muy complejas y difíciles de aclarar en su totalidad.

Pero si se tiene presente que la naturaleza ha condensado en los órganos destinados a la procreación una de las más poderosas manifestaciones de la energía; si se piensa que sin esta energía transmutada, al genio le falta el más grande y agudo estímulo para su actividad; si se tiene en cuenta que la genialidad es una gran convergencia de la energía vital, una gran etapa del amor; que la inspiración es la concentración de todas las facultades sobre un solo punto; si se recuerda que con la aparición del excitante sexual aparece la aptitud creadora del espíritu, se verá entonces que el genio, si no se forma exclusivamente con la sublimación del instinto sexual, menos puede existir *sin la transmutación de este instinto, sin el amor.*

#### BIBLIOGRAFIA

- AMBROSI, L.—*La psicologia dell'immaginazione*. Roma, 1898.  
ASSAGIOLI, R.—*Trasformazione e sublimazione delle energie sessuali*. *Rivista di Psicologia*. Bologna, 1911.  
BLOCH, I.—*La vita sessuale dei nostri tempi*. Torino, 1910.  
BOVET, P.—*El instinto luchador*. Madrid.

- DE SANTIS, S.—*La conversione religiosa*. Bologna, 1924.
- ECKERMAN, I. P.—*Conversaciones con Goethe*. Madrid, 1920.
- FREUD, S.—*Obras completas*. Madrid, 1922-1925.
- LOMBROSO, C.—*L'uomo di genio*. Torino, 1894.
- METCHNIKOFF, E.—*Essay optimiste*. París, 1907.
- MORSELLI, E.—*La psicanalisi*. Torino, 1926.
- NIETZSCHE, F.—*La volonté de puissance*. París, 1909.
- NOVALIS.—*Les disciples a Saït et les Frament*. Bruxelles, 1895.
- PAULHAN, F.—*Le transformations sociales des sentiments*. París, 1920.
- PETRONE, I.—*Ascética*. Napoli.
- PFISTER, O.—*Pedagogia e psicanalisi*. Napoli, 1927.
- REGIS E. y HESNARD A.—*La Psychanalyse des nevroses et des psychoses*. París, 1914.
- RIBOT, TH.—*Ensayos acerca de la imaginación creadora*. Madrid, 1901.
- ROUX, J.—*Psychologie de l'instinct sexuel*. París, 1899.
- SCHOPENHAUER, A.—*Morale e religione*. Torino, 1921.
- *El mundo como voluntad y representación*. Madrid.
- SPENCER, H.—*L'evoluzione morale*. Torino, 1909.
- TANZI, E. y LUGARO, E.—*Trattato delle malattie mentali*. Milano, 1914.
- VENTURI S.—*Degenerazioni psico-sessuali*. Torino, 1891.
- WINIARSKI, L.—*L'equilibre esthétique, Revue Philosophique*. París, 1899.

---

---

## CAPITULO IV

### El genio y la castidad

SUMARIO: I. Qué es la castidad. — II. La castidad como condición del genio. — III. La castidad es compatible con la salud física y mental. — IV. Consecuencias funestas biológicas y morales del comercio sexual antes del matrimonio.

#### I. QUÉ ES LA CASTIDAD

El genio, si vive una *segunda pubertad*, según hemos visto en el capítulo antecedente, no es porque, como dice Goethe, tiene una entelequia más vigorosa, sino porque hace muy poco uso de su función genésica, y ésta puede así conservarse muy activa hasta una avanzada edad. Lo comprueba el hecho de que la mayoría de los genios fueron castos o, por lo menos, cultivaron la castidad en los períodos de su más intensa actividad mental. Examinando más de cerca la relación íntima entre la castidad y la actividad genial, veremos que ésta presupone siempre la primera, y se puede afirmar, sin dificultad alguna, que *el genio perfecto es esencialmente casto*.

La castidad es el gobierno de sí mismo aplicado a la vida sexual (C. Wágner). La castidad así comprendida no es la negación de la sexualidad, ni el desprecio de la mujer; no es la abstinencia absoluta, aunque puede algunas veces coincidir con ella, sino que es una dirección de la función genésica hacia fines elevados, es una disciplina que trata de guardar una justa proporción entre las exigencias de la vida genital y las exigencias de la vida civilizada y superior.

El concepto de castidad, asociándose al concepto de moralidad, determina que puede haber personas que son continentes en absoluto sin ser castas, como hay hombres castos sin ser ascetas. Hay muchos que son abstinentes por motivos egoístas, por timidez, por impotencia u otras causas; empero están dominados por una imaginación pervertida y por ideas obscenas respecto de la vida sexual. Hay otros, en cambio, que, aunque castos, no desdennan la función sexual; pero hacen uso de ella de un modo superior, y el otro sexo ocupa un puesto sagrado en su espíritu, tal como lo prescriben la ética y la religión. La verdadera castidad implica, por consiguiente, la idea de sexualidad asociada a la idea de pureza, y ella no está en contradicción con la función genésica y, por ende, con el amor, la familia, la vida conyugal y normal, sino que va unida a todos ellos de una manera noble y bajo la dirección de un ideal elevado. La castidad no se concibe en un eunuco; ella existe en cuanto hay fuerzas sexuales para ser gobernadas y en cuanto éstas se convierten en factor de dominio con relación a las demás personas y con relación a nosotros mismos.

Pueden reducirse a tres las diversas opiniones acerca de la influencia que tiene sobre el cerebro la actividad o inactividad de las secreciones *externas sexuales*.

Para algunos la castidad constituye la condición superior que permite el desarrollo de las energías humanas bajo las formas más refinadas e intelectuales. Así, la fuerza física, la agilidad, la potencia intelectual y aquella plena salud que aparece en el rostro rosado y fresco del adolescente y de algunos genios es debido a su castidad.

Otros sostienen que el ejercicio moderado, pero activo, del placer sexual sea una condición necesaria del vigor de las funciones psíquicas y físicas.

Por último, hay quienes pretenden que la disipación sexual sea la ley suprema de toda fuerte individualidad.

Para ver cuál de estas tres opiniones es la verdadera, es necesario recordar algo de lo que dijimos al estudiar las relaciones entre el cerebro y los órganos genitales. Hemos notado que los órganos sexuales tienen doble función: una interna y otra externa; que la primera ejerce

una acción excitadora sobre el cerebro y determina los caracteres propios de cada sexo, y que la segunda obra en función de la especie. Hemos hecho presente, además, que entre ambas funciones hay antagonismo, es decir, que cuando la función secretora de los órganos sexuales se dirige hacia el exterior, la tonicidad interna y mental disminuye, y viceversa, cuando la secreción externa cesa, la interna aumenta. Fundados sobre este hecho fisiológico, damos por falsa, desde luego, la opinión de que la disipación sexual sea la suprema ley de toda fuerte individualidad.

La segunda opinión, es decir, que el ejercicio moderado de los órganos sexuales sea favorable a la actividad psíquica, se basa en la creencia de que el placer provocado por la cópula aumenta la capacidad secretora de los órganos sexuales, aumento que puede ser factor favorable luego para la secreción interna. El abrazo sexual, en efecto, implica una pérdida de energía para el organismo, porque parte de la energía interna es gastada en la actividad exterior; pero al mismo tiempo obra como excitante y tónico de la secreción interna, entre los límites de una buena salud, abundante nutrición y edad viril. Por otro lado, una absoluta continencia, disminuyendo la intensidad de la secreción externa, hace disminuir la interna y termina por entorpecer el cerebro, si es que no intervienen poluciones nocturnas fisiológicas a cada intervalo más o menos largo de tiempo. Se sabe que la inactividad de un órgano, debilitando la irrigación sanguínea correspondiente hace que disminuya su vigor. Así es como se explica que el apetito sexual sea menor después de la abstinencia y crece después de excitaciones y satisfacciones repetidas. Siguiendo esta manera de ver, resulta que las mejores condiciones para la actividad intelectual son tal vez aquellos períodos de abstención sexual, después de épocas de amor, en cuanto durante este tiempo la secreción interna se acrecienta mayormente por la suspensión de la secreción externa. Se tiene una prueba de esto en lo notado por P. Mantegazza, Hirst y otros, de una gran actividad mental después de una feliz noche de amor.

Si comparamos entre sí las dos primeras opiniones veremos que se unen en un punto, esto es, que la primera, es

decir, la castidad, no excluye como la segunda la posibilidad del ejercicio moderado de la función sexual, mientras no llega a ser ésta una causa de debilidad mental. Pero divergen entre sí, en cuanto la primera admite que el ejercicio sexual debe siempre realizarse de una manera moral, mientras que la segunda no distingue forma alguna. Además, los partidarios de la castidad, observando los graves inconvenientes morales y sociales que tiene el uso del placer antes que la persona haya adquirido un gran dominio sobre sus impulsiones, condena el ejercicio sexual fuera del matrimonio y antes de la edad de la completa madurez sexual; separándose de esta manera la segunda, que mira solamente el beneficio que puede proporcionarle momentáneamente la inteligencia y descuida los inconvenientes morales futuros y las consecuencias posteriores que la inteligencia es capaz de sufrir como efecto de ese ejercicio llevado a cabo sin un ideal superior.

Los que proponen el ejercicio moderado no distinguen temperamentos, constituciones individuales, cayendo en lo arbitrario, porque lo que para una persona es un excitante intelectual (el uso moderado de la función genésica), para otra resulta una relajación de su mente. Por este motivo los partidarios de la castidad, que se basan sobre datos fisiológicos, psicológicos y morales y tienen en cuenta la totalidad de la vida de la persona, son los únicos que merecen nuestro crédito.

## II. LA CASTIDAD COMO CONDICIÓN DEL GENIO

El desarrollo de la mente y la gran concentración de las facultades mentales requieren como condición ineludible la castidad o períodos más o menos largos de continencia. Demuestra esto la antítesis que hemos observado anteriormente entre los intereses de la especie y los intereses de la mente creadora.

Un conocido escritor, de talento, decía: "Cuando yo me entrego en los brazos de una mujer, por algunos días no puedo trabajar". (Cit. por M. De Fleury.)

Hace presente F. Nietzsche que la castidad y una rela-

tiva prevención sabia y fundamental de las cosas eróticas, aun en las que al pensamiento sólo conciernen, son las dos cosas necesarias para la formación de la parte más elevada y hermosa de la vida, aun tratándose de naturalezas completas y ricamente dotadas de los más altos dones.

“El semen retenido largo tiempo en las vesículas seminales es —dice P. Mantegazza— una verdadera fuente de energías que pueden desplegarse bajo las formas más variadas. La memoria es pronta y tenaz, el pensamiento rápido y profundo, la voluntad robusta, y el carácter adquiere un temple y vigor del todo desconocido para los libertinos.”

“Conozco más de un estudioso —escribe S. de Santis— para el cual el trabajo mental “amado” constituye casi un equivalente de la función sexual.” Y afirma I. Bloch: “Conozco a muchos que después de una prolongada abstinencia caen en un estado de concentración y exaltación psíquica”.

Un hecho importante que nos hace ver que la creación genial está condicionada por la castidad, lo hallamos en la vida continente y austera que llevaron la mayoría de los hombres de genio. Newton y W. Pitt fueron castos toda su vida. San Pablo se vanagloriaba de su absoluta continencia. Nietzsche, Beethoven y Schubert cultivaron en alto grado la castidad. Mozart, a la edad de veinticinco años y cuando ya había producido muchos trabajos notables, escribía en sus cartas que jamás había tocado una mujer, aun cuando anhelaba conocer el amor y el matrimonio. Pero no podía sostener los gastos que supone el casarse, ni quería seducir a una niña inocente, y las relaciones veniales le eran en extremo repugnantes.

Sobre la castidad de T. Tasso dice el mismo: “El calor de la concupiscencia y de la carne se ha extinguido casi en mí”. Manso, citado por Roncoroni, escribe acerca de Tasso: “El vivió en sus años juveniles con maravillosa pudicia. Fué enemigo de todo acto injurioso a las sagradas leyes del matrimonio y contrario de enredarse en la suciedad de mujeres viles; en todo el curso de su vida de ninguna tuvo que olvidarse”.

Ranieri y Mamiani, amigos de G. Leopardi, aseguran



que éste llevó intacto al sepulcro la flor de su virginidad, y que nunca se dejó seducir por la voluptuosidad.

Un sacerdote amigo de Miguel Angel le dijo en una conversación que tuvo con el gran artista: "Es pecado que usted no haya tomado mujer, porque habría tenido muchos hijos y dejado a ellos muchas fatigas honradas". A esto respondió Miguel Angel: "Yo tengo demasiada mujer, que es este arte que me ha hecho siempre atribular, y mis hijos serán las obras que yo dejaré".

Epaminondas, a quien se le reprochaba no tuviera hijos, respondió: "Las victorias de Leuctra y Mantinea son mis dos hijas". Flaubert escribía a *Jorge Sand*: "La musa por cuanto áspera y molesta nos da menos disgusto que la mujer. Yo no puedo armonizarla una con la otra". Cicerón, después de haber repudiado a su mujer, contestó a los que le aconsejaban tomar otra: "¡Eh! Amigos míos, no sabéis que es imposible desposarse a un tiempo con una mujer y la filosofía".

Plutarco, en sus *Vidas paralelas*, dice de Alejandro: "Siendo todavía muy joven se manifestó ya su continencia, pues con ser para todo lo demás arrojado y vehemente, en cuanto a los placeres corporales era poco sensible y los usaba con sobriedad".

Pitágoras era un hombre libre, sobrio y casto; Julio César fué de una asombrosa austeridad; Paracelso hacía dudar de su sexo; tan extraño le era el amor sexual; Raimundo Lulio y Plotino de Alejandría llevaban los rigores de la vida hasta el más exaltado ascetismo. Célibes fueron Platón, Leonardo de Vinci, Espinosa, Mendelshon, Camoens, Leibniz, Locke, Descartes, Alfieri, Hume, Cavour y muchísimos otros.

"Tratándose de poetas y novelistas —dice H. Ellis—, la castidad podrá ser menos aparente, pero existe también con frecuencia, a veces disfrazada con esas violentas repercusiones que el episodio amoroso más insignificante ejerce sobre el organismo poético.

"La vida de Goethe, por ejemplo, parece a primera vista como un continuo episodio amoroso dividido en series; pero si recordamos que se trata de un hombre que llegó al término de su larga vida con todo el vigor de su naturaleza,

que sus amores eran de larga duración y que influían profundamente en su vida emotiva y en su trabajo, y que con la mayoría de las mujeres que luego inmortalizó no sostuvo jamás relaciones sexuales; si recordamos, además, que esos episodios amorosos pudieron ser la causa de aquella cantidad inconmensurable de trabajos, es fácil que convengamos en que las satisfacciones sexuales ocuparon en la vida de Goethe una parte muy inferior a la que generalmente ocupan en la vida del hombre normal, aun cuando no dejen en éste alguna huella aparente lo mismo intelectual que emotiva. Sterne declaró que vivía continuamente con una Dulcinea ante sus ojos, y, sin embargo, el número de relaciones íntimas que sostuvo es reducidísimo. Balzac pasó la mayor parte de su vida encerrado en su despacho trabajando duramente y sosteniendo durante años y años una correspondencia amorosa con una mujer. Eso mismo ha ocurrido a muchos creadores artísticos, pues, como dice Landor, la ausencia es la madre incorpórea e invisible de la belleza ideal."

A veces se podrá dudar de lo manifestado por algunos pensadores cuando dicen que su vida ha sido casta aun cuando fueran libertinas sus obras. Pero si se piensa que las energías que el genio gasta en sus inspiraciones emanan, en parte, de los órganos sexuales, tal duda podrá fácilmente disiparse.

Un buen número de literatos y pensadores, entre ellos E. Renán y H. Balzac, aconsejan a los jóvenes escritores la castidad, la moderación y la diligencia, si desean sobresalir en alguna cosa y aumentar la producción intelectual.

En la conocida novela de A. Dumas, hijo, *Affaire Cle-menceau*, se demuestra la falsa opinión que se tiene sobre la necesaria incontinencia del artista.

El autor pone en boca del viejo escultor Ritz lo siguiente: "Se cree, generalmente, que las costumbres de los artistas son más libres y más relajadas que las de aquellos de las otras clases de la sociedad, y que la pasión, el vicio y el libertinaje se desarrollan entre ellos sobre un terreno propicio. Todo esto sería inseparable del genio. Usted podrá ver con sus propios ojos y tendrá la ocasión de persuadirse de que éstas son opiniones erróneas. *No existe*

*ninguna conexión durable entre el vicio y el genio.* Cuando ambas de estas cualidades se encuentran en un hombre, una de ellas anula infaliblemente a la otra. Observe atentamente la vida privada de aquéllos que con razón pretenden el nombre de artistas y hallará que estos hombres son de fe positiva y algunos de ellos de una pureza de costumbres semejante a la de los santos. *El verdadero genio es casto* y cualquier forma que tenga su obra conserva el carácter de la castidad". I. Clemenceau mismo replica: "Nosotros debemos esta opinión general de nuestra disolución a aquellos individuos desvergonzados, corrompidos y podridos, que se llaman artistas, porque este nombre a los ojos del gran público no obliga a nada y todo perdona. Yo he aprendido a conocer muchos de esta clase; por la mañana en los *ateliers*, al anochecer en las tabernas y por la noche en cualquier parte. Tienen siempre delante de sí una gran obra cuya ejecución no logran nunca. Ellos critican todo lo que los otros crean, y cuando, por fin, parten de este mundo, no dejan otra huella de su existencia más que las cenizas de sus pipas. Estos son tan poco artistas como los fraudulentos son comerciantes y los desertores son soldados".

No pocos fueron aquéllos que por medio de la castidad conservaron hasta la extrema vejez vivos los entusiasmos, siempre prestas las energías y siempre bella la vida, y en todos los libros de historia y de moral se podrá hallar que el hombre ha buscado en la castidad un modo para duplicar sus fuerzas y para dedicarlas a fines superiores.

En la Universidad de París, por un espacio de más de seis siglos, ningún hombre casado pudo ser admitido en ninguna Facultad.

La impotencia mental coincide con la debilidad de la energía sexual e inmediatamente después de los goces sexuales se carece de la facultad creadora psíquica superior. La exaltación de la imaginación creadora coincide con la potencia de la excitación sexual, y la decadencia de aquélla durante la vejez tiene lugar con la disminución de la energía de ésta. El genio es, en este sentido, *la virilidad del espíritu*, la potencia de invención y de síntesis. La *disipación sexual* de nuestros tiempos es una de las tantas causas de la disminución de los hombres de genio y del

aumento, en cambio, de los talentos y de una gran multitud de pensadores y escritores mediocres.

Conocida es la abyección intelectual de aquéllos que han crecido en un ambiente sin obstáculos, como la decadencia que sufre todo ardor sentimental y vigor volitivo en la satisfacción fácil y frecuente del deseo sexual. Por esto la castidad ha sido impuesta a aquéllos que tienen la tarea de adquirir el dominio sobre sí y sobre los demás, y los grandes genios y directores de la Humanidad fueron principalmente continentes.

La apatía, cuando no proviene de causas puramente intelectuales u orgánicas, depende de excesos sexuales. Por el contrario, la excitación de la voluntad, la vivacidad del carácter, es efecto de un continuo estímulo de las secreciones internas genésicas, siendo esa excitación y vivacidad un medio de descargar la energía sexual. Características del genio son las de estar poseído por una constante inquietud, la de sentir una insaciable curiosidad y necesidad de crear siempre algo nuevo, la de experimentar una perpetua agitación, y tales cualidades no son posibles en él sin un ardor sexual siempre presente que se obtiene mediante la castidad. La agitación producida por la secreción sexual interna puede observarse igualmente en los animales durante la época de celo.

Una voluntad enérgica, regular, metódica, continuada e infatigable se encuentra asimismo en íntima conexión con la castidad o un erotismo atenuado. Los animales machos que trabajan mejor bajo la dirección del hombre son aquellos a los que se ha mutilado parte de sus órganos viriles, disminuyendo de este modo su energía sexual, mientras que los machos íntegros son menos domables. La mujer que, con relación al hombre, es más casta y sus deseos sexuales menos violentos, nos dice la historia que fué la primera labradora y la primera iniciadora de la civilización material; ella producía mientras el hombre se dedicaba a la guerra, a la caza y a la pesca. La agricultura, la medicina, el arte de hilar, de tejer, de coser y de cocinar fueron hallados por mujeres. G. Ferrero explicaba en el año 1894, la superioridad de la industria de la raza sajona sobre la de la raza latina, por la mayor capacidad de aqué-

lla a la adaptación metódica de su voluntad, que deriva en parte de su mayor castidad y menor erotismo; mientras que la mayor voluptuosidad de los latinos hace que sea para éstos la metodicidad de la voluntad más difícil y que tengan menor aptitud para el trabajo largamente constante.

El hombre de genio que se vale de la abstinencia para calmar su ardor sexual externo y aumentar, por el contrario, lo interno, obtiene también mediante este procedimiento la tranquilidad de sus deseos eróticos y una constante y férrea voluntad en sus propósitos.

El genio, además de ser una gran capacidad para sentir, una gran aptitud para imaginar lo nuevo, una razón sublime, es igualmente *una gran paciencia*. "Pensando siempre en ella", dijo Newton cuando le preguntaron cómo había hecho para descubrir la ley de la gravitación universal. Decía A. Mosso: "Si el tiempo me fuera suficiente desearía escribir un libro con el título: *Genio y fatiga*. No digo que el genio sea paciencia, y nadie, mucho menos un fisiólogo, puede admitir que los genios hayan podido simplemente con la voluntad y la perseverancia ser aquellos que fueron; digo solamente que la *fatiga es la base de la creación en las artes y en las ciencias*". La voluntad constante e infatigable es, en efecto, una de las condiciones esenciales de la grandeza de los hombres de genio, y si se estudia la vida de cada uno de ellos se verá que ninguno pudo substraerse a la ley del trabajo asiduo y la fatiga para la realización de sus obras inmortales. A. Sabatier, en su *Philosophie de l'effort*, ha demostrado que el esfuerzo es el factor necesario y superior de toda transformación y evolución. La acción es la ley esencial de todo progreso.

La fuerza de voluntad y la constancia es para el hombre la palanca que buscaba Arquímedes para remover el mundo. El querer es la cosa más fácil y al mismo tiempo la más difícil. Querer cuando se trata de llenar una necesidad, una pasión egoísta o para adquirir honores personales, es la cosa más sencilla; querer, en cambio, algo que responda únicamente a nobles y desinteresados fines y que implica para nosotros continuados sacrificios, es entonces lo más arduo y dificultoso. A pesar de esto, no hay voluntad per-

fecta donde no hay renunciación de sí mismo en pos de lo bello, de lo grande, de lo verdadero y de lo bueno. El hombre que pierda el equilibrio frente a la prosperidad o la desgracia, que es arrastrado por los goces inferiores o repelido por las penas del sacrificio, no podrá llevar a cabo ninguna obra que atraiga la atención de la Humanidad. Las pinturas del Juicio Final, el descubrimiento de América, la Historia Natural, la *Divina Comedia*, el *Don Quijote de la Mancha*, las *Luisiadas*, el *Paraíso Perdido*, la *Crítica de la Razón Pura*, el *Fausto*, no se pudieron llevar a cabo sino por aquéllos que adquirieron la suprema constancia y voluntad. Las grandes obras sólo las hacen los concentrados en su sabiduría o arte, los que han dominado en sí mismos todas las pasiones, en una palabra, los hombres castos. *Se necesita genio, tanto para terminar un trabajo importante como para concebirlo*; pues sucede algunas veces que al artista o al sabio les falta la energía, el aliento, el poder para llevar a su término lo que admirablemente han comenzado.

La *inspiración genial* misma va unida a la castidad. Si bien se mira, ésta no es más que ese instante en que el genio alcanza la *suprema sublimación de su instinto sexual*, no es más que ese momento en que él se halla libre de todo sentimiento que perturba su conciencia superior: su alma serena y transparente llega entonces a ser como un espejo donde se refleja sin mancha la pura luz de la verdad. Cuanto más la mente se encuentra alejada del cuerpo y menos ocupada se halla en pensamientos terrenales, es más divina en sus visiones:

*E che la mente nostra, peregrina  
Più dalla carne, e men, da pensier, presa,  
Alle sue vision, quasi è divina.*

(DANTE, *Purgatorio*, C. IX.)

Dice igualmente el mismo poeta que cuando el alma se separa de la carne y mudas están las facultades sensitivas, la memoria, la inteligencia y la voluntad en sus actividades son más agudas que antes:

*Solvesi dalla carne...*

.....  
*L'altre potenze, tutte quante, mute;  
Memoria, intelligenza e volontade,  
In atto, molto più che prima, agute.*

(Purgatorio, canto XXV).

Ha escrito Emerson en sus *Siete ensayos*: "La visión sublime se revela al alma sencilla que habita en un cuerpo casto". El hombre que aspire a la genialidad debe, pues, hallarse puro de cuerpo y alma, y en algunas religiones las deidades más elevadas carecen de sexo.

Basándose sobre el hecho de la castidad del genio y de que muchos innovadores en las ciencias y en las artes fueron continentes, estériles o frígidos sexualmente, Zino Zini ha formulado una teoría que va más lejos de la castidad, es decir, ha concebido al genio como un ser *neutro sexualmente*, teoría ésta aceptada también por César Lombroso. A. Schopenhauer ha hecho asimismo del genio durante su actividad un ser sin sexo, en cuanto se halla adormecida en ese instante su función genésica. Se asocian a esta tesis O. Weininger, al observar que el tipo más elevado del hombre es el *asexual*, y Mandolini al decir que la *unisexualidad*, si bien aparece como un fenómeno anormal en la mayoría de los hombres, no lo es en el genio. La teoría de la neutralidad o asexualidad del genio tiene algo que es verdadero, pero tiene también algo que es exagerado. Lo verdadero está en que la mayoría de los genios, observando por lo general una vida casta y abstinerente, se asemejan mucho a esos seres que parecen no tener sexo alguno. Esto es lo que no observó A. Palcos al criticar de lleno la tesis de Zino Zini, trayendo como argumento principal de su crítica que muchos genios disfrutaron de una vida sexual normal y muchos fueron francamente libidinosos, hasta llegar a la lascivia. Palcos, por querer rechazar en absoluto esta tesis, se contradice él mismo, pues al decir que muchos genios fueron libidinosos y lascivos, va en contra de su propia opinión sobre el genio, que es de ser completamente normal y equilibrado. La parte exagerada de la teoría de la asexualidad o neutralidad del genio está en que el genio,

aun cuando sublimiza su instinto sexual, no está privado de sexo; por el contrario, sin sexo no habría creación genial, sin hormonas sexuales viriles no habría potencia creadora (como lo hemos visto claramente más atrás). La castidad no es anulación del sexo, no es castración, no es insensibilidad al amor, sino su dominio y su dirección en un orden superior.

La castidad no solamente es una fuente de energía excitadora para la inteligencia del genio, sino que es asimismo una *virtud*, porque implica un gran espíritu de disciplina necesario para nuestra vida civilizada. Sin la castidad no podría haber moralidad alguna, en cuanto las pasiones inferiores se manifestarían entonces libremente con todas las consecuencias que éstas determinan. La vida sexual sin freno nos reduciría a confundirnos moralmente con los demás animales. La castidad no tiene, empero, por sí misma un valor, sino en cuanto es un instrumento para dominar y gobernar nuestros instintos y sentimientos de baja índole y ensalzar las tendencias elevadas. Sócrates hacía de la continencia la suprema base de toda virtud. (Jenofonte: *Memorables*, I, 5, 4.) Y la única virtud positiva que considera Aristóteles en su *Moral*, libro III, capítulo XIII, es la armonía entre el intelecto y el elemento animal, es decir, aquella que implica el dominio de las impulsiones obscenas. Los mejores pensadores de la Iglesia cristiana, como San Basilio, San Agustín, Santo Tomás, se asociaron a este mismo concepto de Aristóteles, no dándole ninguna importancia a la castidad y a la disciplina personal por sí sola.

La castidad es una condición imprescindible del amor. El verdadero amor es casto, porque sin la castidad no sería posible el gobierno y la orientación hacia fines espirituales de los deseos genitales, que es propio de aquel que ama.

La castidad resulta ser, a su vez, un medio para aumentar en alto grado la profundidad del amor y de toda tendencia superior; la base, por decirlo así, de toda filosofía del placer.

Una parte del secreto de nuestra felicidad se apoya en ser económicos con nuestras energías y en tener siempre despiertas nuestras potencias vitales para hacer uso de



ellas en cosas de mayor valor moral. Aquellos mismos filósofos hedonistas que han hecho del placer el objeto último de la vida, como Arístipo y Epicuro, exigen ante todo la moderación en el placer y la subordinación de éste a la razón en contra de los arrebatos de los sentidos, y que en todo momento permanezcamos dueños de nosotros mismos. Kant, en su *Antropología*, párrafo 25, aconseja a los jóvenes evitar la satisfacción de la voluptuosidad, para tener siempre presente un placer más grande y dilatar y multiplicar la alegría. Las opiniones de estos tres filósofos concuerdan exactamente con lo que prescribe la castidad.

### III. LA CASTIDAD ES COMPATIBLE CON LA SALUD FÍSICA Y MENTAL

La castidad entendida como una disciplina que guarda una justa proporción entre la vida erótica y la vida psíquica, está en pleno acuerdo con la salud del individuo. Aun cuando ella pueda coincidir con la absoluta continencia, no por esto, en condiciones especiales, es contraria a la vida de la persona. En efecto, si observamos bien las consecuencias físicas y nerviosas que determinan la abstinencia, notaremos que en la generalidad de los casos son más los beneficios que los males que ella ocasiona. Es claro que al hablar de lo bueno y lo malo que puede ocasionar la abstinencia es menester saber en qué condiciones ella se realiza.

Debemos, para esto, tener en cuenta el sexo, la edad, la constitución orgánica del sujeto, el ambiente donde vive, cuando ella tiene lugar, si antes o después de haber tenido relaciones sexuales regulares, etc. Por de pronto, se puede decir que el sexo femenino es más capaz de soportar la abstinencia que el sexo masculino; los hombres menores de veintiocho años y mayores de los cincuenta que los de edad intermedia a éstos, los de constitución orgánica débil más que los temperamentos fuertes; más los que viven en los países fríos que los que habitan en regiones cálidas; los que hacen una vida sencilla y simple que los que se encuentran en ambientes como el teatro, bailes, conciertos y fiestas de todas clases. A las personas que no han tenido

nunca relaciones sexuales les es más fácil soportar la continencia que a aquéllas que han hecho uso regular de ellas.

Pero ¿cuáles son esos síntomas morbosos que pueden determinar la continencia? Una serie de ilustres médicos ingleses, Acton, Beale, Payet, Gower, afirman que la abstinencia no trae ningún peligro para el sistema nervioso y el cuerpo. Se unen también a esta misma idea una serie de estudiosos alemanes, como Hegar, Eulenburg, Fürbringer, y conspicuos psiquiatras: Kraff-Ebing, A. Forel, Arndt, etcétera. Un médico sueco, L. Ribbing, al hablar de las enfermedades de la abstinencia, que han estudiado algunos autores, trata de demostrar que no son debidas a ésta, sino a otras causas. Estima que los efectos de la abstinencia se manifiestan en los individuos sanos únicamente por una sensación de plétora, de tensión, de ligeras presiones, etcétera, y que estas perturbaciones no serían tan molestas si ellas no fuesen exageradas por los jóvenes, si no fuesen excitadas ordinariamente por los libros, las imágenes y las caricaturas eróticas.

Observa a propósito E. Esquirol: "Si la continencia en algunos casos, muy raros, ha causado la alienación mental, el libertinaje es la causa más frecuente, sobre todo, en las mujeres públicas". Un 20 por 100 de las alienadas admitidas en la Salpêtrière han sido mujeres públicas. Por otra parte, hace observar Esquirol que el caso mencionado por Buffón y citado por aquéllos que se oponen a la castidad es un caso raro y excepcional.

El Dr. Th. G. Korning hace la siguiente declaración: "Yo no he observado nunca una psicosis originada por la castidad; pero he visto muy bien muchos que eran consecuencia de la sífilis, de excesos de toda clase". Pablo Mantegazza escribe: "Nunca he visto una sola enfermedad que fuese causada únicamente por la castidad". Surbled manifiesta: "Los males de la incontinencia son, por desgracia, harto conocidos y por nadie negados; pero los que dicen que produce la continencia son supuestos, imaginarios".

I. Malapert hace presente que las únicas consecuencias de la castidad son un mayor vigor físico, una más grande energía intelectual, una aptitud superior al trabajo. A su vez manifiesta el Dr. Toulouse: "Teóricos de la moral del

instinto han sostenido que la función sexual debía, como todas las otras, ejercerse, so pena de ocasionar graves perturbaciones. A oírles, la continencia estaba llena de peligros y constituía un verdadero delito natural. Todo esto es una fisiología romántica y mal analizada. Entre las funciones las hay que son de un ejercicio necesario. Así, claro es que todas las relacionadas con la nutrición del individuo deben ser satisfechas en todo tiempo bajo pena de detrimento. Pero la reproducción es una función de lujo. No puede ser llenada antes de que la persona esté formada, y después que ha comenzado a declinar, ni hasta en los momentos de fatiga temporal o creada por un estado morboso; no es imperativa, y los numerosos ejemplos de hombres consagrados a trabajos físicos e intelectuales absorbentes y aun contenidos por ideas religiosas, que han permanecido castos toda la vida, sin perturbaciones fisiológicas aparentes, es demostrativo por completo”.

En ciertos individuos, en condiciones especiales, la continencia puede ser, sin duda, dañable a su salud. Así, según L. Lallemand, a los sujetos de fuerte constitución sexual la continencia prolongada no puede imponérseles sin grandes inconvenientes y sin daño para la sociedad.

De la misma opinión es A. Vylm al decir que la continencia en individuos normales lleva a un estado de erotismo que puede convertirse en patológico y que es la causa de la predisposición a la psicosis y a la neurosis. Freud considera el histerismo como producto de la represión del impulso sexual, y A. Nystroem afirma como malsana la abstinencia. La castidad, ciertamente, como hemos visto, sin la sublimación del instinto sexual, resulta llena de inconvenientes; pero afirmar que aquélla es dañina cuando se transmuta la energía del impulso genésico, es desconocer muchos hechos que hablan en contra de semejante opinión.

L. Lowendelf, que ha llevado a cabo un estudio especial sobre la abstinencia, ha notado que ésta era, en muchas personas, la causa de irritabilidad general, hiperestesia sexual, ideas hipocondríacas, mala voluntad para el trabajo, ligeros vértigos, melancolía, angustias, perturbaciones histéricas y neurastenia. Pero advierte el mismo autor:

que todas estas perturbaciones sólo acontecen en las personas que tienen una tara neuropática, mientras que sin esta disposición, con el instinto sexual normal, es posible la abstinencia completa sin ningún daño para el sistema nervioso. Las manifestaciones anormales de la continencia nunca son tan graves y tan difundidas para que el médico dejara de aconsejársela a los jóvenes cuando éstos no pueden tener relaciones normales y morales. Son tan enormes los peligros sexuales que acompañan las relaciones sexuales ilegítimas, que frente a ellos se desvanecen todas las consecuencias nocivas producidas por la abstinencia. Por este motivo somos de la opinión de que se debe recomendar la castidad a los que piensan casarse, que se puede llevar a cabo fácilmente, como hemos dicho varias veces, sublimando las energías sexuales.

#### IV. CONSECUENCIAS FUNESTAS BIOLÓGICAS Y MORALES DEL COMERCIO SEXUAL ANTES DEL MATRIMONIO

La razón que nos lleva a recomendar a los jóvenes y a las jóvenes la continencia antes del matrimonio y, por ende, una moral única para los dos sexos se debe principalmente a los males, tanto biológicos como morales, que determina la función sexual ilegítima.

Son bastantes conocidas las enfermedades que adquiere la juventud (sífilis, úlceras, gonorrea, impotencia, etc.) para que nosotros nos detengamos aquí sobre ellas. Es realmente sorprendente la carencia de todo carácter moral en la mayoría de los jóvenes de hoy, que sólo se creen hombres cuando han sido infectados de algunas enfermedades secretas, especialmente la gonorrea, sobre la cual dice G. Mariani: "La cura definitiva que garantiza una segura desaparición del contagio es difícil obtenerse". Pues no pocas veces, aunque han desaparecido sus síntomas, tarde o temprano tienden a reaparecer. Hemos conocido numerosas mujeres contagiadas por sus maridos de esa forma y con sorpresa e ignorancia de ellos mismos.

En la actualidad, son casos felices aquellos en que una joven pura y de familia decente no resulta infectada por el veneno de alguna enfermedad latente del esposo, y que

engendre una prole sana y fuerte y libre de toda tara morbosa.

No menos graves son las faltas prematrimoniales de las mujeres para la *pureza de los hijos*, aparte de las enfermedades que ellas pueden asimismo adquirir. La ley de *herencia, de influencia o telegonía*, está para comprobar cuando ellas se casan, mediante sus hijos, si han sido castas ó viciosas en su juventud.

Ciertas experiencias demuestran que la vagina de la mujer absorbe el semen del hombre, que algunas de sus substancias entran en su torrente circulatorio y van a modificar su constitución orgánica. Bajo la influencia del primer embarazo o aborto, su matriz adquiere un *molde* imborrable que modelará a base de esta primera marca los caracteres biológicos de la futura prole. Han sido estudiados con bastante detalle los cambios que ocasiona el primer embarazo en todo el organismo. Los criadores de animales llaman a este fenómeno *infección o impregnación de la madre*, como si ésta permaneciera contaminada y embarazada para siempre desde la primera cópula.

Lo que acabamos de hacer presente lo comprueban los hechos de la telegonía, o sea la tendencia que tienen los hijos de una madre, obtenidos en sus segundas nupcias, a parecerse más en su semblante y proporciones al esposo difunto que al verdadero padre. Una negra fecundada por un blanco tiene un hijo con tintes y detalles del tipo blanco, que van acentuándose en los vástagos sucesivos. Pero si luego vuelve a tener cópula con un negro, su prole ya no lo será completamente. "Hace poco —dice E. González Blanco— conocí una mujer casada en segundas nupcias, que, tres años después de la muerte de su primer marido, concibió hijos que tenían todos los rasgos del esposo difunto y no se parecían en nada al que los procreó." En su novela *L'innocente*, G. D'Annunzio hace presente un caso en el cual el hijo no se parece al padre ni a la madre, sino al hombre que tuvo con la madre un contacto anterior a la fecundación.

En ciertas plantas, animales inferiores y especialmente en algunos mamíferos se presenta con bastante claridad esta ley de la herencia por influencia. Las perras que han

sido cubiertas por un perro de raza extraña, producen, en sus sucesivas crías de perros de la misma raza, cachorros que presentan los caracteres de la primera. Una yegua fecundada por un garañón y que luego se junta con caballos de potros que presentan siempre algunas peculiaridades del género *asinus*. Debierre refiere que una yegua árabe fué fecundada por una cebra y dió nacimiento a un híbrido cebrado. La misma yegua, fecundada más tarde por caballos de su misma raza, dió siempre productos cebrados híbridos. Meckel logró cruzar un jabalí con una hembra de cerdo doméstico; separada en seguida de él y sujeta a nuevos cruzamientos puros, sus hijos subsiguientes no perdieron nunca las propiedades externas del *sus scropha*.

En las viudas que se han vuelto a casar es menester recordar hasta las posibilidades de la transmisión de las imperfecciones del primer marido a los hijos nacidos en sus segundas nupcias (De Napoli).

Claudio Bernard trata de explicar este fenómeno de la telegonía mediante la fecundación incompleta de los óvulos. Turnec y Bouchard hacen intervenir el feto, el cual, a través de la circulación útero-placentar, comunica a todas las células maternas y a los óvulos las cualidades fisiológicas y patológicas que lleva consigo y que provienen del padre.

Lo que acabamos de hacer presente demuestra que la mujer está destinada por la naturaleza a sentir un solo amor verdadero y que, para la pureza de la especie, el matrimonio debe ser indisoluble, y la mayor severidad con que la sociedad condena las incontinencias de la mujer antes y después del matrimonio está plenamente justificada desde el punto de vista biológico. ¿Qué hombre consciente se casará con una mujer que sabe va a tener hijos que no se asemejarán apenas a él? ¿Qué hombre, al querer unirse con una viuda, no averiguará quién fué su predecesor, sabiendo que sus vástagos adquirirán hasta las enfermedades del hombre que le antecedió? ¿Qué mujer de miras elevadas por satisfacer un placer, una curiosidad, o por la debilidad de un momento querrá perjudicarse toda la vida ofreciendo frutos bastardos a quien quisiera consagrar eternamente sus más profundos afectos?

Además, cuando el joven conoce la satisfacción sexual y no ha adquirido todavía la capacidad de dominio sobre ella, le resulta muy difícil substraerse de su imperio cuando se le presenta una oportunidad. En el matrimonio los deseos satisfechos tienen la inmensa ventaja de ser dirigidos en un sentido definido y superior, mezclándose con la ternura, el respeto, el honor, la maternidad o la paternidad. Mientras que en el joven que satisface sus impulsiones con mujeres perdidas todos estos sentimientos se encuentran ausentes. Concentra toda su atención en el apetito físico y va acostumbrándose a considerar a la mujer como mero instrumento de placer, y, sin que él mismo pueda percatarse, sus costumbres se vuelven groseras, sus gustos se animalizan, su carácter se hace menos noble y consciente y sus hábitos menos bellos y menos puros. La sexualidad puramente física, llevando al joven a mirar las cosas sólo por el lado material, determina en él la debilidad de todo elevado ideal. Hemos conocido a más de un alumno perder el gusto por el estudio e interrumpir su carrera por haberse dejado llevar de los goces sexuales.

La satisfacción carnal que carece de todo freno trae como consecuencia una deficiencia de la energía afectiva y volitiva. La voluptuosidad es la causa de la apatía, es el agente de la disolución de la fe, es el origen del escepticismo y de esa laxitud enervante y tristeza desalentadora que acompaña siempre a la saciedad del sentido genésico.

La confianza y la seguridad en todo lo que hay de más grande y más bello en la Humanidad —la familia, la patria, la ciencia, el arte, etc.— dependen del amor, el cual queda destruído con la venialidad, sin la castidad. La diferencia entre aquéllos que tienen fe en los nobles y desinteresados propósitos y los que no creen en ellos no depende de la mala inteligencia, sino de la diversidad de sentimientos y, por tanto, de juicios valorativos.

El comercio sexual con mujeres perdidas deja en la conciencia del individuo malas y profundas huellas, que continúan viviendo hasta después del matrimonio. Sin contar la deficiencia de alegría y vigor vital que ocasiona la función sexual ilegítima, se tiene como consecuencia la *inconstancia*, que nace casi siempre del hábito a la varie-

dad. La mayoría de los matrimonios desgraciados se debe, en gran parte, a que uno o ambos de los dos cónyuges estaban acostumbrados, antes de unirse, a la poligamia. El que es crápula antes de casarse, lo será después. Y el refrán dice: "Quien hace un cesto hace ciento, si le dan mimbres y tiempo". "Una conducta de polígamos antes del matrimonio —escribe R. Michels— justifica por lo regular el temor de que, hasta después de la boda, la monogamia esté en constante peligro."

Los que quieren justificar el comercio sexual prematrimonial en el hombre fundándose en que la joven esposa necesita de un hombre ya experimentado en cosas genitales para satisfacer mejor sus deseos, además de desconocer el mecanismo de este instinto, que, como todos, no necesita de ninguna orientación artificial para su funcionamiento normal, reducen el amor al puro placer carnal y hacen del matrimonio una escuela de concupiscencia. La función sexual tiene demasiada importancia para que ésta esté abandonada a la ignorancia del vulgo, a los falsos conceptos de los jóvenes depravados, a la indiferencia de las instituciones culturales y a las mujeres libertinas. De ella hemos heredado nuestra constitución con sus buenas o malas cualidades; por su intermedio los transmitimos a las futuras generaciones.

Ella es la base de la vida misma y de todos los nobles valores y hechos sociales: la familia, el arte, el teatro, la literatura, las ciencias, las instituciones de beneficencia, etcétera. La función genésica está siempre presente en el joven y en el viejo, en la mujer y en el hombre, y nada hay en la vida humana que sea capaz de producir efectos tan magníficos como desastrosos.

Con esto se comprende cuán útil y moral es educar e instruir a la juventud en el uso y dirección de su instinto genital, siendo dignos de aplausos todos aquéllos que tratan de difundir por medio de libros, conferencias y consejos ideas elevadas a este respecto.

Hoy más que nunca, ya que la depravación sexual va ensanchando su campo, es menester que los padres y educadores se den cuenta de su gran responsabilidad frente a este asunto y traten de encauzar hacia fines nobles las



energías sexuales mediante el despertar de hábitos y tendencias morales en los jóvenes que están bajo su gobierno (1).

## BIBLIOGRAFIA

- BLOCH, I.—*La vita sessuale dei nostri tempi*. Torino, 1910.  
 CHAVES, E. A.—*El instinto sexual y la cultura*. Revista de filosofía. Buenos Aires, 1928.  
 DE FLEURY, M.—*Introduction a la medicine de l'esprit*. París, 1897.  
 DE NAPOLI, F.—*Sesso e amore*. Torino, 1927.  
 DE SANTIS, S.—*Patologia e profilassi mentale*. Milano, 1911.  
 FANTINI, G. B.—*Consideraciones intornò al problema sessuale*. Módena, 1911.  
 FERRERO, G.—*L'Europa giovane*. Milano, 1894.

(1) Durante la pubertad se debe preparar al niño instruyéndolo a dominar la fuerza que se está despertando en él. Pero no se debe permitir que obtenga el conocimiento de fuente impura. "Se puede tomar, como observa M. Heindel, una flor como objeto de la lección, mediante la cual todos los niños, desde el más chico hasta el más grande, pueden adquirir la más hermosa instrucción en la forma de una fábula o cuento de hadas. Esto se les puede enseñar sin necesidad de emplear términos botánicos, y por poco que los padres conozcan lo más elemental de dicha ciencia. Muéstrense a los niños varias flores. Dígaseles: "Aquí hay una familia de flores en la que todos son muchachos (una flor de estambres), y aquí hay otra en la que todas son muchachas (una flor de pistilos). He aquí otra en la que hay de todo, jóvenes y doncellas (una flor que tenga a la vez pistilos y estambres). Muéstreseles el polen y dígaseles que cada granito es una joven flor como las de las familias humanas; son aventureros y quieren irse al mundo para luchar la batalla de la vida, mientras que las doncellas (los pistilos) se quedan en la casa. Muéstreseles una abeja con los cestitos para polen en sus patitas y cuénteseles que las jóvenes flores se montan en ese alado dragón (la abeja) como los antiguos caballeros, y van por el mundo en busca de la princesa encerrada en el castillo mágico (el óvulo oculto en el pistilo); como el polvito de polen, el caballero-flor fuerza su camino por el pistilo y entra en el óvulo; entonces decidles cómo se casan el caballero y la princesa, viviendo después muy felices y siendo a su vez padres de una gran familia de flores. Cuando hayan comprendido bien esto comprenderán también la generación en los reinos animal y humano, porque no hay diferencia alguna; lo uno es tan puro y casto como lo otro. Y los niños educados así tendrán siempre un sentimiento de reverencia por la función creadora, un sentimiento tal que no se les podría inculcar mejor en otra forma".

Foa, P.—*El problema sessuale*. Firenze, 1910.

- FÖRSTER.—*El problema sessuale, nella morale nella pedagogia.* Torino, 1911.
- ELLIS, H.—*El sexo en relación con la sociedad.* Madrid, 1912.
- ESQUIROL, E.—*Des maladies mentales.* París, 1838.
- GONZÁLEZ BLANCO, G.—*El feminismo en las sociedades modernas.* Barcelona, 1904.
- HÜHNER, M.—*Perturbación de la función sexual en el hombre y en la mujer.* Filadelfia, 1921.
- KORNING, TH, G.—*L'igiene della castità.* Torino, 1908.
- LOMBROSO, C.—*L'uomo di genio.* Torino, 1894.
- LOWENDEL, L.—*La vita sessuale e le malattie nervose.* Torino, 1911.
- LUISI, P.—*Problemas de la educación sexual. Revista de Filosofía.* Buenos Aires, 1922.
- MALAPERT, P.—*La morale sexuelle a l'école.* París, 1907.
- MANDOLINI, H.—*Psicología del hombre de genio.* Buenos Aires, 1919.
- MANTEGAZZA, P.—*L'igiene dell'amore.* Firenze, 1920.
- MARESTÁN, F.—*L'éducation sexuelle.* París, 1910.
- MARIANI, G.—*La questione sessuale.* Milano, 1926.
- MICHELS, P.—*Amor y castidad.* Barcelona, 1921.
- MORSELLI, E.—*Continenza, astinenza e moralità, Rassegna di studi sessuali e di ugenica.* Roma, 1927.
- MOSSO, A.—*La Fatica.* Milano, 1911.
- NIETZSCHE, F.—*La volonté de puissance.* París, 1909.
- NYSTRÖM, A.—*La vie sexuelle et ses lois.* París, 1910.
- PALCOS, A.—*El genio.* Buenos Aires, 1920.
- PATRIZI, M.—*Saggio psico-antropológico su Leopardi.* Torino, 1896.
- RIBBING, L.—*L'hygiène sexuelle et ses consequence morales.* París, 1895.
- RONCONOMI, L.—*Genio e pazzia in Torquato Tasso.* Torino, 1896.
- RUIZ AMADO, B.—*La educación de la castidad.* Barcelona, 1917.
- SABATIER, A.—*Philosophie de l'effort.* París, 1908.
- SERA LEO, G.—*Sulle tracce della vita.* Roma, 1907.
- SIGNORILE V. G.—*Il problema della educazione sessuale.* Roma, 1925.
- TOULOUSE.—*Cómo se forma una inteligencia.* Barcelona, 1912.
- VIGEVANO, G.—*Ciò che non vi deve nascondere alla gioventù.* Palermo, 1911.
- WAGNER, C.—*La casteté, en el libro morale religiose et morale laique.* París, 1914.
- WEGENER, H.—*Noi giovani.* Torino, 1908.
- WEININGER, O.—*Sesso e carattere.* Torino, 1912.
- WYLM, A.—*La morale sexuelle.* París, 1907.

---

---

## CAPITULO V

### Incompatibilidad entre el genio y la perversión sexual

SUMARIO: I. El genio, cuando ha sufrido desviaciones sexuales, nunca se ha inspirado en ellas para crear su obra. — II. La perversión sexual de algunos genios nunca ha sido concomitante con la época de sus creaciones, sino siempre anterior o posterior a ella. — III. El genio está constituido por los más elevados caracteres intelectuales masculinos y femeninos.

#### I. EL GENIO, CUANDO HA SUFRIDO DESVIACIONES SEXUALES, NUNCA SE HA INSPIRADO EN ELLAS PARA CREAR SU OBRA

La opinión que hemos sostenido de que el genio es casto parece, en el primer momento, estar en contradicción con el hecho de que algunos hombres eminentes han mostrado una tendencia sexual desviada o pervertida.

Se ha atribuído, en efecto, propensiones homosexuales a Fidias, Alcibiades, Sócrates, Sófocles, Píndaro, Alejandro Magno, Platón, Zenón, Epaminondas, Julio César, Virgilio, Miguel Angel, Shakespeare, Condé, Walt-Wiltman, O. Wilde, etc. Fueron considerados bisexuales: Calvino, Byron, Grillaprzer, A. von Sternberg (1). Uno de los primeros que hizo pública la homosexualidad de algunos hombres ilustres fué el célebre homosexual Urlichs, con

---

(1) A. Schopenhauer explica la sodomía como un medio de que se vale la naturaleza para no procrear seres débiles, y cita como prueba principal de su tesis que los dominados por este vicio son especialmente los viejos. Es fácil comprender la deficiencia de esta explicación determinada por el espíritu de su sistema. La mayor parte de las personas con tendencias de esta clase que tuvimos la

el propósito de que se tolerara a los homosexuales el uso de su amor invertido.

Es de observar que la lista de los homosexuales superiores, especialmente de la antigüedad, ha sido hecha, con frecuencia, confundiendo la *homosexualidad* o *uranismo* propiamente dicho con la *pederastia* o *pseudo-homosexualidad* de que nos habla I. Bloch, que es del todo diferente. La primera parece ser congénita y representa una perturbación permanente de la personalidad; la segunda es, en cambio, una tendencia inducida, transitoria, no unida con la esencia del ser, representando sólo una simulación de la primera.

Aparte de esta confusión, se ha interpretado un hecho común y general de una época como si fuese sólo propio de algunos grandes hombres, apreciándolo luego como una condición de su superioridad. Esto es lo que ha sucedido a muchos hombres célebres griegos y romanos que vivieron en una época en que la pederastia era casi una costumbre general. Esta manera de pensar es inaceptable; hay que estimar la moralidad de un hombre según el ambiente y época en que ha vivido. Si la pederastia era en Grecia y en Roma una cosa casi normal, es erróneo juzgar a un hombre que la practica como un inmoral. Verdad es que para nosotros, para nuestras costumbres, nuestra ética y gusto estético, es considerado el amor hacia los adolescentes una tendencia aberrante; pero en la antigüedad parece que una persona podía ser francamente pederasta y ser, no obstante, como Epaminondas y Julio César, un respetable ciudadano.

Con todo, conviene hacer presente que el amor hacia los jóvenes fué en un principio sólo *ideal*, una *tendencia estética*, determinada por la admiración de la belleza física, por la necesidad de una correspondencia espiritual que los

---

oportunidad de conocer se hallaban en la flor de su edad. E. Ulrichs consideró el amor invertido como una anomalía congénita por la cual un alma de mujer se unía a un cuerpo de hombre. Krafft-Ebing lo concibió como un fenómeno morboso, una manifestación parcial de un estado neuropático y psicopático de origen hereditario, en la mayor parte de los casos. P. Mantegazza cree que sea debido a una desviación de las terminaciones nerviosas de la voluptuosidad.

hombres no podían encontrar en la escasa cultura de la mujer de aquella época y que únicamente más tarde, en los tiempos de la decadencia, se pervirtió y se manifestó carnalmente.

Ciertos autores, para probar que un artista o pensador ha sido pederasta se basan en que algunas de sus poesías o escritos que ellos han dirigido a las personas de su amistad están llenos de ardor afectivo y que, por tanto, no cabe ninguna duda de sus relaciones homosexuales. Discurren en esta forma, porque ignoran que cuanto más un alma es pura y elevada más siente el amor hacia sus semejantes. Por este motivo no es de extrañar que sus expresiones de amor y de amistad estén siempre impregnadas de efusión y calor espiritual, y sólo una inteligencia estrecha y corrompida puede hallar razones de escándalo.

Igualmente, muchas de las pruebas que algunos escritores han aducido para afirmar que algunos genios de la antigüedad han sido sexualmente pervertidos están basadas en simples conjeturas y en escritos que pueden ser interpretados de muy diferente manera. Así, por ejemplo, Diógenes Laercio, al hablar de los amores de Sócrates, nada nos dice de que él haya sido un invertido sexual. Mas, al contrario, afirma que, según Aristóteles, Sócrates tuvo dos mujeres propias: la primera, Jantipa, de la cual tuvo a Lamprocle; la segunda, Mirto, hija de Aristides, *el Justo*, y de la cual tuvo a Sofronisco y Menexeno. G. Zuccante, en su obra sobre *Sócrates*, al ocuparse del concepto que este filósofo tenía del amor, afirma que él siempre condenó la pederastia, y exhortaba a sus discípulos a desviar el amor sexual hacia el hombre, dirigiéndolo hacia la mujer, y que el amor del hombre hacia su propio sexo fuera únicamente espiritual.

Cuando Aristipo refiere, en su libro IV de las *Delicias Antiguas*, que Jenofonte amó a Clidias y que Filopidas de Esparta, al enviar a éste diferentes esclavos le manifestó que se sirviese de ellos en lo que gustase, no da fundamento a que se pueda sostener, con esto solamente, sin caer en lo incierto, que Jenofonte amó sexualmente a Clidias e hizo mal uso de sus esclavos. Se puede colocar frente a esta opinión lo que dice Diógenes Laercio acerca de este pensador: "Que tuvo en Filesia dos hijos y que fué pío, dado

a los sacrificios, muy práctico en conocer las víctimas y celoso imitador de Sócrates”.

La creencia de que Platón fué homosexual se debe también, en parte, a lo que dice sobre él Arístipo. Según este escritor, Platón amó mucho a un joven llamado Esterella, que estudiaba con él astronomía, y también a Dión. Otros manifiestan que también amó a Fedro y a Alexis. Pero estas afirmaciones no nos dicen, de por sí, si esos amores fueron sexuales. A los que han querido sacar pruebas de la homoxesualidad de este filósofo por lo que dice en sus diálogos, como el *Convite*, es menester hacerles presente que también en los mismos diálogos se pueden hallar pruebas que atestiguan lo contrario, pues el mismo Platón, en la obra citada, alaba a Sócrates por haber desdeñado a Alcibiades, que se le ofrecía. Del hecho de que este filósofo tuvo amores con la meretriz Archeanasa y tuvo un hijo llamado Adisimanco, se puede, sin suspicacia, formular la hipótesis de que su instinto sexual fué normal y que sus amores por los jóvenes referidos fueron puramente ideales.

Con respecto al referido uranismo de Shakespeare, observa H. Ellis que todo lo que se puede decir de este gran poeta y dramaturgo es que dedicó una larga serie de sonetos a un amigo joven, escritos en lenguaje amoroso de carácter muy tierno y noble. Y, en opinión de este gran sexuólogo, no implica ninguna relación vergonzosa o que pudiese ser considerada por nadie como tal. Además, su constante preocupación por las mujeres, las cuales, en su mayoría, son heroínas de sus obras, desmiente la suposición de que fué un invertido.

Respecto de Miguel Angel, acerca del cual algunos han manifestado que sufría afecciones homosexuales, basados en parte en el hecho de que fué forjador y amante de la belleza masculina, y que tenía, por tanto, terreno propicio para el desarrollo de tales afecciones, hemos de decir que los enemigos del gran artista no le hicieron nunca ningún cargo sobre esta cuestión y que sus amores fueron siempre elevados.

El entrañable cariño que profesó Byron a algunos de sus amigos de la infancia, y Tennyson a un joven amigo responden, según H. Ellis, a un aumento de la emoción

sexual desligado de todo impulso homosexual definido; la homosexualidad es simulada por el ardiente y excesivo sentimiento poético.

“Un genio, ha dicho V. Hugo, es ya casi un acusado, porque los genios son muy a menudo atacados por la calumnia.” Esto es lo que les ha pasado a muchos de ellos al atribuirles gratuitamente tendencias sexuales desviadas. El hombre de genio en sus amores y amistades es siempre exagerado, y las mentes vulgares interpretan esto, cuando sus sentimientos van dirigidos a seres del mismo sexo, como un fenómeno homosexual. No está fuera de lugar hacer presente aquí que sólo el genio es capaz de juzgar y comprender con seguridad a otro genio. No basta, por otro lado, el solo hecho de que un hombre sea homosexual para que se le considere un pervertido; porque, según lo demuestran Hirsch, Bloch y otros que han hecho estudios y observaciones especiales sobre este asunto, existen muchos invertidos de espíritu elevado que van en contra de todo acto que sea inmoral; pueden ser honestos y morales y perderse en la lujuria, como todo hombre normal.

Así como la castidad es una condición de los genios heterosexuales, lo es también de los genios homosexuales: si la sexualidad de estos últimos es desviada y gastada hacia la esfera inferior, queda perdida para su inteligencia superior. En este sentido, creemos absurda la idea sostenida por ciertos autores, como Mandolini, de que algunos genios, especialmente artistas “inspirándose en sus propias tendencias desviadas, dejaron obras de sublime belleza”. Sucedió, por lo general, lo contrario de todo esto. Muchos hombres eminentes que han sido tachados de homosexuales no han dejado en sus trabajos resto ninguno que pudiera servir como prueba concreta de su desviación. Puede citarse como excepción a Platón, que escribió poemas homosexuales, y el amor griego que ha consagrado poesías cuando la pederastia era casi una regla general.

La pureza de sentimientos es uno de los principales elementos del recto sentir, y Sócrates como Catón atribuían el genio no al trabajo del pensamiento, sino a la belleza del alma. El camino de la virtud es el único por donde se puede llegar a realizar obras maestras. Todo buen

artista y gran escritor sabe que el público no se interesa por las ideas y sentimientos aberrantes no se ocupa de las obras elaboradas bajo la sugestión de sentimientos anómalos. Y ninguna perversión erótica ha inspirado una novela, un cuadro o una pieza teatral de grandes méritos (1).

J. M. Guyau, al hablar del naturalismo en la novela hace notar "que los modernos, en la descripción de esos amores antinaturales, creen ocultar lo que este asunto tiene de repugnante por medio de ilusiones líricas y paisajistas.

"Teófilo Gautier, primero; después Zola —Daudet mismo, a pesar de su delicadeza de sentimientos— y un gran número de nuestros novelistas modernos se han complacido en esa pintura de los amores contrarios a la naturaleza; y un error, en el que han caído todos, es haber creído que extenderse mucho es suavizar las cosas. Lejos de excitar interés, esa insistencia aumenta la repulsión y quita a la obra todo carácter estético. Cuando se trata de esa clase de asuntos, es menester tratarlos como el médico examina una llaga, o sigue un caso patológico; nada más. No se corona de flores una giba".

Todo hombre de genio fué tal, precisamente, porque no se dejó arrastrar por sus tendencias inferiores, sean éstas heterosexuales u homosexuales. De este modo es como muchos fueron grandes con toda su desviación genésica y con todas las enfermedades que sufrieron. Dice, a propósito, Bloch: "Ciertamente muchos hombres versátiles y geniales fueron homosexuales, lo que no les impidió destacarse de sus contemporáneos. Pero su fortuna en el mundo sobrevino a pesar de su inversión y no por su inversión, como quieren sostener ciertos apologistas exagerados".

Cuando los grandes hombres con tendencias sexuales anómalas no fueron capaces de adquirir el dominio sobre ellas y sublimarlas; cuando perdieron el poder de ser castos, de equilibrar su vida sexual a las exigencias de la vida espiritual, perdieron el principal carácter de su propia grandeza, esto es, la unidad en sus funciones psíquicas creadoras y morales. La castidad es sinónimo de unidad,

---

(1) Si se desea conocer alguna de las obras literarias cuyo tema es la descripción de alguna perversión sexual, véase A. La Cara: *La base organica dei pervertimenti sessuali*. Torino, 1924.



el vicio lo es de irregularidad y de perturbación de las potencias inventivas; la muerte, por consiguiente, de todo lo que excita nuestra admiración.

## II. LA PERVERSIÓN SEXUAL DE ALGUNOS GENIOS NUNCA HA SIDO CONCOMITANTE CON LA ÉPOCA DE SUS CREACIONES, SINO SIEMPRE ANTERIOR O POSTERIOR A ELLA

Así como algunos genios fueron considerados como homosexuales o pederastas sin prueba alguna concreta, otros, en cambio, como el escritor y dramaturgo O. Wilde, fueron acusados y condenados por haber cometido delitos de inversión sexual. César Lombroso, por otro lado, ha sostenido que muchos genios fueron inmorales. ¿Cómo es posible que una mente eximia se asocie a una perversión social y moral? ¿Cómo puede conciliarse este hecho con lo que hemos sostenido anteriormente de que el genio es esencialmente casto? Fácil es hallar la razón de esto si hacemos un breve análisis de la naturaleza íntima de la psique humana y de su manera de funcionar.

La inteligencia de un individuo tiene, en cierta manera, una relativa independencia del grado de su moralidad, pues aquella puede ser dirigida y gobernada, tanto por los buenos como por los malos sentimientos. Es verdad que una inteligencia clara favorece la elevación y el desarrollo de los buenos sentimientos y que un buen carácter, sin una razón despejada, puede resultar estéril. Si las ciencias de por sí no crean el sentimiento moral, éste saca de aquéllas una rica materia y numerosos motivos para ejercitarlo. Y no se puede ser real y eficazmente bueno cuando se es ignorante de los medios de remediar un mal y se desconoce la verdadera luz que nos enseña el camino hacia el cual debemos orientar nuestra acción. La bondad natural del sentimiento necesita, por tanto, del auxilio de la razón para que pueda desenvolverse. Lo que determina que la mayor parte de los hombres sean mediocres moral e intelectualmente es, precisamente, su incompleta personalidad. La vida afectiva sólo puede elevarse cuando la inteligencia remonta a la altura del verdadero saber, y únicamente en este

sentido se puede aceptar la teoría de Herbart que dice que instruir es educar.

La vida cotidiana nos enseña, además, que es más moral un hombre cuanta más sana resulta ser su inteligencia, y en el relajado moral puede observarse, casi siempre, un cierto grado de pobreza mental. Los mismos inmorales que son o aparentan ser inteligentes se caracterizan, por lo general, por su irreflexión, por su vanidad, por su distracción y volubilidad, y si resultan más vivos y más prestos en madurar una idea o emprender una cosa son, en cambio, menos capaces que los de una inteligencia media, de abstraerse a las sugerencias del mal y de una acción constante y coordinada. Hemos podido observar en algunos delincuentes, cuya inteligencia era apreciada como muy grande, de que sólo tenían una ardiente imaginación y falta absoluta de razón. Y bien se sabe que la primera existe donde la segunda no ha nacido todavía, como en el niño y en el idiota, y aquélla puede subsistir donde la razón ha desaparecido, como en el loco. El delincuente es tal, muchas veces, porque se deja arrastrar ciegamente por las imágenes que forma su cerebro exaltado o embotado. Espinosa había observado que cuanto menos comprende el espíritu tanto más grande es la facultad de fingir; y cuanto más comprende tanto más disminuye esa facultad. Esto se debe a que la actividad razonadora y la actividad imaginativa se valen de la misma energía para manifestarse y la una crece siempre a expensas de la otra. Sólo en el genio ambas actividades adquieren un perfecto equilibrio, y una exuberante y viva imaginación se une a una sólida razón.

Si no se puede alcanzar un desarrollo moral elevado sin un cierto grado de inteligencia, la bajeza moral es, sin embargo, compatible con el desarrollo superior de la razón. No basta conocer una cosa para quererla. Y los grandes genios no han sido siempre almas magnánimas, si bien algunas veces no fueron tampoco lo contrario a esto. El intelecto ilumina, pero no excita; es luz, pero no calor. Es un arma de doble filo de que el individuo puede hacer uso, tanto para el bien como para el mal. Manifiesta G. Wundt en su *Ética* que el influjo de la cultura intelectual sobre la vida moral de una persona es de doble as-

pecto. Por un lado, puede determinar la profundización y la elevación de los conceptos morales; por otro, puede abrir los más variados caminos para la desviación del bien. "Crea nuevos crímenes, que como diferentes pruebas de engaños y falseamientos son provocados solamente por las condiciones de la cultura y da a las antiguas formas de conculcación de la ley, al robo y al asesinato nuevas armas que en cuanto participan de la fuerza inventiva y del cálculo previamente planeado aumentan la gravedad del crimen." La inteligencia tiene, en este sentido, un cierto grado de independencia con respecto a la moralidad del individuo, y ésta no está siempre en razón directa de aquélla.

En todo ser humano existen dos clases de tendencias: unas lo llevan hacia lo bueno, hacia lo grande; otras lo impelen a la satisfacción de sus instintos primitivos. Las pasiones bestiales dominadas por la exigencia de los valores sociales superiores permanecen siempre latentes en él, prontas a estallar cuando el freno mental sufre algún desequilibrio. Con esto se comprende cómo en un hombre de elevada cultura la necesidad sexual puede, a veces, separarse del amor y manifestarse en toda su naturaleza primitiva, y nos da la razón del por qué muchos genios pensaron de un modo y obraron de otro, y escribieron sobre asuntos de educación y moral que ellos mismos no practicaron. J. J. Rousseau concibe e imagina mujeres sublimes y vive cerca de cuarenta años con una vulgar sirvienta; escribe un tratado de educación y recluye a sus hijos en una casa de caridad.

La cultura intelectual y estética es llevada a cabo, muchas veces, a expensas de la voluntad moral, cumpliéndose así lo que dijo Balzac: "A medida que el talento se ensancha, el corazón se seca". Al lado de una mente eximia y de sentimientos estéticos elevados pueden existir un relajamiento moral y un espíritu estragado sexualmente. El individuo tiene entonces sólo un interés intelectual y no moral. Ejemplos de esto los hallamos en Baudelaire, Barbey d'Aurevilly, Verlaine y Guy de Maupassant.

Además, es de notar que los hombres de genio, por su exagerada afectividad, son más susceptibles y más expuestos que las otras personas a los desequilibrios psíqui-

cos. Son capaces, como los histéricos, de pasar fácilmente de un extremo egoísmo al ápice del altruísmo. De donde sus acciones, por un lado, pueden ser perversas y, por otro, por sus obras, por ejemplo, ejercer en el dinamismo social beneficios grandes y progresistas.

Por todo lo dicho hasta ahora es menester tener presente el siguiente hecho, y es que aun cuando algunos genios han tenido fallas y manchas en su vida moral y han manifestado desviaciones sexuales nunca han sido éstas *concomitantes* con la época de su actividad creadora; se han presentado siempre antes o después de ella. Y si hay artistas que han expresado en sus trabajos mismos sentimientos libidinosos es porque supieron sublimarlos y no darles su curso natural y corriente, librándose, a menudo, de sus obsesiones voluptuosas satisfaciéndolas sólo estéticamente, fijándolas en un cuadro, poesía o novela.

El genio, es importante tener esto presente, no lo es siempre en todo momento de su vida; porque en el reino de las creaciones no hay preeminencias sin defectos, ganancias sin pérdidas, elevaciones sin caídas. Para atribuirle genio a un hombre no es necesario que lo haya tenido durante toda su vida. Basta, muchas veces, una bella poesía, por ejemplo, *Los Sepulcros*, de H. Foscolo, para consagrar su nombre en la Historia.

Y muchos sabios se agotaron pronto y permanecieron como relojes con los resortes flojos. Tras de largas tensiones nerviosas y grandes inspiraciones siguen fatalmente, en el genio, estados de relajamiento y esterilidad mental. Y mientras el genio se encuentra en este último estado, poco se distingue de los demás hombres. A menudo su misma debilidad, nacida de sus grandes trabajos, lo hace más apto a toda clase de errores y caídas. He aquí la razón del por qué un hombre eminente en las ciencias y en las artes puede mostrar en el largo transcurso de su vida fases tan opuestas: sentimientos innobles y elevadas inspiraciones.

Empero, lo repetimos, nunca se han presentado éstos al mismo tiempo, porque, como hemos demostrado en los capítulos anteriores, siendo la inteligencia superior un producto, en parte, de la sublimación de la función genital,

aquélla no es posible si ésta se encuentra debilitada o pervertida. Bien es cierto que la inteligencia, a veces, puede adaptarse a la perversión del instinto sexual; pero es de observar que esto sucede siempre absorbiendo una cantidad de energía vital que aun cuando no es necesaria para las relaciones con el mundo común y vulgar, lo es, sin embargo, para una inteligencia que tiene que trabajar intensamente como la del genio.

Lo que caracteriza al verdadero genio es la perfecta evolución intelectual y moral, es la complejidad y la unidad de los elementos que lo forman, es el equilibrio de las diferentes funciones psíquicas de modo que ninguna prevalezca sobre las otras. Y no es posible un progreso en la disciplina intelectual superior, si no va acompañada de un progreso en la esfera moral, pues sin esto se carece de la capacidad para triunfar sobre las pasiones inferiores. Los que quieren separar las ciencias y las artes de la moral se olvidan de que la integridad del espíritu, la pureza de sentimientos es una de las condiciones más felices para la inspiración.

El artista no reproduce la belleza misma, sino el sentimiento que él tiene de la belleza, y si este sentimiento está corrompido lo manifestará inevitablemente en su obra, y lo bello que él exponga a la vista del público denunciará la corrupción que se halla en su propia alma.

El genio, sin embargo, como fenómeno parcial, no puede ser considerado como único factor de la civilización. Los santos, los profetas, los grandes educadores, ejercieron también un poderoso influjo sobre el progreso moral de la Humanidad. Y entre el genio y el santo se ha notado una cierta afinidad. "Por más que un santo pueda ser simple—dice Schopenhauer— tendrá siempre algún rasgo genial, y por más que un genio pueda tener muchos defectos de temperamento, de carácter, presentará siempre una cierta nobleza de alma semejante a la del santo."

La serie de consideraciones que hemos venido haciendo nos lleva al punto donde debemos apoyarnos para juzgar la vida moral de un hombre de genio. Así como la inteligencia de una persona no se aprecia por sus primeras obras, que suelen ser, por lo general, mediocres, ni por

una obra cualquiera elegida al azar, sino por el conjunto de ellas; su moralidad no podemos fundarla en hechos accidentales y pasajeros.

La palabra virtud deriva del latín *virtus*, que significa fuerza, y la llama de la energía del ideal moral no se impone y brilla en todo instante de nuestra existencia como una vívida luz. El camino que nos lleva hacia la virtud no es un camino recto que podemos andar sin tropiezos y sin dificultades, porque no nacemos de antemano con toda la perfección. Este camino es quebradizo y sólo podemos recorrerlo a fuerza de obstáculos vencidos y caídas subsanadas. La vida moral es educación continua del espíritu, el triunfo de éste sobre la materia, triunfo que nunca es completo, perfección que nunca es absoluta y dada para siempre, sino que está continuamente rehaciéndose y elevándose.

Por este motivo cuando pretendemos valorar la vida moral de un hombre de genio, como de cualquier otro, no debemos hacerlo por sus acciones particulares y aisladas, sino con arreglo a su conjunto, al fin principal de sus miras, de sus ideales. Siguiendo estas normas se verá que las impulsiones inmorales y perversas de su alma, como todos los demás hechos de su vida práctica, fueron, en la mayoría de las veces, fenómenos exteriores y superficiales de su personalidad. Es en los motivos fundamentales del conjunto de sus obras donde podemos hallar la esencia de su carácter y de su conducta. Y cuando encontramos grandes divergencias entre las obras y la vida, como en Francisco Bacón y Séneca, debemos escudriñar en las primeras y pensar que allí podemos encontrar lo más importante del hombre, lo que quiso ser en este mundo.

### III. EL GENIO ESTÁ CONSTITUÍDO POR LOS MÁS ELEVADOS CARACTERES INTELECTUALES, MASCULINOS Y FEMENINOS

El hombre y la mujer, cuando alcanzan a dominar y sublimar las energías sexuales a ellos inherentes se colocan en condiciones de sentir las cualidades opuestas a su propio sexo. Si tales energías sublimadas están bien dirigidas crean en el varón los poetas, los científicos, los pensadores,

etcétera, y en la mujer escritoras, pensadoras, artistas, hermanas de caridad y aptitudes para los grandes sacrificios y altas virtudes. Por abuso de su función sexual, al contrario, el hombre se convierte psíquicamente en mujer y la mujer en hombre.

Un individuo intelectual y moralmente perfecto, si bien se observa, está formado por las virtudes propias del macho y las de la hembra: es fuerte como el uno y tierno como la otra. Cualquiera que tiene constituido un solo lado de la naturaleza humana, está muy lejos del verdadero desarrollo espiritual. Todas las grandes personalidades en el fondo de su insaciable aspiración a la perfección, no tuvieron más tarea que tratar de conciliar, de armonizar los caracteres psíquicos más opuestos: la fuerza con la inteligencia, la expansión con la concentración, el egoísmo con el altruismo, etc. En algunas religiones la deidad más elevada carece de sexo y de forma. Ni es Padre ni Madre; y sus primeras manifestaciones en seres, tanto celestiales como terrestres, se convierten en andróginos sólo gradualmente, separándose al último en dos sexos distintos.

Con lo dicho reputamos exacta la opinión de que el genio es un *hermafroditista intelectual*, como lo ha calificado C. O. Bunge; opinión ésta muy diferente de la neutralidad o asexualidad del genio. Este término parecerá, ciertamente, un tanto extraño y no adecuado para expresar el fenómeno a que se refiere este párrafo. Pero no hay que confundir el hermafroditismo intelectual con el *hermafroditismo psicológico*, que desde el primer momento parece indicar lo mismo; porque este último se liga a la naturaleza orgánica y emotiva de la persona, se caracteriza por tener, a veces, glándulas y caracteres secundarios sexuales de los dos sexos, mientras que el hermafrodita intelectual no tiene anomalías orgánicas sexuales y psíquicas de ningún género, su función genital es perfectamente normal, como sus sentimientos, y lo único que le distingue es el poseer las más elevadas cualidades viriles y los caracteres intelectuales eminentemente femeninos. El genio, en efecto, sobresale por la complejidad de sus caracteres psíquicos, complejidad en la que entran los rasgos peculiares de los dos sexos.

Es propio del sexo femenino el ser muy irritable, más

accesible a las impresiones sensoriales y más emotivo que el masculino. La mujer se distingue del hombre por ser más altruista, tímida, abnegada, sumisa, astuta; menos sexual, más casta, menos robusta exteriormente, aunque más resistente, e intelectualmente ella es más intuitiva y tiene menos poder de abstracción que su compañero. Ahora bien; muchas de estas características las hallamos también en el hombre de genio, siendo, en cambio, poco comunes en el hombre vulgar. Ha notado C. Lombroso en algunos genios la escasez de barba, la palidez del rostro y la delicadeza femenina, como en Rafael, llamado *la Virgen*. C. O. Bunge manifiesta que si el genio es político "posee muchas veces para con la opinión nacional y las cancillerías extranjeras una suspicacia y una ductilidad femeninas. Si es humanista, una generosidad, una abnegación maternal. Si místico, una castidad de doncella. Aun el hombre de ciencia cuando es genial une a sus condiciones de labor y voluntad la de ser femeninamente astuto para arrancar sus secretos a la Naturaleza, como ensañándose. Diríase que la psique de un hombre de genio es tan completa porque es doble: entraña la de un hombre vigoroso, reforzada por la de una mujer".

Hace ver igualmente el mismo Bunge que las cualidades femeninas inherentes al genio se pueden presenciar en los actos de su vida misma. "Al casarse Mahoma con la viuda de Kadijah, bastante mayor que él en edad, fortuna y gobierno, procedió más que como un varón que trata de formar un hogar como una niña que busca una "unión de conveniencia". Sócrates reveló poseer un espíritu más sutil, más fino, más femenino que su esposa Xantipa. Aristóteles era femeninamente impresionable. Platón, femeninamente casto y generosamente maternal, y Demóstenes, susceptible como una hetaira. Cicerón fué mucho más sensible, más voluntarioso, más vanidoso e irritable que su esposa Terencia. Se dice que las mujeres sobresalen exclusivamente en el estilo epistolar, el que mejor se adapta a su idiosincrasia, y nadie, ni la señora de Sevigné, ha sabido escribir cartas como Cicerón. En todas las ingeniosas astucias de su política demostró Julio César un espíritu complicadamente femenino. San Luis, rey de Francia, fué como una



madre admirable para su pueblo. Pedro *el Grande* era mucho más flexible e irritable que Catalina II. Rousseau, que confiesa o se jacta de haber sido tan desnaturalizado padre de sus hijos, se distinguió por su largo cariño maternal para con la Humanidad; es infantil suponer que esta pasión, que le ha inspirado tan elocuentes párrafos, no fuera heroicamente sincera. Kant y la mayoría de los grandes ideólogos han sido asombrosamente castos. Nada más delicadamente femenino que el estilo con que se expresan Julietta, Ofelia, Desdémona; para hacerlos hablar así Shakespeare, por un poder de abstracción y de dualidad psicológica debió identificarse con sus sentimientos. Las rencillas de Voltaire y el rey Federico *el Grande* en el castillo de Postman eran psicológicamente semejantes a las de dos sultanes en cualquier serrallo, aunque ellos rivalizaban por la gloria. Los grandes poetas románticos son a menudo feminilmente irritables y pueriles. Mucho más impresionable, más versátil, más mujer que lady Byron parece que fué su hijo lord Byron. Goethe heredó de su madre, como lo ha dicho su naturaleza imaginativa (*das Lust zu fabuliren*) y fué orgánicamente veleidoso y locuaz. Schiller era de una naturaleza delicada y modesta. Heine tenía un sentimentalismo de histérica y Poe una medrosidad histérica. En los versos de los poetas modernos que buscan la "sensación nueva", hallada por Hugo en una composición de Verlaine, vibran ondulaciones de mujer, caricias de gata. Impresionables como sensitivas son todos los grandes músicos, por esto se gastan pronto y acaban fácilmente en misántropos e hipocondríacos. Chopin fué mucho más femenino que *Jorge Sand*. El casamiento de Napoleón con Josefina Beauharnais recuerda en más de un punto al de Mahoma con la viuda de Kadajah. La política papal, modelada por hombres de genio como Inocencio III y Gregorio VII, es política femenina. Y así, entre políticos, filósofos, artistas, poetas, investigadores, músicos y santos podrían citarse innumerables ejemplos. Y entre todos hay uno que por respeto, por culto, valdría más callar. Hubo un hombre en Galilea tan completo, tan poderoso que, si bien nació en un establo, se llamó Hijo de Dios. Este hombre poseyó la humildad de todas las esposas, la ternura de todas las

madres y la castidad de todas las vírgenes. Tan característica fué la duplicidad intelectual de su contextura transitoriamente humana."

Aun cuando se quiere considerar al genio como un carácter secundario masculino, como lo han hecho Möebius y Metchnikoff, la tesis del hermafroditismo intelectual del genio no hace contraste con él, porque, como hemos dicho, las cualidades femeninas que se observan en los grandes hombres son exclusivamente intelectuales.

Se opone, en cambio, a la concepción de O. Weininger sobre la *masculinidad* del genio, fundándose en el preconcepto de la inferioridad del alma femenina, y de Mandolini que, siguiendo a este último autor, hace del genio el *summum* de los caracteres psíquicos viriles. El haber observado Weininger mismo caracteres femeninos en el hombre de genio va en contra de sus propias ideas. El genio, teniendo muchas cualidades propias del bello sexo, no está constituido por los más elevados caracteres psíquicos viriles, sino que está *formado por los más altos caracteres intelectuales masculinos y femeninos*.

Observa pertinentemente N. Pende, al hablar de la masculinidad del genio y al notar al mismo tiempo que algunos de ellos han mostrado signos de feminilismo, lo siguiente: "Este hecho antes de constituir una contradicción al concepto enunciado con respecto a la relación entre la intensidad de la acción de las hormonas sexuales e intensidad de los procesos psíquicos más elevados, puede hallar tal vez una explicación en la hipótesis que, en la creación del genio, la naturaleza tiene necesidad de utilizar así las cualidades psíquicas propias del macho, como las propias de la mujer, y precisamente todo el tesoro de sentimientos, de afectos, de emociones, de que la mujer es capaz. Hoy, en efecto, nosotros principiamos a conocer cuanta importancia tiene esta vida del sentimiento, este inconsciente o subconsciente misterio en la génesis de los grandes descubrimientos, en la génesis del impulso artístico".

Viene a apoyar asimismo la tesis de que el genio es un ser que lleva en sí en grado elevado las características mentales de los dos sexos, la opinión de otros importantes es-

critores. Michelet manifiesta: "El genio es en cierta manera hombre y mujer, niño y adulto, bárbaro y civilizado, democrático y aristocrático". Hace presente A. de Candolle que los grandes hombres se caracterizan por sus numerosas y múltiples cualidades. "El genio —dice Flaubert— resume en un solo tipo muchas personalidades dispersas y proporciona a la conciencia humana individualidades nuevas." O. Weininger afirma que el genio es un ser más complicado, más complejo, más rico: un individuo es, puede decirse, tanto más genial cuanto más seres reúne en sí.

De la misma manera que el hombre de genio no puede ser tal si en su alma misma no hay un corazón de mujer, en toda mujer de talento hay ocultas cualidades masculinas. Así, muchas mujeres que han sobresalido en las letras, en las ciencias, en las artes y en la filosofía se han distinguido por tener cualidades morales y hasta físicas propias del varón. Catalina Erauso, Mme. de Stäel, Carlota Corday, Lavinia Fontana, *Jorge Sand*, Anita von Droste-Hülschoff, Elena Petrona Blavatshy y muchas otras tuvieron una fisonomía viril. La poetisa Safo fué casi toda de forma y de alma varonil. Bruno Sperani, Elliot, Sand, adoptaron nombres masculinos. *Jorge Sand* poseía bigotes, y Elliot tenía voz de varón. S. Kovalevska tenía como la poetisa Safo escasa cabellera. Wolfgang de Sajonia, en su tratado *De Hermaphroditis*, demuestra que todas las famosas heroínas de la antigüedad fueron de un temperamento masculino. La reina Elisabet de Inglaterra ha ofrecido una multitud de ejemplos de virilidad. La reina Cristina de Suecia fué considerada por todo el mundo como superior a su sexo, y predominaba tanto lo masculino en sus hábitos que acabó por usar vestidos de hombre.

Quien sabe observar a las mujeres de nuestros tiempos que sobresalen por su talento y a algunas de las que frecuentan las Universidades, verá comprobado lo manifestado aquí. Se podrá advertir igualmente que la mayoría de estas mujeres, como tales, no son bellas ni agradables, y sí por su talento gozan de la mayor estimación por parte de los hombres, no inspiran, en cambio, su amor, como fué el caso de Kovalevsca. Es que la mujer intelectual supe-

rior, al adquirir cualidades masculinas lo hace en detrimento de sus cualidades femeninas, que son las únicas que atraen al hombre normal. Los caracteres viriles que ella adquiere sublimando su energía genésica amenguan los rasgos de su sexo y su instinto maternal y éstos, al ser transferidos a otros objetos distintos de la prole, pierden todo el encanto que conmueve al varón. La mujer de talento cuando ama es llevada más por un fin intelectual que biológico. Ella quiere ser amada como mujer, pero al mismo tiempo como hombre. Ella viene a encontrarse de este modo entre dos puntos distintos: entre la naturaleza masculina y la femenina, oscilando continuamente sin detenerse nunca de una manera firme en ninguna de ellas, lo que hace que su carácter esté reñido, tanto con la feminidad como con la masculinidad y que ejerza poca influencia afectiva sexual sobre el hombre normal. Por este motivo es descabellada la idea de O. Weininger de querer elevar a la mujer, haciendo que ella adquiriera caracteres masculinos.

Para el equilibrio social el hombre debe desarrollar los caracteres de su propio sexo, y la mujer será tanto más elevada cuanto más física, intelectual y moralmente tenga acentuadas sus cualidades peculiares.

La sabiduría doméstica y social sólo se encuentran en la dulzura femenina dirigida por la energía masculina. Un hombre elevado no amará nunca a una mujer con barba, como Píndaro no amó a Safo; en cambio, Fenelón se encariñó con la dulce y paciente Mme. Guyon. El hombre de genio y la mujer de talento son como hermano y hermana y su ayuntamiento sería un incesto.

#### BIBLIOGRAFIA

- BIANCHI, L.—*Trattato di psichiatria*. Napoli, 1924.  
 BLOCH, I.—*La vita sessuale dei nostri tempi*. Torino, 1910.  
 BUNGE, C. O.—*Estudios filosóficos*. Madrid, 1927.  
 CARPENTER, E.—*L'amore diventa maggiorenne*. Torino, 1909.  
 DE CANDOLLE, A.—*Historie des sciences et des sevants*. Gêneve, 1885.  
 DEL GRECO, F.—*Superiore intelligenza ed anormalità morale*. *Rivista di Psicologia*. Bologna, 1914.  
 DE NAPOLI, F.—*Sesso amore*. Torino, 1927.  
 ELLIS, H.—*Inversión sexual*. Madrid, 1913.

FOREL, A.—*La questione sessuale*. Torino, 1907.

GUYAU.—*El arte desde el punto de vista sociológico*. Montevideo, 1913.

LA CARA, A.—*Base orgánica dei perventimenti sessuali*. Torino, 1924.

LAERCIO DIÓGENES.—*Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. Madrid, 1887.

LAUPTUS.—*Perversion et perversité sexuelle*. París, 1896.

LOMBROSO, C.—*L'uomo di genio*. Torino, 1894.

KRAFFT-EBING, B. DE.—*Le psicopatie sessuali*. Torino, 1889.

MANTEGAZZA, P.—*Gli amori degli uomini*. Milano, 1910.

MICHELET, J.—*Le pueble*. París, 1877.

PENDE, N.—*Dalla medicina alla sociologia*. Palermo, 1922.

RAFFALOVICH.—*L'uranismo*. Torino, 1896.

SCHOPENHAUER, A.—*El mundo como voluntad y representación*. Madrid.

SCHRENCK-NOOTZING, A.—*La terapia suggestiva delle psicopatie sessuali con speciale riguardo all'inversiones sessuale*. Torino, 1897.

TANZI y LUGARO.—*Trattato delle malattie mentali*. Milano, 1914.

TARNOWSKY, E.—*El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas*. Barcelona.

WEININGER, O.—*Sesso e carattere*. Torino, 1912.

WUNDT, G.—*Etica*. Madrid, 1917.

ZUCCANTE, G.—*Socrate*. Torino, 1909.

---

---

## CAPITULO VI

### Relaciones entre la función sexual con la actividad moral, estética y religiosa

SUMARIO: I. El instinto sexual y el altruísmo. — II. La función sexual y la actividad estética. — III. La función sexual y el sentimiento religioso.

#### I. EL INSTINTO SEXUAL Y EL ALTRUÍSMO

El altruísmo se relaciona con el instinto genital. Hemos visto que es durante la pubertad cuando principian a manifestarse los sentimientos generosos. Antes de esa época se es, generalmente, egoísta y se considera como una deuda todos los afectos y los cuidados que se reciben. Con el despertar del instinto generativo es cuando nace en el joven la aptitud de poder comprender los sacrificios que los padres y los demás hacen por él, y surge el sentimiento de gratitud.

La generosidad coincide con la generación, y el egoísmo de los viejos parece que tiene, en parte, relación con la disminución de sus energías sexuales. La época del máximo altruísmo es la juventud, que se distingue por su mayor vigor genésico. Conocidas son las tendencias egoístas de los eunucos; la falta en ellos de la generación ocasiona la carencia de toda tendencia expansiva. Hemos citado más atrás el caso de una mujer en la cual los sentimientos hacia la familia aparecían y desaparecían juntamente con la presencia y la ausencia de la secreción sexual. Ciertamente, esto no significa que la bondad, la ternura, el espíritu de sacrificio se experimentan solamente durante la excitación genital. Por el contrario, tales sentimientos

no se sienten más que durante la sublimación de dicha excitación. Esto está de acuerdo con lo demostrado por C. Ceni de que el instinto maternal es un instinto opuesto a la función sexual.

“¿De qué fuente emana, dice Maudsley, la primera luz de sentido moral? Yo contesto, exponiéndome a numerosas objeciones, que del instinto de reproducción. Aunque la satisfacción de este instinto sea un placer puramente individual, el individuo al satisfacerle, lejos de apropiarse materia y favorecer su desarrollo, gasta su energía y sacrifica una parte de sí mismo para favorecer la propagación de la especie; porque el objeto de ese instinto no es beneficiar al individuo, que, a despecho de su placer, malgasta en vez de adquirir, sino es más bien atraerle por el goce individual, inclinándole a mirar por la conservación de la especie; no se trata de un instinto *apropiativo*, sino *distributivo*; altruísta, no egoísta.”

Observa Enrique Morselli “que el desarrollo de la afectividad y de la simpatía por nuestros semejantes se unen, en todas las especies y, sobre todo, en la humana, con los sentimientos que se desarrollan de la gran función reproductiva. El hecho natural de la asociación entre los individuos de una especie tiene sus razones en la necesidad y en el arte reproductivo. La familia es producto de una necesidad fisiológica, es decir, una formación natural de la vida orgánica, la cual no se comprendería sin el conocimiento de las leyes biológicas. En cada sociedad, el vínculo primordial es de origen claramente sexual: todo lo que es fenómeno sociológico pertenece a la esfera afectiva; nace a continuación de la maternidad.

”En las especies superiores, asociación de individuos y mentalidad sexual se desarrollan conjuntamente. He aquí el por qué en las razas humanas los sentimientos de afinidad y solidaridad social están ligados de un modo constante a aquellos sexuales.”

La cría de la prole en las distintas especies, y con particularidad en la humana, origina las virtudes más sublimes. El instinto educativo es una ramificación del instinto sexual. La tendencia educativa deriva del instinto maternal y paternal.

Ningún instinto despierta mayor energía y aguza más la inteligencia que el ligado a la cría de la prole. Los cuidados constantes necesarios a los hijos hacen de un hombre negligente, reflexivo, y de una mujer vana y frívola, una madre de sentimientos elevados. El sentimiento paternal lleva al hombre a subordinar sus necesidades egoístas y personales a las de la familia. De este modo es como traspasa los límites del egoísmo individual y entra en la esfera del altruísmo familiar, y éste constituye la base de la moral social.

## II. LA FUNCIÓN SEXUAL Y LA ACTIVIDAD ESTÉTICA

El amor, casi siempre inseparable del instinto sexual, es el inspirador, el foco, la vida, de todas las bellas artes. El amor dirige la mano del pintor, hace cantar al músico y al poeta. El drama, la poesía, la novela, la epopeya, no pueden prescindir nunca de él. Hemos visto, en el capítulo II, cómo la belleza del mundo vital está en íntima relación con la vida sexual y tal vez aquélla no existe más que para ésta.

Las plantas y los animales, durante la época de sus amores, asumen aspectos más bellos y floridos, que luego desaparecen pasado este período.

En el hombre el amor es una escuela de estética, y el culto a lo bello una escuela de amor. El amor, considerado en su sentido amplio, es inseparable del arte, pues es la belleza misma, y sólo para él existe lo bello. Lo bello es la armonía de la variedad en la unidad, y toda armonía es amor o símbolo del amor. Como la piedra legendaria que transforma en oro puro los más viles metales, el amor cambia en belleza la fealdad misma. La fealdad deriva del odio, y en alemán la palabra *Hässlichkeit*, proviene de Hassén, odiar. Una mujer que sabe inspirar el amor resulta bella; en caso contrario, es indiferente o fea. La belleza es, por tanto, producto de la luz del amor.

El amor aguza la sensibilidad para la belleza. Hace más hermosas y brillantes las cosas, y los grandes amores originan, generalmente, grandes artistas. Amando esta-



mos más dispuestos a admirar lo bello y a comprenderlo, y el arte ha sido considerado como un himno universal a Eros.

La excitación bella que procura el amor lo prueba la hiperestesia afectiva del sujeto enamorado. Un hombre enamorado relaciona la imagen de su amada con todo el arte, y desearía ser poeta, músico, pintor y escultor para celebrarla y para expresar sus propios sentimientos en la forma que juzga y siente más apropiada y armónica con su estado afectivo. Un hombre enamorado se evidencia por la selección bella del lenguaje, de la manifestación y del homenaje. Para la amada son las flores, los aromas, las joyas, los vestidos elegantes, los manjares exquisitos, todo lo cual es de índole estética. Si un amante sueña con un paisaje para su amor, piensa en las florestas, en el rincón del bosque donde murmura entre el follaje un arroyo de agua cristalina, en el cielo policromo del crepúsculo, en el vasto horizonte a la orilla de un mar azul, o en las habitaciones tapizadas de seda, o en la alcoba dispuesta con sencillez o con lujo, pero siempre con belleza, para realizar el misterio de las adoraciones íntimas (C. Baires).

El amor es aspiración hacia la belleza, hacia la perfección. Platón ha observado con bastante claridad la importancia que tiene la belleza en la génesis del amor. Escribe Cervantes: "Es el amor un deseo de belleza, y esta definición la dan, entre otros muchos, los que en esta cuestión han llegado más al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que cual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama".

Ahora bien; si no se puede afirmar que el amor sea puro instinto sexual sublimizado, se puede decir, en cambio, que, sin el instinto sexual transmutado, no puede existir el amor y la tendencia hacia lo bello. El mero instinto genésico busca la satisfacción física; cuando es idealizado tiende hacia la belleza, la veneración femenina y lo hermoso en las cosas de este mundo; pero sin el primero no sería posible la sublimación, el ardor del amor y, por tanto, la atracción hacia lo bello.

Lipps, Volkelt, Ch. Lalo, Weininger y otros muchos sostienen que existe una incompatibilidad entre el instinto sexual y la belleza, y que la excitación sexual es la anemia de la vida estética, un anestésico de todo goce artístico. El valor estético de un objeto decrece a medida que despierta el deseo de lujuria. La belleza femenina misma es para un hombre lo que son las demás bellezas, hasta las más sensuales: *un mero objeto de simpatía simbólica*. Cuando admiramos estéticamente a una mujer lo hacemos desprovista de toda su sexualidad; admiramos únicamente su vida interna, su grado de fuerza espiritual, su salud, su delicadeza, su ritmo de vida, etc.

Por nuestra parte estamos de acuerdo con esta manera de ver, pues con bastantes detalles hemos notado el gran contraste entre la creación genial y la función sexual. La inspiración, el modo de sentir y de expresar lo bello no se hallan, en efecto, independientes de la elevación del espíritu del artista, y éste es tanto más elevado cuanto más libre se encuentra su alma de las bajas pasiones y, especialmente, las que se unen a los órganos sexuales. La aptitud artística es una contemplación y ella supone la serenidad y la ausencia de todo deseo inferior.

Sin embargo, esto no significa que la belleza no esté en relación con el instinto sexual. Así como con la castración o el abuso sexual el genio pierde la potencia de sus facultades creadoras superiores en cuanto éstas viven y se alimentan a base de las energías vitales emanadas de los órganos sexuales, el amor y la atracción hacia lo bello se apoyan en el instinto genital, el cual, al ser desviada su energía propulsora al cerebro, determina que la atracción corporal se transforme en atracción espiritual y en goce estético. Semejante al árbol cuyas raíces clavadas en la tierra saca de ella las substancias necesarias para transformarlas en flores y frutos (1).

---

(1) Por querer negar Weininger la relación entre el sentido estético y el sentido erótico fué llevado a la extrema anomalía mental de considerar que la mujer desnuda no es bella. Aparte de olvidar que existe una belleza física, además de una belleza espiritual, desconoce que el arte representa el triunfo del espíritu sobre la materia; de la inteligencia sobre los sentidos, triunfo éste que existe

Si entre la excitación sexual y la contemplación estética existe un evidente antagonismo, éste desaparece con la sublimación del deseo genital, que al mismo tiempo condiciona y favorece la entrada de la belleza.

Sólo en este sentido es como admitimos una íntima relación entre la actividad estética y la actividad erótica. Y únicamente desde este punto de vista es como deben interpretarse las ideas de Guyau, Nietzsche, Mantegazza, Santayana, G. Naumaun y otros de que el amor sexual está presente en toda actividad poética y artística.

El arte consiste en traducir mediante la materia lo que hay en el pensamiento y en el sentimiento humano; es una especie de encarnación del yo. El hombre que realiza una obra infunde algo de su personalidad en la materia que modela, y esta infusión no sería posible sin el calor del ardor sexual sublimizado.

La capacidad de amar, observa Santayana, proporciona a nuestra contemplación ese ardor sin el cual podría faltar la expresión de la belleza, y todo el lado afectivo de nuestra sensibilidad estética es dado por nuestra organización sexual excitada a distancia. La mujer es el objeto más amable para el hombre, pero el sexo no es el único objeto de nuestra admiración. Cuando el amor está privado de su objeto específico, cuando no se comprende todavía a sí mismo o cuando ha sido sacrificado a otros intereses, el ardor en él contenido se lanza en diversas direcciones: devoción filantrópica, religiosa, amor al arte, a la naturaleza, a los animales. En la armonía universal de los seres, los timbres estéticos más diversos tienen siempre como tono fundamental el instinto sexual, y esto es, según Santayana, el verdadero *sentido de la belleza*.

Para algunos el arte es una actividad sugerida por las tendencias afectivas amorosas, influjo necesario para las leyes de la selección sexual: un ejercicio sin carga y una

---

también en el desnudo de las estatuas griegas, que manifiestan la belleza de la vida física en su grado supremo, como la Biblia lo expresa en la vida espiritual. Decimos que existe este triunfo porque en las Venus griegas el pudor y el instinto maternal que emanan de su cuerpo sobresalen de todas las formas inferiores; sus carnes mismas están revestidas por el espíritu.

repetición de la comedia que la naturaleza nos quiere hacer jugar; un aprendizaje para nuestra función normal en la vida de la especie. G. Naumaun afirma que el instinto sexual es la primera raíz de toda manifestación artística, de toda la estética.

“El amor, en nuestra opinión, escribe Guyau, está presente más o menos en el fondo de las principales emociones estéticas. La admiración misma, ¿no es un amor que empieza y no tiene en el amor su perfeccionamiento y su plenitud? ¿Se dirá que amar a una mujer es dejar de encontrarla bella? Indudablemente, el arte es, en gran parte, una transformación del amor, una de las necesidades más fundamentales del ser. Considerar el sentimiento estético independientemente del instinto sexual y de su evolución nos parece tan superficial como considerar el sentimiento moral aparte de los instintos simpáticos, en donde la escuela inglesa ve el origen de la moralidad.”

Según Nietzsche, no se podría imaginar un Rafael sin una fuerte excitación del sistema sexual, y en los artistas la fecundidad se extingue al mismo tiempo que la capacidad de la procreación. Está de acuerdo con Platón, que hace del amor el creador de la belleza, y advierte que toda la cultura literaria de la Francia clásica gira en torno de motivos sexuales. “En ella puede buscarse por todas partes la galantería, los sentidos, la lucha sexual de la mujer; no hay miedo de que se les busque en vano.”

El genio literario, en sentir de Reimond y Voivenel, se caracteriza por las formas del lenguaje, por la expresión, que está en estrecha relación con la función sexual. El centro genital cerebral está en acción recíproca con el centro del lenguaje. El genio literario es para ellos “la manifestación intelectual, la más alta de la progenerescencia verbal y sexual en el hombre”.

La relación entre la actividad estética y la función genésica lo demuestra asimismo el hecho de que la mayoría de los grandes artistas han tenido un temperamento sexual agudo; como ejemplo se puede citar a Horacio, Musset, Byron Baudelaire, Goethe, etc. Varios autores, como Kraff-Ebing, Bloch, niegan la posibilidad de un arte, de una poesía, sin fundamento sexual y de una contempla-

ción estética pura sin una sombra de sexualidad. Se ha observado que las naturalezas más frías, más extrañas al amor, las inteligencias lógicas, son las que tienen menos sentido estético.

La música, la danza y los torneos en sus principios estaban relacionados con el instinto procreador, y se ha pensado que el origen de la música debe buscarse en el llamado a las hembras hecho por los machos.

En los pueblos primitivos la poesía se ha desarrollado antes que la prosa, y, como se sabe, el sonido, el canto, el ritmo, son grandes estímulos sexuales.

“Entre casi todos los animales —escribe C. Darwin— hay una lucha entre los machos para la conquista de sus compañeras, y en esta lucha sirven los combates, la ostentación de la belleza, el canto, hasta el baile, verdaderas representaciones dramáticas. La hembra, seducida por la fuerza, por la belleza o por la gracia, elige después entre los pretendientes aquel que mejor la supo conquistar.”

El lenguaje y el canto se han manifestado por relaciones y razones sexuales. Prueba de esto se tiene en los cantos y en las voces de los animales en la época de celo. Un lingüista, H. Sperber (Upsala), ha expresado la opinión de que las necesidades genitales fueron las que contribuyeron grandemente a la formación y al desarrollo del idioma. Hemos visto, en el capítulo I, que es durante la pubertad cuando se despiertan los primeros impulsos artísticos.

Para Baumgarten, el genio es un impulso de nuestras facultades inferiores, y la inspiración o el *impetus aestheticus* una concentración de nuestras facultades carnales, que él denomina con la palabra significativa *caro*, carne.

Si el instinto sexual entra como causa de la belleza es a condición de que su energía sea empleada por el cerebro, sea sublimada. La superioridad del genio sobre el hombre vulgar consiste en que el primero sabe usar, transformar y elevar sus sentimientos sexuales. En este sentido, los artistas, durante su actividad superior, deben contentarse con goces puramente ideales, imaginativos. Es a base de este precio, es mediante este sacrificio cuando consiguen crear obras inmortales.

### III. LA FUNCIÓN SEXUAL Y EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

El sentimiento religioso, como el estético, tiene conexiones muy estrechas con la función genital. Si bien la sexualidad no constituye de por sí la esencia de este sentimiento, ella interviene en la sublimación, para vivificarlo y prestarle su energía vital. Nada hay más opuesto al instinto sexual que la tendencia hacia lo divino; pero ésta brilla continuamente bajo la acción de las energías sexuales desviadas hacia el cerebro.

Durante la pubertad es cuando el sentimiento religioso adquiere mayor relieve y las conversiones acaecen, por lo general, en la edad del amor.

La conversión, lo ha demostrado claramente S. De Santis, es un hecho normal, es un desarrollo psíquico individual, teórico y práctico, que no pertenece a la serie morbosa, siendo sistematizable y preveible.

Y en los verdaderos convertidos existe una sublimación de las energías sexuales, mientras que en los pseudoconvertidos se detiene en la primera fase del proceso, es sólo teórica, y en la práctica, Eros vence a *Charitas*, cuando no celebra con éste una monstruosa alianza.

“En los casos en que la sublimación de la “libido” no sea constante o completa —escribe este psiquiatra— no se debería hablar de santidad y de verdadera conversión religiosa.”

Los individuos de una ardiente devoción son, generalmente, de un temperamento muy amoroso. Una religiosidad muy exaltada puede tener su origen en una absoluta continencia. La falta de religiosidad de las libertinas y de las prostitutas se debe, en parte, a la disipación hacia la esfera inferior de sus tendencias genésicas. Decimos, en parte, porque el sentimiento religioso elevado va asociado siempre a un sentido moral muy agudo. Si hay mujeres de mala vida devotas y mujeres criminales creyentes es más por superstición que por otras causas. Se ha observado que el amor a Dios es una expresión parcial de la necesidad de amar, es como una sobreabundancia del amor humano. El amor más terrenal es, con frecuencia una re-

ligión que comienza, porque amar es siempre adorar un poco, es divinizar la cosa amada.

Una manifestación religiosa progresiva o súbita puede nacer, como punto inicial, de una amor desilusionado o truncado. Entre muchos ejemplos podemos citar el caso del célebre orador sagrado Agustino de Montefeltro, que se hizo sacerdote como consecuencia de la heroica muerte de su prometida.

El hombre no puede dejar de amar, como la piedra, al ser lanzada al espacio, de caer a la tierra. El amor no se puede destruir, sino dirigir. De aquí que muchos seres de cierto desarrollo espiritual al ver que el amor humano tiene límites, que es un bello sueño, que está lleno de defectos, que no procura más que una unidad efímera y transitoria, que no llena por completo su existencia, tienden hacia el amor divino, que está más de acuerdo con su elevación mental.

Los sentimientos de simpatía, de caridad, de amor al prójimo, el amor a Dios, los ardores de la devoción, que forman parte del sentimiento religioso, derivan, en cierta manera, de la idealización de los deseos genitales. La caridad, que es, según San Pablo, superior a la fe, no existe sin el amor, y éste es producto de la sublimación de las energías genésicas.

En la creación mística ve Ribot una desviación, transformación y transfiguración del amor. Y reduce la imaginación afectiva de los místicos a una novela de amor. Pone como condición de ella la ternura que, desde la infancia en muchos, se orienta de golpe hacia lo divino y no existe sino participando del amor divino. "Más tarde, en la pubertad, se añade un nuevo factor enteramente diferente por sus condiciones fisiológicas y por su fin natural. Su acción, aun cuando inconsciente, es innegable. Se presentan aquí muchos problemas demasiado delicados y complejos para que sea posible tratarlos de pasada; pero pienso que la psicología de los autores, que reducen todo a un erotismo desviado, es demasiado simplista y en modo alguno aplicable a todas las cosas."

El amor divino tiene muchas analogías con el amor humano. En la *Imitación de Cristo*, de Kempis, el amor a

Dios tiene ciertas semejanzas con el amor humano. En el capítulo que trata "Del maravilloso afecto del divino amor" dice lo siguiente: "No hay cosa más dulce, ni más fuerte, ni más alta, ni más ancha, ni más alegre, ni mejor cumplida, ni mejor en el cielo y en la tierra... El que ama vuela, corre, alégrese, es libre, no es distraído: todas las cosas da por todo y las tiene todas en todo, porque descansa en un sumo bien sobre todas las cosas del cual mana y procede todo bien. No mira los dones, pero vuélvese al dador de ellos sobre todos los bienes. El amor, muchas veces, no sabe modos; más hierve sobre todo modo. El amor no siente carga, ni hace caso de los trabajos, antes desea más de lo que puede; no se queja que le manden lo imposible, porque cree que todo es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por su obra en las cuales el que no ama desfallece y cae. El amor siempre vela, y durmiendo no se adormece; fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta; sino como llama y ardiente luz sube a lo alto, y se remonta seguramente... Amor mío, tú todo mío y yo todo tuyo... El amor es diligente, limpio, piadoso, prudente; espera largo tiempo; es varonil y nunca se busca a sí mismo, porque buscándose a sí mismo luego cae del ser de amor. El amor es muy mirado, humilde, recto; no es regalado, liviano, ni entiende en cosas vanas; es sobrio, firme, casto, reposado y recatado en todos sus sentidos".

San Francisco de Sales, en el *Traite de l'amour de Dieu*, se fundamenta a cada paso en las descripciones del amor humano que han dado los filósofos antiguos, especialmente Platón. "Bien sé —afirma este santo, libro VI, capítulo XV— que Platón habló así del amor vil, abatido y miserable de los mundanos; pero, no obstante, estas propiedades no dejan de hallarse en el amor celestial y divino".

Santa Teresa de Jesús, en sus *Exclamaciones del alma a Dios*, parte XV, escribe: "Que sólo el amor es el que da valor a las cosas. El corazón que mucho ama no admite consejo ni consuelo, sino del mismo que lo llagó, porque de ahí espera que ha de ser remediada su pena. Cuando vos queréis, Señor, presto sanáis la herida que habéis dado; antes no hay que esperar salud ni gozo, sino el que se



saca de padecer tan bien empleado. ¡Oh verdadero amador! ¡Con cuánta piedad, con cuánta suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo y con cuán grandísimas muestras de amor curáis estas llagas que con las saetas del mismo amor habéis hecho!... ¡Con cuánta razón dice la Esposa de los Cantares: "Mi amado a mí, y yo a mi amado" y mi amado a mí... ¿Quién será el que me meta a despartir, a matar dos fuegos tan encendidos? Será trabajar en "balde, porque ya se ha tornado en uno".

En los *Conceptos del amor a Dios* la misma santa repite a cada paso: "Bésame con el beso de su boca", que lo interpreta como signo de paz y de amistad. Afirma, en el capítulo III de esta obra: "Pues, Señor mío, no os pido otra cosa en esta vida sino que me beséis con el beso de vuestra boca y que sea de manera que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y unión no pueda. Esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad a no salir de la vuestra, que no haya cosa que me impida. Pueda yo decir, Dios mío y gloria mía, que son mejores vuestros deseos y más sabrosos que el vino".

Portigliotti, estudiando las biografías de Santa Catalina de Sena, de Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Génova, Margarita María Alacoque y otras místicas, ha notado que Jesús resulta ser ora amante, esposo, emperador, marido; ora el padre, el querido amigo o hermano; palabras, como puede verse, sacadas del amor común y humano.

Los que no han sido iluminados por la luz interna superior; los que no han experimentado, aunque sea una vez, el sentimiento inexpresable que acompaña el transporte en la esfera mística, es bien difícil que puedan considerar este lenguaje amoroso de los santos como puramente alegórico y simbólico (1).

Pero muchos de ellos, previendo que su lenguaje y sus sentimientos místicos pudieran ser confundidos con el

---

(1) La palabra misticismo es, generalmente, poco comprendida, y suele tomarse con frecuencia en mal sentido. Muchos escritores llaman misticismo a las prácticas y maneras de algunos devotos o fanáticos. El vocablo misticismo deriva de la palabra *misterio*; ella expresa la concentración de la vida, del pensamiento y, sobre todo,

lenguaje y la pasión humana, la principal fuente de pecado, han manifestado, como San Dionisio *el Areopagita* en su obra *De divinis nominibus*, IV, 11: "No deben reprocharme el haber usado palabras contrarias a la autoridad de las sagradas escrituras; es injusto, a mi entender, mirar solamente a las palabras, sin examinar el significado y la intención". Igualmente San Francisco de Sales, en su obra ya citada, ha sentido la necesidad de justificar los términos del amor terrenal que él usa al hablar del amor divino, y dice: "Que estas palabras amorosas se han sacado de la semejanza que hay entre los afectos del alma y las pasiones del cuerpo".

S. H. Leuba, en su escrito *Les tendances religieuses chez les mystiques chrétiens*, comete el grave error de confundir el éxtasis del amor humano con el éxtasis del amor divino; pues manifiesta que en los místicos cristianos existe la tendencia al goce orgánico, y que el éxtasis espiritual está sostenido por el placer corporal, que se asocia de una manera, generalmente, inconsciente y libre a toda intención pura. Nosotros, que algo conocemos al respecto, podemos decir que el éxtasis superior es tan extraño a lo que el espíritu siente en unión con el cuerpo que el bienestar que ocasiona tal estado aumenta a medida que menos unido se halla con la vida orgánica. Sería vana toda tentativa de querer hacer entender con palabras el sentimiento que acompaña al éxtasis místico a los que nunca lo han experimentado y daría lugar a que se confundiera con los goces más comunes (1).

Así como el grotesco materialismo de años atrás ha in-

---

del sentimiento en las cosas misteriosas, es decir, que están fuera del alcance de nuestros sentidos. Es el amor, el entusiasmo unido a la fe y a la caridad. Es místico aquel que siente con vivo ardor que Dios es el último fin y la fuente esencial de su felicidad, y es llevado hacia él con pasión.

(1) "Sucede a menudo, dice Vivekananda en su obra *Bhakti Yoga*, que los místicos, embriagados de divino amor, al expresarlo en sus cantos, en sus himnos, en sus retóricas emplean los términos usuales en la expresión del amor profano. Los ignorantes no comprenden tan para ellos erótica fraseología, ni serán capaces de comprenderla porque la miran y leen con los ojos de la carne. No comprenden las enloquecedoras angustias del amor espiritual."

tentado poner al mismo nivel el genio y la degeneración, la santidad ha sido juzgada como un fenómeno patológico. "En realidad, dice bien S. De Santis, cuando se habla de genios o de santos locos, hay que admitir una de estas dos cosas: o que los unos y los otros han experimentado o experimentan con intermitencia disturbios nerviosos o psíquicos, o que se trata de locos crónicos respectivamente paranoicos o paranoidos que con intermitencia dan un rendimiento intelectual o moral muy elevado. En ambos casos está excluida la identificación entre genio o santidad y locura. Nadie puede negar que existen almas religiosas atormentadas por verdaderas alucinaciones o por otros síntomas psicopáticos o directamente alienadas de mente; pero una tal coincidencia, aunque frecuente, puede ser explicada muy distintamente de lo que suele hacer la hipótesis de *identidad*.

"La psicología empírica y la psiquiatría no pueden reconocer que la religiosidad y la devoción sean síntomas "específicos" de una enfermedad o anomalía del cerebro, ni tampoco que ésta constituya el ordinario "estímulo" de la religiosidad y de la devoción. La técnica psiquiátrica está el día de hoy bastante adelantada para reconocer la actitud loca de los individuos, presentes o no, en sus relaciones con la acción social. La locura —cuando existe— se revela clara al psiquiatra competente y desinteresado."

El celibato y la castidad es otra prueba del íntimo parentesco entre la sexualidad y la religión. La religión, al considerar los placeres de la carne como el mayor obstáculo para el perfeccionamiento moral, no hace más que afirmar que la sublimación de las energías genésicas es un gran factor del sentimiento religioso y una condición para conservar siempre vivo el amor hacia el prójimo.

Muchos han pensado que los sacerdotes, sublimando su energía genésica, no conocen el amor o que son egoístas. Si en el mundo profano la avaricia o la pereza pueden llevar al hombre al celibato, el celibato católico es, en el sentido ideal, por el contrario, fruto del amor, es decir, de la abnegación y de la caridad.

El amor tiene dos fines: la perpetuación de la especie humana y su perfeccionamiento. Los sacerdotes eligen el

mejor y más bello de estos dos fines, y para poder alcanzarlo dejan a los demás el cuidado de la procreación física. Para elevar al hombre hacia Dios, la más difícil de todas las tareas, el sacerdote necesita tener en reserva todas sus energías, necesita un corazón todo entero. Un sacerdote casado no ofrecería a sus fieles más que un sentimiento dividido y sin entusiasmo.

La castidad provoca el fervor y la virilidad; y la virilidad es la que origina los mártires y los misioneros. La Iglesia, con sus armas vírgenes, es la más elevada y perfecta organización viviente. Ella es la que posee el más elevado grado de inspiración y del genio del amor. La gran obra del amor no está en la perfección de sí mismo, sino en la reunión de enteras multitudes bajo un mismo lazo. La superioridad de la Iglesia llega a ser aquí sin semejanza.

El instinto sexual sublimado es factor, por tanto, del arte, de la moral y de la religión. El santo, como el genio, deben sacrificar su vida física si quieren sobresalir en su vida espiritual.

#### BIBLIOGRAFIA

ARREAT, L.—*Sexualité et altruisme*, *Revue Philosophique*. París, 1886, diciembre.

BLOCH, J.—*La vita sessuale dei nostri tempi*. Torino, 1912.

CROCE, B.—*Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale*. Bari, 1921.

DARWIN, C.—*El origen de las especies como medio de selección natural*. Madrid, 1921.

DE SANTIS, S.—*Patología e profilassi mentale*. Milano, 1911.

— *La conversione religiosa*. Bologna, 1924.

JACOB, W.—*Las creencias religiosas y la vida sexual*, *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*. Buenos Aires, 1922.

ELLIS, A.—*L'evoluzione del pudore*. Pa'erme, 1913.

FOREL, A.—*La questione sessuale*. Torino, 1907.

GEMELLI, A.—*L'origine subcosciente dei fatti mistici*. Firenze, 1913.

GUYAU.—*Los problemas de la estética contemporánea*. Madrid, 1920.

LACURIA, P. F. G.—*Les harmonies l'être exprimées par les nombres*. París, 1899.

LALO, CH.—*La beauté et l'instinct sexuelle*. París, 1922.

LITRE, E.—*Les origines organiques de la morale, Revue de Philosophie positive*. París, 1870, t. IV.

LEVEQUE, C.—*Science du beau*. París, 1872.

LEUBA, P. H.—*Les tendances religieuses chez mytiques chrétiens, Revue Philosophique*. París, 1902, t. II.

MORSELLI, E.—*Manuale di semiótica delle malattie mentali*. Milano, 1894.

MALVEZZI, A.—*Saggio sul misticismo cristiano*. Bologna, 1906.

NIETZSCHE, F.—*La volonté de puissance*. París, 1909.

PORTIGLIOTTI, G.—*Le spose di Gesù, Rivista di Psicologia*. Bologna, 1913. N. 1.

REMOND, A. y VOIVENEL, P.—*Le génie littéraire*. París, 1912.

RIBOT, TH.—*La lógica de los sentimientos*. Madrid, 1905.

RIVET, M. O. J.—*La mystique divine*. París, 1895-1903.

SANTA TERESA DE JESÚS.—*Obras*, Madrid, 1778, t. II.

SPENCER, H.—*Introduzione alla scienza sociale*. Torino, 1904.

TORELLI, A.—*L'arte e la morale*. Bologna, 1902.



PARTE SEGUNDA





---

---

## CAPITULO VII

### El amor

SUMARIO: I. Dificultades que ofrece el estudio científico del amor y sus diversos significados. — II. Caracteres que distinguen el amor del instinto sexual. — III. El amor es el más complejo de todos los sentimientos. — IV. La expansión y la atracción constituyen las tendencias fundamentales del amor. — V. Las distintas clases de amor son el resultado de los diferentes grados de vibración de la afectividad. — VI. Intensidad y profundidad del amor. — VII. Conexiones entre el amor y la muerte. — VIII. El amor según Platón, Descartes, Leibniz, León Hebreo, Stendhal, Schopenhauer, Gioberti y otros pensadores.

#### I. DIFICULTADES QUE OFRECE EL ESTUDIO CIENTÍFICO DEL AMOR Y SUS DIVERSOS SIGNIFICADOS

Hace tiempo que se ha observado que el amor es el sentimiento más extendido, universal, complejo, intenso y profundo.

El amor, en efecto, palpita en el frenesí de la atracción universal y en las combinaciones químicas, en el lindo capullo de las flores, en los gorjeos de los pájaros y en el encendido rostro de los jóvenes y de las doncellas. Es un estado o propiedad de todo ser, y Dante escribe: *ne creator, ne creatura può esservi senza amore*. Para Dios es todo, y San Juan hace del amor la esencia misma de Dios. Dios es amor, *Deus charitas est*.

Este sentimiento ocupa casi por completo la vida y el pensamiento del hombre. Y es una necesidad que tengamos de él una idea clara de su naturaleza y tratar de educar y perfeccionar este sentimiento, porque del amor dependen en gran parte nuestro destino y nuestra felicidad.

Por este motivo el amor es el tema común de la novela, de la poesía, del drama, de la filosofía, etc., y de todos los hechos es el más explorado.

Los filósofos y los literatos han tratado de definirlo, pero, en rigor, no han alcanzado a un resultado satisfactorio. El amor permanece inefable, indefinible. Manifestar, por ejemplo, que el amor es una tendencia que lleva el ser a su unidad primordial, una fuerza que trasmite uniendo dos seres, un sentimiento altruísta, expansivo, una devoción perpetua, etc., no se hace más que designar los caracteres principales del amor y no su esencia.

El hombre sabe que existe este sentimiento, sabe que el esposo ama a la esposa, la novia al novio, la madre a sus hijos, el ciudadano a la patria, etc.; pero ignora lo que es en sí. Sólo lo conocemos por sus efectos, por su influjo sobre nuestros sentidos y nuestro espíritu. Pretender determinar la esencia del amor es querer resolver el *quid* de nuestro ser. Y mientras ignoramos lo primero desconocemos siempre lo segundo. Por sernos imposible conocer su naturaleza íntima es como resulta ser este sentimiento el más precioso y el más sublime. Lo único que podemos hacer es analizarlo, describirlo, determinar sus caracteres fundamentales y formular hipótesis acerca de su esencia. Del amor, además, tenemos conciencia, intuición, como del dolor, de los colores y de los sonidos; pero nos es imposible traducirlo con palabras y hacérselo comprender a los demás como sucede con nuestros pensamientos; porque es algo subjetivo y no puede representarse con ninguna imagen, con ningún término abstracto o acto. Como el hombre mudo que es capaz de saborear, pero incapaz de expresar la sensación del gusto, así el amor puede sentirse, pero no expresarse.

Nadie puede describir y comprender el amor si no lo ha experimentado él mismo. Este sentimiento, como los últimos valores de la vida, resulta incomprendible al intelecto puro, sin la intuición o revelación de su vida vivida. El ciego nato nunca podrá saber realmente lo que son los colores con todos los esfuerzos que hagamos para explicárselo. Lo mismo, ninguna teoría de amor podrá hacer comprender lo que es este sentimiento a aquéllos que nunca

lo han sentido, que nunca han amado y que sólo conocen el deseo físico: la conciencia de la carne es incapaz de apreciar los sentimientos del espíritu. Sólo el amor puede comprenderse a sí mismo: *comprender non può chi non la prova*, dice Dante; como las verdades del espíritu no pueden ser comprendidas más que por el espíritu.

No es posible, por tanto, estudiar el amor como simple espectador, con el *método extropectivo*, observándolo en los demás. Se necesita, como condición previa, el haberlo experimentado directamente y observado en sí mismo, mediante la *introspección*. Además, los que teorizan acerca del amor basándose sólo en lo que han dicho los demás, están en condiciones de inferioridad con respecto de aquéllos que lo analizan a base de sus amores vividos.

La intuición del amor, por otra parte, no se reproduce íntegramente más que en el momento en que se siente. Pero sucede que los amantes mientras están dominados por esta pasión y se sienten felices o sufren una desilusión no se ponen a dar explicaciones y a formular teorías sobre él. Y si pretendieran hacerlo no están en condiciones científicas y objetivas adecuadas. Y cuando se estudia el amor mediante los recuerdos que de él tenemos, lo hacemos con fragmentos, con elementos superficiales, que distan mucho de representar su verdadera y completa realidad. He aquí por qué hay grandes dificultades para hacer una investigación psicológica del amor, y sean tan escasos los estudios desde este punto de vista. Por este motivo, también se ha dicho que el amor se siente y no se define.

Los novelistas, los dramaturgos, los poetas, nos ofrecen en sus obras observaciones psicológicas agudas que superan, a veces, a la de los mismos psicólogos y filósofos. Pero tienen el defecto de ser observaciones particulares, aisladas, fragmentarias, que no abarcan el conjunto de este sentimiento, sus distintos aspectos, para que luego puedan obtenerse de ellas una ley o regla general. Pues su fin es hacer arte y no ciencia. Por esto aquellos escritores no pueden satisfacernos plenamente y además no pocas veces sus conclusiones se contradicen, por tener en cuenta sólo aspectos distintos del mismo fenómeno o por representarlo de maneras diferentes.

Es difícil, por otro lado, hacer un estudio científico del amor sin caer en errores, y determinar una ley general que sirva de norma para todos. Porque cada individuo lo siente de distinto modo, cada uno es altruísta de una manera propia, lo que depende de su constitución física, herencia, hábitos mentales y sociales y cultura, etc. Escribe Platón: "Cada uno escoge su amor según su carácter y hace de él su dios, le eleva en su corazón una estatua, y se complace en adornarla como para celebrar sus misterios". *Los distintos conceptos acerca del amor resultan de los diferentes grados de desarrollo espiritual*. El amor vale lo que valen los amantes, como el sonido es según el cuerpo que lo produce. Los ignorantes no aman como los sabios. Cada persona ve el amor tal como ella lo siente, y cuando pretende estudiar y comprender el de los demás, lo hace a base de su propia psicología, de su propio amor. Y nuestra idea del amor hace vislumbrar nuestro carácter y el grado de nuestro progreso espiritual.

Para el hombre vulgar el amor es como el hambre que la mujer satisface y que cesa cuando ha sido satisfecho. El amor propiamente dicho es para éste un sueño poético, un producto de la imaginación. Unos creen que el amor es ver, tocar, sentir; otros lo identifican con la galantería; otros que es un capricho de un instante, y hay quienes confunden el amor con la simple necesidad de amar.

Los psicólogos que se han ocupado de este sentimiento tampoco van de acuerdo entre sí. Algunos ven en él una simple tendencia efectiva específica; otros, en cambio, quieren hallar una agrupación de tendencias. Además, mientras que las definiciones del amor deberían ser exclusivamente psicológicas, se suele hacer intervenir en ellas elementos filosóficos, morales, sociológicos y biológicos. Y la presencia de estos últimos elementos ha llevado siempre a los pensadores, como Schopenhauer, a que confundan el amor como sentimiento con el instinto sexual.

Los distintos significados que tiene la palabra amor contribuye asimismo a dificultar su estudio y a que los autores no puedan muchas veces ponerse de acuerdo entre sí. Hay que tratar de evitar, pues, este defecto, determinando con claridad lo que se entiende por amor en su sentido ge-

neral y cuáles son sus diferentes significados especiales. El designar con términos apropiados cada uno de ellos, para evitar confusiones, es una de las principales condiciones del progreso de la psicología del amor.

La palabra amor tiene varios significados:

1.° En su *sentido general* es la tendencia que lleva el ser o el alma a unirse con una cosa. El carácter general del amor aplicable a sus distintas formas es de ser un esfuerzo, un instinto, una inclinación que conduce a la unidad. Por esto, donde encontramos una fuerza que une lo que está separado, como en la afinidad química, en el magnetismo y en los sexos, solemos denominarlo con el término *amor*, si bien lo distinguimos luego según los objetos a que se dirige y la naturaleza de esa fuerza. Según la naturaleza de la tendencia y el objeto a que se dirige, el amor toma el nombre de afinidad, de amor natural, instinto sexual, amor ideal, amor científico, artístico, divino, etc.

2.° Se llama también amor el sentimiento que une el hombre y la mujer. Como este sentimiento puede ser ocasionado por elementos puramente fisiológicos, psicofisiológicos o espirituales, el amor toma asimismo, en este caso, distintas denominaciones: *amor físico*, *amor integral* y *amor espiritual*. El primero tiene por objeto la unión corporal y participa sólo de los goces que derivan del cuerpo. El segundo tiene, por fin, la unión, tanto del cuerpo como del alma, como en el amor conyugal. El tercero tiene por objeto únicamente la unión espiritual entre seres de distintos sexos, como el amor maternal, paternal, parental, etc.

3.° La palabra amor se usa también para indicar las tendencias y los sentimientos altruístas opuestos a los egoístas. Lo único que caracteriza el amor en su sentido especial es la renunciación, la expansión, el sacrificio, el desinterés, el olvido de sí mismo. Y cuando hablamos del amor propiamente dicho nos referimos a este sentimiento espiritual y desinteresado.

Estudiaremos, por un lado, el amor tal como es en sí mismo, como sentimiento general, independiente de los tiempos y civilizaciones en los cuales se ha manifestado; por otro, lo observaremos en su forma vital, a través de los individuos y en la actualidad. Al mismo tiempo des-

cribiremos el amor ideal o sea aquél que podrá procurarnos la verdadera felicidad que hemos soñado en un día de lucidez espiritual.

## II. CARACTERES QUE DISTINGUEN EL AMOR DEL INSTINTO SEXUAL

El amor se diferencia del instinto sexual por su origen, por su naturaleza, por su proceso y por su fin. El amor se confunde frecuentemente con el instinto genésico, y muchos fisiólogos no ven en este caso más que una necesidad orgánica, un producto de la nutrición.

El instinto genital representa la primera fase del amor, es propio de los hombres primitivos y no evolucionados, desde el punto de vista intelectual. Muchas tribus salvajes carecen de términos para designar el amor. El amor nace cuando el hombre principia a elevarse psíquica y moralmente, cuando domina y sublimiza por medio de su espíritu sus tendencias inferiores. El ser humano, cuando ama, lo hace con toda su alma; lleva en su amor todos los tesoros de sus afectos, de sus pensamientos, de sus ideales y de sus acciones, y según que éstos sean elevados o groseros, su amor será moral o inferior.

El instinto sexual es una tendencia *simple* que está bajo el imperio de una necesidad orgánica, que desaparece cuando ésta ha sido satisfecha. El amor integral es un tendencia *compleja*. Alrededor de la impulsión sexual se agrupan varias y distintas tendencias: la simpatía, el cariño, la confianza mutua, el respeto, la bondad, el espíritu de sacrificio, etc., que se refieren no solamente al acto sexual, sino a la persona entera, tanto física como psíquica y moral. En el amor integral entran, por tanto, dos elementos, uno *fisiológico* y otro *psíquico*, los cuales se equilibran mutuamente.

El instinto genital es *genérico*, no se aplica específicamente a ningún individuo determinado, se dirige a cualquier ser del sexo opuesto.

El amor aspira, en cambio, a la *monogamia*; no se une a todas las mujeres, sino a una sola mujer; personifica, individualiza a quien ama y afirma la *unicidad* del objeto.

Para un hombre que ama realmente, no existe en el mundo más que una sola mujer y las otras mujeres no le llaman más la atención. Para una mujer apasionada por un hombre, fuera de él, los demás es como si no existieran. Dice J. J. Rousseau en su *Nueva Eloísa*: "Para una mujer ordinaria, cada hombre es un hombre; mas para aquella cuyo corazón ama, no admite más hombre que su amante." La esencia del amor consiste, precisamente, en el esfuerzo continuo para alcanzar un grado cada vez mayor de individualización.

El hombre enamorado considera a la mujer que ama como la única criatura del mundo. Esto en el fondo no es una ilusión, porque él ama la luz divina que hay en ella. Si bien es cierto que hay otras mujeres que son tenidas por igual por otros hombres, el amante aprende a ver sólo en su amada y a través de ella las divinas realidades de su complemento, y mientras dura su amor es incapaz de descubrirlo en otras mujeres. Y como toda mujer, si, por ser tal, hace que sea posible que existan en ella tales cualidades, la mujer buena, que comprende instintivamente este hecho, trata de elevarse al nivel de la imagen que su enamorado ha construído acerca de su persona. Consciente de haber sido idealizada con el fin de no procurarle una desilusión y hacerse digna de su amor y de su confianza, se esfuerza en adquirir las cualidades que corresponden al ideal de su amado. Este hecho es lo que justifica siempre la confianza de los enamorados. Lo dicho se aplica también a la mujer, en cuanto ella busca su complemento, su ideal en el hombre.

Es por este carácter del amor, que resulta del todo erróneo sostener, como lo hacen Max Nordau y I. Bloch, que el hombre puede amar a la vez varias mujeres; porque, como hemos visto, el que ama a una de ellas no presta ya mayor interés a las demás, y el mismo amor que él siente es la principal defensa contra la seducción y los deseos que las otras mujeres pueden despertar en su alma. Un signo de verdadero amor es el rechazar cualquier deseo vulgar o inferior. Y los hombres que aman a dos mujeres al mismo tiempo, no aman a ninguna de las dos; sólo aspiran al placer de los sentidos. Por esto creemos que la

palabra amor usada por estos dos autores debe ser substituída por el término *deseo sexual*.

En los animales, el macho se arroja sin *distinción* sobre todas las hembras y las hembras se someten a todos los machos. Los hombres dominados por el amor eligen su compañera. La tendencia amorosa es esencialmente *selectiva*. Entre tantas mujeres que conoció Dante en su juventud, sólo Beatriz despertó en él amor. Y Laura fué la única mujer amada por Petrarca, el cual dijo: *Che solo a me par donna*. El hombre ha sido hecho para amar a una sola mujer, y la mujer digna de respeto se conserva para un solo hombre. La satisfacción pura del apetito sexual nada tiene que ver con el amor: es semejante al celo de los animales. Y los libertinos y las libertinas no son más que bestias. El valor *incomparable e inconmensurable* que tiene el objeto del amor y la amplia individualización con que se caracterizan los amores grandes y profundos, nos explican por qué los amores de Eloísa no han sido casi en ningún punto idénticos a los de Julieta, y los de Alfredo Musset a los de Chopin. Por el contrario, los amores comunes y superficiales se asemejan mucho entre sí y siguen siempre el mismo camino.

El amor aspira, además, a la perfección. Amar una persona significa amar con ella y en ella lo que tiene de más bueno, más verdadero y más moral, por medio de lo que y por lo que ella es. No se puede dejar de amar a una persona en cuanto es tal y no amar lo que la hace tal. Así, todo amor entre dos personas presenta el particular carácter de tender cada vez más hacia lo más grande y lo mejor.

El instinto genital es una impulsión *pasajera, periódica*, que desaparece una vez satisfecha. No deseando más que la posesión del cuerpo y una unión material, tan pronto como la flor de la hermosura física se marchita, el deseo se desvanece. A menudo va seguido del odio y, a veces, de la crueldad. La mayoría de los obscenos fueron crueles. El amor, por el contrario, es una pasión *duradera* que aspira a reinar siempre y agradar eternamente. No es periódico, sino *constante*, y esta cualidad es uno de los atributos más esenciales del amor. No tiene por finalidad adherirse



solamente a la frágil y pasajera unión física, tiene igualmente por objeto la unión de las almas, y siente esta unión como *imperecedera* y *perpetua*. De ahí por qué se experimenta en el verdadero amor el sentimiento de una completa eternidad y absoluta duración. Te amaré siempre, eternamente; mi amor no terminará ni aun con la muerte, es la expresión natural de aquéllos que aman de verdad. "Maldito el hombre, dice B. Costant en su libro *Adolfo*, que en los primeros momentos de la unión amorosa no crea que esta unión deba ser eterna." "Desgraciado del que habiendo conseguido que los brazos de una mujer amante se abran para él, conserve una funesta presencia y prevea que podrá desasirse de ellos." Las sombras fugitivas de la dicha del amor más que agradables son crueles, porque dejan insatisfecha el alma amante. Y un amor que cambia es un capricho que pasa, pues el verdadero amor es una pasión invencible motivada por un sentimiento justo.

Es cierto que los sentimientos del hombre son inconstantes; pero esta inconstancia es vencida por el amor unido con el deber. El divorcio, la poligamia, la poliandria se oponen así a la naturaleza esencial de este sentimiento. Es cierto asimismo que cuando el matrimonio ha sido llevado a cabo por capricho, por interés, por casualidad, y no por un amor verdadero, el divorcio puede parecer un mal menor y casi una necesidad; pero no debemos imputar a la naturaleza el error de los hombres.

El instinto sexual funciona bajo el poder exclusivo del organismo, de la necesidad de la emisión seminal, de la procreación de la especie y del placer que acompaña a este acto. No conoce ni leyes morales, ni deberes, ni justicia; es anárquico, es una embriaguez furiosa, es un vértigo de la fatalidad. El amor obra bajo una necesidad *ideal*, es impulsado por el deseo de una síntesis y un progreso espiritual. El amor es el triunfo de la naturaleza superior sobre la fatalidad de los sentidos, está sometido al deber, a la ley moral y a la justicia; es la armonía, el orden en las cosas. Las personas enamoradas son atraídas por un ardor sagrado de confundir sus almas en una sola, como en un éxtasis divino.

La fusión de las almas es superior a la de los cuerpos. Esta última no es más que la reconstrucción en una sola carne, la dualidad de los sexos. La fusión de los espíritus es íntima, es la reunión en un nuevo ser superior. Nuestra individualidad persiste todavía en este estado superior, pero los sentimientos, las ideas y las acciones obran juntamente. Cada alma ayuda a la otra a formarse, a elevarse, y el amante se siente vivir en la amada y ésta en aquél. Esta fusión da por resultado la más grande intensificación de la vida y del espíritu; origina el entusiasmo divino, la caridad más profunda y la felicidad más perfecta. Durante este estado, nuestra inteligencia es más grande y luminosa, nuestra voluntad no encuentra obstáculos: todo es factible para el hombre dominado por el amor. Esta intensificación espiritual no proviene de la simple suma de las almas, sino de la multiplicación que la unidad ocasiona: cuando se fusionan las llamas de dos lámparas, la nueva luz obtenida por esta combinación es siempre más que doble.

El instinto sexual es una especie de fetichismo que se aferra a una sola parte del hombre, a la parte física. El amor envuelve toda la persona entera considerada como una unidad viviente. Este es un acto *total*, en donde la vida del uno se concentra en la del otro con toda su fuerza y energía. Esto explica la necesidad de los amantes de aislarse, de huir del tumulto de la multitud, porque la vista de los demás los distrae de llegar a realizar esta concentración de la manera más profunda. Por esto dice la Sulamita en el *Cantar de los Cantares*: "Ven, adorado mío, salgamos al campo, moremos en las granjas. Levantémonos de mañana, y corramos a las viñas; veamos si han germinado las cepas, si han abierto sus yemas, si los granados están en flor. Allí te daré mis caricias".

El hombre dominado por el instinto genital se siente como un *centro de posesión*; dominado por el amor se considera como una *unidad* en una dualidad o pluralidad. En el primer caso, existe un ser corporal que se apodera de otro ser idéntico a él, quiere apoderarse de su objeto para dominarlo y usarlo para sí; en el segundo, hay fusión de dos seres, penetración de dos vidas, transporte del amante

en la amada y viceversa. El yo de uno no se contrapone aquí al yo del otro, sino que esta contraposición desaparece y el dominador es al mismo tiempo un dominado. *Yo soy yo*, he aquí la fórmula del deseo; *yo soy tuyo*, es la fórmula del amor.

El instinto genésico se mira a sí mismo como fin supremo, no se ocupa más que de su propio bien o su propio mal, excluyendo el bien y el mal que puede causar a los demás. El amor mira el bien y el mal de los demás como propio.

El uno prescinde por completo de la reciprocidad de afectos; el otro aspira a ser correspondido: los intereses, los sentimientos, las alegrías, los sacrificios son recíprocos. El amor integral quiere amar y ser amado. Es un alma que pide a otra alma semejante a la suya que le comprenda, que simpatice con ella, que le devuelva amor por amor, confianza por confianza, abnegación por abnegación. ¡Oh, si yo pudiera hallar un alma que me comprenda!, ha dicho San Francisco de Asís.

La impulsión sexual es *egoísta*; desear significa tomar una cosa, hacer uso personal de ella; es una tendencia orgullosa de conquista. El amor es desinteresado, *altruísta*, bondadoso, dulce y cariñoso. Amor y corazón gentil siempre son la misma cosa, dice Dante. Amor significa dar; es un sentimiento de ternura, es un generoso olvido de sí mismo, es espíritu de solidaridad, de abnegación y de sacrificio.

El *sacrificio* es el testimonio irrecusable del amor. Aquél que ama con pasión da con alegría lo que posee, busca la ocasión de hacer sacrificios, como prueba de su amor, y su ideal es exponer su vida para los que ama. El sacrificio indica el grado de fuerza o debilidad del amor; éste se despierta y se desarrolla mediante continuos esfuerzos; es la piedra de toque que indica el grado de pureza del amor. Un hombre que afirma que ama a una mujer, pero cuando llega el momento para hacer un sacrificio por ella se niega a hacerlo, no la ama, sólo la desea. Por lo común, una persona que se encuentra en la prosperidad se halla rodeada de otras personas que dicen ser sus sinceros amigos. Pero basta que le sobrevenga una desgracia

y necesite de su ayuda, para que muchos huyan delante de ella como los espejismos en el desierto. Si entre varias le queda una sola y le ofrece su auxilio, ese será el amigo verdadero. No podemos amar sin sacrificarnos una parte de nosotros mismos y los sacrificios acrecientan el amor: no es sino después del combate cuando el valor del soldado queda contrastado.

El amor es fuente de *felicidad* y de *dolor*. Todas las cosas buenas o malas nacen por comparación. Para ser feliz hasta cierto punto es menester haber sufrido en el mismo grado. No haber sufrido nunca equivale a no haber sido nunca dichoso. Entre el amor y el sufrimiento existe una especie de reciprocidad. "El amor no es más que una forma atrayente del dolor" (J. Peladan). El dolor nos revela la existencia de nuestras tendencias egoístas, nos señala el camino del verdadero amor, en cuanto nos separa de nosotros para entregarnos a los demás, y sin la educación del dolor no se llega a la acción desinteresada y valerosa. "Quien no ha sufrido por una cosa, no la conoce ni la ama", dice M. Blondel. Pues quien no ha sufrido no puede decir que ha amado, y quien no ha amado no puede afirmar de haber vivido realmente. "No vive ninguno en amor sin dolor" (Kempis). En todo amante existe siempre el sufrimiento de no poseer por completo, según su ideal, al amado, el temor constante de perderlo, la inquietud acerca de las cosas que pueden poner en peligro su vida: "el amor siempre vela y durmiendo no se adormece".

El amor físico aspira a dominar, a esclavizar su objeto. Por esto, más que unidad hay separación, porque el dominio subyuga, y un alma subyugada, o no tiene voluntad o tiene voluntad contraria. Si carece de voluntad propia, carece de amor, porque sólo donde es libre y autónoma es posible este sentimiento. Si tiene voluntad contraria, hay odio en vez de amor. En dos personas que viven en esta situación, los deseos de uno de ellos luchan contra los deseos del otro, y por más que en las cosas exteriores se sujeten y se acomoden por consideración a la tranquilidad y reputación social y la de sus hijos, sus almas están separadas por un profundo abismo. El deseo sexual es, además, imponente para adueñarse de un alma, porque no se

puede desde afuera asir los seres en sí mismos. Sólo un alma puede aferrar a otra alma.

El instinto sexual es *esclavo*; el amor es *libre*. El amor no puede existir sin un cierto grado de libertad. Pues sólo el instinto y la necesidad son ciegos e irresistibles. Por esto los antiguos representaron el amor físico como ciego. El verdadero amor en su plenitud y fuerza tiene los ojos despejados y normales. El amor es libre, porque sólo se satisface con la libre entrega y no por la violencia, como acontece con el instinto sexual. En amor la voluntad del uno es como la del otro. El uno quiere y ama lo que el otro quiere y ama, y la libertad es para ambos, porque ambos aman. El amor verdadero se ofrece espontáneamente, no se deja implorar ni arrebatarse. La violencia puede entregarnos el cuerpo de una mujer, pero no sus afectos más puros e íntimos. Por esto no hay amor sin libertad y nuestra felicidad está, en gran parte, en la libertad, por la cual podemos ofrecernos a nuestros seres queridos. Entiéndase bien que aquí hablamos de la libertad del amor y no de la libertad sexual. "El verdadero amor, dice Rousseau (Nueva Eloísa), es siempre modesto, no arrebatase sus favores con audacia; los obtiene con timidez. El misterio, el silencio y la vergüenza temerosa aguzan y ocultan sus arranques placenteros. Su llama honra y purifica sus caricias; la honestidad y la decencia lo acompañan en el seno mismo del placer, y sólo sabe acceder al deseo sin robar nada al pudor." El amor es siempre la medida genuina de la libertad. Todo lo que disminuye y destruye el amor, disminuye y destruye en el mismo grado la libertad, y subsiste la esclavitud, que es su contrario. Los deseos corporales exclusivos subyugan el alma; subyugación que proviene, no de la falta de libertad individual, sino de la ausencia de amores elevados. Hay más amor, hay más libertad, y más elevado es el amor cuando más grande y plena es la libertad. Dice Kempis: "El que ama, vuela, corre, alégrase, es libre, no es detenido: todas las cosas da por todos y los tiene todas en todos, porque descansa en el sumo bien sobre todas las cosas, del cual mana y procede todo bien." A causa de que el amor no ha sido nunca perfecto es como la libertad no ha sido completa hasta ahora.

En el instinto sexual es el *cuerpo que envuelve al alma* y subordina ésta a aquél. En el amor es el *alma que envuelve al cuerpo* y el deseo físico está sujeto a un fin superior. El amor integral implica también la unión física; pero el deseo físico no siempre lleva en sí el amor del alma. Por esto aquéllos que se casan sin amor y creen que éste nacerá con el comercio sexual y material, pueden, con frecuencia, equivocarse. La satisfacción del instinto genital no es el *fin directo* del amor, sino que el amor alcanza a tal finalidad como señal y prueba del amor recíproco en cada uno de los amantes, y este acto no disuelve el amor, antes bien lo ata y lo enlaza más. Los amantes, estando unidos por sus almas, desean igualmente unirse con sus cuerpos, para que no quede diversidad alguna y la unión sea en todo perfecta. El amor no es, pues, hijo del deseo, sino que el deseo es su hijo y él su padre. El amor nace primero en el alma, se insinúa a menudo por medio de los ojos, y la tendencia a la unión física no se despierta sino después de un intercambio espiritual e íntimo más o menos largo y una vez que el corazón ha sido conquistado.

El objeto del deseo genésico es *limitado*, es particular, se reduce a la reproducción de la especie. El placer que procura su actuación se origina en el cuerpo, el cual tiene un límite que depende de la energía vital de los órganos genitales. Este placer es parcial, porque es únicamente corporal y deja, por consiguiente, insatisfecha el alma y da casi siempre por resultado una pena que proviene en parte de la pérdida de energías fisiológicas y de la limitación de la persona en este acto. Esto explica el descontento, la infelicidad, el fastidio de los disolutos. Los antiguos decían: *animalia post coitun tristi*. El instinto sexual va acompañado, a veces, del odio y se complace en la ferocidad y en la crueldad; la mayoría de los libertinos fueron crueles. El placer sexual, separado del amor, es el más grosero y abyecto de los goces, porque concentra al hombre en la materia y le hace olvidar los goces más elevados y su fin superior. Unido al amor y a la castidad se dignifica y sublimiza.

El amor físico busca el placer, el deleite de los sentidos, como fin principal, sin consideración alguna para la per-

sona. Estima a la mujer como un objeto de gozo material, aspira a absorber su vida; se sirve de ella con el fin de ser servido, de recibir halagos, de dominar, y no se cuida más que de su propio deleite.

El amor no va en busca directamente de la felicidad sino que ésta es efecto del mismo amor. La felicidad nace del contento por la real posesión de las excelencias físicas y morales del objeto amado, que se aprecian como propias. El amor considera a la mujer no como un objeto o como un medio, sino como un fin, como otro yo. No aspira a absorber su vida, sino a vivificarla; busca el bien y la felicidad de la persona amada. El verdadero amante no es dichoso porque siente placer, sino que experimenta placer porque es dichoso: si en su alma no hay alegría, el placer le resulta repulsivo. El placer físico principia por los sentidos y pertenece a los sentidos. Los goces del amor nacen en el espíritu, pertenecen a él y se difunden por el cuerpo. El placer se busca, la dicha sólo se encuentra. Y buscar el placer es, hasta cierto punto, destruirlo, en cuanto éste se disipa con los esfuerzos que se hacen para conseguirlo, para prolongarlo y renovarlo. Los libertinos cuanto menos gozan más sed tienen de gozar. Las mesalinas se fatigan sin nunca hastiarse. La voluptuosidad que huye de ellos se transforma en un prolongado e irritante deseo. "Saliendo de los brazos de las mujeres que más he amado —dice G. Casanova— he experimentado un apretón al corazón y he sido siempre menos abatido por la fatiga del placer, que por el sentimiento de una tristeza íntima, al pensar que bienes tan queridos se desvanecían." La felicidad, que es perfección, abnegación, gozo espiritual, música que resulta de la armonía de las almas, viene sin ser buscada; se obtiene como premio del amor. La felicidad no se alcanza yendo de objeto en objeto, siempre en busca de novedad y variedad; porque el amante continuamente agitado no tiene tiempo de arraigarse e infundirse en lo íntimo de lo amado y sentir la embriaguez espiritual que resulta de su completa unidad. Por este motivo la perfecta felicidad es fruto del perfecto amor, es floración de la verdadera unión espiritual. Nadie hay que tienda tanto a la turbulencia como los impotentes; y es la incapacidad de amar, de sen-

tir la felicidad, que hace a los Tiberios y a los don Juanes y a las mujeres disolutas. No poder amar; he aquí el verdadero infierno.

El amor se fundamenta en la *belleza*, tanto del *cuerpo* como del *alma*. Es lo bello lo que excita la admiración y solicita el amor. Este aspira a la perfección y esta necesidad de amar algo más perfecto es una revelación de nuestro destino. El amante se adorna con todas las más elevadas cualidades, tiende a alcanzarlas y las proyecta, a su vez, en el amado. El verdadero amor es amor de belleza y quien amara otra cosa fuera de ésta, ama exclusivamente al placer. El instinto sexual, que sólo busca el deleite físico, prescinde de las cualidades morales del alma y de las excelencias espirituales. El amor no se da por entero, completamente, sin estima, esto es, sin la convicción del mérito del objeto amado, sin reconocer las virtudes que le son propias, sin pensar en la belleza física y moral. La belleza del cuerpo, la salud física y la juventud son valores para el amor. Pero éstos, para que sean verdaderos y permanentes, deben ser el resultado de la hermosura del alma, porque es muy difícil que puedan persistir por mucho tiempo la salud y la belleza del cuerpo sin la salud y la belleza del alma. El estado de salud corporal es el resultado de la salud espiritual, y en el rostro quien sabe observar bien, puede notar tanto la hermosura como la fealdad interior, por estar dicho rostro animado, vivificado, por el espíritu. Se ha observado que la monstruosidad moral, produce la fealdad física. Amplía el vientre y las mandíbulas del glotón, encoge los labios del avaro, hace impúdicas las miradas de la mujer licenciosa y venenosas las del envidioso y del malévolo. Cuando el egoísmo invade a un alma, la mirada llega a ser fría, las líneas de la cara son duras y desaparece la armonía de las formas. La mujer que no es buena rara vez podrá conservar por mucho tiempo su belleza, porque ésta es un préstamo que la naturaleza hace a la virtud. Un día se reconvino a Miguel Angel por haber representado hermosa a la Virgen María en una edad en que ya no era joven. "Acaso no veis —respondió— que la belleza de su alma es la que ha conservado la de su rostro."



La belleza es la variedad en la unidad. La materia posee la variedad, pero está desprovista y es incapaz de la unidad. Si ella es bella es porque es un reflejo del espíritu, es su imagen, es su resultado. Admirar y amar la belleza del alma de una persona es, pues, admirar y amar nuestro verdadero objeto de la felicidad, porque la admiramos en sí misma, en su esencia. Dejarnos, en cambio, arrastrar exclusivamente por la hermosura del cuerpo, amar el cuerpo por la hermosura misma, es desear sólo el deleite físico, es obrar con la misma ilusión que la niña que abraza tíernameute a su muñeca por figurársele viviente y sensible. La verdadera fuente de la felicidad y de la belleza está en el alma, y no hay ninguna dicha más grande que la de poder contemplar y leer en un alma pura y bella. Esta, generalmente, no puede manifestarse más que por intermedio de sus palabras, de sus pensamientos, de sus actos y de sus obras: sólo poco a poco puede comunicarnos su riqueza. Pero hay circunstancias en que una frase, un gesto, una mirada, revelan una vida entera, resumen una completa individualidad.

La unión genital es conducida por una fuerza *externa*, fisiológica. Está sometida a la voluntad de la especie. Mira su fin sin comprenderlo, es un acto que se realiza ciegamente. Es tiránico, exigente, inquieto y choca contra todos los deberes. La unión del amor es una unión libre que nace en la conciencia misma del sujeto y es querida por él: es una síntesis espiritual que conoce claramente su fin o, por lo menos, trata de comprenderlo. No se exalta nunca y se engrandece lentamente a través de las pruebas y sacrificios. Se afirma que el amor vuelve ciegos a los amantes acerca de los defectos y debilidades del amado. Lo que sucede es que los tolera por el mismo amor, siendo la ceguera propia del instinto, en cuanto sólo se ocupa de la relación corporal y cierra sus ojos a las demás relaciones, de donde provienen sus errores y desilusiones. El amor, por el contrario, tiene abiertos sus ojos para todo lo que se refiere a los méritos del ser amado, y es, precisamente, por estos méritos que él es atraído. Si la fábula ha puesto una venda sobre los ojos del amor es porque éste, una vez que ha nacido, no siempre se deja gobernar por la razón,

pues algunas veces el amante comete actos que no son equitativos y van en contra de sí mismo.

El instinto sexual se contenta exclusivamente en sentir el deleite físico que procura su actividad. El amor aspira a un goce espiritual que provenga del cuerpo y del alma enteros. El amor no nace de la anulación del deseo físico, sino que es resultado de su sublimación; porque con la supresión del deseo se suprimiría en parte el amor, por cuanto éste tiene sus raíces en aquél. El amor es una floración del instinto sexual, una transfiguración del apetito en afectos espirituales. El amor integral existe en cuanto hay un instinto sexual orientado hacia un fin noble y elevado. El amor, por no contentarse con el puro comercio físico y tender hacia los goces espirituales, eleva al hombre sobre su instinto genésico, egoísta, y hace de él un ser moral, sacrificando sus intereses por la familia, por la raza, por la patria y la Humanidad. Dos seres que se aman sienten que se elevan moral e intelectualmente. Ven el mundo bajo el aspecto del infinito y sus almas se llenan de generosidad y emanan una simpatía universal. "Basta amar un solo ser con nuestra alma —dice Goethe en su libro *Afinidades electivas*— para que los demás nos parezcan buenos." El verdadero amor se conoce por sus obras: eleva el alma, inspira la devoción y las acciones heroicas; es celoso solamente de la perfección, de la felicidad del ser amado; es siempre capaz de toda clase de sacrificios. El falso amor quebranta el valor, enerva la voluntad, rebaja las nobles aspiraciones y desconoce los sacrificios y el deber.

El amor se distingue del instinto genital por entrar en él el *pudor*, signo de la emancipación del espíritu de la servidumbre del sentido sexual. El amor sin el pudor se confundiría con la pura pasión carnal. La mujer púdica sólo entrega su alma cuando ama, la deshonesto se ofrece aun cuando no ame.

El amor es *casto*, porque el elemento sexual está subordinado a un fin superior e ideal, como hemos visto. El amor, primero es una atracción recíproca de dos almas y luego, por continuidad, una atracción de dos cuerpos, y en el verdadero matrimonio los cónyuges alcanzan al acto fí-

sico bajo el dominio de un elevado sentimiento de pureza, siendo dicho acto tranquilo, sereno, mesurado.

El verdadero amor es *celoso*, porque el amor es una preferencia absoluta que exige la reciprocidad, pero no puede existir sin una ilimitada confianza. Los celos pueden ser justos e injustos. Son justos cuando provienen del amor y éstos son los guardianes de su integridad. Son injustos cuando nacen del deseo físico, cuando es un sentimiento egoísta que transforma la ternura en odio, que calumnia el objeto amado y es una desconfianza que ultraja y un furor que lleva a maltratar y a destruir. Los celos, pues, tienen el mismo carácter que el amor que los ocasiona.

En el amor entra la *simpatía*, o sea la tendencia instintiva de compartir los sentimientos alegres o tristes de la persona a la cual se dirigen. Implica la *amistad*, es decir, el amor recíproco; no se puede amar realmente sin ser amado. Es una comunidad de vida, de afectos y de fidelidad indisolubles.

El amor va acompañado del *respeto*. Todo amante siente un gran respeto y una ferviente adoración por el ser amado y no reconoce nada más grande fuera de él. El respeto lleva implícito el deseo de hacernos dignos del amor de la persona querida.

Los animales no se casan, y los hombres que se unen como los animales sufren las consecuencias de las bestias. La unión sexual es accidental, transitoria. Por esto prometerse un amor eterno, basado exclusivamente sobre el instinto genésico, es una puerilidad. La promesa, en cambio, de un amor recíproco, durable, es la esencia del matrimonio y el principio de la familia. El matrimonio es el ideal perfecto del amor, que debe ser uno e indisoluble, y esto corresponde a la perpetuidad, a la unidad y a eternidad del sentimiento amoroso. Pero el amor, para que sea eterno, debe estar unido con el *deber*: la unión no llega a ser indisoluble mientras el amor recíproco no se transforma en deber absoluto. Esto sólo lo sienten y lo comprenden en toda su extensión las grandes almas y sólo para ellas el matrimonio es sagrado y la unión que él establece eterna.

### III. EL AMOR ES EL MÁS COMPLEJO DE TODOS LOS SENTIMIENTOS

El amor no sólo es el sentimiento más extendido, más profundo, más universal y más intenso, sino que es el más *complejo*, por la gran variedad de elementos que lo forman.

El amor está determinado por causas sensoriales, afectivas e intelectuales, desde que la belleza física, el espíritu y el carácter moral del ser amado contribuyen a excitarlo.

Estos elementos pueden agruparse en dos grupos: primero, los correspondientes a la tendencia expansiva, centrífuga o altruísta; y segundo, los que se unen a la tendencia atractiva, centrípeta o egoísta.

Platón, en su *Pedro*, observa que el amor está compuesto de deseos y de elementos divinos: "Cada uno de nosotros debe reconocer que hay en él dos principios que lo gobiernan y dirigen, cuyo impulso le determina: uno es el instintivo deseo del placer, el otro el placer reflexivo del bien. Tan pronto están estos dos principios en armonía, como se combaten, y la victoria pertenece sucesivamente al uno o al otro". Habla, además, de los distintos destinos del corcel bueno y noble y del corcel malo e innoble que forman uncidos el tiro del alma a la vista de la belleza, los cuales simbolizan el amor físico y el amor del alma.

Descuret, al tratar del amor del hombre, en su obra *La Medicina de las Pasiones*, nota que es una pasión de las más complejas. "Y, efectivamente, ¿de cuántos diversos elementos no se compone? Primero, del amor excitado por la belleza, y, sobre todo, por la gracia, que es todavía más halagüeña; después, la necesidad de afección, de apego, fundado preferentemente en la apreciación de las cosas morales, de las virtudes; luego el amor propio, que por todas partes se cuela..."

En su *Principios de Psicología*, párrafo 215, Spencer afirma, igualmente, que el amor no es un sentimiento simple, sino compuesto y, por lo tanto, el más poderoso de todos los sentimientos. "A los elementos puramente físicos que contiene, hay, por de pronto, que añadir las impresiones muy complejas producidas por la belleza de una

persona, y en derredor de las cuales se agrupa un gran número de ideas agradables que, por sí mismas, no constituyen el sentimiento de amor, pero que están en relación orgánica con este sentimiento complejo que llamamos *afección*, sentimiento que, pudiendo existir entre personas del mismo sexo, debe considerarse en sí mismo como un sentimiento independiente, pero que alcanza su actividad más elevada entre los amantes."

"Hay también el sentimiento de *admiración*, respeto o veneración que en sí mismo tiene un poder considerable y que, en el caso actual, llega a ser activo en muy alto grado. A esto hay que añadir el sentimiento que los frenólogos llaman amor a la *aprobación*. Cuando uno se ve preferido a todo el mundo, y esto por alguien a quien se admira más que a todos los demás, el amor a la aprobación está satisfecho en un grado que sobrepaja a todas las experiencias anteriores, especialmente cuando a esta satisfacción indirecta que resulta de que esta preferencia se halle atestiguada por indiferentes. Hay también un sentimiento cercano al precedente: *el de la estimación de sí propio*. Haber conseguido ganar un apego semejante de parte de otro, el dominarlo, es una prueba práctica de poder y de superioridad que no puede menos de excitar agradablemente "el amor propio". Tiene, además, el sentimiento de *posesión* su parte en la actividad general; hay un placer de posesión; los dos amantes se pertenecen el uno al otro, se reclaman mutuamente como una especie de propiedad. Por añadidura, en el sentimiento del amor se halla implícita una gran libertad de acción. Respecto de las demás personas, nuestra conducta debe ser contenida, porque en derredor de cada cual hay ciertos límites delicados que no se pueden traspasar, hay una individualidad en la cual nadie puede penetrar. Pero en el caso actual las barreras están derribadas, se nos concede el libre uso de la individualidad de otro, y así queda satisfecho el amor de una actividad sin límites. Finalmente, hay una exaltación de la simpatía; el placer puramente personal, se encuentra reforzado participándolo con otro y los placeres de otros se agregan a nuestros placeres puramente personales. Así, en derredor del sentimiento físico que constituye la mera ad-

hesión, el respeto, el amor a la aprobación, el amor propio, el amor de la posesión, el amor de la libertad, la simpatía. Todos estos sentimientos, excitado cada uno en el más alto grado y tendiendo cada uno en particular a reflejar su excitación sobre los otros, forman el estado psíquico compuesto que llamamos amor. Y como cada uno de estos sentimientos, en sí mismos muy complejos, reúnen una gran cantidad de estados de conciencia, podemos decir que esta pasión funde en un agregado inmenso casi todas las excitaciones elementales de que somos capaces y que de ahí resulta su poder irresistible."

Hay que hacer presente que este análisis, muy interesante, de Spencer, de los componentes del amor, se refiere al amor *integral* o conyugal, en que, como hemos visto, los elementos fisiológicos, instintivos y físicos están dirigidos y equilibrados por los elementos espirituales y morales.

Los elementos descriptos por este pensador se pueden reducir a dos categorías: elementos *egoístas* o inferiores y elementos *desinteresados* o superiores. Los primeros son: sensaciones físicas, amor de aprobación, amor propio, necesidad de libertad. Los segundos son: sentimiento de belleza, de admiración, de afectación pura, de simpatía.

El amor, siendo un estado afectivo situado entre la parte corporal y espiritual del hombre, es natural que participe de cada una de estas dos partes. Estando formado el sujeto de cuerpo y alma, se establece en él, por esta causa, una doble corriente: una que lo eleva y otra que lo hace descender, según que se deje guiar por una u otra de estas dos fuerzas. Las distintas clases de amor se deben a que los elementos egoístas y altruístas se mezclan de diferentes maneras. Así cuando los primeros predominan sobre los segundos se tiene el *amor físico* o la tendencia sexual; cuando adquieren preponderancia los elementos desinteresados, altruístas, ocasionan el *amor espiritual*; por último, si los distintos elementos se armonizan sobre sí forman lo que se llama el amor *integral* o conyugal.

Echase de ver, con lo dicho, que los elementos que se relacionan con la parte orgánica del amor como el placer de posesión, la excitación del amor propio, etc., no corresponden al amor espiritual. Por esto es que podemos amar

a una persona sin haberla nunca poseído, como Petrarca amó a Laura, y sentir una gran simpatía por una mujer vista por primera vez.

Lo que tiene el amor de noble, elevado, grande y sublime se debe a sus partes altruistas, desinteresadas; lo que tiene de inferior, bajo y pequeño es causado por los elementos egoístas. Y todo lo bueno que se ha dicho de él y el bien, la felicidad que produce es efecto de su tendencia expansiva; y todo el mal y los delitos que ocasiona son consecuencia de su tendencia concentrativa, absorbente.

Los efectos tan variados y tan opuestos que determina el amor se deben precisamente a su compleja estructura. Y no debe extrañarnos si a veces se presenta como una tendencia ciega que exalta los sentidos y arrastra a los individuos a la degradación; y otras veces se manifiesta como una tendencia sublime que embriaga el espíritu y lo eleva hacia las esferas superiores del bien, de la moral, del arte y de la ciencia.

Según Buffon, R. M. Bucke y Danville, el amor es un estado psíquico *simple* que escapa a cualquier análisis. Este último autor manifiesta que el amor puede estar acompañado por otros sentimientos, pero no forma un compuesto con ellos y que de por sí es un sentimiento simple e irreductible. Así define Danville este sentimiento. "El amor es *una entidad emotiva específica*, consistente en una variación más o menos permanente del estado afectivo y mental de un sujeto, en ocasión de su realización —puesto en obra fortuita por un proceso mental especializado— por una sistematización exclusiva y consciente de su instinto sexual, sobre un individuo de otro sexo. Lo más frecuente, este fenómeno va acompañado por una exaltación del deseo".

Las diversas opiniones acerca de la estructura del amor son el resultado de los distintos puntos de vista con que se le suele estudiar.

Los que afirman que es un estado afectivo simple lo observan sólo durante su manifestación consciente inmediata. Los que sostienen, en cambio, que es un sentimiento complejo, lo examinan desde el punto de vista de la introspección mediata, reflexiva.

En efecto, todos los sentimientos, hasta los más complejos, como el sentimiento de lo sublime y el religioso, aun cuando intervienen en su formación diversos estados afectivos, sin embargo, se presentan a nuestra conciencia como originarios y primitivos. Asimismo, la sensación de luz blanca la percibimos como simple, mientras el espectro nos revela que está formada por la combinación de siete colores. La percepción de espacio nos parece simple, no obstante, es el resultado de diversas sensaciones. La nota de un piano es sentida como una sensación única, a pesar de que intervienen en ella, como causa, una serie de vibraciones muy complejas.

Con respecto al amor sucede lo mismo. Si se le observa desde el aspecto consciente inmediato se nos presenta como un sentimiento original, irreductible y simple; si se le considera en su aspecto mediato, analítico, resulta un sentimiento compuesto de estados afectivos, tanto superiores como inferiores.

El primer conocimiento que la conciencia tiene del amor es siempre directo y simple. El yo conoce en este caso el amor en cuanto forma parte de sí mismo, es decir, lo conoce como sujeto; pero le falta en esta primera manifestación el conocimiento de sus condiciones fisiológicas, biológicas, psicológicas, estéticas y sociables. Por esto, además, de tener conciencia directa del amor, en cuanto lo vivimos, podemos con la reflexión obtener otro conocimiento más completo y acabado. Esta es precisamente la tarea de la psicología que, por medio de la introspección, la extrospección y la experimentación perfecciona el conocimiento que tenemos de nosotros mismos.

Si se olvida este doble aspecto del conocimiento de la vida psíquica, las dos opiniones acerca de la naturaleza del amor se nos presentan como contrarias; si, en cambio, tenemos en cuenta este doble aspecto, ambas opiniones son verdaderas en sus respectivos puntos de vista.



#### IV. LA EXPANSIÓN Y LA ATRACCIÓN CONSTITUYEN LAS TENDENCIAS FUNDAMENTALES DEL AMOR

El amor se manifiesta de una manera dual. 1.º Obra como fuerza de *concentración*, de reunión hacia el centro o como fuerza centrípeta. 2.º Obra como fuerza *expansiva* o de dilatación o centrífuga. 3.º Y al fin, como equilibrio o armonía de las dos fuerzas precedentes. En cada porción del universo actúan las mismas fuerzas: sólo cambian de nombre.

El amor, en efecto, es a la vez una sed y una plenitud que tiene necesidad de una expansión. Por un lado, quiere poseer; por otro, se da, se ofrece, desea abandonarse, entregarse por completo al ser que ama, confundirse con él y desaparecer en él.

Es el amor un conservador y, al mismo tiempo, destructor de nuestra existencia personal; produce la vida y la quita, nos lleva fuera de nosotros mismos, a la inmortalidad, gracias a la reproducción de la especie y a la creación de grandes obras intelectuales, como nos impulsa a la muerte, a la pérdida de la conciencia, del yo.

En el amor hay una dualidad de tendencias: un impulso hacia el *tú*; a penetrar en el otro, en su esencia, a vivir en su mundo; y una inclinación hacia un estado superior al propio yo, a una vida fuera de sí mismo. Es común a todo verdadero enamorado recibir todas las limitaciones y trascenderlas. Hacia uno de los polos del amor se encuentra lo personal, la aserción positiva "aquí estoy yo"; y hacia el otro, lo impersonal, la afirmación negativa, "yo no estoy". Este sentimiento está constituido por un juego alternante entre la atracción y la expansión, la distancia y la proximidad, la entrega y la contención.

Amamos, por lo general, a las personas que nos son más diferentes, de las cuales nos separa la mayor diversidad: nuestra imagen contraria. Pero amamos igualmente en el otro a nosotros mismos. Por esto, el sentimiento amoroso es una cuerda tensa entre dos polos: el del autoerotismo y del heterotismo.

Platón, en su *Convite*, observa que el amor es hijo de

Poros (la Abundancia), y de Penia (la Pobreza), y que el amor es a la vez pobre y rico, menesteroso y dadivoso, activo y pasivo.

El hombre tiende a atraer a la mujer y al mismo tiempo aspira a ofrecerse a ella; la mujer tiende a apoderarse del hombre y a dar su vida por él. El resultado de estos dos movimientos es la *unidad*.

Si un hombre llega a descubrir su más elevado ideal en una mujer, y si una mujer reconoce su propia existencia en el alma de un hombre, el resultado es una recíproca atracción; porque sólo pueden quererse verdaderamente cuando son atraídos por un mismo ideal. La causa del amor entre dos personas es siempre la conformidad o armonía de sus respectivas naturalezas físicas y morales.

Cuando la vibración afectiva de dos personas está de tal modo equilibrada que el atractivo de una aspira a la expansión de la otra, se origina lo que se llama simpatía. Si ellas son de distinto sexo, la simpatía puede transformarse en amor.

Los tres aspectos del amor: atracción, expansión, unidad, se manifiestan en todos los seres vivientes, por cuanto la vida es una en sí misma y no varía más que en sus formas, desde las plantas hasta el hombre.

La vida, tanto de las plantas como de los animales, presenta, en efecto, tres aspectos: una fuerza de expansión que desarrolla la semilla, el germen fecundado; una fuerza de selección que atrae lo que es útil y rechaza lo que es nocivo; y un principio de asimilación que lleva a la unidad la variedad de las sustancias absorbidas. El cuerpo humano está sometido a una doble ley: atrae e irradia. Conocidas son las emisiones y absorciones del fluido magnético que se observa en las prácticas hipnóticas y curas psíquicas. La telepatía es una prueba concluyente de las irradiaciones y absorciones realizadas por la mente humana.

El primer síntoma del amor en todos los seres vivientes es, ante todo, el *desbordamiento*, la *difusión* de la vida.

Basta observar cómo en la primavera las hojas de las plantas se extienden; las flores abren sus corolas, rebosantes de perfumes y los pájaros se cubren con vistosos plumajes. Basta escuchar en los campos llenos de verdor

y en las florestas, el murmullo confuso y general de los insectos y el canto de las aves. La vida circula desbordante y se siente como cierta cosa grande y poderosa que palpita en el seno de la naturaleza. El carácter inicial del amor es la expansión de la vida del individuo, y cuanto más vitalidad posee un ser tanto mayor es su difusión, y por lo tanto, el amor .

Todo esto no es nada comparado con la potencia y la grandeza de la generosidad, y con la expansión afectiva de un joven que siente en sí la plenitud de su vida.

El primer amor que él experimenta no tiene, casi nunca, objetos determinados, ni motivos o causas exteriores, sino que todo emana de su propia alma, todo proviene de la energía de su vitalidad interna, que por ser demasiado plena trata de desbordarse al exterior y difundirse en las cosas que lo rodean.

Cuando no puede esparcirse, cuando la naturaleza es incapaz de contener su desbordamiento, es decir, que no encuentra otro ser semejante, otra vida inteligente que lo comprende y acepta su generosidad, se adueña de su alma la tristeza y un sentimiento de nulidad. El amor se manifiesta de esta manera como la vida; no puede vivir solo, hace un llamado a la diversidad: "¡Oh, si me hubiera sido posible participar con otro los transportes que experimentaba!", dice René.

La necesidad de dar, la tendencia a ofrecerse, primer carácter del amor, es irrealizable sin un objeto que pueda recibir el ofrecimiento. Si busca otra vida completa es para difundir la suya en ella.

El amor, al difundirse, quiere al mismo tiempo poseer y atraer. En el amor perfecto estos dos movimientos deben ser iguales y simultáneos. Cuando ellos obran aislados, no merecen el nombre de amor. Así, cuando el hombre quiere poseer sin dar, su deseo se llama codicia o concupiscencia.

Y los efectos de la codicia son bien distintos de los del amor. Ella no engrandece nunca el alma del hombre. Porque si uno codicia un objeto que es más grande que su espíritu, tiende a reducirlo a la medida de éste para poderlo abarcar; si desea una cosa inferior a él, se empequeñece

a sí mismo según el grado de inferioridad de ese objeto, y el colmo de esta pequeñez la representa el alma del avaro.

El amor, por el contrario, si atrae es para difundirse, como el magnetizador que para curar a un enfermo primero atrae el flúido hacia él para devolverlo después de haberlo dinamizado.

En el instinto sexual la atracción es predominante y depende de una necesidad de los órganos genésicos. En el amor la atracción nace de una necesidad afectiva que lleva en sí una expansión del espíritu. Un alma que se da parece salirse de sí misma. Se difunde alrededor de las cosas que la circundan y se engrandece en la medida de su ofrecimiento. La expansión resume todo el movimiento del amor y de la vida, expresa la vida infinita, pues es la que tiene por fin y efecto sobrepasar los límites de nuestro yo, para relacionarnos con la inmensidad.

La tendencia difusiva del amor es fruto de una evolución progresiva de nuestro espíritu. En efecto, la pequeñez es innata en el hombre, es el punto de partida; el engrandecimiento es el progreso, que se adquiere con más o menos dificultad. Todo ser viviente nace con un egoísmo inconsciente y su primer sentimiento es el de la propia conservación. En este estado sólo se conoce y ama a sí mismo. El niño, desde que abre los ojos, extiende sus brazos para asir lo que ve; pide con gritos y llanto lo que sus débiles manos no pueden alcanzar. Sólo más tarde quebranta su egoísmo y se deja persuadir de participar con otros lo que él posee.

La perfección del amor exige que la actividad atractiva y difusiva se sucedan simultáneamente y se manifiesten en grados iguales.

Entonces las ganancias y las pérdidas, la libertad y la esclavitud son armonizadas entre sí. Y si el amor es lo que más nos ata, es también lo que nos hace más libres, porque nada es más independiente que el amor, y la esclavitud en él es tan dulce y gloriosa como la libertad.

“El amor sólo, dice R. Tagore, puede encadenar a la una y a la otra dos almas ilustres, y el hombre que retiene cautiva a una mujer que no ama, ata una víbora sobre su corazón.”

Toda dignidad del amor está en la armonía de las dos tendencias: atracción y expansión, y todo lo que en este sentido no es doble entusiasmo, es degradante.

#### V. LAS DISTINTAS CLASES DE AMORES SON EL RESULTADO DE LOS DIFERENTES GRADOS DE VIBRACIÓN DE LA AFECTIVIDAD

El placer y el dolor, la simpatía y la antipatía, el valor y el miedo, la esperanza y el temor, etc., son en sí mismos modos distintos de vibraciones de nuestra sensibilidad afectiva; así como los diferentes colores son formas especiales del éter.

El amor, en el fondo, es siempre el mismo; es una tendencia, una emanación, una fuerza, una vibración unitiva; pero presenta diversos grados o cualidades, según que esa vibración sea originada por el espíritu o por las tendencias inferiores. Hay, pues, una escala unitiva, análoga a la de los sonidos y de los colores. Así como en el espectro solar hay una escala que va desde el rojo al violeta, en las vibraciones unitivas hay distintas gradaciones que van desde la atracción física hasta el amor puro. Por lo tanto, cuanto más elevado es el número de vibraciones, tanto más lo es el amor, y viceversa.

El odio es el reverso del amor; es el amor polarizado negativamente. El odio y el amor, como el negro y el blanco, con respecto a la luz, son los puntos extremos del grado de vibración de la afectividad.

Las vibraciones unitivas pueden ser ascendentes, descendentes o estar equilibradas. Las primeras forman el amor espiritual, las segundas el amor físico y las terceras el amor integral.

Del mismo modo que la intensidad del sonido depende de la onda vibratoria que lo origina, la intensidad del amor es el resultado de la amplitud vibratoria de la sensibilidad afectiva. El sonido, según el mayor o menor número de vibraciones, puede ser agudo o grave; el amor puede ser altruísta o egoísta, noble o grosero, elevado o ruin.

La afectividad, cuando disminuye en su actividad expansiva, determina el egoísmo; si esto acontece en la vida,

origina la enfermedad. Si la expansión, en cambio, aumenta, ocasiona la caridad. Siguiendo este principio, el temor puede transformarse en esperanza, el dolor en placer, el odio en amor, elevando el grado vibratorio de la sensibilidad afectiva. Igualmente el valor puede transformarse en cobardía y el cariño en desprecio, descendiendo el nivel vibratorio. Por este motivo, cuando el amor no puede ser satisfecho, puede transformarse en pesar, por la repentina reversión del sentimiento. Esto nos hace ver la homogeneidad de las distintas clases de sentimientos y de amores.

La intensidad y la cualidad del amor, como son directamente proporcionales a la amplitud y al número de vibraciones del alma, nos explican el por qué el amor cristiano, el amor espiritual, tiene una gran vitalidad de que carecen los demás amores. La fuerza, la vida de un pensamiento, de una doctrina, es siempre proporcional a la intensidad y a la cualidad del amor que ella contiene. En este sentido, las proyecciones de la caridad son más grandes que las de la avaricia.

Las vibraciones armónicas, del mismo grado, se atraen, se unen y se refuerzan mutuamente; las inarmónicas, de distintos grados, se rechazan y se debilitan de una manera recíproca. La espiritualidad atrae estados psíquicos de caracteres análogos. Un pensamiento puro se pone en relación con otro de la misma especie; el impuro atrae a otros semejantes. Si pensamos decididamente en lo poderoso, el poder invadirá nuestra alma. Por esto cada persona atrae hacia sí a otras de pensamientos similares, y es atraída a su vez por éstas, y tiene su propio círculo de relaciones y amistades que están de acuerdo con el estado predominante de su alma.

El amor atrae y genera el amor; por este motivo, para hacernos querer de una persona, un medio muy eficaz es estimularla y hacer sacrificios por ella. El amor y la bondad, se ha dicho con razón, son contagiosos.

Como las vibraciones del mismo grado se atraen, cuando amamos vemos sólo el lado bueno de las cosas; en cambio, cuando odiamos observamos y sentimos únicamente sus defectos e inconvenientes, y si este odio va dirigido a un individuo, somos incapaces de descubrir lo que hay

en él de bueno y elevado. Platón escribe en su *Pedro*: "El amor desgraciado se aflige porque a nadie debiera conmovér; el afortunado todo lo encuentra sublime, hasta lo más indiferente." Por la misma razón el amor o el odio a nuestro prójimo se refleja sobre nosotros mismos.

Si las vibraciones afectivas de dos personas son enteramente armónicas, se atraen y originan lo que se llama simpatía; si, por el contrario, son de distinto grado, se rechazan y producen un malestar psíquico denominado antipatía.

El verdadero amor, siendo la unión de vibraciones semejantes y armónicas, sólo es posible entre iguales. Un hombre será atraído por una mujer, y ésta por aquél, si cada uno descubre en el otro los elementos de su más elevado ideal. El amor es un reconocimiento, y nadie puede amar a otro si no se reconoce el mismo en él; como nadie puede amar a Dios si no siente la divinidad en su alma. El hombre y la mujer se aman de verdad cuando se hallan al mismo nivel de vibraciones afectivas e intelectuales.

Cada uno de nosotros está atraído hacia el círculo social de relaciones correspondiente a su grado de vibraciones psíquicas y del que sufre su influencia. J. J. Rousseau fué arrastrado a la más triste acción de su vida, al abandono de sus hijos, por la influencia vibratoria de un círculo de libertinos. Las vibraciones absorbentes de los demás, y que luego exteriorizamos con nuestras acciones, son la causa de nuestro bien y de nuestro mal. Los criados imitan a sus amos por la influencia de éstos sobre aquéllos. Los amigos y los esposos, por su continuo trato, llegan a parecerse hasta cierto punto. Cuando vivimos en una sociedad superior a nosotros, nuestras cualidades intelectuales y morales se elevan. Lo que forma los grandes hombres son los grandes núcleos, y recíprocamente. El hombre de genio es aquel que trata de formarse un núcleo, luchando contra la fuerza de atracción y corrientes establecidas, que sólo puede conseguir con una perseverante iniciativa e incansable voluntad. La repetición, en efecto, como la simultaneidad de vibraciones idénticas, acrecienta de tal modo su poder que no se puede establecer un límite.

El hombre absorbe más fácilmente las vibraciones psi-

quicas de naturaleza femenina que las de su propio sexo, y viceversa. Por esto el hombre tiene más dominio sobre la mujer, y ésta domina más fácilmente a aquél. Las alumnas se esfuerzan más en sus estudios con un profesor, y los alumnos suelen ser más dóciles con una profesora; como asimismo las maestras tienen mayor consideración a los niños, y los maestros a las niñas.

Una vibración superior, si no está del todo discordante con una inferior, puede acelerar la acción inferior y atraerla a su nivel. Esto concuerda con la ley psicológica, formulada por Espinosa en *Tratado Teológico-Político*, capítulo IV, que la perfección del hombre crece en razón de la naturaleza y de la perfección del objeto que se quiere sobre todos, y recíprocamente.

El amor resulta, en efecto, variable y distinto según los caracteres del objeto amado. El valor del primero determina la medida y la potencia del segundo. El amado puede ser superior, igual o inferior al amante. Si es superior, si es más digno y más noble, éste puede llegar a la altura de aquél y adquirir sus cualidades. Si un sabio, por ejemplo, está empeñado en hallar un descubrimiento, y en sus horas de descanso vive en compañía de una mujer que siente muy poca simpatía por su propósito, puede perder una gran cantidad de energía y malograr sus nobles fines, pues él absorbe vibraciones negativas de esa mujer, su indiferencia, su incredulidad, que pueden llevar a su alma el descorazonamiento y hacer fracasar su investigación.

## VI. INTENSIDAD Y PROFUNDIDAD DEL AMOR

El amor puede ser estudiado, tanto desde el punto de vista de su estructura, su desarrollo y su constancia, como de su intensidad y profundidad. Nos ocuparemos de observarlo bajo estos dos últimos aspectos.

En todo sentimiento se suele distinguir dos clases de intensidad: una de *violencia* y otra de *profundidad*. La violencia proviene de que la energía acumulada halla bruscamente una salida. La profundidad, en cambio, se forma cuando la energía puede disponerse sucesivamente, distri-



buyéndose en un tiempo más o menos largo y en varios puntos diferentes (Höfdding).

La *intensidad* de una sensación es considerada, igualmente, como una cosa distinta de la *vivacidad*. La primera depende de la amplitud y fuerza del estímulo; es uno de los componentes de la misma sensación. La segunda deriva, por el contrario, de la cantidad de energía nerviosa específica o del mayor o menor número de elementos mnemónicos despertados bajo el influjo de un sentimiento.

El lenguaje común distingue también un sentimiento *superficial* que excita sólo por breve tiempo al sujeto y lo lleva a ocuparse de cosas que se presentan a simple vista y de una forma ligera; y un sentimiento *profundo* que tiene su asiento en lo más íntimo del individuo, que abarca su vida entera y lo impele a buscar las relaciones más ocultas de las cosas.

Basándonos en estos datos, diremos que la mayor o menor *intensidad del amor* es originada por el mayor o menor grado de fuerza de los estímulos externos que los provocan; la *profundidad* es causada, en cambio, por el mayor o menor número de elementos internos sistematizados a su alrededor, es decir, por la riqueza afectiva e intelectual de los enamorados. Un ejemplo de esta diferencia lo hallamos en la atención que un niño presta a un objeto, comparada con la atención de un sabio. En el primero la atención puede ser intensa, si el objeto ejerce sobre él una fuerte impresión o novedad; pero no puede ser profunda, como podría ser la del sabio, porque esta cualidad está determinada por el interés interno, por las relaciones múltiples que se descubren en el objeto de la atención, condiciones que no existen todavía en el niño.

Ahora bien, lo que despierta la intensidad del amor es, principalmente, la novedad del objeto, la sorpresa, la admiración y contraste afectivo. Cuanta más es la oposición entre un estado afectivo presente con un sentimiento pasado, tanto más intenso puede ser el amor. "La gracia, la novedad, es para el amor, dice La Rochefoucauld, lo que la flor para los frutos; ella le da un brillo que no se borra fácilmente y que nunca muere."

El verdadero amor, por el hecho de ser tal, no es algo

*inmutable*, sino que adquiere distintos aspectos a través de su desarrollo, en cada uno de los cuales tiene siempre necesidad de nuevos estímulos.

La intensidad ocasionada por la novedad es, empero, de muy corta duración, y si el amado no tiene otros encantos que la vivifiquen se desvanece en breve tiempo.

Además, el hábito, la repetición, tienden a hacer desaparecer, poco a poco, el brillo de la novedad y el contraste y, por consiguiente, la intensidad del amor. El trato íntimo y frecuente con una mujer, que lleva a satisfacer toda curiosidad, puede llegar a extinguir el vivo entusiasmo que primero se sentía por ella.

Pero si bien es cierto, por un lado, que el hábito, la familiaridad, la costumbre y la repetición tienden a hacer desaparecer la vivacidad del amor, por otro lado, éstos crean tendencias y necesidades nuevas y ofrecen los medios para producir la profundidad del amor, sin la cual no sería posible una unión duradera y estable.

El trato íntimo y continuo con la persona amada nos proporciona la ocasión de observarla y de conocerla en sus distintos aspectos y a compenetrarnos de su alma tan hondamente como es posible. Nuestro amor puede entonces ser vivificado por los matices y las cualidades particulares que descubrimos en ella a través del tiempo, y no ya por la impresión del conjunto. De esta manera es como se sistematizan alrededor del sentimiento de amor primitivo otros afectos, otras relaciones que lo profundizan, que amplifican la esfera de su acción y multiplican los motivos que lo sostienen y le dan vida. Lo que puede perder así en intensidad lo gana en profundidad.

Además, la costumbre, el trato, apacigua enciende y purifica el amor, lo conserva con frecuentes sacrificios y hace más pequeños los males, y aun a veces agradables las molestias y los actos de abnegación.

A la persona amada no es imposible, por otra parte, conocerla en un solo instante. Un alma no puede ser captada en un momento único; sólo nos es dable poseerla en el conjunto de su vida, en sus distintas y variadas manifestaciones. Por esto, dice bien Höffding en su *Moral*, "es una gran ilusión que una serie de enlaces diferentes pue-

da ofrecer una rica materia al conocimiento de los hombres y al desarrollo humano. Enlaces pasajeros no permiten penetrar hasta el santuario íntimo; éste se abre tan sólo a una simpatía constante y fiel”.

La vida íntima y duradera hace posible a los amantes el conocimiento de su carácter y su perfeccionamiento; los defectos a corregir y los gustos a satisfacer; los temas para conversar, las atenciones que son más agradables y las que son más inoportunas.

La profundidad del amor crece a la par de la individualización y de la riqueza del alma del amado. Cuando esta última falta, el trato familiar con el ser querido puede dar origen a la desilusión y a la indiferencia. El amante sólo es feliz cuando observa en el amado la misma pureza de su alma, los mismos afectos, mientras que se siente entristecido cuando ve en él sentimientos extraños a sí mismo.

La riqueza interior afectiva es la que hace que se encuentre sin cesar en la persona que se ama nuevos motivos para amarla y la que renueva, refresca e intensifica sin cesar la relación amorosa.

Los sentimientos nobles, elevados, desinteresados, forman el fundamento de esta riqueza. La abnegación, la simpatía profunda, el interés unido a objetos cada vez más elevados y considerables son, asimismo, los que conservan siempre viva y grande la llama del amor, a pesar del influjo depresivo de la repetición. El amor es grande únicamente cuando hace cada vez más noble a nuestra alma y la santifica constantemente.

Dice Dingelstedt:

El amor florece solamente en la vida común  
De almas afines que miran en lo alto.

Y la poetisa Proctor manifiesta:

La vida es bella solamente cuando tiende  
Hacia una vida superior, más verdadera y profunda;  
Y el amor humano es más dulce  
Cuando conduce a un amor más divino y perfecto (1).

(1)

*Life is only bright when it proceedeth  
Towards a truer, deeper live above;  
Human Love is sweetest when it leadeth  
To a more divine and perfect love.*

La belleza del alma, cuando existe, puede hasta suplir el brillo de la belleza física, las condiciones de fortuna y la posición social. Casi todos los amores célebres en la historia los inspiraron mujeres en las que el vulgo encontró defectos. La familiaridad con la belleza física, cuando no va unida con la belleza interior y simplicidad de sentimientos, llega a no llamarnos más la atención o a sernos indiferentes. Esto explica por qué muchos hombres, a pesar de la invariable belleza de sus esposas, las traicionan con mujeres menos bellas y hasta de baja condición. "El hombre, dice Matilde Serao, se encapricha, se divierte con la muchacha atrevida, que de todo sabe y que a todo se atreve; pero no ama con amor verdadero, con el amor que dura; no ama y no se casa más que con la "otra", es decir, la violeta oculta entre el follaje. Es así. El número de matrimonios que se separan aumenta precisamente por eso. La mujer moderna, con una educación libre y disoluta, ya sin criterio alguno de reserva, de corrección y de decoro, ha llevado al eterno femenino a ser, ¡ay!, nada más que un instrumento de placer, y las mujeres modernas no se dan cuenta, o si se aperciben fingen no comprender y toleran ese ultraje hecho a su alma inmortal."

La persona rica de elementos psíquicos tiene miles de maneras de atraer. Y cuando en la mujer no amamos sólo su belleza física, sino los atractivos de su parte moral e intelectual, una vida entera no puede bastar para satisfacer todos nuestros deseos de posesión.

La excesiva tendencia del hombre y de la mujer moderna a lo nuevo, a lo variado, a las cosas exteriores, imprevistas, dramáticas y emocionantes, proviene de la carencia de toda vida interior espiritual, de la superficialidad de sus sentimientos, que es una de las tantas causas de la infelicidad en el matrimonio.

El amor verdadero está formado por el espíritu de sacrificio y el olvido de sí mismo en bien del objeto amado, y este sacrificio y este olvido es muy difícil en el hombre de hoy, demasiado ligado a las cosas materiales.

La profundidad del amor depende, pues, del número de los elementos representativos y diferenciados que lo unen con su objeto. El amor crece a medida de las exce-

lencias y cualidades físicas, morales e intelectuales del amado; está en relación directa con el número de elementos sistematizados a su alrededor, y su duración depende de la cohesión del sistema.

Con la profundidad del amor y el amor a los hijos, la unión matrimonial alcanza a tener una poderosa solidez, la cual no puede proporcionar nunca un amor que se manifieste por medio de una serie de emociones súbitas que desaparecen con la misma prontitud con que surgieron.

Con respecto a la intensidad del amor, para que sea siempre viva, es necesario evitar la monotonía, el fastidio, la uniformidad la rutina y procurar la novedad en nuestros modos y relaciones.

La intensidad y la profundidad del amor, como su fuerza y su extensión, están con frecuencia en relación inversa.

La intensidad a menudo se produce a expensas de la profundidad. Sólo un reducido número de hombres son capaces de sentir un amor intenso y a la vez profundo. Dice bien Espinosa al final de su *Ética*: "Todo lo que es hermoso es tan difícil como raro".

## VII. CONEXIONES ENTRE EL AMOR Y LA MUERTE

*Fratelli a un tempo stesso, Amore e Morte  
Ingeneró la sorte...*

G. LEOPARDI.

Entre el amor y la muerte existe una relación íntima tal, que ambos pueden considerarse, sin duda alguna, como dos compañeros inseparables. El amor resulta ser, en efecto, la llama conservadora y, al mismo tiempo, destructora de nuestra existencia. El crea y destruye, produce y consume, proporciona la vida y la quita; en una palabra, es, a la vez, su afirmación y su negación. Afirma la vida en cuanto el amor, tanto del cuerpo como del alma, tiende hacia la *inmortalidad*. El primero, por medio de la generación física; el segundo, por medio de la creación de obras geniales. Niega la vida, porque en el acto del amor perdemos una parte de nosotros mismos, es decir, nos hace

morir, mientras creamos nuevos seres físicos o espirituales. Todo amante en el máximo de su pasión, como todo genio durante sus inspiraciones, dan toda su vida, se identifican y se fusionan con el objeto de su amor, perdiendo por un instante su propia personalidad, para constituir una nueva.

¿Qué significado tiene esta fusión del amor con su objeto? ¿Cuáles son las relaciones implícitas y fatales para que los amantes puedan alcanzar esta fusión en el grado más elevado? En la respuesta a estas dos preguntas estriba todo el significado del estrecho lazo que une al amor con la muerte.

La primera pregunta, aunque no es propia de nuestro asunto, aclara, sin embargo, la comprensión de la segunda y trataremos por esto de contestarla brevemente. El amor, en sí mismo considerado, implica un defecto y una imperfección. Constituye, por este motivo, un deseo eterno e insaciable que empuja a los que lo experimentan a buscar lo que les falta. La vida diaria nos muestra que el hombre y la mujer cuando aman aspiran a unirse recíprocamente. ¿Cuál es ahora la razón de esta aspiración unitaria de los sexos? ¿Por qué ellos encuentran en esta unidad una felicidad suprema? Es que, según Platón, el hombre y la mujer son dos partes de una misma cosa. Esta definición nos hace comprender que los sexos son seres de por sí imperfectos e incompletos. En este sentido, la tendencia del amor, no parece ser otra que la consecución de esa forma unitaria, de esa única cosa primitiva dividida ahora en dos mitades, que son los sexos. Siguiendo esta idea, el hombre y la mujer no pueden considerarse completos y perfectos más que cuando aman. La voluptuosidad y el aumento de su sentimiento vital que ellos experimentan durante los abrazos, durante la recíproca comunión de cuerpo y alma, parece ser una confirmación de esta concepción.

Si bien se observa, esta fuerza unitaria propia del amor, no sólo gobierna los sexos, sino que parece un principio que se extiende a todos los fenómenos del cosmos y nos hace vislumbrar como exacta en cierto grado, la concepción de Empédocles, de que el *amor* es la causa de todo movimiento de atracción, como el odio es el de repulsión.

En efecto, el universo en su totalidad constituye un todo unitario y sus leyes son las mismas en todas sus partes. Además, se cuentan como unidades parciales: la conciencia en el campo psíquico, la ley orgánica de los cuerpos vivos, la ley de afinidad en la química, la ley de gravitación universal en la física y en la astronomía. Todo esto prueba que hay unidad de principio en medio de la diversidad de las cosas. El pensamiento mismo tiene horror al dualismo, y en diverso grado las disciplinas intelectuales: la filosofía, las ciencias, la religión y el arte tienden a alcanzar la unidad entre el hombre y el mundo.

El amor, como fuerza que une lo que está separado, constituye, por tanto, el principio que ofrece una verdadera unidad a la existencia y da un real sentido a la vida. De esto proviene la causa del por qué quien ama siente en sí todo el universo entero; pues el ser que lo siente no es más una fracción, una parte, un fragmento del mundo, sino una unidad, un todo completo y armónico, como es el cosmos con sus leyes eternas e invariables. Por este motivo un amante que ha perdido para siempre la esperanza de su amor, siente como un vacío en su existencia encontrándola sin significado e insostenible. La vida nos parece, por consiguiente, sólo completa únicamente cuando amamos y el amor constituye la *verdadera esencia del ser, el fin de la vida*, el arte de ser.

Ahora bien: ¿mediante qué condiciones podremos llegar al conocimiento de la esencia de nuestro ser? En la enumeración de esas condiciones es donde veremos desfilar unidos e inseparables el amor y la muerte.

Observando, en primer lugar, las condiciones del amor físico, podríamos notar que proporciona al mismo tiempo un nacimiento y una muerte. En la cópula perdemos, en efecto, una cantidad de energía concentrada, la quintaesencia de los humores, como es el semen, pérdida que se manifiesta con una dejadez y un relajamiento momentáneo de todo el sistema nervioso y muscular. En el espasmo amoroso el ser viviente se derriba, se disgrega, desprende de sí un grupo de células que reproducirán la vida a su imagen, y a este desprendimiento celular lo acompañan una congestión cerebral, un paroxismo sensorial, un trau-

matismo supremo que substraen en cierto grado su vitalidad, e imprimen a su cara y a su cuerpo una actitud agónica, análoga a la de la muerte verdadera. En ningún momento de la existencia presenciamos con más claridad la unión de los opuestos, las antinomias estridentes, las antítesis por excelencia, como en el acto sexual. Pues a más de ser la prueba máxima de la vida, un triunfo es una pequeña muerte, una derrota. Bien dijo Ruiz de Alarcón:

Que es amando, partir, vivir muriendo.

Si en los animales superiores la afinidad entre el amor y la muerte no es tan profunda, porque tienen la capacidad de recobrar sus energías perdidas después de cada acto sexual, en cambio, en los animales inferiores coincide en muchos casos con la muerte misma, lo cual dice Celso: *Seminis emissio es partis animas jactura*. Conocido es el vasto exterminio de insectos después de la producción de los huevos. Las plantas anuales, después de haber florecido y fructificado, se secan. La vida misma de nuestro organismo imita la muerte. La nutrición y la renovación incesantes, no se diferencian de la excreción, de la muerte, más que en el grado. El sueño que nos impone el olvido de nuestro yo está inscripto también en la suma de la muerte, y no sin razón se le ha llamado la imagen de la muerte. La conciencia, para que pueda recordar es necesario que olvide; para que pueda crear formas nuevas, es menester que quebrante las viejas.

Si las relaciones entre el amor físico o el instinto sexual con la muerte son estrechas, según hemos visto, no menos profundo resulta el vínculo que lo une con el amor propiamente dicho. El verdadero amor se distingue del amor egoísta, del deseo o de una emoción pasajera, en que aquél aspira a la unión no sólo de los cuerpos, sino también de las almas.

Y el amor, en sí mismo considerado, implica el olvido de la propia personalidad. Porque el desinterés, el altruismo, el sacrificio, la abnegación, la renuncia de sí mismo, la simpatía, la concordia y el respeto son sus principales caracteres. El amor, además, se diferencia del deseo en que



es: sumiso, sufrido, humilde, obediente, recto, continente, no siente carga alguna, no se fatiga, sabe esperar largo tiempo, etc., cualidades todas estas que llevan consigo el sacrificio de nuestro yo, por tanto, la muerte de todo nuestro egoísmo. Cuando el amor entre un hombre y una mujer es recíproco, la abdicación progresiva, metódica y voluntaria de la personalidad, la transformación de dos seres en uno, constituyen las condiciones ineludibles de su felicidad. Cuando amamos de verdad no nos pertenecemos ya a nosotros mismos, no se piensa más que en el objeto de nuestro amor, en mejorar su suerte; si él está bien, lo estamos también nosotros; si sufre, hácese nuestro su dolor.

La esencia del amor se halla en la potencia del sacrificio, en la aptitud a la renuncia de sí mismo, en la fuerza de su generosidad. Por esto es que todos los amantes están llenos de piedad y de ternura. Amor y bondad son una misma cosa, dice Dante en su *Vita Nuova*:

*Amore e cor gentil sono una cosa.*

Por lo señalado, amar quiere decir dar todo y tener todo. Constituye una vida que pasa a otra vida. Saber amar es saber evadirse, es saber salir de sí mismo, porque nadie puede ocupar el corazón de otro, si no deja algún lugar en él, y tanto más un amante se difunde fuera de sí más lugar habrá en su corazón, y tanto más el amado podrá entrar en él y convertirlo en propiedad suya. Nadie puede realmente poseer y comprender una persona sin amarla, porque poseer significa que forma parte de nosotros mismos y comprenderla quiere decir que constituye una unidad con nuestro pensamiento. Todo esto no puede tener lugar sin el amor.

Si los efectos del amor son de transportarse quien ama en lo que ama y lo que es amado en quien ama, amar es entonces vivir en otro ser, es conocerse a sí mismo en otro, y si por un lado es morir, por otro es revivir, es renacer; de ahí el motivo del porqué el amor revela al hombre y a la mujer una nueva vida más plena e intensa. Y si amar es vivir en otro ser, su base la forma el espíritu de sacri-

ficio, porque no sólo es amar las alegrías del amado, sino también sus penas. He aquí por qué para un amante resulta una fuente de goce también los dolores del amado y que no cambiaría por otras mayores alegrías del mundo.

En la tragedia de Shakespeare, Julieta manifiesta al despedirse de Romeo: "La despedida es un dolor tan dulce, que estaría diciendo buenas noches hasta llegar el día".

Además de relacionarse el amor, por sus caracteres, con la muerte, por cuanto el olvido de sí mismo, el altruísmo, el sacrificio, etc., implicaban una despersonalización, una muerte de todo nuestro egoísmo, se une también a su acto considerado en sí mismo. En efecto, entre el estrechamiento íntimo amoroso y la muerte hay pocos pasos. Porque el espasmo amoroso es como un breve viaje hacia el aniquilamiento, hacia el olvido de la materia, hacia un estado de idealismo absoluto. El acto de amor es una especie de incursión momentánea, una evasión libre en el ensueño y el éxtasis, un arrojarse de dos en la muerte, pero con la facultad de volver en vida y recordarse. En la unión íntima dos amantes abrazados uno al otro se proyectan fuera de sí para trascender en otro mundo, de tal modo que no pueden verse más que por refracción, el hombre en la mujer y la mujer en el hombre.

Es claro que los que cumplen un acto sexual sin amor no se cuidan de esta consecuencia trágica y metafísica del amor, preocupándose sólo el placer. Los que aman, en cambio, piensan ante todo en aquel resultado, y en esto está la diferencia entre el amor y el placer. Para muchas personas no existe en el amor la fusión íntima de lo físico con lo moral y él coincide con una satisfacción sin valor, con una conmoción nerviosa, con un estremecimiento de la sensibilidad. Para estos mismos, el verdadero amor es considerado como un lujo romántico.

En otro orden de hechos, puede observarse también el estrecho vínculo entre los dos fenómenos que venimos estudiando. Se sabe que cuando en el corazón de un sujeto brota un amor, experimenta vagamente como un deseo de morir junto con él. Leopardi lo expresa claramente en una parte de su poesía *Amore e Morte*:

*Quando novellamente  
Nasce nel cor profondo  
Un amoroso affetto,  
Languido e stanco insien con esso in petto  
Un desiderio di morir si sente.*

Este fenómeno de la inmanencia del deseo de morir en el sentimiento amoroso, es fácil explicarlo por medio de las observaciones hechas anteriormente. Como hemos visto, en el acto de amor se producía una disgregación, una despersonalización física, un olvido del ser fisiológico, y al reflejarse este estado en la conciencia de los amantes, no pueden dejar de experimentar como una idea de la no existencia de su vida física y sentir de este modo un vago sentimiento de la muerte. ¡Cuántas veces dos amantes durante esa íntima compenetración espiritual, en esos momentos de hiperestesia amorosa, tomándose de la mano, apoyándose el uno contra el otro, aun sin fuerza para abrazarse, al llegar a ese grado más alto de un mutuo olvido, al alcanzar ese verdadero estado de éxtasis consciente y de beatitud indefinida, se manifiestan ambos, o uno de ellos: "¡Qué dulce me sería morir contigo!" En estos momentos es cuando también la melancolía, el sentimentalismo, la ternura, se apodera de las almas amantes, sumergiéndolas en un abismo de pensamientos indeterminados, de los cuales la conciencia no sabe ver bien el fondo y los contornos precisos, de donde nace ese sentimiento de un amor infinito y eterno, que es el que produce ese estado de dulce embriaguez que ha fascinado a muchos enamorados a confundirse para siempre en su misterioso seno.

Cuando el amor alcanza a tales grados supremos, no puede extrañarnos que los que aman prefieran muchas veces terminar juntos sus días, sobre todo en casos graves. Los amantes de G. D'Annunzio del *Trionfo della Morte*, los de Ibsen del *Romershholm*, se entregan a la muerte como a un lecho nupcial que los hombres no pueden arrebatárles. Fué el amor el que destinó a la misma muerte a Pablo y a Francisca de Rimini, que Dante nos relata en el canto V de su *Infierno*.

Julietta, en el mismo instante que vió por primera vez a Romeo, presintió la fatalidad de su amor: "Mi tálamo

será mi tumba". El amor fué quien le quitó la vida a Eduardo y a Otilia en las *Afinidades electivas*, de Goethe. Pero más que en las novelas y en los dramas, en la vida diaria es donde pueden hallarse innumerables casos de parejas que han preferido la muerte ante la imposibilidad de poder continuar su felicidad en esta vida. Y sin ir a los extremos de la pasión, cuántas personas hay que en ese instante, que saben que van a desaparecer para siempre, sienten el vivo deseo de llevarse consigo al ídolo de su corazón. Es que el amor es absoluto en su objeto y en su duración, y no admite de ningún modo que los amantes puedan separarse el uno del otro y que pueda extinguirse su pasión, y no siéndoles posible en esta vida, quieren que lo sea en la otra.

Echase de ver que cuando un amor profundo domina el corazón de dos seres, no temen nunca la muerte, porque el amor es el antídoto más poderoso contra el miedo. El amor del animal hacia su prole supera en mucho a la conservación individual. Hay insectos que no se separan durante la cópula aun cuando se les atraviere de parte a parte. Se puede mutilar a las ranas machos en el momento de la fecundación sin que por esto dejen de abrazar a la hembra. El amor de una madre hacia su hijo puede exponerla a cualquier peligro y hasta a la muerte. Nosotros podemos, frente a ciertos hechos, permanecer resignados e indiferentes, pero ante la idea de que las personas por nosotros queridas perezcan, corremos a sacrificar nuestra propia vida. Tan fuerte es el amor, que todo lo vence. Por esta razón, cuando los amantes se entregan a la muerte, no pueden temerla, y la imaginan más bien como un bella desaparición, como un sueño del que no despertarán más.

Si el amor lleva consigo inmanente el sentimiento de la muerte, por otro lado, la muerte despierta y aviva la llama del amor. En efecto, es en la hora de la muerte cuando más amamos, cuando sentimos hondamente el deseo de estrecharnos y unirnos con nuestros seres queridos, y terrible es la agonía de aquellos que en su vida no han dejado seres afectuosos donde poder concentrar su última y melancólica mirada. Cuando la fortuna abandona a Senaquerib y a Sardanápalo, sus últimos consuelos son sus mu-

jeros; creían poder salvar por medio de ellas su desastre y su completa destrucción. Muchos matrimonios fueron realizados estando en el lecho y sin esperanza de vida uno de los novios, y sin poder darse ambos, ni siquiera una vez, una prueba objetiva de su amor. En las desgracias es cuando el amor se intensifica, cuando más experimentamos la necesidad de unirnos recíprocamente.

El parentesco entre el amor y la muerte se encuentra también en el hecho de que ambos interrumpen los males de esta vida, y en este sentido, obran de común acuerdo, si hacemos de la felicidad el fin de la vida. Por un lado, porque el amor, siendo el que proporciona al hombre el placer más grato de su existencia; por otro, porque la muerte es la que termina definitivamente con todos sus dolores. Por este motivo, dijo Leopardi en su *Consalvo*:

*Due cose belle ha il mondo:  
Amore e morte.*

Con todo lo dicho se habrá podido notar cómo el amor y la muerte son como dos compañeros inseparables, que ninguno de ellos puede obrar sin ir acompañado del otro. Si en la apariencia se presentan como enemigos acérrimos, en cuanto uno destruye lo que el otro crea, sin embargo, se sostienen recíprocamente, provocando ambos, sentimientos afines y correlativos. Porque el amor en sus andanzas por el mundo llama siempre para que lo acompañe a la muerte; la muerte en sus viajes, llama al amor. Tal es la mística unión que la naturaleza quiso ofrecernos y que la humanidad es incapaz de disolver.

#### VIII. EL AMOR SEGÚN PLATÓN, DESCARTES, LEIBNIZ, LEÓN HEBREO, STENDHAL, SCHOPENHAUER, GIOBERTI Y OTROS PENSADORES

Muchos son los autores que se han ocupado del amor y muy variados son los conceptos que acerca de él se han expresado. Como complemento de nuestro estudio haremos presente las principales ideas de algunos filósofos y escritores.

Platón hace un análisis amplio y agudo del amor especialmente en sus diálogos el *Convite*, *Fedro* y *Simposio*. En el *Convite* pone en boca de diferentes personajes, Fedro, Pausania, Eryxímaco, Aristófanes, Agatón y Sócrates los distintos aspectos del amor.

Para Platón el amor es un impulso, un deseo, una necesidad mediante los cuales el alma advierte su imperfección y tiende hacia un ser perfecto. El amado es para el amante un ser superior, un pequeño dios.

“En el amor existen dos principios que le gobiernan o dirigen y cuyo impulso le determinan: uno es el instintivo deseo de *placer*, otro el placer reflexivo del *bien*. Estos dos principios tan pronto están en armonía como se combaten. Cuando el placer del bien, que la razón inspira, se apodera del alma entera, se llama *sabiduría*; cuando el deseo irreflexivo que nos arrastra al placer domina, recibe el nombre de *intemperancia*, que cambia de nombre según los diferentes objetos. Cuando el deseo irracional se lanza todo entero sobre el placer que promete belleza sólo corporal, su poderío se hace irresistible y su fuerza se llama amor.

El amor es el sentimiento que inspira la vergüenza de obrar mal y la emulación por el bien; él es el que inspira todas las acciones generosas y heroicas como lo atestiguan los ejemplos de Alceste y de Aquiles. La unión de todos los hombres por el vínculo del amor es la realización de la virtud y la felicidad en la tierra.

Existen dos amores: el amor de la *Venus vulgar*, que tiene por objeto el cuerpo, el goce sensual; esto es propio de los hombres y mujeres inferiores, depravados; y el amor de la *Venus celeste*, el amor puro, exento de toda lascivia, que consiste en la simpatía y afecto de dos almas que se unen para perfeccionarse mutuamente en la ciencia y en la virtud. En este amor no participa la hembra, sino solamente el varón es el que va dirigido a los jóvenes, que tienen por objeto ir por el camino de la sabiduría y del bien. Estas dos clases de amores existen en todos los seres, porque en todos ellos existe la lucha entre los contrarios. En el cuerpo humano combaten entre sí lo sano y lo enfermo.

El amor es la *armonía* entre los opuestos; es el princi-

pio que establece y mantiene el orden en el universo: llámase ley de atracción, de afinidad, de amor.

El hombre, en un principio, tenía tres sexos; los dos que ahora existen y otro compuesto de ambos. Cada individuo, en la actualidad, no es más que la mitad de uno, porque entonces aquellos estaban unidos. El amor no es otra cosa que el deseo que tiene cada mitad de recobrar su primitiva unidad. El fin de la vida es la consecución de las unidades propias de cada ser, que es donde se halla su felicidad.

El amor es el *bien*: nuestra voluntad tiende al bien, como la inteligencia busca la verdad. Pero este amor tal como existe en el alma humana es imperfecto, porque es deseo. Mas por eso el amor no es malo ni bueno, sino un medio entre los dos extremos, un demonio, un ser intermedio entre los dioses y los hombres; porque los demonios son seres que enlazan el mundo visible e invisible. Esta mitología, así como el mito relativo al origen del amor, significa que el ser imperfecto no posee actualmente el bien, sino de una manera imperfecta. De aquí que existe en el hombre la aspiración incesante al bien, y solamente cuando llega a la posesión eterna del bien absoluto alcanza el fin del amor y de la felicidad.

El amor es el principio divino, que es la fuente de toda belleza en el mundo material y en la inteligencia. Los sentimientos que excita la hermosura material son destellos, vagos recuerdos de los que le conmovían cuando allá en el otro mundo se extasiaba ante la belleza absoluta. El destino supremo del alma humana es vivir amante y bienaventurada en el regazo de la belleza eterna. El fin supremo del verdadero amor es la contemplación de la belleza absoluta. Es embriagar el alma con los aromas de la vida y de la belleza, para elevarla luego extática a las regiones de la luz increada y de la esencia infinita. Es en el alma y no es en el cuerpo donde vibran las cuerdas melódicas de la lira del amor.

El amor es para el hombre la inmortalidad, es el modo de salvarse de la destrucción de la muerte, por medio de la generación de otros seres y por medio de la contemplación de lo bello. El amor consigue la inmortalidad dejando su

nombre eternamente unido a la vida de sus descendientes o legando a los siglos, como Homero y Hesiodo, las creaciones de su inteligencia.

El amor es la expresión más bella del sentimiento del infinito. Brota en la parte más íntima y delicada de nuestra alma, y por esto agita y conmueve todo nuestro ser. Nuestra alma nunca se hastía de amar, nunca ve realizados sus ensueños y todas sus aspiraciones en el cariño de la criatura, porque sus ensueños y aspiraciones de amor aspiran siempre a lo infinito."

Con lo transcrito puede observarse que Platón ha tratado de determinar los elementos que compone el amor, su naturaleza sus efectos, sus clases, su origen, y su fin.

Aristóteles dice en su *Retórica*, lib. II, cap. IV: "El amor consiste en querer para alguno lo que tenemos por bueno y cierto en razón de él y no por respeto ninguno hacia nosotros, y en movernos a procurarle ese bien cuanto sea de nuestra parte". Aristóteles afirma lo contrario de Platón. Porque para él amar es mejor que ser amado, en cuanto el amor es acto y en el acto está la perfección y la felicidad. Amando, el hombre retorna a su verdadero ser, que es energía, actividad; alcanza lo que hay en él mejor y superior. Amando, no se descende, sino que, como Platón, se asciende.

En su obra *De la naturaleza de las cosas*, lib. IV, Lucrecio presenta en corto número de versos las miserias y vergüenzas del amor, que son la síntesis de lo que han dicho la mayoría de los moralistas sobre este asunto. Lucrecio no critica el amor puro y constante, el amor en el matrimonio, sino el amor libertino y el que es fruto de engaños y de penas. Dice en uno de sus versos:

Las dulzuras de Venus no renuncia  
 Aquel que huye del amor: por el contrario,  
 Coge sus frutos sólo sin disgusto.  
 Gozan siempre las almas racionales  
 De un deleite purísimo y seguro,  
 Mejor que los amantes desgraciados,  
 Que al mismo tiempo de gozar fluctúan  
 Sobre el hechizo de su amor incierto.  
 No saben do fijar ojos y manos;  
 Aprietan con furor entre sus brazos



El objeto primero que agarraron  
Le molestan muchísimo, y sus dientes  
Clavan cuando le besan en los labios,  
Porque no tienen un deleite puro;  
Secretamente son agujoneados  
A maltratar aquel objeto vago  
Que motivó su frenesí rabioso;  
Pero Venus mitiga los dolores  
Gozando del amor suavemente,  
Y con blando placer las llagas cura.

Santo Tomás define el amor en general: "La complacencia en el bien". "Amar es querer bien a alguno".

Luis Vives afirma: "El amor no es otra cosa que el agrado confirmado, y se puede definir, la inclinación o movimiento de la voluntad hacia el bien". (*Tratado del alma*, lib. III, cap. II.) Distingue Vives dos clases de amores: "Si apetecemos el bien por nosotros mismos, esto es para nuestro bienestar, ese amor se llama *deseo* o *concupiscencia*". El verdadero amor es el que se tiene a las cosas por sí mismas, por su propia bondad, sin consideración alguna a nuestro provecho particular. "La finalidad última y suprema del amor es hacer de muchas cosas una; de diversas, la misma."

León Hebreo, conocedor profundo de la filosofía hebrea, árabe, griega, cristiana y antigua, hace un estudio filosófico del amor en sus *Diálogos de Amor*, traducidos del italiano al castellano por Garcilaso de la Vega en el año 1586. Las ideas de Hebreo acerca de este sentimiento las consideramos muy superiores a las de Schopenhauer. Aquí sólo exponemos a grandes rasgos los principales conceptos de este autor, porque un estudio especial, que bien lo vale, nos llevaría a escribir una obra aparte.

"El amor es, según este pensador, un afecto voluntario que lleva al hombre a gozar en unión con la cosa amada. El amor va dirigido a las cosas buenas o estimadas como tales. Como hay tres especies de lo bueno, lo deleitable, lo útil y lo honesto, hay así tres clases de amor: amor deleitable, amor útil o provechoso y amor honesto. El matrimonio implica los tres amores, pero sólo el amor honesto es la fuente de la verdadera felicidad, del bien y de la perfección del alma. El amor de las cosas honestas hace

al hombre virtuoso, ilustre y sabio, siendo el amor divino el principio de toda honestidad. El amor corporal en el matrimonio no excluye el amor honesto, sino que sirve para hacer más estrecha la unión.

El amor es de dos modos: uno engendra el deseo o apetito sensual. Este amor es imperfecto, porque, cesado el deseo por su satisfacción, cesa también el amor. El otro lleva a la unión espiritual y al mismo tiempo a la unión corporal. En este caso puede cesar el deseo, pero no el amor. El amor corporal es hijo del deseo; en cambio, en el amor espiritual, el deseo nace del amor. Este amor no proviene del apetito, sino que es padre del deseo e hijo de la razón. En los animales el amor y el deseo son la misma cosa. El amor espiritual no se mitiga con los deleites carnales, porque es deseo de unión perfecta del amante con la persona amada, y ésta no existe sino con la total penetración de uno en el otro. El amor y el deseo aspiran al deleite; pero el primero, al deleite estético, bondadoso; el segundo, al deleite inestético, corruptor. Lo hermoso es principio, medio y fin de todo amor. La hermosura puede ser natural, artificial e ideal. El amor sensible se dirige a la hermosura corporal; el del alma, a la hermosura espiritual. La hermosura corporal es sombra de la espiritual. El deleite es grande o pequeño, infinito o finito conforme a la hermosura de la cosa amada. La suma hermosura es la sabiduría divina. Y el amor más perfecto es el espiritual. El amado es más noble y perfecto que el amante: porque el fin es más noble que lo que es para el fin. Pero ama más perfectamente el que da que el que recibe.

El amor se extiende a todas las cosas del mundo, es universal, como la generación. Y a pesar que la materia inerte carece de deseo y de voluntad y los seres irracionales no poseen la razón, son guiados hacia sus fines por la naturaleza, que conoce y gobierna todas las cosas inferiores del mundo.

El amor puede ser por su naturaleza de tres maneras: *natural*, *sensitivo* y *voluntario*. El primero gobierna a los minerales; el segundo, a los animales irracionales, y el tercero es propio del hombre. Cinco son las causas del amor en el hombre y en los animales: 1.<sup>a</sup> El deseo y

la deleitación que procura la procreación. 2.<sup>a</sup> La aspiración a tener hijos y al gozo que procura su cuidado y crianza. 3.<sup>a</sup> El beneficio que procuran los hijos y el gozo de la estimación filial. 4.<sup>a</sup> El deseo de poder vivir con los de su propia familia. 5.<sup>a</sup> El gozo espiritual que procura la vida en la familia. En el hombre existen además otras causas que despiertan el amor y que no existen en los animales: a) La conformidad y armonía de temperamento; b) La virtud moral e intelectual, que hace que los hombres buenos y de méritos sean amados por aquéllos que son honestos y excelentes.

El amor nació de la división del hombre primitivo en varón y hembra para que vuelva a reconstituir la unidad primitiva. Platón sacó de la *Biblia* su fábula de Andrógino, y no existe contradicción alguna entre las ideas de Platón y las ideas de Moisés acerca del origen del hombre.

El amor fué causa del origen del mundo. El primer amor es el de Dios, que siente a sí mismo. El segundo, es el extrínseco de Dios, que originó el mundo. El tercero, es el que establece la unidad, la armonía entre las cosas del mundo. El amor es la causa de la perfección del universo. Los distintos amores tienden hacia la unidad primitiva del mundo. La perfección última del universo consiste en envolver a la divinidad de donde salió. Dios es la causa eficiente, formal y final del universo."

Para Descartes (*De las pasiones en general*, parte segunda, arts. 79, 80, 81 y 82: "El amor es una emoción del alma, causada por el movimiento de los espíritus, que incita a unirse voluntariamente con los objetos que se nos presentan como útiles o convenientes. Al decir voluntariamente no me refiero al deseo, que es una pasión que se relaciona con el futuro, sino al consentimiento. Por éste nos consideramos unidos al objeto que amamos. Imaginamos un todo y nos figuramos que somos una parte y que la cosa amada es la otra." Hace presente este filósofo que la distinción que se suele hacer entre el amor de *benevolencia* y amor de *concupiscencia* sólo se refiere a los efectos del amor, y no a su esencia. Que no es preciso, por consiguiente, que distingamos tantas clases de amor como objetos

pueden ser amados. Porque por más diferencia que exista entre la pasión que siente un hombre por su amigo o su mujer y la de un avaro por el dinero o de un lujurioso brutal por la mujer ajena, no obstante se parecen, en cuanto todas ellas participan del amor. La definición del amor de Descartes coincide con la de Vives, si se reemplaza la palabra "tendencia" con lo que él llama "movimiento de los espíritus".

Según Espinosa, "el amor no es otra cosa que un gozo a que acompaña la idea de una cosa exterior...; el que ama se esfuerza necesariamente en tener presente y en conservar la cosa que ama". (*Ética*, tercera parte, Escolio de la prop. 13.) Hace ver además este pensador que cuanto mayor es el amor más grande es el gozo.

Leibniz dice: "Amar, según esta palabra, denota el amor propiamente dicho; es gozarse en el bien de otra persona, o, lo que es lo mismo, hacer propio el bien de otro. Por donde se desata un nudo difícil y de gran importancia en teología, a saber: como pueda darse un amor exento de toda esperanza, de todo temor, de toda mira del propio interés. La solución es sencilla. Cuando el bien de otra persona nos causa contento, tórnase por lo mismo en bien nuestro; pues lo que nos hace placer, por sí mismo se apetece. Y así como nos agrada la misma contemplación de los objetos hermosos; así como una pintura de Rafael, por ejemplo, arrebatada a toda persona inteligente, aunque nada le aproveche, haciéndole experimentar una como imagen del amor; así cuando el objeto bello es capaz de felicidad, este sentimiento se convierte en verdadero amor" (*De notionibus juris et justitiae*, ed. Berolin, 1840, página 118). En otro de sus escritos, este filósofo manifiesta lo siguiente: "Amar es ser llevado a gozar de la perfección del bien o de la felicidad del objeto amado. Y esto no considera y no busca otro placer fuera de aquello que se encuentra en la prosperidad y en el placer de la criatura por nosotros amada; en tal sentido es imposible tener un verdadero amor por lo que es incapaz de placer o felicidad, y de las cosas de esta naturaleza gozamos sin por esto amarlas, sino como una suerte de prosopopeya de su perfección. No se trata propiamente de amor, aunque se dice

amar un lindo cuadro, por el goce que experimentamos al considerar las perfecciones. Es todavía lícito entender el sentido de los dos términos, y este uso es vario. Los mismos filósofos y teólogos distinguen dos especies de amor, a saber: el amor que ellos llaman de *concupiscencia*, que no es otro que el deseo o el sentimiento por lo que nos procura placer, sin que nos interese si a su vez este objeto lo recibe, y el amor de *benevolencia*, que es el sentimiento por un objeto que nos proporciona placer o felicidad mediante su placer o felicidad. El primero nos lleva a tener presente el placer nuestro; el segundo, el placer ajeno, pero como constituyendo el nuestro; pues si no repercutiera sobre nosotros de algún modo, no podríamos interesarnos, siendo imposible desde que se diga ser indiferente a nuestro bien. He aquí, por consiguiente, cómo hay que entender el amor *desinteresado* o no mercenario si se quiere fijar bien la nobleza, sin caer, por lo tanto, en lo quimérico". (*Nouveaux essai sur l'entendement humain*, París, lib. segundo, cap. XX.)

Stendhal, en su tratado *De l'amour*, hace un importante análisis de este sentimiento. El distingue cuatro clases de amores: 1.<sup>a</sup> *El amor pasión*, que nos hace olvidar a nosotros mismos; el amor de Eloísa por Abelardo. 2.<sup>a</sup> *El amor gusto*, que no es una pasión y tiene a menudo más delicadeza que verdadero amor, que sabe conformarse con todo. Es el que reinaba en París hacia 1760. 3.<sup>a</sup> *El amor físico*. 4.<sup>a</sup> *El amor vanidad*. La vanidad más o menos halagadora hace surgir ciertos transportes. "Una duquesa nunca tiene más de treinta años para un burgués." "Una bonita joven... no podía resolverse a no encontrar encantador a un hombre que era duque o príncipe."

Para este escritor el único amor legítimo es el amor pasión, que no se reduce a un mero fenómeno fisiológico, sino que es una pasión desinteresada y deliciosa, porque los intereses del amante se confunden con los del amado. "El placer físico, siendo fin natural como es, lo conoce todo el mundo; pero no tiene sino un rango subalterno a los ojos de las almas sensibles y apasionadas. Si estas almas son ridículas en un salón, y si a menudo las gentes del mundo por sus intrigas las hacen desgraciadas, en cambio co-

nocen placeres siempre inaccesibles a los corazones que no palpitan más que por la vanidad o por el dinero." El amor físico, dice él, es propio de las bestias, de los salvajes y de los europeos embrutecidos. Prefiere el tipo sentimental "Werther" al sensual "Don Juan". Critica a Helvetius, que ve en el amor una simple necesidad física.

Lo que caracteriza el amor es, según Stendhal, la *cristalización*, que tiene por fin embellecer, deificar la persona amada. En otras palabras, el amor transforma. Lo compara a la rama de un árbol que se arroja en las minas de Salzburgo y que dos o tres meses después se retira cubierta y guarnecida de cristales, de diamantes movibles y deslumbradores. Los demás sentimientos, como la admiración, la esperanza, el temor, etc., pueden preceder o acompañar al amor, pero no constituyen su carácter distintivo; porque si se presentan solos no determinan este sentimiento. Debido a la cristalización el amante se forma una imagen luminosa y vaga del objeto amado, se construye un modelo ideal que transfigura u oscurece su verdadera realidad. Esto hace que se ame más a esta imagen ideal que a la persona real sobre la cual proyectamos esta imagen. "El alma... se forma, sin darse cuenta, un modelo ideal. Encuentra un día a un hombre que se asemeja a este modelo, la cristalización reconoce su objeto en la turbación que inspira y consagra para siempre el dueño de su destino, lo que soñaba desde largo tiempo." La imaginación, dirigida por la necesidad de amar, es lo que determina con particularidad la cristalización. Cuando cesa el amor se produce un proceso inverso a la cristalización. Aun cuando la persona amada permanece siempre la misma, ya no se le ve igual; con el desvanecimiento del amor, los caracteres que habían sido embellecidos pierden poco a poco la vaguedad y la frescura de sus colores, como las flores abandonadas por el amoroso jardinero que languidecen y marchitan por la falta de su cuidado.

La cristalización, como característica del amor, hace de la pasión amorosa un fenómeno lento y profundo, bien distinto de esos sentimientos pasajeros que conmueven sólo un instante el alma. Lo indica su proceso constitutivo mismo, en el que Stendhal distingue siete fases o momen-

tos: 1.<sup>a</sup> *La admiración simple*, o sea el choque que acompaña a toda emoción, es el primer paso del amor que, por la rapidez en que sucede, ha sido llamado *coup de foudre*. 2.<sup>a</sup> *La admiración tierna*. Entonces el sujeto dice: "¡Qué placer ser amado por ella; darle besos y recibirlos!" 3.<sup>a</sup> *La esperanza*. Se estudian las perfecciones del objeto amado. 4.<sup>a</sup> *Nacimiento del amor*. Entre este momento y el precedente no pasa más que un rayo. Después de la esperanza sigue el amor. Entonces el alma siente una inquietud y desea la mayor intimidad posible con el ser amado. 5.<sup>a</sup> *La primera cristalización*. Se complace uno en adornar con mil perfecciones a una mujer de cuyo amor se está seguro. 6.<sup>a</sup> *La duda*. Después de diez o doce miradas, que pueden durar un momento o varios días... el amante pide seguridad más positiva y quiere acelerar su felicidad. 7.<sup>a</sup> *Segunda cristalización*. Esta produce la confirmación de esta idea: "Ella me ama." La cristalización vuelve entonces a descubrir nuevos encantos.

La clasificación del amor de Stendhal adolece del defecto de ser arbitraria, pues incluye en un mismo género el amor-gusto y el amor-vanidad, que no son más que falsos amores por los objetos que los inspiran y que nada tienen que ver con el amor en sentido general, que es una tendencia hacia la unidad física, integral o espiritual. El término cristalización usado por él se le puede substituir con el vocablo *idealización*, y este fenómeno ha sido observado y descrito también por Platón. Stendhal tiene, además, un concepto erróneo de lo que es el verdadero amor. Pues, a pesar de que considera el amor-pasión desinteresado, de lenta formación y no lo confunde con el deseo físico, cree él que el amor se hace y fenece. "Todos los amores que puedan estudiarse en este bajo mundo nacen, viven y mueren o se elevan a la inmortalidad." Ahora bien; los amores que se hacen y terminan son los pseudos-amores; porque el amor pleno, verdadero, se encuentra y es inmortal. Podrá tener dificultades en su realización, palidecer por falta de correspondencia y por la separación del objeto amado, pero no muere nunca, como el amor de E. Schuré por la condesa Margarita Albana. Por este motivo dice José Ortega Gasset que Stendhal ha desconocido el verdadero amor.

Schopenhauer, en su *Metafísica del amor*, manifiesta desde el principio de su trabajo que sólo Platón ha sido el que más ha hablado de este asunto y que no tiene, por consiguiente, predecesores a quienes refutar y de quienes valerse. Hace referencias a algunas obras que han tratado de paso del amor, como el *Discurso sobre la desigualdad*, de Rousseau; el tratado sobre *Lo bello y lo sublime*, de Kant; la *Antropología*, de Platner, y la definición del amor, de Espinosa, que considera chistosa. Lo que nosotros hemos hecho presente hasta ahora, de las distintas ideas acerca del amor de otros autores anteriores a él, basta para hacer ver el error en que este filósofo incurre, y su jactancia en manifestar que no tiene predecesores proviene, pues, de la ignorancia de lo que han dicho los demás sobre este tema. Schopenhauer encuentra la esencia del amor en el *instinto sexual*, y éste no tiene otro fin que perpetuar la especie. El amor es un instinto inconsciente que lleva al individuo a perpetuar y a seleccionar la especie. Desde el punto de vista puramente egoísta, el instinto sexual es una *mentira* cometida por la "voluntad de vivir", que ilusiona al individuo de modo de hacerle parecer su propio interés el interés de la especie. Se pueden reunir en estos términos sus principales conceptos:

1.º La procreación y las cualidades del hijo son la substancia y el fin del amor. Los amantes desean unirse, confundirse, en un solo ser para continuar su existencia.

2.º La esencia de un ser reside en la especie y no en el individuo.

3.º Cuanto más un individuo representa una mayor perfección física y moral para la especie, tanto mayor es la atracción sexual que él ejerce.

4.º La atracción sexual que un individuo inspira a los otros es tanto más enérgica cuanto más los defectos del uno anulan los defectos del otro y cuando su unión promete una descendencia más perfecta conforme al tipo de la especie.

5.º Lo que guía al individuo en el amor es un instinto que trabaja en interés de la especie, mientras que él se imagina perseguir la satisfacción del supremo goce individual. Todos los beneficios del amor son para la especie y nada para el individuo.



La teoría de este filósofo acerca del amor es puramente *fisiológica*. Se limita a la descripción del deseo sexual y no hace ninguna mención del amor propiamente dicho. Muchos son los caracteres que lo distinguen, como hemos visto en el párrafo segundo de este capítulo, para que podamos confundirlo. Debido a esto es como Schopenhauer no hace referencia alguna a la evolución del amor en los elementos que lo componen: fisiológicos y psíquicos, que pueden encontrarse en correlación variable. En los grados inferiores predomina el instinto puro y en los grados más elevados dominan los elementos altruistas y morales, al punto que entre las almas selectas el amor no tiene órganos. En cuanto a los conceptos que hemos resumido en los números primero, segundo, tercero y cuarto, este filósofo no hace más que seguir a Platón y otros pensadores. Platón manifiesta, en efecto, que el amor tiende hacia la inmortalidad, por medio de la generación física; que el amor es la armonía de los opuestos; que la esencia de la vida está en la unidad. La sexualidad es una división de la especie; la unión sexual es, luego, el establecimiento de la asexualidad primitiva. En el amor no existe, por otra parte, ningún engaño, como lo ve Schopenhauer, ni todo se hace por interés de la especie. "La inteligencia, dice él, está organizada para servir al individuo." Esto no es verdad, porque ella también existe para la conservación de la especie. Se ha comprobado experimentalmente que el instinto maternal es independiente y hasta opuesto del instinto sexual. El amor, además, perpetuando la especie, única manera de salvar en parte la muerte del individuo en cuanto éste sigue viviendo en sus hijos, más que ir en contra de éste, va en su favor. Y la naturaleza no ha necesitado ilusionar, engañar al individuo uniendo a la función reproductora un placer que sería también ilusorio. Porque el placer que ocasiona este instinto es inferior al gozo que determina el amor espiritual, que nada tiene que ver con la reproducción de la especie. Para encuadrar este pensador su teoría del amor en su sistema filosófico comete el error de sostener que el amor en el varón disminuye notablemente con la satisfacción, hecho éste que sólo acontece en el instinto sexual, pues aquél aumenta a medida que la

unión se repite. Lo lleva luego a manifestar que la fidelidad conyugal es artificial en el hombre, y esta afirmación va en contra de su propia teoría, pues por el interés mismo de la especie y su perfección hace que sea una necesidad la fidelidad conyugal del hombre.

Vicente Gioberti, en su libro *Della Potrologia*, Torino, 1858, hace un estudio filosófico del amor, y puede notarse en él la influencia de las ideas de Platón. Se ocupa especialmente en determinar los caracteres del amor como distintos del deseo meramente sexual. Afirma que el amor es el más *complejo* de todos los sentimientos y el más universal, extenso, profundo, antiguo y la mayor fuerza de la naturaleza. Se vislumbra en todos los otros sentimientos y se mezcla en todos los movimientos del alma. Es el íntimo resorte y la substancia de toda pasión buena o mala. El odio es una forma del amor, porque si uno odia es que ama. El amor es, por tanto, lo *idéntico* que se encuentra debajo de lo *distinto*, es la *unidad* que engendra la *multiplicidad*. El amor es la esencia del Ente (de Dios), de lo existente, de la realidad universal y pura. Ser, existir y amar son sinónimos. Porque ser o existir es obrar y crear; y obrar y crear es amar. Platón y Aristóteles, Dante y Tasso, según Gioberti, dicen lo mismo. El amar es la *síntesis*, la *armonía* de la creación. El amor es dinámico, une los opuestos, a todo y participa de todo. Une el alma y el cuerpo; el espíritu y la materia; lo sensible y lo suprasensible. El amor es *religioso*, es una adoración, una veneración, un culto; la persona amada es sagrada; tiende a adorar al amado como un dios y a amar a Dios en el amado. El amor es *ingenioso*, despierta y acrecienta todas las facultades del espíritu. Es fuente de inspiración y perfección moral y estética. Infunde coraje, valor y audacia. Según Tasso, la palabra héroe deriva del vocablo griego amor. El verdadero amor es *puro* y *casto* en el mismo placer. Implica el sacrificio, que es la esencia de toda virtud. El amor es *estético*, tiende hacia lo bello y a lo verdadero. El amante adorna con todas las perfecciones al amado, aunque no las tenga. El amor es, por tanto, revelador de la perfección ideal. El amor es una tendencia al *infinito*, porque uniendo y multiplicando los seres finitos tiende a ex-

presar en el finito la unidad y la infinidad de la Idea. El amor *absoluto* e infinito es *identidad*, es decir, la posesión que el *Ente* tiene de sí mismo. Se expresa con la fórmula  $A = A$  o más bien  $A + A \times A = A$ , expresión del infinito. Dios es el amor absoluto, personificado en el Espíritu Santo, vínculo del Padre y del Verbo. El amor *relativo* y finito no es la identidad del idéntico, sino la unión y armonía de los contrarios o distintos; implica la multiplicidad y no la unidad. Cuanto más este amor une íntimamente los seres tanto más es perfecto. El amor es *unión* y *generación*. El cisma entre el amor espiritual y el amor corporal es efecto del pecado original. El amor sentimiento fué poco conocido durante el paganismo y fué menos vivo que el amor cristiano: Platón y Virgilio apenas hablan de él. La redención abolió el cisma y armonizó los dos amores con el matrimonio cristiano. Volvió a juntar la Venus celeste con la Venus terrestre, el espíritu y el cuerpo, y terminó con el antiguo divorcio.

P. Mantegazza, en su obra *Fisiologia dell'amore*, Firenze, 1909, describe con un estilo florido las condiciones fisiológicas del amor, sus efectos, sus distintos aspectos, nacimientos, profundidad, sus relaciones con el pensamiento, el amor en los distintos sexos, etc., pero no formula ninguna teoría acerca de este sentimiento. En otra de sus obras, *Gli amori degli uomini*, Milano 1910, hace un estudio del amor de las distintas razas. Este autor escribió, además, otras obras sobre el amor, que haremos presente en la bibliografía.

Hay quienes consideran el amor como un estado *psicopático* (Krafft-Ebing), y éstos confunden algunos efectos del amor, que son múltiples, con el amor mismo. Max Nordau sostiene que el amor es la exteriorización de un ideal preformado. Y para Danville es una sistematización consciente del instinto genésico.

La opinión de Gioberti, de Spencer, etc., de que el amor es un sentimiento compuesto y no simple, es aceptada por Ribot en su *Psicología de los sentimientos* y por F. De Roberto en su libro *L'Amore*, Milano, 1895.

Carlos Baires, en su importante obra *Teoría del amor*, Buenos Aires, 1911, manifiesta que no existe un sentimiento

to sexual único, sino que hay varios. El amor es un sentimiento específico, pero no explica por sí sólo toda la afectividad amorosa. Cuatro son, según él, los modos de la afectividad sexual que se han diferenciado netamente en el curso de la evolución y son inconfundibles e irreductibles: *el amor conyugal, el sensualismo, el cariño* y *el amor propiamente dicho*. El amor conyugal deriva de la convergencia y asociación de la apetición sexual con el sentimiento de paternidad. El sensualismo proviene de la convergencia y asociación de la apetición sexual con la sensibilidad física, en general. El cariño es expresivo de la convergencia y de la asociación de aquella apetición con la afectividad sensitiva moral. En fin, el amor traduce la afectación sexual en convergencia con la sensibilidad estética. Distingue, además, varias categorías o *grados* en cada uno de estos cuatro modos de la afectividad sexual. Admite tres formas típicas de amor: 1.º El *amor sexual*, en donde la afectividad sexual es más intensa y absorbente que la emotividad estética. 2.º El *amor voluptuoso*, en el cual la excitación sexual y la exaltación estética están afectadas en igual grado. 3.º El *amor ideal*, cuando la exaltación estética supera y es más absorbente que la excitación sexual.

Para José Ingenieros "el amor es un sentimiento de preferencia en que circunstancias especiales en un ser humano siente por otro determinado del sexo complementario para satisfacer las necesidades instintivas relacionadas con la reproducción de la especie". El amor difiere del instinto sexual en que implica la selección y la individualización. El amor expresa preferencia, admiración, deseo y esperanza actuales. Su ideal, es selectivo y eugénico. (*Introducción a la teoría del amor, Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 1924.) Distingue tres clases de amantes: los dominados por los sentidos, como Don Juan; los dominados por la imaginación, como Werther, y los dominados por el sentimiento. El sentimiento de la eternidad del amor es una ilusión, una mentira vital. Cada amor dura tanto como la ilusión que le da vida, ilusión ésta que nace de la necesidad genésica transformada en sentimiento y unida a la esperanza de poderla satisfacer. Un amor puede ser dichoso sin el compromiso de durar siempre; sin embargo,

la ilusión del amor eterno es necesaria a cada amante y cada vez que ama. (*La desilusión de amor, Revista de Filosofía*, 1923.) Ingenieros, al considerar el amor unido exclusivamente a las necesidades del sexo y al ver en el amor espiritual un mito, una quimera, no podía dejar de confundir los caracteres del amor con los caracteres del instinto sexual. La ilusión del amor, acerca de la cual él insiste tanto, no es propio de este sentimiento, sino del deseo sexual. Además, el amor no es sólo una necesidad de complemento sexual, corporal, sino que es una necesidad de complemento psíquico y moral. La definición del amor de Ingenieros, si se suprime la palabra preferencia, cuadra por completo al instinto sexual. Por esta causa él debía estimar como falsas y equívocas las ideas acerca del amor de Platón, de León Hebreo, de Espinosa y de Leibniz.

Rodolfo Senet distingue tres clases o tipos de amor: el *amor fisiológico* en el cual predomina el instinto sobre lo intelecto; el *amor equilibrado*, en donde el factor instintivo y el factor moral se equilibran entre sí, y el *amor psíquico*, en el cual el elemento moral domina sobre el elemento instintivo. (*Los tres tipos de amor, La Prensa*, 7 de junio de 1925.) Con distintas denominaciones hemos seguido también nosotros esta clasificación.

Nuestro propósito no es hacer aquí una reseña completa de las diferentes opiniones sobre el amor, porque nos llevaría demasiado lejos. Haremos presente en la bibliografía otros trabajos que se han ocupado de este sentimiento.

#### BIBLIOGRAFIA

- BAIRES, C.—*Teoría del amor*. Buenos Aires, 1911.  
BALZAC, H.—*Fisiología del matrimonio*. Madrid.  
BLOCH, I.—*La vita sessuale dei nostri tempi*. Torino, 1910.  
BOS, C.—*Pessimisme, feminisme, moralisme*. París, 1907.  
BOURGET, P.—*Fisiología del amor moderno*. Madrid, 1891.  
CARPENTER, E.—*L'amore diventa maggiorenne*. Torino, 1909.  
CESSON, A.—*L'espece et son serviteur*. París, 1913.  
CHIAPPELI, A.—*Guerra, amore ed immortalità*. Milano, 1916.  
— *Cien poemas de Kabir*. Buenos Aires, 1923.  
DE NAPOLI, F.—*Sesso e amore*. Torino, 1927.  
DUGAS.—*La pudeur, Revue Philosophique*. París, 1903.

- FAGET, E.—*Del amor*. París, 1912.
- FOREL, A.—*La questione sessuale*. Torino, 1907.
- GIOBERTI, V.—*Protologia*. Torino, 1857.
- GONZÁLEZ SERRANO, U.—*Psicología del amor*. Madrid, 1888.
- GOURMONT DE, R.—*Física dell'amore*. Bari, 1905.
- HEBREO, LEÓN.—*Diálogos de amor*. Madrid, 1915.
- INGENIEROS, J.—*Cómo nace el amor*, *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, julio, 1919.
- *Introducción de la teoría del amor*, *Revista de Filosofía*, julio, 1924.
- *La desilusión del amor*, *Revista de Filosofía*, noviembre, 1923.
- JACOT, P. C.—*Psychologie de L'amour*. París.
- JANET, P.—*La familia*. Madrid, 1910.
- KEY, E.—*Amor y matrimonio*. Barcelona, 1907.
- LACURIA, P. F. G.—*Les Harmonies de l'être*. París, 1889.
- LAURENT, E. y NAGOUR, P.—*La magia y el amor*. Madrid.
- LEVI, E.—*Le gran arcaue*. París, 1921.
- LORENZETTI, P.—*La bellezza e l'amore nei trattati del cinquecento*. Pisa, 1920.
- MAUCLAIR, C.—*L'amore fisico*. Milano.
- *La magia dell'amore*. Milano.
- MANTEGAZZA, P.—*L'amore*. Milano, 1898.
- *Fisiología dell'amore*. Firenze, 5.<sup>a</sup> ed.
- *Gli amore degli uomini*. Milano, 1910.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, M.—*Historia de las ideas estéticas en España*. Madrid.
- MICHELET, J.—*El amor*. Madrid, 1878.
- MICHELET, V. E.—*L'amour et la magie*. París, 1926.
- NORDAU, M.—*Paradossi, Sesto G. Giovanni*, 1913.
- ORTEGA Y GASSET, J.—*Leyendo el Adolfo, libro de amor*, *El Espectador*. Madrid, 1916.
- *Para la cultura del amor*, *El Espectador*. Madrid, 1917.
- PLATÓN.—*El Convite, Fedro*. Madrid, 1880.
- RE-BARTLETT, L.—*Il regno che viene*. Torino, 1921.
- REGLA DE, P.—*El Ktab, des lois secretes de l'amour*. París.
- RENZI, G.—*L'irrazionale, il lavoro e l'amore*. Milano, 1923.
- ROBERTO DE, F.—*L'amore*. Milano, 1895.
- *Como si ama*. Torino, 1900.
- RUYSSEN, TH.—*La morale sexuelle, Revue Pedagogique*. París, abril, 1914.
- SCHOPENHAUER, A.—*Metafísica del Amor*. Madrid.
- SCHWALLER DE LUBIEZ, B.—*Adam l'homme rouge*. París, 1926.
- SENET, R.—*Los tres tipos de amor*, *La Prensa*. Buenos Aires, 7 de junio de 1925.
- SIGHELE, S.—*La donna e l'amore*. Milano, 1913.
- SIGURINI, G.—*L'amore nei neurastenici*. Milano, 1925.
- SPENCER, H.—*Principios de Psicología*. Madrid.
- STENDHAL.—*Del amor*. Madrid.

- SWEDENBORG, E.—*Les delices de la sagesse sur l'amour conjugal*. París, 1887.
- TAGORE, R.—*El sentido de la vida*. Santiago de Chile, 1926.
- TOULOUSE.—*La question sexuelle e la femme*. París, 1919.
- UNAMUNO, M.—*El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Madrid, 3.ª ed.
- VATSYAYANA DE.—*Le kama Soutra*. París.
- VENTURI, S.—*Degenerazione psicosessuali*. Torino, 1891.
- VIGLINO, C.—*La sessualità sotto l'aspetto filosofico, Rassegna di studi sessuali*. Roma, 1923.
- VIAZZI, P.—*La lotta di sesso*. Palermo, 1900.
- WEININGER, O.—*Sesso e Carattere*. Torino, 1912.
- ZENTA, G.—*Trattati d'amore del cinquecento*. Bari, 1912.

---

---

## CAPITULO VIII

### La tendencia a la unidad es la característica esencial del amor

SUMARIO: I. Cada sexo es la mitad complementaria del otro.— II. El grado de amor indica el grado de unidad.— III. La unidad, para que sea perfecta debe ser dirigida por el principio masculino.— IV. La unidad como condición de la felicidad y de la inmortalidad.

#### I. CADA SEXO ES LA MITAD COMPLEMENTARIA DEL OTRO

Todos los seres se manifiestan de una manera bisexual. Ellos no pueden ser restituidos a su plenitud ontológica, a su integral unidad, más que por la fusión de sus partes complementarias.

Cada sexo es la mitad que sirve de complemento al otro para que se constituya su forma integral. Y por *forma* no sólo entendemos los contornos exteriores del cuerpo, sino también la organización íntima de la sensibilidad, de la afectividad y de la inteligencia.

En los sexos las formas están desarrolladas en sentido inverso. La mujer representa la potencia primitiva, la pasividad, la parte orgánica, física, emotiva, concreta, la expresión vital más elevada. En ella el sentimiento predomina sobre el intelecto, tiene la inteligencia del amor, comprende por la vía afectiva, por medio de la intuición y sobresale más en la vida práctica que especulativa. Su belleza expresa flexibilidad, gracia, modestia. El varón es, en cambio, la potencia activa y fecundante, el iniciador, el sembrador. En él predomina el intelecto sobre el senti-



miento. Tiene el amor de la inteligencia, comprende por medio de la razón. Su belleza expresa fuerza y poder.

El hombre forma el principio activo, el polo centrífugo, el ser, el espíritu que tiene que conquistar la vida, la verdad, el amor y la sabiduría. La mujer constituye el principio pasivo, el polo centrípeto, esa misma vida, verdad, amor y sabiduría que tienen que ser conquistados por él.

Estos distintos caracteres hace que ellos no perciban y comprendan las cosas de la misma manera. Si su intelecto y su afectividad son distintos, lo son asimismo sus gustos, sus necesidades y sus ocupaciones. Los motivos de sus acciones son también diferentes, y cuando parecen estar de acuerdo en todo sobre una cuestión cualquiera, si se profundizan más sus pensamientos, se observará que no son los mismos sus puntos de vista, y que sus impresiones no son iguales y se apoyan en distintos motivos. A pesar de esto, ambos tienen razón, porque cada uno abraza la mitad del asunto; el uno va por la derecha, el otro por la izquierda. La percepción de un objeto sólo es completa cuando se reúnen los dos puntos de vista; por este motivo las dos apreciaciones deben combinarse y no hacer más que una. Uno tiene lo que al otro le falta, y entre ellos no debería existir ninguna rivalidad. Las aptitudes masculinas son una necesidad y una ayuda para las femeninas, y, recíprocamente, más que oponerse, juntos forman una armonía perfecta.

El hombre que vive solo, sufre; sufre por sentirse aislado, sufre por la ausencia de su parte femenina. Nuestras sensaciones, sentimientos e ideas no son enteros, acabados, sino limitados; por tener un solo sexo somos incompletos fisiológica y psíquicamente. Comprender una cosa por medio de la razón es comprenderla a medias, superficialmente; comprenderla con el sentimiento es revelar su profundo sentido. Por esto, la verdad completa sobre una cosa no podrá ser alcanzada más que cuando se unen las mentalidades propias de cada sexo, como no es posible la luz mientras los dos polos de la electricidad no se ponen en contacto. Cada alma es íntegra sólo en el amor cuando el pensamiento de uno es completado con el de otro.

Por esto la mujer necesita ser elegida y poseída por el hombre por el carácter femenino de su cuerpo y de su alma; el hombre necesita ser a su vez poseído por la mujer por el carácter masculino de su cuerpo y alma. La primera busca la fortaleza y el apoyo en el cuerpo físico del hombre; en cambio, el segundo, al ser amado por la mujer, siente una corriente en su afectividad femenina, procedente de la afectividad masculina de la mujer que le hace crecer y ampliar el horizonte de su existencia y nacer a una vida más equilibrada y armónica.

Ningún sexo puede completarse a sí propio. Sólo el hombre de genio y el santo son capaces de bastarse a sí mismos al desarrollar la polaridad opuesta que yace latente en ellos y en cada ser masculino. Hemos visto cómo el genio poseía en grado superior las facultades de ambos sexos.

El amor es más penetrante y la unidad es más perfecta cuando la mujer es más femenina y el hombre es más viril. Por el contrario, cuando los dos sexos se neutralizan por su desenfreno o corrupción, menos perfecta es la unión y la procreación.

Toda la vida y la actividad de un hombre y de una mujer están consagradas a buscar su mitad complementaria. El misterio de la vida está en hallar una persona que sea todo para nosotros, porque la humanidad entera no podrá darnos lo que puede ofrecernos una sola persona dedicada únicamente a nosotros. Encontrarla constituye, para el ignorante como para el sabio, la felicidad incontestable en este mundo. Todo lo que nos aleja de este fin ideal nos desvía del camino de esa felicidad. La ciencia, por sí sola, sin el amor, no puede proporcionarnos la felicidad; podrá darnos riquezas, gloria, poder, pero nunca nuestra plena y verdadera felicidad. Este ideal en toda su perfección se realiza sólo excepcionalmente, porque un alma que comprenda y complete a otra alma en toda su integridad, únicamente existe en el amor angelical.

Cuando encontramos o creemos encontrar una criatura a nosotros semejante, complementaria de nuestra vida, experimentamos un deseo sin límites de no ser más que uno con ella, inseparablemente. Dominados por el amor, cree-

mos ver en ella nuestro ser complementario. Pero muchas veces, a causa de nuestra ignorancia o de una maldad, el origen de nuestro amor no es más que fruto de una ilusión. Un alma que creyó desde lejos reconocerse en otra, al aproximarse a ella, frente a la realidad, desvanece su ilusión y, con el trato íntimo, observa que es para ella un espejo lleno de defectos y donde ya no se reconoce a sí misma. Entonces el amor es sepultado en la tumba de la decepción.

El hombre y la mujer no siempre aspiran a buscar su complemento ideal. Por circunstancias especiales, muchos aman por interés o por envidia. El deseo de unirse corporalmente es, salvo raras excepciones, lo que los lleva al matrimonio. Un animal en celo halla bella y deseable no importa qué hembra de su especie. Como la mujer está casi siempre lista a la conjunción, el matrimonio es, por lo general, lo que le sigue.

## II. EL GRADO DE AMOR INDICA EL GRADO DE UNIDAD

El grado de amor indica el grado de unidad, y cuanto más elevado es el uno más perfecta es la otra. En los amores hay varias jerarquías, cuyos extremos son: el amor que se observa en los seres vivientes inferiores y el amor divino.

En las plantas, cuya conciencia es rudimentaria, la unidad es apenas embrionaria.

El animal desprovisto de razón y reducido a sus instintos sólo conoce el amor físico y mediante él alcanza la unidad de su ser. Pero este amor imperfecto y material produce una unidad incompleta, efímera y transitoria, separado por largos intervalos. El no realiza ni la unidad perfecta ni la estabilidad. Coloca su individualidad como centro único de todas sus relaciones; su amor tiene por fundamento el egoísmo. Pero si el egoísmo es un mal en el hombre, no lo es en el animal, porque no tiene otra guía que su sensibilidad.

Los seres irracionales son incapaces del intercambio maravilloso de las almas, no pueden valerse del lenguaje como vehículo de sus afectos y pensamientos, no pueden comunicarse más que con los sentidos y apreciarse con su

sensibilidad afectiva. Los hombres, animales racionales, conocen igualmente el amor sensual; pero las almas humanas tienen goces más elevados; tienen como intérpretes la mirada, la sonrisa, el pensamiento, que emana de sus palabras; y dos almas que se aman son, para ambas, fuente de poesía, y cuando juntan sus penetrantes miradas las convierten en una sola.

El amor físico reconstruye la unidad sólo en parte, es decir, corporalmente, es una unidad incompleta, parcial; en el amor integral o conyugal la unidad es completa. El matrimonio es la unión absoluta de los cuerpos y de las almas.

El amor físico es una unidad que no excluye la distinción. Aquel que ama y el que es amado son siempre dos, desde que no pierden su propia conciencia. Ellos son dos, y, por tanto, son más que uno.

El amor del alma, por el contrario, es permanente, y, si llega a ser inmortal, es una verdadera unidad que llena la existencia de aquel que ama. El misterio de la coexistencia del uno y de lo múltiple sólo es realizable por este amor.

La perfección espiritual abre al hombre la puerta del camino del infinito, que transforma el amor humano en amor divino, en santidad.

El amor es, en efecto, siempre el mismo. No existen dos maneras de amar: una a nuestros semejantes y otra a Dios. Lo que sucede es que el amor inspirado en lo divino se purifica, se diviniza, se inmortaliza, mientras que al descender a la parte corporal del hombre se vuelve grosero e inferior.

Los místicos, se ha dicho, aman a Dios porque no encuentran su ideal en este mundo. Esto es un error; porque pueden tener aquí abajo un ideal y al mismo tiempo mirar hacia arriba. La santidad eleva todos los demás amores; dignifica el amor sensible por medio del matrimonio. Un santo y una santa unidos por el lazo nupcial serán, desde el punto de vista humano, el modelo de los esposos. Santa Brígida, San Luis, Santa Elizabet de Hungría, a pesar de su progreso interior, no han tenido dificultad en conciliar el amor humano con el divino.

Además, el amor terrestre se detendría en su progreso si no buscara cada vez algo mejor. Sería contentarse con poco, como detenerse ante un estanque creyendo estar en presencia de un mar. Existe una gran diferencia entre el amor humano y el amor divino. En un estanque se pueden ver sus límites y medir su profundidad, como en todo amor terrestre. El amor divino es, en cambio, inmenso como el mar: sus secretos y sus goces son infinitos y sus misterios, insondables.

Dos almas unidas por el matrimonio pueden, con un mismo pensamiento y una misma voluntad, amarse en Dios. Su amor puede llegar a ser, poco a poco, fraternal y, bajo la misma dicha, formar una sola alma.

El amor divino, el amor por la humanidad, es el retorno a la unidad suprema, a la última perfección, a la más excelsa beatitud. De esta unidad habla Cristo cuando afirma que sus discípulos deben ser uno entre sí y con Dios. Unión ésta cuyo prototipo lo hallamos en las personas divinas, en Dios: *Ego et Pater unum sumus*.

La unidad que origina el amor es distinta de la que determina la amistad. La amistad es la unión de varias personas que, procediendo distinta e independientemente, establecen entre ellas relaciones afectuosas. El amor es la acción de un solo ser que entra en la unidad. La amistad procede de la luz; el amor sale de la vida. La primera contempla lo bello en otro; el segundo es vida que halla a otra vida. La una es simetría, armonía; el otro es fusión, acorde.

En la pareja amorosa, cada uno se contempla, se escucha, se busca y se ama a sí mismo en el otro; es uno para el otro un espejo, un eco. En ese otro yo es donde todo va a resonar, donde se comprende, se sueña y se dice: *es mío*.

### III. LA UNIDAD, PARA QUE SEA PERFECTA DEBE SER DIRIGIDA POR EL PRINCIPIO MASCULINO

Cuando el principio masculino y el femenino alcanzan su unidad por el amor, el primero es el que debe dirigir y predominar. El hombre es la llave de la mujer, como Cristo es la llave de la Iglesia, dice San Pablo.

El predominio del menor sobre el mayor; del sensible sobre el intelectual; de la materia sobre el espíritu; de la mujer sobre el hombre, es lo que determina el mal, la desarmonía, la confusión. Los contrarios, siendo distintos y desiguales, deben subordinarse racionalmente para que sobrevenga la armonía. Si la subordinación natural está invertida o subvertida, aquélla no puede tener lugar, como cuando los dos sexos quieren confundirse o cambiar sus oficios: la mujer, asumiendo el gobierno viril y el hombre ejerciendo la parte pasiva en la sociedad. El polo positivo es el que existe real y absolutamente; el polo negativo es sólo la sombra, un grado menor del primero.

La emancipación y la igualdad civil son propias de las mujeres célibes, y, ante la ley biológica, el celibato es una anomalía. Aspirar a esto es tender a ser una cosa distinta del hombre; es querer hacer dos de lo que debe ser uno.

El hombre y la mujer, si no están enfermos, sólo en dos casos pueden dispensarse del matrimonio y permanecer célibes: 1.º Cuando aspiran a adquirir un desarrollo psíquico superior, a alcanzar la más grande sabiduría y poderes psíquicos. 2.º Cuando por una irresistible vocación se sienten destinados a ser sacerdotes o hermanas de caridad, en donde la abnegación constituye su más grande dicha. Fuera de estos casos, el celibato es un ultraje a la naturaleza.

La desgracia de la mujer es soñar en la superioridad del hombre, es envidiar e imitar su triste suerte y miseria. El busca una compañera y no la encuentra, porque es incapaz de comprenderlo, porque ha cometido errores con respecto a su educación y fines de su vida. Ha hecho de ella una muñeca donde la figura exterior, la apariencia, constituye la parte más importante y esencial. Ha buscado en ella el placer en lugar de la belleza del alma. El matrimonio ha llegado a ser por esto una cosa ficticia, falsa, es decir, una mera necesidad física. Esto es un hecho grave del cual provienen la mayor parte de las miserias y desgracias de los individuos, de las familias y de las naciones.

La timidez artificial, la modestia, el recato y la dulzura fingidos, la pureza simulada, son las armas naturales de la mujer que quiere conquistar al hombre. Como el hombre

ha engañado a la mujer haciendo de ella un ser vanidoso, la mujer, con estos medios, como respondiendo a un sentimiento de venganza, quiere hacer de él su propia víctima. Los medios son buenos cuando son naturales. Cuando se busca la verdad no hay más que mirar las cosas tales como son. Será justo, pues, que en lugar de usar estas armas mezquinas para conquistar, la mujer adquiera conciencia de su propia naturaleza para hallar un verdadero esposo, para alcanzar la unión completa, lo único a que debe aspirar.

La mujer es ternura, y si imita la vida errante del hombre, si busca como él, no se encontrarán nunca sobre la tierra. Ella no tiene necesidad de buscar, debe ser buscada, conquistada, y para esto, basta que se coloque en condiciones que pueda ser vista.

La mujer carece de espíritu y desea la espiritualización por medio del hombre. Para esto es menester que él sepa espiritualizarla y que ella se preste a este fin. Pero él no podrá hacerlo si no adquiere conciencia de sí mismo, de su origen y de su finalidad. Ella debe, en este sentido, desear la superioridad del hombre y aspirar, al mismo tiempo, a ser exclusivamente mujer y de no rebajar su femineidad. En una palabra, ella no podrá convertirse nunca en hombre más que confundándose con él. Ellos, los dos, ya no serán dos, sino un solo cuerpo espiritualizado.

#### IV. LA UNIDAD COMO CONDICIÓN DE LA FELICIDAD Y DE LA INMORTALIDAD

La mujer es para el hombre y éste para aquélla la forma más pura de la naturaleza, por medio de la cual se manifiesta la unidad. Uno es para el otro, la fuerza más dulce que despierta el ritmo de su armonía.

El ser que ha alcanzado su unidad, que ha hallado su complemento, experimenta ese estado espiritual que se llama felicidad, que sólo es propia del hombre. Ese goce sin rival, esa embriaguez sin límites que acompaña al alma en esos instantes en que las dos mitades de un mismo ser se sienten como una, no es otra cosa que el *sentimiento de la unidad*.

Las almas en esos momentos, unidas por el amor, juntas, flotan suave y dulcemente, como dos nubes blancas, y se ensanchan y se pierden bajo el influjo de la misma brisa, en el azul infinito de los cielos. Las almas absorbidas mutuamente son transportadas al mundo de los principios creadores; experimentan el sentimiento indefinible del retorno al ser completo de donde ellas han salido.

La unidad a que hacemos referencia no es sólo la que determina el abrazo que dura un fugaz instante, no es aquélla que únicamente se contenta con decir: yo te amo, sino la que envuelve la vida entera, que se experimenta en las distintas actividades diarias, en la amistad, en el sacrificio y en la ayuda mutua, en bien de los esposos y de los hijos. De igual modo, como dice Sully Prudhomme:

*Le meilleur moment des amours  
N'est pas quand on a dit: Je t'aime,  
Il est dans le silence même  
A demi rompu tous les jours.  
Il est dans les intelligences  
Promptes et furtives des coeurs  
Il est dans les feintes riqueurs  
Et les secrètes indulgences.*

.....

Cuando la unidad no es meramente física o intelectual, sino que abarca todo nuestro ser, nuestra alma se expande en cada cosa del universo y siente la íntima palpitación de su vida. Se produce la unión de la conciencia personal con la conciencia cósmica que nos proporciona la clave de la verdadera felicidad, nos hace comprender que nuestro yo no está separado de los demás, sino que forma un solo ser con ellos.

El fenómeno más elevado del amor, de la unidad, es la instalación de la paz, de la tranquilidad, en nuestra alma. Esta se traduce bajo la forma de beatitud, de satisfacción, de goce, de alegría o sea de felicidad. Todo ser no reposa hasta tanto no haya alcanzado su unidad. La armonía es el fin supremo, el fin último adonde todo debe tender y en donde todo debe reposar. Pero el reposo, la felicidad que ocasiona el amor no es negativo, sino activo; es la forma más intensa de la actividad, porque en él, la absoluta quietud



tud y la incesante actividad se encuentran en un mismo punto. Leibniz, en sus *Principios de la Naturaleza y de la Gracia fundados en la razón*, demuestra que la felicidad no consiste en un goce pleno en que nada quedara por desear y volviera estúpido nuestro espíritu, sino en un progreso perpetuo hacia nuevos goces y nuevas perfecciones.

Si con mucha frecuencia el amor trae consigo la aflicción, el tormento, la congoja, la fatiga y otras penas, no son éstas su propio fin, sino la felicidad. Pero ésta no siempre se alcanza, por falta de reciprocidad, de armonía, entre los amantes, y cuando cada uno de ellos quiere hacer valer su principio, su razón, en lugar de fusionarse mutuamente.

La felicidad es la expresión del amor, y éste se comunica por la dicha que se experimenta y es, en cierto sentido, su medida. Pero la felicidad verdadera, que es una melodía del alma, no consiste en multiplicar las impresiones agradables y los goces vulgares, sino en buscar y sentir aquéllos que elevan y profundizan el espíritu; como el provecho de una lectura no depende de los libros leídos, sino de aquéllos estudiados. La verdadera felicidad viene casi siempre sin ser buscada. Va acompañada del amor, que todo lo da y nada pide.

El resultado final del amor y de la unión es la fecundidad física y espiritual. El amor es unión y al mismo tiempo generación. La trinidad es el fin y la suprema expresión del amor; no se busca a dos sino para convertirse en tres, y la familia es uno en tres y tres en uno.

La unión para hacerse activa debe multiplicarse. Una unidad inmóvil e infecunda sería una unidad muerta e incomprensible. Y el hombre y la mujer, mientras están separados, permanecen estériles, como la inteligencia sin el amor, la dulzura sin la fuerza y ésta sin aquélla.

El hombre ve y adora, en la mujer amada por él, la divinidad maternal; la mujer admira, en el hombre de su amor, la divinidad fecunda que debe crear en ella el objeto de todos sus votos, el fin de su vida, la corona de todas sus ambiciones: el hijo.

La naturaleza en este acto creativo demuestra la más grande solicitud y ha establecido los medios más eficaces

y poderosos y los estímulos más grandes. Ella arrastra a los sexos el uno hacia el otro con violencia y embriaguez, y los convida continuamente a la gran obra de la eterna fecundidad.

Toda obra es fruto del amor y el parto de una dualidad concurrente. Así, el genio se une con la palabra, con la naturaleza y las grandes obras procedentes del pasado para crear otras nuevas. La educación es la generación moral de las almas. De donde surge la necesidad de que sean célibes los grandes artistas, los grandes maestros y los sacerdotes, para que puedan engendrar espiritualmente. Dios produce el Verbo con el Amor y crea el mundo mediante el Verbo y el Amor. El amor que está sin forma debe crear, debe traducirse a sí mismo en la forma. El amor del cantante se expresa en forma de canto; el del poeta, en forma de poesía; el del filósofo, en forma de una nueva concepción acerca del origen y fin del mundo. El genio es, en este sentido, creador por medio del amor.

El verdadero amor proporciona a la conciencia humana la intuición de lo absoluto, y, cuando se despierta en un alma superior, la eternidad se revela en él.

El que ama sabe que no lo hace por una hora y se siente inmortal en sus sentimientos. La grandeza del amor está precisamente en tender a la inmortalidad y en hacer nuestro ser perecedero imperecedero, tanto en el mundo terrestre como en el espiritual.

El hombre, ser caduco, participa de la inmortalidad por medio de la fecundidad física y espiritual; como ser mortal, tiende a perpetuarse en cuanto es posible y a hacerse inmortal. La reproducción de la especie, la creación espiritual, es, pues, la conexión del finito con el infinito. El amor aspira al infinito ampliando sucesivamente el espíritu de su existencia, y el deseo de inmortalidad nace del amor a la vida, del amor al propio ser.

La perpetuidad hay quienes la buscan engendrando corporalmente, renaciendo en sus hijos. Esto explica la solicitud de los padres en estimar y cuidar a su prole. Madame de Sevigne decía en una carta a su hija: "Me duele tu pecho." Lo que significa que los genitores viven la vida

de sus hijos, sufren sus dolores y mueren con su muerte. Ellos son su carne, su sangre y, sobre todo, su alma.

Los menos buscan inmortalizar su vida tratando de perpetuar su nombre mediante la gloria, o sea con la creación de obras imperecederas: artísticas, científicas, filosóficas, morales. *Non omnis morian* —“no todo yo he de morir”—, dijo Horacio. El amor a la gloria es, en efecto, otra de las tantas formas en que se manifiesta el amor a la existencia. Este es el amor que inflamó a los grandes genios: Homero, Pitágoras, Aristóteles, Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes, Milton, Miguel Angel, Goethe, etcétera, cuyas grandes obras son sus hijos. “Por la causa de tales hijos, dice Platón, se han erigido templos; pero por engendrar hijos humanos no se ha erigido nada a nadie en ninguna parte.”

#### BIBLIOGRAFIA

GIOBERTI, V.—*Della Protologia*. Torino, 1859.

LACURIA, P. F. G.—*La harmonies de l'être*. París, 1899.

PLATÓN.—El convite. Madrid, 1880.

SCHWALLER DE LUBIEZ, R.—*Adam l'homme rouge*. París, 1926.

---

---

## CAPITULO IX

### Diferencias psicológicas entre el amor del hombre y el amor de la mujer

SUMARIO: I. Preliminares. — II. Algunas características de la psique masculina y femenina. — III. Los principales caracteres psíquicos que distinguen el amor del hombre del amor de la mujer.

#### I. PRELIMINARES

El amor en el hombre y en la mujer es de la misma esencia; pero no se manifiesta de la misma manera, no lleva en sí las mismas tendencias y se presenta con caracteres propios del todo. Por esto lo que la mujer siente y comprende por amor es distinto de lo que siente y comprende el hombre.

La causa de esta diferencia se halla en la diversidad de su naturaleza orgánica y psíquica. Y cuanto más honda es la distancia que separa lo masculino de lo femenino, tanto más diferentes y acentuados se presentan los caracteres del amor en cada sexo.

El alma separada del cuerpo no tiene sexo. En este sentido solamente es aceptable lo que dice Platón: "Que no hay diferencia anímica entre el hombre y la mujer"; y lo manifestado por Mirabeau: "Que el alma no tiene sexo, sino sólo el cuerpo" (1).

Pero el alma unida al cuerpo se manifiesta con todos los caracteres de este último. La mujer desde que es mu-

---

(1) Calderón afirma en su drama *Afectos de Odios y de Amor*: "y no es hombre ni mujer el alma". Las escrituras indias dicen repetidamente que el alma no tiene sexo, sino que tan sólo lo tienen las envolturas de que periódicamente se reviste.

jer tiene, de este modo, una psique diferente del hombre. La vida intelectual, afectiva y volitiva recibe de la sexualidad un especial carácter, un determinado tono, un matiz específico que hace que sea muy diferente en cada uno de los sexos. Y es de observar, en este punto, que si la constitución física de un hombre se asemeja mucho a la constitución física de la mujer, ese hombre posee, en su psique, una gran parte de los atributos que caracterizan el alma femenina; y si una mujer es casi un hombre por su cuerpo, ella lo será igualmente por sus caracteres psíquicos.

La semejanza entre ellos se observa en los mismos elementos masculinos y femeninos: los espermatozoides y los óvulos. Los primeros se distinguen por su gran movilidad, variabilidad de formas, por su agresividad y su función divisoria, dispersiva, desintegrativa. Los segundos sobresalen por su pasividad, concentración, unificación, cohesión, integración y la tendencia a permanecer constantes e indivisibles.

La misión especial asignada al hombre y a la mujer en la especie y en la vida social es una de las principales causas de sus distintos caracteres orgánicos y psíquicos, y de que el sentimiento amoroso no sea el mismo en ellos, y cada uno sea atraído por distintas cualidades. Como la mujer debe dar la materia, las cualidades transmitidas por los antepasados, la salud del cuerpo y la vida a los hijos, el amor del hombre por ella es despertado principalmente por el elemento físico, su belleza y su salud. El hombre, en cambio, como sólo le corresponde dar el impulso, la posición social a la familia, su protección, el amor de la mujer por él es suscitado, especialmente, por su fuerza viril, su inteligencia, su bondad, estimación y situación económica (1).

A continuación observaremos los distintos caracteres del amor en cada sexo.

---

(1) Los cabalistas enseñan que del padre se heredan los huesos, el sistema circulatorio y nervioso de la vida de relación; y de la madre, la piel, el sistema muscular y la sangre. Véase para más detalles Pieraccini, G.: *La funzione della donna nella trasmissione ereditaria del caratteri biologici*, *Rasegna di studi sessuali e di eugenica*. Roma, 1926.

## II. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA PSIQUE MASCULINA Y FEMENINA

Para determinar con mayor claridad los caracteres propios del amor en cada sexo vamos a hacer una breve reseña de las características psíquicas peculiares al hombre y a la mujer.

La psicología de los sexos es un equivalente de la psicología femenina. Las cualidades femeninas son siempre objeto de mayor estudio que las masculinas. El hombre, por lo general, es menos estudiado que la mujer; pero ambos no pueden explicarse aisladamente, sino que se reconocen y determinan mutuamente: su esencia se encuentra en sus recíprocas relaciones.

Para estudiar la psique de cada sexo tendremos en cuenta la media común en cada uno de ellos, no las excepciones extremas en uno y otro sentido. Además notamos que a través de las diferencias generales existen diferencias individuales que no siempre corresponden a aquéllas. En la mujer existe, por ejemplo, el tipo maternal, que es diametralmente opuesto al tipo voluptuoso.

Cuanto más grande es el grado de civilización de un pueblo, tanto más marcadas se presentan las diferencias entre los sexos: el hombre aparece más claramente hombre y la mujer más mujer. Por el contrario, en las razas inferiores, en los individuos pocos evolucionados las diferencias psíquicas de cada sexo son menores y tienden a desaparecer (1).

La acción de la cultura, además de determinar un proceso de *diferenciación* entre los dos sexos, ocasiona también un proceso de *parificación*, de igualación, entre el hombre y la mujer. Las partes comunes de ellos van tomando gradualmente mayor relieve, conducen poco a poco a una mayor identidad, llegando a ser consideradas como la manifestación de una misma esencia. Con el desarrollo espiritual, la mujer tiende cada vez más a ser compañera del hombre, y viceversa.

(1) Este proceso de diferenciación mediante la evolución se observa también en el desarrollo individual, social y cósmico. Véase el capítulo XI.

La mujer, desde el punto de vista orgánico, es inferior al hombre en estatura. Su esqueleto es más frágil, menos pesado; sus formas y los contornos son más graciosos; las prominencias y las apófisis más pequeñas, menos rugosas. El tamaño de su cabeza es más reducido y, por tanto, el peso de su cerebro es menor que el del hombre. En la mujer el desarrollo del sistema nervioso es superior al desarrollo del sistema muscular.

Es más rica en tejido adiposo, está más provista de sustancias grasas y subcutáneas, y esto nos indica un intercambio fisiológico menos rápido e intenso, de una combustión más lenta y de una vida menos ardiente. Su naturaleza fisiológica es por excelencia receptiva, anabólica, irritable, uniforme. Por el contrario, la del hombre es catabólica, diferenciada, agresiva, progresiva.

En las diferentes funciones y estados psíquicos hay también notables diferencias entre uno y otro sexo.

En la mujer predominan más que en el hombre las tendencias instintivas, especialmente en su esfera afectiva. Así, por ejemplo, el amor de la madre por los hijos es instintivo, innato; en cambio, el amor paternal es un sentimiento adquirido, reflexivo. Las distintas clases de sensaciones, en su agudeza, en su intensidad, no son en la mujer muy diferentes de las del hombre, salvo en algunas clases de sensaciones táctiles, donde se presentan con gradaciones más sutiles. En el sexo masculino es mayor la sensibilidad discriminativa; la mujer sobresale por su mayor impresionabilidad sensorial. Según Sergi, la primera constituye una verdadera sensibilidad; la segunda, un grado menor de ella que llama *irritabilidad*.

Debido a que en la mujer las sensaciones y las percepciones no se asocian tanto a los elementos abstractos, es como ella posee ese don de la observación, esa *intuición* que consiste en comprender rápidamente una cosa que le impresiona, en ver una infinidad de gradaciones y detalles que le escapan, a veces, al hombre más ilustrado.

El predominio de las tendencias instintivas y afectivas en la mujer favorece y desarrolla en ella esta intuición con preferencia a la razón y el pensar discursivo.

El hombre para comprender una cosa tiene la necesi-

dad de seguir una serie de razonamientos más o menos rigurosos y metódicos; la mujer, en cambio, puede alcanzar la verdad de un objeto de una manera súbita, a primera vista, sin un amplio análisis. La primera forma de comprender se llama *inteligencia*; la segunda, *intuición* o adivinación.

El hombre suele también tener esta facultad intuitiva, el genio la posee en alto grado; pero es de distinto origen y naturaleza, es una intuición intelectual, y no sensorial y afectiva como la de la mujer.

La inteligencia o la intuición de la mujer se dirige a lo individual, a lo concreto, a las cosas inmediatas de la vida que requieren soluciones rápidas, a las cosas presentes. Por esto conoce mejor lo particular que lo general, a un hombre que al hombre. La inteligencia del hombre tiene preferencia por la abstracción, la generalización, por las relaciones entre las cosas, por las combinaciones teóricas, por las cosas lejanas, futuras. El uno es sensato por experiencia, tiene la inteligencia del conjunto; la otra es sensata por inspiración y tiene la inteligencia de lo individual. Por esto es que no se debe a la mujer ningún descubrimiento matemático ni ninguna teoría filosófica.

La mente femenina, a pesar de ser más rápida que la masculina y de ser superior en ciertos asuntos que requieren soluciones inmediatas, es menos capaz de fijarse largo tiempo sobre una idea y de estudiarla en todos sus aspectos. Su misma prontitud en la percepción de los objetos le impide verlos muchas veces bien o se desliza sólo sobre ellos, los desflora, sin nunca tocar su profundidad.

El pensar femenino está más unido que el pensar masculino a la tiranía de las sensaciones y a sus causas inmediatas, y esto hace que no pueda elevarse a las alturas superiores de la abstracción para abrazarlas todas en una forma sintética, de una sola mirada, y sea asimismo incapaz de alcanzar a los altos conceptos del genio. La actividad ideativa, conceptual, que lo lleva a uno a emanciparse de la subjetividad de las sensaciones y a considerar a los objetos como independientes del sujeto, es en la mujer inferior al hombre. Sentir y pensar es para ella lo mismo, y como sus juicios están fundados en la



mayoría de los casos sobre el sentimiento y no en los principios de la razón, su lógica es distinta de la del hombre. Este posee la *lógica de la razón*; aquélla la *lógica del sentimiento*. Por esta causa, la mujer es con frecuencia *ilógica* desde el punto de vista del pensamiento racional.

El hombre supera a la mujer por su imaginación creadora y su espíritu crítico. La mujer no carece de este espíritu creador, pero no se presenta en ella con carácter muy marcado, a causa de la distinta orientación de su psique y de su menor energía mental. Sobresale más en el dominio de las artes que en el campo de las ciencias. Pero las mismas obras de arte de la mujer son inferiores a la media común y carecen de originalidad y son meramente imitativas. Ella es más apta para percibir que para reproducir imágenes y elaborarlas bajo formas nuevas, y su imaginación es demasiado movible y poco capaz de una coordinación unitaria. Su memoria, su capacidad receptiva y su comprensión son casi iguales a las del hombre medio. Sus asociaciones son subjetivas, vagas, obscuras, y sus pensamientos, imprecisos en sus manifestaciones. Dice Gina Lombroso: "Una de las desventajas de la prevalencia en la mujer de la intuición es la poca soltura, la poca claridad que se notan en las obras literarias femeninas y que se encuentran en sus discursos".

En la esfera *afectiva* no son menos las diferencias entre los dos sexos. La mujer es del sexo *afectivo* por excelencia y en ella el sentimiento predomina sobre la inteligencia. Sus distintos procesos psíquicos adquieren un tono, un matiz afectivo más marcados que en el hombre.

En la primera las *emociones* se manifiestan más claramente que en el segundo, como asimismo los movimientos provocados por la reacción orgánica. Ella reacciona más emotivamente que el varón a los estímulos más débiles y a los mismos estímulos. Se sabe que el sistema nervioso del gran simpático está muy desarrollado en la mujer. En toda emoción se distinguen dos fases, que en ciertos casos patológicos pueden estar separados: la reacción orgánica, que constituye el cuerpo de toda emoción, y la conciencia de esta reacción, complemento necesario en ella, sin la cual toda emoción permanecería ignorada. Ahora bien; estas dos

fases no son idénticas en uno y otro sexo. En la mujer la emoción es más instintiva, automática y menos consciente, menos subordinada que en el hombre a los elementos intelectuales. De esto proviene que ella tenga menos dominio sobre sus emociones y las manifieste más violentamente.

En nuestra obra *El Placer y el Dolor* hemos hecho presente que son dos los factores determinantes de toda emoción: el factor intelectual y el factor biológico. En la mujer el segundo factor predomina sobre el primero: es más *emotivo-instintiva*; en el hombre predomina, en cambio, el factor intelectual: es más *emotivo-intelectual*. R. Senet dice que el hombre es afectivo-intelectual y su emotividad es más inestable; la mujer es afectivo-sexual y de emotividad más estable. Podemos decir, en otras palabras, que en el sexo femenino impera mayormente que en el hombre la actitud para sentir las impresiones agradables y desagradables y el acto concreto en el cual esta aptitud se manifiesta.

Los estados emotivos, si bien son en ellas más violentos, tienen, en cambio, menor *duración*; porque nadie puede sentir, por ejemplo, intensamente la tristeza sin que le sobrevenga un desequilibrio nervioso; esta breve duración es una válvula de escape de un posible trastorno psíquico. Esta corta duración entrafia a su vez la necesidad de buscar otros estados emotivos, la variedad, la sucesión de ellos al punto de excluirse recíprocamente. De esto proviene la variabilidad y la versatilidad de su carácter, a menudo inexplicable; sus caprichos, los cuales consisten en un pasaje precipitado de una emoción a otra enteramente opuesta. Los estados afectivos más disparatados se suceden en ella con rapidez, de suerte que no es raro verla reír y llorar muchas veces a los pocos instantes. Esta *flexibilidad* de la aptitud afectiva femenina y su necesidad mayor de emociones ha sido la causa de que muchos autores hayan considerado a la mujer más voluble que al hombre. Petrarca dice:

*Femmina é cosa movil per natura;  
Ed io ben so che l'amoroso stato  
In cor di donna picciol tempo dura.*

Shakespeare manifiesta: "Movable como la onda es el corazón de la mujer". Y Metastasio escribe:

*Un femminil pensiero  
Dell'aura é più leggiro! (1)*

La volubilidad femenina, si se observa con más detenición, se verá que en muchos hechos es sólo un fenómeno superficial y no profundo. Se refiere a las cosas accidentales y accesorias de su vida y no toca en el fondo de su psique, y se halla fuera de su función específica. Ella es, en efecto, por naturaleza más conservadora que el hombre, es el centro de la estabilidad de la especie, y con respecto a esto y a las tendencias que se refieren a su misión más esencial de madre y esposa, es más constante que el hombre. La variedad de la moda femenina, que se suele tomar como ejemplo para demostrar su volubilidad, más que demostrar esto indica que la mujer es más sugestionable, más fácil a la imitación, a la vanidad y a la pasividad. El no considerar la psique femenina en su conjunto y en relación con su función esencial es lo que conduce con frecuencia a los estudiosos a formular acerca de la afectividad y el carácter femeninos juicios contradictorios.

Los sentimientos predominantes en uno y otro sexo son igualmente distintos. En la mujer, como consecuencia de su destino orgánico, dominan los sentimientos tiernos, el amor en sus distintas gradaciones: maternal, filial, amor hacia los débiles, a los enfermos, desgraciados, etc. Los estados afectivos femeninos tienden hacia lo concreto, lo particular; los del hombre, hacia lo abstracto, lo general, a los ideales superiores. Los sentimientos intelectuales y estéticos tienen menos importancia en la primera que en el segundo. Ella tiene mayor aprensión por el dolor, por los males físicos y morales; pero sabe soportarlos más fácilmente que el hombre.

Como la afectividad femenina tiende especialmente hacia las cosas concretas, singulares, determina que en sus acciones *morales se manifieste más activa* que especula-

---

(1) Una máxima oriental dice: "Contad con la constancia de una mujer como con el cielo sereno". Camoens afirma:

Nunca pongan los hombres su esperanza  
en el pecho femeníl que de natura  
solamente en variar tiene firmeza.

tiva. Generalmente, la mujer hace el bien que el hombre no hace más que proyectar. Este se ocupa de los males posibles o que están desparramados por el mundo, mientras que aquéllas consuelan a los desgraciados que los rodean. "Si las virtudes de la mujer —escribe Roussel— son menos brillantes que las de los hombres, tal vez son de utilidad más inmediata y más continua." La mujer tiene la moral del sentimiento; el hombre, de la razón. Su justicia no se basa sobre la idea de la ley o una norma ética, sino sobre sus sentimientos; por este motivo resulta injusta, se complace en hacer beneficios independientes de todo mérito. A la idea de la justicia ella contrapone la generosidad y el perdón y esto es muchas veces mejor que la justicia misma para regenerar los seres extraviados y mantener el orden social.

En la esfera *volitiva* la mujer es superior al término medio de los hombres. La perseverancia, la tenacidad y la elasticidad que constituyen la verdadera fuerza de la voluntad se encuentran más comúnmente en la mujer que en el hombre. Este despliega mayor energía en sus acciones, pero es más inconstante e irresoluto y se desanima con más frecuencia en los actos que requieren mucha perseverancia. La mujer en su voluntad es llevada más por el sentimiento que por principios racionales; la representación del fin entrafña inmediatamente en ella su afirmación y en su acción hay mayor unidad. El hombre antes de resolverse quiere tener presente las razones en pro o en contra de sus actos, de donde nacen sus indecisiones y la menor unidad en su voluntad.

Con respecto a la *personalidad* de cada sexo, se observa que en el hombre predomina más que en la mujer la *conciencia reflexiva*. El yo sujeto y el yo objeto están menos separados en ella. En la personalidad de la mujer entran como elementos preponderantes su sexo, su cuerpo y todo lo que directa o indirectamente se relaciona con éste. El sentimiento de su feminidad forma la esencia de su persona; los demás elementos giran alrededor de este sentimiento. Ella siempre pierde menos la conciencia de que es mujer que él que es hombre. En la mujer el sexo es todo, es lo absoluto; en el hombre es algo secundario, relativo,

es sólo sexual en relación con la mujer. La sexualidad en la primera consiste más bien en ser; en el segundo en hacer. Por esto dice Simmel que la mujer vive y siente su vida como un valor que descansa en sí mismo; en cambio, el hombre lo busca fuera de su vida. Ella es, en efecto, creadora por su sexualidad, mientras que el hombre lo es más bien por su espíritu. La mujer estima su cuerpo, su belleza y todo lo que pueda realzarle y darle valor: vestidos, adornos, etc. Su deseo es tener un cuerpo que cause atención y excitación al hombre; siente agrado al verse admirada, aunque muchas veces no va más allá de estos hechos. Aspira a sobresalir por su belleza más que por su poder y las cualidades mentales, peculiares del hombre. Si a veces ambiciona ser admirada por sus dotes intelectuales, lo hace siempre con el fin de que éstas puedan realzar mejor su persona.

El hombre es más dual, más impersonal que la mujer. Durante la actividad psíquica creadora la masculinidad desaparece más fácilmente en el hombre, que la feminidad en la mujer. A la mujer le repugna la autoobservación. Así se ha dicho que el hombre tiene dos yos; la mujer, uno sólo, y tiene la necesidad de un yo extraño para conocer el propio. Ella es incapaz, de por sí, de comprender el valor real de su personalidad. Esta ineptitud para conversar consigo misma, en desdoblar su propia naturaleza, explica la mayor parte de los méritos y defectos de la naturaleza femenina. Ella lee mejor en el yo de los demás que en el propio.

Observando en su conjunto los distintos caracteres psíquicos del hombre y de la mujer se nota que tienden a corregirse y a completarse mutuamente. Uno de los sexos, desde el punto de vista biológico, psíquico y social, es el necesario complemento del otro. La mujer no es, por tanto, ni superior ni inferior al hombre; es complementaria. Tratar de demostrar que la mujer es inferior al hombre es lo mismo que tratar de averiguar si el polo negativo de la electricidad es superior o inferior al positivo: ambos son necesarios para producir la luz.

### III. LOS PRINCIPALES CARACTERES PSÍQUICOS QUE DISTINGUEN EL AMOR DEL HOMBRE DEL AMOR DE LA MUJER

A causa de sus diferentes caracteres psíquicos, el hombre no ama de la misma manera que la mujer y en cada sexo el amor se despierta bajo la influencia de distintos estímulos.

La sexualidad en la mujer es más excitable, es más *extensa*, abarca una esfera más amplia que en el hombre; en éste, en cambio, es más *intensa*, más fuerte. No se debe confundir la amplitud del instinto sexual con su intensidad, porque son cualidades muy diferentes. Núñez de Coria había observado desde hace tiempo este hecho al decir que el apetito sexual en la mujer es mayor *extensivamente*, y en los varones *intensivamente*; en éstos el apetito se acaba presto, si bien con mayor furia y encendimiento; y en aquéllas dura la delectación más tiempo.

Como el instinto sexual es en la mujer menos intenso, menos imperativo, resulta que obedece menos que el hombre al impulso puramente genésico. El elemento psíquico es, en general, más importante en aquélla que en éste. En el amor del hombre predomina más la necesidad fisiológica que el amor de la mujer, porque está impulsado, en gran parte, por la necesidad de la eyaculación; que falta en la mujer, aunque la secreción de las glándulas de Bartolini tienen cierta analogía con la eyaculación masculina. En el amor de la mujer dominan más los elementos afectivos que los físicos. Hay mujeres que son del todo indiferentes al acto carnal y no por esto dejan de ser muy coquetas y tentadoras y de sentir la necesidad del amor y del cariño del hombre. Eloísa escribe a Abelardo: "Bien sabes que, aun en el tiempo que nuestros amores podían ser menos puros, jamás amé en ti la carne". Y P. Mantegazza dice: "El hombre en el amor es más bestia que ángel; la mujer es más ángel que bestia".

En la mujer existe una *íntima conexión* entre el amor y el deseo sexual, mientras que en el hombre pueden obrar éstos separadamente. La mujer, por lo común, no desea el abrazo genésico con un hombre si al mismo tiempo no lo ama y lo estima. "Una mujer —observa Forel— que ama

a un hombre y no a otro es susceptible del apetito sexual y de las sensaciones voluptuosas más intensas cuando ella cohabita con el primero, mientras permanece, en la mayor parte de los casos, si no siempre, absolutamente fría a los abrazos más apasionados del segundo." La separación entre el amor y el instinto sexual resulta en el sexo masculino un fenómeno muy común, mientras que en el sexo femenino es excepcional, sin negar por esto que hay muchas mujeres cuyo erotismo obra independientemente del amor.

En la mujer, el deseo sexual se despierta después que ama al hombre: no conoce las exigencias del deseo sino amando. En el hombre, por el contrario, el deseo de poseer a la mujer se despierta mucho antes que el amor. Poseer antes de gozar es propio de la primera; gozar antes de poseer es característico del segundo. Mientras que el hombre ama la mujer primero como esposa, luego como madre de sus hijos, la mujer ama primero al padre de sus hijos y después al marido. Dice E. Key: "El amor, las más de las veces, nace en el alma de la mujer y luego pasa a los sentidos; algunas veces no llega tampoco; en el hombre, el amor nace de los sentidos para ir al alma, y no siempre llega; he aquí la más dolorosa diferencia entre el hombre y la mujer".

La mujer, para ser realmente feliz, tiene que sentir un cierto respeto, una cierta veneración al hombre que ama; debe ver realizado en él un ideal cualquiera sea material, intelectual o moral. Y si la mujer se enamora de un hombre despreciable es porque ella no lo juzga como tal. Un hombre, en cambio, puede maltratar a su mujer sin que por esto disminuya su atracción hacia ella. A causa de esta íntima relación que existe en la mujer entre el amor y la estimación, es como se explica que ella sea atraída por los hombres que sobresalen en la sociedad, que ocupan puestos elevados, lo que no sucede, en general, entre los hombres con respecto a las mujeres. Esta estimación hace también al amor femenino más tenaz, duradero, racional y monógamo que el amor masculino. Manifiesta Gina Lombroso: "El hombre que es tan racional en sus relaciones sociales, no concibe siquiera que la razón pueda influenciar sobre el amor. La mujer, tan irracional en las cosas cotidianas,

no comprende cómo el amor y la razón pueden ir separados: en la mujer el amor es un *sentimiento racional*, porque prevalece la razón, la estimación, la admiración que constituyen elementos descuidados por el amor masculino”.

La mujer cuando ama lo hace con todo el abandono de su ser, de sus cosas más predilectas y tiende a confundir su persona con la del ser querido, a aceptar sin inconveniente su espíritu, sus ideas, su apellido. El hombre es menos capaz de este abandono de sí mismo. Mientras en éste el amor es una tendencia atractiva, una conquista, donde su personalidad se afirma y se engrandece, en aquélla es una tendencia expansiva, una dedicación, una entrega en la que su persona se anonada, se aniquila. El varón en el amor aspira a dominar, a poseer; la mujer anhela, gusta de ser poseída y dominada. “El amor para el hombre —nota Paola Lombroso— es goce de los sentidos, orgullo de posesión, afirmación de la propia personalidad; en la mujer está hecho de ternura, de dulzura, de deseo de humillarse y de confundirse, de convertirse en cosa del amante: es un mismo sentimiento que dicta a uno la soberbia; a la otra, la humildad.”

El sexo masculino y el femenino en el amor reaccionan igualmente de muy distinta forma. Como ambos tienen diferente polaridad deben ser también diferentes los efectos que ellos experimentan. Desde el punto de vista de la ley de la polaridad, los órganos sexuales masculinos son positivos, activos, en relación con los órganos genitales de la mujer, que son negativos; porque el hombre es el que proporciona el germen, la semilla, y la mujer es la que lo recibe, lo alimenta, lo elabora y desarrolla. Por el contrario, el cerebro del hombre es negativo con respecto al cerebro de la mujer, que es positivo; porque es ésta quien ofrece la semilla, que fecunda, inspira, excita el cerebro del hombre y lo impele a la actividad y a la creación intelectual.

Esta distinta polaridad es la causa de que el hombre, en presencia de la mujer que ama o codicia, sienta como paralizadas sus facultades intelectuales, la mente entorpecida, ofuscada, sus pensamientos incoherentes, su voluntad débil y tímida. Al revés, la mujer cuando ama y se siente amada experimenta mayor claridad mental, mayor des-



envoltura en sus juicios y mayor habilidad en sus actos. En sus rostros se puede observar la misma diferencia: el hombre, bajo el fuego del deseo, enloquece; la mujer, en cambio, palidece. Los labios del primero son abrasadores, los de la segunda están helados. Esto es debido a que en la mujer la corriente afectiva amorosa se dirige bruscamente del cerebro al útero, dejando en completa libertad al órgano del pensamiento; en el hombre, por el contrario, la energía erótica remonta bruscamente de los órganos genésicos al cerebro, originando una congestión que imposibilita la libre actividad mental.

Para la mujer el amor constituye la *primera* necesidad que impérea sobre todas las demás; ésta excluye todos los sentimientos y ambiciones. Amar y ser amada es el fin *esencial* de toda su vida. La mujer, sea hija, esposa, madre o amante lo es siempre por medio de los lazos de sus afectos que se unen en esta vida.

Su afectividad es para ella su universo, su hábito, sobre el cual juega toda su existencia. Por el contrario, la vida del hombre no se reduce sólo al amor; él tiene otras necesidades tan imperiosas como este último. El hombre, en efecto, además de ser esposo y padre, es obrero, agricultor, ciudadano, industrial, artista, hombre de ciencia o jefe de Estado. El puede vivir feliz o, por lo menos, creer serlo sin la pasión amorosa que le llene o domine; tiene otras muchas cosas donde puede desplegar sus energías, mientras que la mujer no tiene más que una sola. Dice bien madame de Stael: "El amor es la historia de la vida de las mujeres y un episodio en la de los hombres". El amor es la ambición de la mujer y en el hombre el sueño momentáneo de la ambición. El amor para ella es la vida misma; para él una parte de la vida, y si un amor infeliz hiere a éste, a aquélla puede costarle la vida o la felicidad en la vida. La felicidad de la mujer puede ser completa cuando se cree bella y se siente amada; la felicidad del hombre es cosa mucho más compleja en la que entran, además del amor, muchos otros elementos afectivos e intelectuales (1).

---

(1) Escribe Mme. de Stael: "La primera felicidad de la mujer es aquella de haber contraído matrimonio con un hombre que ella respeta y ama, que le es superior por el espíritu y por el carácter".

El amor, siendo para el sexo femenino el hecho más importante de su vida, determina que se ocupe continuamente del hombre, del novio, del casamiento, lo que no deriva, como creen algunos, de su mayor erotismo sexual.

La mujer en su amor es guiada igualmente por la necesidad de satisfacer su *instinto maternal*. Dicen C. Lombroso y G. Ferrero: "Es la necesidad de la maternidad la que empuja la mujer hacia el hombre: el amor femenino es una función subordinada a la maternidad". La naturaleza ha destinado a la mujer más al oficio de madre que de esposa: éste no es sino un medio para aquél. Por el contrario, el hombre está destinado a ser más marido que padre; él ha sido creado mucho más para ella que ella para él. La Foscarina, en el *Fuoco* de D'Annunzio, resume uno de los más esenciales ideales femeninos cuando grita a Stelio: "Un hijo de ti". Esto es el grito supremo de amor, el más elevado deseo de la mujer, tener un hijo de aquél que ama. La mujer no resulta, en efecto, humana sino cuando es madre.

El *amor materno* es el amor femenino por excelencia. En la mujer, como en casi todas las hembras de los animales, la madre prevalece sobre la esposa; la necesidad de la especie prepondera sobre la necesidad individual; ella, es, en otras palabras, más esclava de sus instintos que el hombre. El sentimiento maternal mismo perdura inalterablemente mucho más tiempo que el amor al esposo. Se ven mujeres llorar, después de veinte años, al recuerdo de un hijo fallecido; en cambio, pocas veces después de un año, al recuerdo de la muerte del marido. Por estos hechos es erróneo afirmar, como hace A. Comte, "que la vocación maternal es sólo secundaria y que la mujer es ante todo esposa". La mujer, una vez madre, es llevada más hacia sus hijos que hacia su marido, y en aquéllos encuentra el desarrollo de sus ulteriores esperanzas. Este amor maternal sigue el mismo proceso evolutivo, repitiendo casi las mismas fases que el amor a través del desarrollo individual, pasando por la época romántica, cuando florece en el niño todavía la inocencia, a la fase imaginativa, en la época de la adolescencia y de la juventud, para adquirir la forma tranquila y positiva, en la época de la madurez.

El amor femenino, siendo ante todo una necesidad de la maternidad, no alcanza su satisfacción completa sino con el advenimiento de la prole. Pues, como observa bien S. Venturi, la falta de hijos determina para la mujer dos graves consecuencias: primero la prolongación de las relaciones sexuales agudas con el marido, la ampliación más allá del período biológico preparatorio y no útil del amor; segundo, el amor que para ella no ha producido ningún resultado, que ha sido un pasatiempo sin fruto, termina por dejarla fría e indiferente, llegando al punto de extinguirse los deseos fisiológicos y psicológicos de la maternidad y todas esas tendencias expansivas que esos deseos llevan consigo. El egoísmo hace entonces camino en su alma y la predispone a una prematura vejez corporal y espiritual.

Dominando en la mujer el amor y el instinto maternal, se tiene, como consecuencia, que la mujer que no es esposa o madre es una *mujer incompleta* y detenida en su evolución. Y, en verdad, es triste observar a una mujer que ha llegado a los cuarenta años sin las alegrías del amor. En ella la dulzura, el buen humor, la expansión, las tendencias altruistas se ven substituídas por otros sentimientos y tendencias opuestas. El hombre que no ha tenido familia igualmente, aunque haya vivido una vida intensa y múltiple, no habrá vivido más que la *mitad*. Porque mediante la familia el hombre alcanza una de las cosas más importantes de su vida, el deseo innato en él de una existencia más allá de la suya, que la encuentra en los hijos, en los cuales él vive entero y a los cuales les proporciona su nombre y el fruto de su trabajo. Además, el hombre casado parece más seguro en sus acciones. La conciencia de tener que cumplir un ineludible deber engendra la imperturbable conciencia de sus derechos y el ser el primero entre los suyos, y al sentirse protector de dulces y débiles criaturas experimenta una fuerza, una audacia, una constancia en sus propósitos y en sus actos que los otros no saben dónde hallar. A su vez, el amor recíproco entre los esposos fortalece la virtud del hombre, como multiplica las virtudes de la mujer. La mujer que se siente amada y ama, sabe resistir a los ataques de un libertino; la mujer indiferente no tiene siempre la fuerza para esto. El hombre, en pre-

sencia del hermoso espectáculo de la mujer absorta en el cuidado de los niños inocentes, siente un vigor, un consuelo y una ternura que lo llevan necesariamente hacia el bien. Ariosto sentencia:

... Senza mogli a lato  
Non puote in bondade esser perfetto.

La mujer y los niños son una escuela perpetua de humanidad, y los solteros son más crueles, más austeros, más duros, porque alrededor de ellos tienen menos ocasiones, menos objetos, en que puedan manifestarse y ejercitarse las tendencias altruistas de su alma, sus sentimientos de ternura.

El amor de la mujer se distingue asimismo del amor del hombre, porque en ella *el deseo de amar es más intenso que el deseo de ser amada*; mientras que en el hombre la necesidad sexual es más intensa que en la mujer. Nada hay más placentero para la mujer que sentirse útil a quien ama. El amor para ella es *sacrificio, admiración, altruismo* en cuanto el elemento físico de su amor ocupa un puesto subordinado al lado del elemento psíquico. Esto nos da la razón del por qué la mujer ama más al recién nacido que al adulto, al enfermo y al desgraciado que al hombre sano y feliz. Por el contrario, en el hombre el deseo de ser amado y servido es más intenso que el de amar y de servir. "El hombre —escribe Gina Lombroso—, que es capaz de tan generosos sacrificios en la vida social, es de un egoísmo feroz en su amor."

El altruismo en el amor de la mujer se observa en la tendencia en ella inherente de confundir su propia persona con la del ser que ama. Eloísa dice a Abelardo: "Yo pensaba, tú lo sabes, satisfacer, no mi voluntad ni mis deseos, sino los tuyos". En la mujer, hasta la más intelectual, la ambición de amar y ser amada se ha manifestado siempre más intenso que la ambición de la gloria y del poder: La Kovalska, que en su juventud no se preocupó mayormente del amor, no dejó, sin embargo, de sentirlo intensamente cuando llegó a la edad madura. El día en que le fué acordado el premio de la Academia de Ciencias, escri-

be a uno de sus amigos: "Yo recibo de todas partes cartas de felicitaciones, y, por una extraña ironía de la suerte, nunca me he sentido tan infeliz". La causa de este descontento se manifiesta en las palabras dirigidas a su mejor amigo: "¿Por qué, por qué no me puede querer a mí nadie? —dice ella—. ¡Yo, que podría dar lo que no pueden dar otras, y, sin embargo, las mujeres más insignificantes son amadas y yo no!"

El amor de la mujer está compuesto de otros elementos, como la *necesidad* de *protección* y de *apoyo* de parte del hombre. Ella, como ser más débil que el varón, tiende a buscar su ayuda y en ésta se basa en parte su orgullo y su felicidad. La mujer sufre más muchas veces por la indiferencia del hombre que por su autoridad y despotismo. "El amor —manifiesta *Jorge Sand*— es una esclavitud voluntaria a la cual la mujer aspira por naturaleza." La mujer es siempre más feliz cuando su esposo es un hombre enérgico, de carácter, que le exige sacrificios justificables, más que cuando es hombre afeminado, débil, incapaz de dirigirla y de aspirar a nada. Esta necesidad de protección lleva con frecuencia a la mujer a simular un amor que no siente; llora y finge estar enferma para llamar sobre sí la atención y la benevolencia de los demás. Una de las malicias más conocidas y vulgares de la mujer, cuando no sabe cómo salir de una situación escabrosa, consiste en simular un desvanecimiento. En las histéricas, esta necesidad de protección natural se hace morbosa y sugiere los más extraños y los más culpables artificios. Despiertan en el hombre los más generosos sentimientos las manifestaciones de la debilidad femenina y la invocación de su generosidad.

La *humildad* frente al objeto amado, su adoración, es más frecuente en el sexo femenino que en el masculino. Los Goncourt manifiestan, al hablar del amor de De la Espinasse, lo siguiente: "El carácter de su amor es la absoluta sujeción. Ella se humilla a cada paso delante de De Guibert". El hombre también se humilla ante la mujer, pero lo hace más bien al pedirle su amor, que una vez satisfecho tal sentimiento desaparece.

Las armas de que la mujer se vale para conquistar al

hombre son distintas de las que éste emplea para seducir a aquélla.

En la seducción, la mujer ejerce una función *atractiva*, pero no impulsiva; ella no busca, pero *fascina*; es *tentadora*, no conquistadora. El hombre ama y conquista; la mujer ama y cede. A él le corresponde el imperio de la voluntad; a ella, la de fragilidad. La mujer cede, en general, después de un cortejo en plena regla, porque ella tiene la necesidad instintiva de ser convencida. El hombre es emprendedor, decisivo; la mujer, titubeante, reservada. Aquél es más activo que pasivo, más acción que función.

Preguntado un cierto día a una mujer de talento en qué consistía el amor contestó: "Consiste, para el hombre, en estar inquieto; para la mujer, en existir". El hombre seduce mostrando y exagerando sus cualidades protectoras, viriles, y la mujer, sus disposiciones para el amor, a la docilidad, al afecto a la familia.

La mujer para despertar el amor en el hombre tiene dos cualidades psíquicas que, aunque opuestas, obran con igual eficacia, y son: la *coquetería* y el *pudor*. La coquetería hace nacer deseos, esperanzas que el pudor rechaza; la una empeña el combate, que el otro trata de hacer durar, para que la victoria sea más dulce y la derrota más honorífica.

Las cualidades que despiertan el amor en cada sexo son también diferentes. El amor del hombre es suscitado especialmente por la belleza de la mujer, la belleza de su cuerpo, de su cara, de sus formas, de su piel, de su voz, de sus ojos y de los demás caracteres femeninos secundarios. Lo enfermizo, lo envejecido, lo malsano, los defectos físicos, lo que carece de todo atractivo estético, producen en él efectos repulsivos. La inteligencia de la mujer y sus cualidades morales no ejercen en el hombre tanta fuerza seductora como su belleza; excitan su estimación, su admiración, pero no siempre su amor. En la mujer joven —dice Goethe— amamos su belleza, su juventud; lo que hay en ella de provocativo, lo que hay en ella de confiado, su carácter, sus defectos, sus caprichos. Pero no amamos su entendimiento. Estimamos un entendimiento brillante, y una muchacha que lo posee puede ganar mucho valor a

nuestros ojos. También puede servir el entendimiento para encadenarnos una vez que amamos; pero no es él quien nos inflama y despierta en nosotros la pasión. La mujer es, en cambio, atraída por la fuerza, la inteligencia, el carácter, la habilidad, la salud, la riqueza, las cualidades morales del hombre, más que por su belleza.

La belleza que suscita el amor del hombre es muy relativa y depende del ideal de cada persona; varía según la clase de amor que ellos sienten y aspiran a realizar. Por ejemplo, para un hombre inferior, que sólo tiende a satisfacer su instinto físico, es hermosa una mujer de talle alto, vigorosa, de encendidos colores, de formas corpulentas. Por el contrario, los que aman de verdad estiman sin valor alguno la belleza física si no va unida a la belleza del alma. La bondad, la castidad, la honestidad, la fidelidad, para ellos son valores que pueden hasta hacerles olvidar algunas imperfecciones físicas. La belleza para ser perfecta debe ser tanto física como intelectual. Y la verdadera hermosura es la del alma, porque es difícil que el cuerpo se conserve por mucho tiempo sano y bello si el alma se halla extraviada moralmente. Los griegos ya habían observado que la vida virtuosa es la vida bella y buena. Y cada vez la ciencia va comprobando que la enfermedad y la fealdad son el resultado de la desobediencia a las leyes naturales en el vivir y en el pensar.

#### BIBLIOGRAFIA

- BEBEL, A.—*La mujer*. Buenos Aires, 1919.  
BORELY, M.—*Le genie féminin français*. París, 1917.  
CAMPIONE, F.—*Dalla femminità alla donna*. Torino, 1925.  
CATALINA, S.—*La mujer*. Buenos Aires, 1906.  
FOREL, A.—*La questione sessuale*. Torino, 1907.  
FOUILLÉE, A.—*Temperamento y carácter*. Madrid, 1901.  
GAMBAROTTA, G.—*Inchiesta sulla donna*. Torino, 1900.  
HELLIS, H.—*L'uomo e la donna*. Palermo, 1914.  
HERCZEGHY, M.—*La femme*. París, 1864.  
HEYMANS, G.—*Psychologie des femmes*. París, 1925.  
KANT, M.—*Lo bello y lo sublime*. Madrid, 1919.  
LEGOUVE, M. E.—*Historia moral de la mujer*. Madrid, 1860.  
LOMBROSO, C. y FERRERO, G.—*La donna delinquente, la prostituta e la donna normale*. Torino, 1903.

- LOMBROSO, G.—*L'anima della donna*. Bologna, 1921.
- LOMBROSO, P.—*Caratteri della femminità*. Torino, 1909.
- LUSANNA, F.—*Fisiologia della donna*. Padova, 1874.
- MANTEGAZZA, P.—*Fisiologia della donna*. Milano, 1893.
- *Gli amori degli uomini*. Milano, 1910.
- MICELI, V.—*La personalita nella filosofia del diritto*. Milano, 1922.
- NOVICOW.—*Le emancipación de la mujer*. Buenos Aires.
- PELADAN, S.—*Comment on devient feé*. París, 1892.
- PROUDHON, P.—*La mujer*. Valencia.
- ROMERO, FR.—*La caracterología*. Buenos Aires, 1927.
- ROUSSEL, M.—*Sistema físico y moral de la mujer*. París, 1825.
- SENET, R.—*¿Es superior el hombre a la mujer?* Buenos Aires, 1912.
- *El amor en el hombre y la mujer*. *La Prensa*, 5 abril 1925.
- SERGI, G.—*Per l'educacione del carattere*. Milano, 1893.
- SIGHELE, S.—*La donna e l'amore*. Milano, 1913.
- SIMON, S. y G.—*La femme vengtieme siecle*. París, 1892.
- STUART MILL, J.—*Lassujettissement des femmes*. París, 1869.
- THULÉE, H.—*La femme*. París, 1885.
- VIAZZI, P.—*Psicologia dei sessi*. Torino, 1904.
- *La lotta di sesso*. Palermo, 1900.
- VIGNOLI, T.—*Peregrinazioni psicologiche*. Milano, 1895.
- VIREY, J. J.—*La mujer*. Madrid, 1881.
- WEININGER, O.—*Sesso e carattere*. Torino, 1912.



---

---

## CAPITULO X

### Psicología del amor de la juventud

SUMARIO: I. Fases de la evolución del amor.—II. El amor y la sexualidad viven separados en el joven.—III. Caracteres del amor en la edad juvenil.—IV. El amor del joven es un medio de expresión y de desarrollo de su personalidad.—V. Diferencias entre el amor de la juventud y el de la edad madura.

#### I. FASES DE LA EVOLUCIÓN DEL AMOR

El amor humano cambia con la evolución individual. Se despierta con la pubertad y va adquiriendo diversos caracteres a través del desarrollo psíquico de la personalidad. El instinto sexual y el amor antes de ser tendencias bien definidas pasan por un período de vaguedad, de indiferenciación, como todos los demás fenómenos del universo.

El niño, antes de la madurez sexual, sólo existe para sí; no es, propiamente hablando, ningún sexo, no pertenece sino a la actualidad. Lo demuestra su carácter egoísta, su ausencia de sentimientos altruistas, sus preferencias afectivas, dictadas casi siempre por el instinto de conservación. Busca la compañía de otras personas únicamente por necesidad. Muestra a sus padres, maestros y domésticos una forma de cariño interesado; se siente unido a ellos sólo por la protección y auxilio que recibe. Es muy difícil que llegue a comprender las alegrías y tristezas de los demás, y raras veces siente el amor desinteresado. Los sentimientos se manifiestan en él a la manera de los actos reflejos. El placer y dolor son efectos inmediatos de los estímulos externos. Se asocia a los otros niños, no por simpatía, sino para jugar con ellos, para protegerse y apro-

vechase mutuamente, sin mirar el daño que puede causar a sus coetáneos, a los animales o a las cosas materiales.

De lo que acabamos de manifestar existen, sin duda, excepciones, diferencias individuales, y pueden observarse casos de niños dotados de sentimientos generosos que se traducen bajo la forma de simples homenajes y de actos infantiles desinteresados.

Sostiene Freud, en contra de la opinión generalmente admitida, que el instinto sexual se manifiesta mucho antes de la pubertad; es decir, desde el nacimiento del niño. La sexualidad, antes de definirse y establecerse definitivamente durante la pubertad, antes de localizarse en el aparato genital, pasa, según este psiquiatra, por tres fases: primera, la *pregenital*, que se manifiesta por un autoerotismo y heterotismo inconsciente; segunda, la de *latencia* o de *silencio*; tercera, la *prepuberal*, no bien delineada y definida.

Para este autor, la niñez, cuyo impulso sexual es indeterminado, busca satisfacciones placenteras sexuales en el pecho de la madre, en la zona oral y anal y en las demás partes del cuerpo llamadas erógenas. El chupeteo y el acto de defecación son actos de autoerotismo. El carácter de la vida sexual infantil es encontrar su objeto en el propio cuerpo (autoerotismo). Sus instintos parciales permanecen aislados y cada uno tiende independientemente a la obtención del placer. Sólo al llegar a la pubertad el niño está formado para la vida sexual normal y la consecución del placer entra al servicio de la función reproductora.

Si bien se conocen numerosos casos de precocidad sexual en la infancia, este hecho entra, sin embargo, en el terreno de la patología y no de la psicología y fisiología normal; son excepciones, y no la regla general.

La teoría sexual infantil de Freud es inaceptable en su base fundamental por las razones siguientes: El reduce todos los sentimientos más extraños y de distinto origen a sentimientos puramente sexuales, reducción que es del todo absurda. Verdad es que algunos actos que realiza el niño para obtener placer entran más tarde en relación con la sexualidad; pero no podemos atribuirle al niño, con los órganos sexuales no maduros, tendencias, sensa-

ciones, que sólo se manifiestan con la pubertad y la especificación de los órganos sexuales. Hacer esto es lo mismo que pensar que una oruga puede chupar el néctar de las flores con la trompa que tendrá más tarde la futura mariposa. El acto de mamar, que él supone que va acompañado de un placer obscuro, es un acto instintivo, automático, que existe hasta en los anecéfalos. Los actos de micción y defecación son del todo reflejos que acontecen en muchos casos sin conciencia. Aun supuesto que el niño siente placer por estos actos, serán más bien placeres orgánicos, táctiles, gustativos, digestivos, térmicos, pero no sexuales; lo atestigua su mismo origen.

Las interpretaciones erróneas de Freud de los actos orgánicos del niño se deben principalmente a la suposición de que la sexualidad, antes de estar localizada en un aparato especial sexual, se halla difundida en todas las células y que, por lo tanto, todas las partes del cuerpo poseen un carácter sexual.

Si esto puede ser verdad en cierto período de la evolución anterior al nacimiento, no lo es después, cuando los órganos y funciones están ya preformados, y si lo fuera, se podría decir también, basándose sobre el mismo principio, que toda célula vital y partes del organismo tienen un fin nutritivo, sensorial, motor, etc., en cuanto estas funciones, durante cierto período de la evolución tampoco están localizadas en órganos especiales.

No se le puede negar a Freud el mérito de haber observado las diversas manifestaciones de placer de la niñez y de la infancia; pero él cae en un gran error al querer ver placeres sexuales en las satisfacciones del instinto de nutrición, instinto preponderante en esta época de la vida.

El instinto sexual y el amor van preparándose mucho tiempo antes de la pubertad. Ambos tienen una larga historia. La edad prepuberal pasa por un estado sexual embrionario, en cuanto los órganos genitales no están plenamente desarrollados y no se atribuye a ellos ningún valor. No obstante, en este período pueden observarse modificaciones en el alma del niño. Las niñas principian a tener cierto cuidado en su vestir, en sus adornos; tratan de hacerse agradables, demuestran celos particulares y

especiales inclinaciones hacia ciertos niños; juegan horas enteras con su muñeca, etc. A los niños les gusta vanagloriarse de su fuerza, ejercerla delante de las niñas, protegerlas en caso de necesidad; tratan de atraer sobre sí su atracción y de ser corteses y gentiles con ellas.

En los casos normales, el apetito sexual nace con la pubertad y éste no exige una inmediata satisfacción, porque en los niños normales el erotismo es muy débil.

Una vez aparecido el instinto genital, éste se manifiesta primero con el examen del propio cuerpo y el de sus compañeros (narcisismo). La función sexual se inicia generalmente con el autoerotismo, con el onanismo espontáneo o aprendido. En el preludio de la pubertad, en ese tiempo en que faltan aún las condiciones orgánicas y sociales para la unión completa sexual, la masturbación es conceptuada por algunos autores como fisiológica, como un medio para la maduración completa de los órganos destinados a la procreación. Lo que se sabe es que los órganos genésicos excitados por una imaginación lasciva dejan recuerdos en muchos casos obsesivos, con tendencia a repetirse, como igualmente las consecuencias morbosas que determinan en ambos sexos. Los jóvenes, bajo la influencia de este vicio, se hacen misántropos, más excitables, torpes y menos alegres. Existe en ellos una depresión de todas sus funciones cerebrales, como la memoria, el juicio y la voluntad, y del entusiasmo propio de la edad. En su rostro se observa un poco de palidez, ojeras y un tinte de melancolía.

El peligro de este período de autoerotismo suele ser a veces muy grande, porque pueden suceder desviaciones aparentes del instinto, bajo la influencia de hechos exteriores ocasionales. Pueden nacer amores ardientes de naturaleza puramente afectiva, como con matices de homosexualidad, anomalía esta última pasajera que es casi siempre repudiada por el sujeto al alcanzar su madurez psico-sexual.

El onanismo es efecto, por lo general, de la ignorancia de sus males por parte de los adolescentes. Por este motivo, un consejo, una ilustración de sus daños, oportunos por parte del educador, del médico, de los padres o del

sacerdote, suele ser un gran remedio para hacer desaparecer este vicio.

La tendencia al otro sexo se forma una vez pasado este período de autoerotismo. Los jóvenes son llevados a unirse al principio con la mujer por la curiosidad, por la ambición de probar su virilidad, por la tentación o seducción por parte de los mayores, por el prejuicio fisiológico, muy divulgado hasta entre las personas de autoridad, de que el apetito sexual es como el hambre, que cuando se hace sentir hay que satisfacerlo.

Las muchachas, en medio de las excitaciones eróticas múltiples de la vida moderna, se inician en la vida sexual, unas veces asumiendo una ingenua condescendencia frente a la presión del varón. Otras veces son impulsadas por la curiosidad, la vanidad, la coquetería, el afán de lujo, la miseria, el contagio de las circunstancias, los malos consejos de otras mujeres, si el pudor o la moral no son en ellas suficientemente fuertes para evitar esto.

La pubertad se caracteriza, según Freud: 1.º Por la *subordinación* de todas las diversas posibilidades de excitación sexual bajo el primato de la zona genital. 2.º Por la *elección* del objeto. Mientras que el instinto sexual había sido hasta entonces predominantemente autoerótico, buscando cada uno de los instintos cierto placer como fin sexual exclusivo, sin tener en cuenta los demás, sucede ahora que todas las tendencias quedan ligadas a una persona. 3.º Por la *antítesis* entre el amor y la sexualidad.

Los dos primeros de estos caracteres son consecuencia de la teoría sexual infantil de Freud. El tercero había sido determinado mucho antes que este psiquiatra por otros autores, entre ellos Pablo Mantegazza.

En el joven, salvo raras excepciones, el instinto sexual y el amor se hallan separados; el objeto de uno es distinto del otro. Únicamente más tarde, durante la edad madura, se llega a establecer una armonía entre ellos, y la sexualidad va unida al cariño y los sentimientos nobles y sociales. La separación del instinto sexual del amor, si perdura más allá de la juventud, es signo de un desarrollo intelectual y moral incompleto.

## II. EL AMOR Y LA SEXUALIDAD VIVEN SEPARADOS EN EL JOVEN

Es propio del joven sentir el amor independientemente del instinto sexual. Es capaz de amar a una jovencita inocente y pura y al mismo tiempo tener comercio sexual con mujeres de mayor edad corrompidas o de mala vida.

La función sexual durante esta época de la evolución no coincide con el amor, sino que siguen ambas direcciones distintas. Estas dos tendencias en el joven son *ambivalentes*, es decir, se oponen entre sí, forman una dualidad, una antítesis, cuya armonía, unidad, sólo se alcanza más tarde, al llegar a la edad madura.

La afectividad del joven, siendo muy viva, hace que experimente con excesiva fuerza los sentimientos más opuestos, como el cariño y el deseo genital, y esto determina a su vez que su reconciliación sea más difícil.

El impulso sexual vive en él demasiado aislado para que pueda ser dirigido por nobles afectos y sea menos bestial. Y al no conexionarse con las tendencias morales y sociales superiores es como se muestra en él este impulso, con toda su desnudez y brutalidad, y es llevado, sin inconveniente, a satisfacerlo con mujeres de las más bajas condiciones.

La esencia de la sexualidad la constituye una necesidad orgánica; es una tendencia al placer parcial, y cuando el joven es llevado a buscar a una mujer para gozar con ella, desde que obra aislado de todo sentimiento superior, considera a ésta como objeto de placer y, a su vez, de desprecio, porque más o menos se da cuenta que no es posible tener con ella un amor elevado. En otras palabras, el joven satisface su instinto sexual de la misma manera que satisface su necesidad de comer o de beber o cualquier otra función orgánica. Muchos de ellos, no conociendo más que el amor libertino o comprado, llegan a ser incapaces de sentir el amor elevado, y esto hace, además, que sus juicios sobre la mujer sean exagerados. Y aunque más tarde conozcan el verdadero amor, no cambian de opinión, porque las primeras impresiones son las más perdurables.

El joven, por otro lado, idealiza el objeto de su amor. El ser querido posee los más altos valores de la vida, es divino, inmaculado y perfecto. Esta idealización, esta estimación, no se basa, en el fondo, en lo sexual, sino en los ideales de pureza, en normas morales y en el sentimiento maternal. La tendencia sexual, por intensa que sea, aparece para el amante como una profanación de este ideal, una mancha sobre la pureza del sentimiento amoroso. La esencia del amor se halla, en efecto, en la unión duradera de las almas. Y la mujer idealizada se encuentra demasiado elevada para poder acercarse a ella con deseos libidinosos. Sólo puede permitirse con ella, como con las mujeres de tipo maternal, sentimientos de adoración y de ternura.

Esta oposición entre el instinto y el sentimiento es semejante a la oposición entre la tendencia de poseer o de atraer y la tendencia de dar o de ofrecerse, propia del amor integral, según hemos visto más atrás, con la única diferencia que en el joven éstas obran independientemente, mientras que en el hombre maduro actúan en recíproca armonía.

Acerca de la separación de la necesidad sexual del amor, hay que hacer presente que es más común en el varón que en la adolescente. Porque el alma del primero está más especializada, más dividida y, por tanto, hace que sea más fácil el aislamiento de las dos clases de amor. Tiene, por así decir, dos almas, y así es como puede estar unido por el amor sexual a una Mesalina, y estar unido a una Heloísa por el amor ideal. La psique de la mujer, es, en cambio, más unitaria, está menos subdividida, lo que determina que tal separación sea menos común. Ella cuando ama, lo hace con abandono completo de sus facultades, lo hace con todo su cuerpo y su alma, y raras veces su impulso sexual va exento de cariño. Por este motivo el adulterio de la mujer es más completo y más culpable que el del hombre.

La sexualidad lleva al joven al placer, a un desordenado impulso de gozo material y es origen de la degradación de todo lo que hay de noble en el alma.

El amor impele hacia los afectos tiernos, al cariño, a los sentimientos altruistas y sociales. El es la causa de

esos transportes ideales, de esos vivos entusiasmos por las cosas grandes y generosas y de la producción intelectual, del coraje y de la exaltación de su personalidad.

La separación entre el amor físico y el amor espiritual no es general entre los jóvenes, porque hay muchos ejemplos de amores ideales juveniles acompañados de celos y de una tendencia de posesión de la persona amada, lo que es signo ya de una mutua compenetración del deseo carnal y la simpatía y la aspiración del uno al otro.

La alternativa, el pasaje de uno a otro amor se lleva a cabo en el joven con mucha facilidad; pero no siempre de una manera metódica y uniforme.

Se observa con respecto a esto, dos tipos bien distintos. Unos presentan una persistencia hacia las formas voluptuosas del amor; otros tienden precozmente hacia el amor afectuoso y moral. Los primeros son los que se adaptan de golpe a los ambientes de placeres y diversiones vulgares, a las exterioridades de la vida y a todas las vanidades del mundo elegante. Los segundos son los que desdeñan todo goce que no eleva el espíritu, los que les atrae la mujer por sus aspectos nobles, y si sienten el amor por ella, lo guardan en secreto o lo manifiestan tímidamente.

Podemos recordar, a propósito de estos dos tipos, que la pubertad modifica al niño de dos maneras distintas. Algunos de ellos bajo su influencia se hacen indóciles, rebeldes, coléricos, irritables, aventureros, atrevidos y violentos. Otros, en cambio, de alegres que eran se vuelven tristes, serios, silenciosos, retraídos; son llevados a leer libros, se interesan por la poesía, la novela, las cuestiones filosóficas y religiosas. Esto es muy común en las niñas.

El tipo superior llega con frecuencia a triunfar sobre la sexualidad después de varias caídas en ella, después de luchas internas, a veces violentas y dolorosas. La educación, el ambiente, las condiciones económicas, los ejemplos, según sean buenos o malos, influyen en favor o en contra de la idealización del amor.

Los escritores toman casi siempre como principal argumento de sus novelas el flujo y reflujo, el avance y el retroceso propio del amor de la juventud, que puede persistir muchas veces durante la edad viril. Este balance ter-



mina, naturalmente, o con la degradación del alma amante o con el triunfo del bien moral. En esta lucha vence lo más frecuentemente el amor superior; pero ellos se complacen en describir todas las peripecias que sufre el amor físico, las tragedias que origina el sensualismo, antes de relatar el amor sereno entre dos seres que sienten la mayor felicidad en sacrificarse el uno por el otro, basado en la mutua simpatía y la armonía de las almas.

Durante la edad juvenil estas dos clases de amores se perjudican recíprocamente, de modo que la persistencia de uno de ellos lleva a la supresión del otro.

La satisfacción sexual independiente de los afectos tiernos sofoca el amor ideal, detiene toda actividad creadora del espíritu y destruye todos los medios de transformar el instinto animal en sentimiento humano.

El predominio del amor espiritual evita a los jóvenes caer en el fango de los amores vulgares; hace que su inteligencia alcance a un más grande perfeccionamiento y los prepara para un amor más real y verdadero en el futuro.

### III. CARACTERES DEL AMOR EN LA EDAD JUVENIL

El amor en sus primeros albores se confunde con la simpatía y la amistad; ambos se valen del mismo lenguaje y se abandonan a los mismos ardores e ilusiones, siendo muy difícil establecer una línea divisoria entre ellos. Muchas veces la simpatía del adolescente o de la adolescente es una especie de amor, y su amor una forma de simpatía.

El amor en un principio se manifiesta como un sentimiento indefinido, una vaga necesidad de difusión del alma; amamos sin saber a quién. Esta primera fase del sentimiento lo llegamos a reconocer sólo más tarde, después que hemos experimentado amores profundos. En ciertas circunstancias se prefiere jugar, entre muchas, con una sola muchacha; se siente uno cómodo a su lado; se la busca con la vista por todas partes; en nuestro lecho soñamos con ella; al despertar, el primer deseo es preguntar por ella y el primer dolor su separación. Byron ha expresado claramente este primer estado amoroso diciendo que había amado antes de conocer el amor.

La necesidad de amar es tan imperiosa en los jóvenes de ambos sexos que si no tienen un objeto real donde objetivar su amor aman un personaje de una novela, de un drama, de una vista cinematográfica o una imagen forjada por su misma imaginación. El amor es, en efecto, un mago tan grande que crea su objeto, si le hace falta. Por esto se ha conceptualizado la juventud la edad del amor, y quien no ama en esta edad adolece de alguna anomalía psíquica u orgánica.

El primer amor va acompañado del deseo de vivir casto; es del todo ideal, platónico. El joven cuando ama es por excelencia monógamo y espiritual. Bajo el influjo del florecimiento de su alma, de la fuerza de su sentimiento y su entusiasmo estético, es llevado a idealizar, a embellecer y a transfigurar todo lo que se relaciona con su vida íntima.

Este amor se halla casi todo en nosotros mismos; la persona amada no es más que un pretexto. Está constituido más por elementos subjetivos que objetivos, y su vivacidad proviene más de nuestro espíritu que de la persona real a que se dirige nuestro afecto. "En esta época, dice Grillparzer, amamos sólo la imagen que pinta nuestra fantasía; la muchacha que queremos amar no es más que un lienzo sobre el cual ponemos los colores."

Por este motivo, la mujer amada por el joven es la más bella, la más amable, la más rica y la más divina. Cuando ella habla es para él un encanto y en todos sus actos sólo ve una gran bondad y ternura. Este amor casto e ideal es el cantado por todos los poetas; es el amor que sintió Dante por Beatriz, Don Quijote por Dulcinea, Petrarca por Laura, Byron por María Duff y Schiller por Laura.

La admiración, la timidez, la vergüenza, la insignificancia del amante frente a la amada son los caracteres propios de este amor platónico. Además, éste se dirige no al objeto real, sino al eterno ideal sentido por el enamorado, lo que hace que carezca de formas precisas y de límites bien establecidos. El ser amado es transfigurado y tiene los caracteres que le ofrece la imaginación del amante. Por esta causa, a veces, se llega a amar o idealizar personas indignas, habiendo un contraste entre la belleza moral y

física de la persona real con la idealizada en las cartas o en las poesías.

Las manifestaciones de este amor son asimismo espirituales y puras. El joven o la joven se imaginan amar con tanto desinterés que darían su sangre y su vida por el ser que adoran. Jamás piensan en el logro sexual, que es el paradero, aunque oculto, del amor. Muchos se contentan con sólo contemplar y admirar desde lejos el objeto amado. Hay quienes se enamoran de cosas que no existen y son capaces de pasar noches enteras debajo de un balcón en que no se vió nunca mujer alguna.

Verla, saludarla, cambiar unas palabras, ofrecerle algunas flores, permanecer absorto frente a ella; hallar beatitud por una mirada, una sonrisa; extasiarse al simple sonido de su voz; después de haberla visto, sentir la necesidad de huir de su presencia, para gustar una nueva dulzura en la soledad; fantasear, soñar, escribir una carta, una poesía, etc., todos estos actos son muy frecuentes en los jóvenes amantes.

El amor ideal se manifiesta en una época en que no puede llevarse a cabo de una manera normal. De ahí la serie de infelicidades que se experimentan durante este primer período de la juventud (que resulta menos acusada a medida que se avanza en edad). Muchas veces, en la intensidad de su propia pasión, el joven se halla incapaz de contenerla, y, ante la imposibilidad de poderla satisfacer, cae, a menudo, en un estado de inactividad, de postración y de fatiga que no encuentra nada mejor que la muerte.

Esta época de la vida es como un mar borrascoso y lleno de escollos que todos tienen que atravesar. Contentos pueden considerarse los que llegan al puerto salvos y sanos. Felices los que pasan esta fase de idealismo juvenil de una manera tranquila. Pues cuando el amor romántico nace en cerebros poco equilibrados puede ocasionar malos matrimonios, raptos y pasos falsos, relaciones en pugna con las buenas costumbres y tradición social, y, algunas veces, termina en el triste epílogo del suicidio o del doble suicidio.

Esta fase del amor poético, salvo raras excepciones, es sólo transitoria, es de corta duración, en cuanto se basa

sobre un erotismo en desarrollo y en elementos más imaginarios que reales. Deja, sin embargo, en las almas castas recuerdos indelebles, pues los demás amores pueden olvidarse, pero nunca el primer amor. Tiene con frecuencia el mérito de preparar una felicidad más sólida por un segundo afecto.

Las primeras impresiones amorosas son tan fuertes que son, casi siempre, las que nos dirigen en el futuro. De ellas queda siempre una nostalgia en nuestra alma. El ideal que hemos amado en nuestra juventud perdura en su realidad, hace oír de continuo su voz, a pesar de todas las desilusiones que sufrimos durante la vida. Las personas que lo encarnan, como la persona amante, pueden variar, pero su luz no deja nunca de brillar en nuestro espíritu.

La imagen de la mujer que despertó en nosotros el primer amor, forma, con frecuencia, el esqueleto ideal de nuestras simpatías posteriores y futuras. Por este motivo es que muchos sentimientos que tenemos en la edad madura y muchos de nuestros gustos cuyo origen no podemos comprender, se pueden aclarar remontándonos a nuestra adolescencia. En este sentido la psicología de la pubertad tiene una importancia muy grande.

Conceptuamos absurda la opinión según la cual sólo el primer amor es verdadero y los demás son menos reales. Porque el primer amor es siempre imperfecto, se basa más en elementos ilusorios que tangibles, no tiene medida, no es natural y carece de solidez. Raro es, en efecto, que la primera obra de un gran artista sea la verdadera expresión de su genio.

El anhelo de amor ideal del joven tiene una gran importancia para el desarrollo de su vida afectiva e intelectual. Aparte de preservarle de caer en goces bajos y groseros, hace su alma fecunda y creadora. Todo lo grande, lo bueno, lo heroico que existe en el mundo es fruto del amor poético, de la sublimación de nuestras fuerzas sexuales e inferiores. El amor espiritual es el que crea los ideales sublimes de perfección y de progreso, y quien no ama no puede creer; pues sólo creemos los que amamos, y según sea nuestro amor, serán nuestras aspiraciones.

#### IV. EL AMOR EN EL JOVEN ES UN MEDIO DE EXPRESIÓN Y DE DESARROLLO DE SU PERSONALIDAD

El amor maduro aspira hacia la unidad completa de la personalidad. La tendencia expansiva y atractiva que lo forman, obran tanto en el orden material como en el espiritual.

El amor de la juventud, más que aspirar a la unidad complementaria, tiende hacia el desenvolvimiento de su ser, y la tendencia de dar y de ofrecer actúan únicamente en el sentido espiritual.

El amor integral busca otra vida que con la suya forma una armonía perfecta; el amor juvenil busca otro ser que haga posible su desarrollo y su perfección. El joven ama por la necesidad que siente su alma de manifestarse, de alcanzar la comprensión de sí mismo y del mundo. Su amor es esencialmente creador en la esfera psíquica y su principal fin es el desenvolvimiento completo de su personalidad.

La simpatía que experimenta un adolescente por una adolescente, un joven por una núbil o una jovencita por un hombre intelectualmente desarrollado, depende de la necesidad que sienten cada una de estas almas imperfectas, incompletas, de alcanzar su plenitud mediante la ayuda de otra alma complementaria y formativa.

Lo que amamos es siempre un valor inherente a la persona, que puede consistir en una grandeza moral o intelectual o en una pureza o ingenuidad natural del alma, que nos sirve como medio de expresión, de expansión o de unidad de nuestro ser. Debido a esto es como una alma limitada tiende a unirse con otra superior para llegar a su plenitud. Por la misma razón es como lo irreal, lo inconsciente, lo natural, lo obscuro, lo indiviso y lo de formas imprecisas, siente atracción por lo real, lo consciente, lo racional, lo claro, lo diviso y lo de formas precisas.

Así como la tendencia del hombre hacia la mujer es debido a la necesidad del primero de buscar la parte femenina que le falta para constituir su unidad primordial; la tendencia del joven hacia el adulto y de éste hacia aquél

provienen de la necesidad del primero de llevar a cabo su desarrollo espiritual completo, y la del segundo de adquirir de nuevo algo de su ingenua pureza primitiva, propia del niño, y que él ha perdido con la edad.

Lo que une especialmente al discípulo a su maestro y la alumna a su maestra es la aspiración a su pleno florecimiento psíquico. El efecto que experimenta un joven por una mujer de mayor edad está basado en idéntica necesidad.

El alma femenina tiene la particularidad de fecundar la inteligencia masculina y de despertar las actividades creadoras más elevadas del espíritu. Conocido es el hecho de que la mayoría de los grandes escritores han sido inspirados por mujeres de alma superior.

En las narraciones, en los diarios, con particularidad de las adolescentes, el punto principal del asunto lo forman sus relaciones y simpatías por sus maestros o maestras. En estos escritos ellos describen y reconocen todo lo que deben a un educador en su formación intelectual y moral, y no ven en él la persona real entera, sino solamente sus cualidades ideales.

El amor que une al joven con un adulto no es, pues, un amor completo, sino que es una atracción únicamente espiritual, y ésta es tanto más pura cuanto mayor es la diferencia de edad entre ellos.

Los jóvenes, por otra parte, sólo son capaces de percibir los valores de las cosas en las representaciones concretas. Lo bello, lo bueno, lo grande que ellos buscan se identifica con las personas que lo manifiestan. No pueden concebir el amor separado del ser amante, sólo lo sienten como una cosa instintiva y concreta que transfiguran e idealizan con su imaginación. Desconocen las exaltaciones del alma determinadas por las concepciones puras e independientes de sus formas sensibles. La fe del adolescente en el amor y en el ideal es fe en el hombre que los representa. En la mujer esta manera de ser continúa todavía pasada su juventud. Ella no puede comprender el mundo más que a través de una persona amada. El varón llegado a la edad madura supera este estado intelectual amando los valores mismos como los objetos que los expresan.

## V. DIFERENCIA ENTRE EL AMOR DE LA JUVENTUD Y EL DE LA EDAD MADURA

A los caracteres propios del amor del joven que hemos descrito es necesario agregar otros para completar el cuadro de su fisonomía peculiar y al mismo tiempo para darnos cuenta con mayor claridad de su diferencia, en relación con el amor de la edad madura.

La vida fisiológica y afectiva del joven, aparte de ser impetuosa, es inestable. Sus gustos, sus sentimientos, sus intereses, están sujetos al cambio, no conservan las mismas particularidades a través del tiempo. Falta, por otro lado, en él un ideal claro y completo de la vida de la mujer, y carece de un carácter bien constituido. Todo esto determina que su sentimiento amoroso sufra las mismas variaciones de su vida fisiológica y psíquica y que sea, por consiguiente, voluble y de duración efímera.

Las oscilaciones entre la simpatía y la antipatía, la abnegación y el egoísmo, la admiración y el desprecio, el impulso venturoso y la voluntad reflexiva son muy comunes en ellos. Estos estados, muchas veces, se alternan bruscamente y sin causa apreciable y, en ciertas circunstancias, coexisten hasta debilitarse mutuamente. Un obstáculo imprevisto, un defecto descubierto en el ser amado o simplemente el predominio de un nuevo deseo en la conciencia, pueden de un día a otro substituir el cariño por la indiferencia, el amor por la aversión.

Un afecto ardiente como una intensa antipatía suelen nacer, a veces, por causas insignificantes. Algunos, tras una traición vulgar, una decepción, incurren en una afectación de cinismo, hasta el punto de atrofiar los sentimientos más delicados. Es muy fácil asimismo verlos pasar de la timidez inverosímil a la descarada insolencia.

Las fluctuaciones afectivas y volitivas del joven ocasionan la superficialidad en sus sentimientos e ideas y hacen a su imaginación caprichosa y extravagante. Estos preparan el terreno del engreimiento de sí mismo y de una especie de orgullo y vanidad basados sobre la creencia de una superioridad intelectual o social a menudo ficticia. De-

terminan igualmente que vean las cosas futuras con grandeza desmesurada y no perciban las dificultades que tienen que vencer para su realización.

No por esto dejan de ser sus sentimientos vivos y sinceros; pero, dado el desarrollo a que está sujeta su personalidad, una relación amorosa puede ser olvidada con gran facilidad. Por este motivo se ha llamado la edad juvenil, en que todavía no hay nada de estable y profundo, período histórico de la vida.

Por todas estas causas resulta una necedad confiar en la constancia de un hombre de veinte años. Muy pocos son los que en esta edad pueden decir que conocen a la mujer con quien piensan unirse. He aquí el por qué se aconseja a los jóvenes a no contraer matrimonio bajo el impulso de su primera pasión. He aquí el motivo por el cual, si se pudiera hacer una estadística de los amores desgraciados y que tienen corta duración y de los amores fieles y de larga existencia, se hallarán los primeros entre los jóvenes y los segundos entre las personas maduras.

El amor, en esta edad, responde más a la necesidad de una idea que de un sentimiento verdadero, y más que un afecto altruísta, es un estado de hipertrofia afectiva. Como se piensa sin experiencia, se siente sin moderación, sin límite; se ama casi siempre sin conveniencia del objeto. Además, no se conoce aún bastante la tristeza para poder sentir un amor profundo. Antes que el hombre pueda comprender todo el valor de las cosas grandes de la vida es menester que haya sufrido desengaños en todas las cosas pequeñas.

De esto proviene que los jóvenes amantes, por lo general, no saben ser felices y gozar convenientemente; ellos se adoran hartamente simplemente. Su amor tiene más vivacidad y llama que verdadero calor. Por lo común, se ignoran y no saben lo que valen recíprocamente. Les falta en su pasión el arte, el saber. No entendemos con esto el refinamiento voluptuoso, sino la ciencia de amar y de ser amado, la comprensión del valor de las personas.

El verdadero amor es producto de un más maduro desarrollo; por tanto, es raro y no viene sino tarde. Es el resultado de muchos ensayos preliminares, los cuales



son fugitivos, pero su enseñanza nos ofrece algo que lo hace cada vez más profundo. Por esto, saber amar no es una cosa tan fácil como se cree. Por grados se llega al amor perfecto y, a medida que la realidad adquiere mayor importancia y la mujer llega a ser a los ojos de los hombres tal como es, con todas sus buenas y malas cualidades.

El verdadero amor se fundamenta en la unión de las almas, en la estimación de las dotes morales de la persona amada, y que prometen no sólo alegrías, sino aptitudes para soportar todos los dolores y sacrificios que la vida puede deparar. El amor perfecto nace en la edad en que el hombre adquiere un carácter más racional y está determinado por las necesidades de la familia y se basa en la apreciación de aquellas cualidades femeninas o masculinas que son necesarias para una vida feliz en el hogar y en la sociedad.

#### BIBLIOGRAFIA

- BRUYN ANDREWS, C.—*Educación de la adolescencia*. Madrid, 1922.  
COMPAYRÉ, G.—*L'adolescenza*. Torino, 1921.  
FERRARI, G. C.—*Dello sviluppo della sessualità nelle giovani*.  
*Rivista di Psicologia*. Bologna, 1929.  
FREUD, S.—*Una teoría sexual y otros ensayos*. Madrid, 1922.  
LOMBROSO, P.—*Saggi di psicologia del bambino*. Torino, 1894.  
MANTEGAZZA, P.—*Fisiologia dell'amore*. Firenze, 5.<sup>a</sup> ed.  
MARIANI, G.—*La questione sessuale*. Milano, 1926.  
MENDOUSSE, P.—*L'ame de l'adolescent*. París, 1911.  
MERCANTE, V.—*La crisis de la pubertá y sus consecuencias pedagógicas*. Buenos Aires, 1918.  
OBICI, G. y MARCHESINI, G.—*Le amicizie di collegio*. Roma, 1905.  
PÉREZ, B.—*L'arte e la poesia nel fanciullo*. Milano, 1889.  
SPRANGER, E.—*Psicología de la juventud*. Madrid, 1929.  
VENTURI, S.—*Degenerazione psicosexuali*. Torino, 1891.

---

---

## CAPITULO XI

### El amor y el cosmos (El Unitrinismo)

SUMARIO: I. Preliminares. — II. Los sexos y los demás fenómenos del mundo han salido de un principio andrógino. — III. La dualidad es el principio originario de la creación y la base fundamental de todas las ciencias. — IV. El principio positivo y negativo en su actividad creadora obran de una manera análoga al principio masculino y femenino. — V. Los principios opuestos son de idéntica naturaleza. — VI. La unidad por intermedio del ternario es el fin supremo del amor y de la creación.

#### I. PRELIMINARES

Hemos observado que lo que es propio de los sexos, del amor, con respecto a su origen, a sus componentes esenciales y a su fin, es aplicable también, por analogía, a cualquier otro ser o fenómeno de la realidad.

Nuestra opinión es que los sexos, al igual que todo ser, han salido de un principio primordial andrógino, neutro, indiferenciado e inmanifestado. Para manifestarse este principio tuvo que dividirse en otros dos principios opuestos, llamados macho y hembra, fuerza e inercia, activo y pasivo, etc., los cuales, al unirse de nuevo para no permanecer estériles, forman un tercer principio neutro, el cual, aparte de ser el medio que los une, constituye, juntamente con ellos, la realidad completa de todo ser. Así, la familia, el hombre, la electricidad, el movimiento, etc., es una unidad formada por una trinidad.

Por este motivo todo ser no puede ser concebido más que sintéticamente. Si se olvida cualquiera de los tres términos, se destruye su verdadera realidad y origina las

erróneas concepciones científicas y filosóficas. Por ejemplo, la verdadera realidad del hombre no debe buscarse sólo en su cuerpo, como hace el materialismo, ni sólo en su alma, como lo ve el idealismo puro, sino en la armonía, en la unidad de ambos términos, que como tal forman su completa realidad y su verdadera esencia.

Los dos principios opuestos, a pesar de ser tales, como el cuerpo y el alma, son, en el fondo, de naturaleza idéntica; ambos provienen en su principio de un elemento común neutro, llamado éter, y sólo se diferencian entre sí por el número de vibraciones de esta substancia. Estas distintas vibraciones del éter, que son originales y primitivas, forman la esencia de las distintas propiedades de las cosas.

Siguiendo esta idea es como ha surgido en nosotros la teoría *unitrista* de la realidad, que, aunque no es nueva, como puede observarse por los autores a que hacemos referencia para apoyarla, hemos tratado, por lo menos, de resucitarla reportando argumentos más recientes.

La armonía, la unidad de los contrarios, constituye, por otra parte, el fin del amor y de la Creación. Experimentar el verdadero amor equivale a sentir la esencia de nuestro ser, es comprenderlo todo, porque el amor es el tercer término mediante el cual se reintegran el hombre y la mujer a su estado de completa plenitud, a su unidad, a su armonía, a su esencia. Los sexos son una forma por la cual se manifiesta la vida de la humanidad; y el hombre y la mujer, aparte de ser un fin, son un medio para el conjunto.

Todos los seres de la naturaleza, en cada una de sus propias esferas, tienden hacia la unidad, hacia la armonía y a la perfección, que es la causa final del mundo. Y el principio superior de esta unidad es el amor en sus diferentes grados y manifestaciones, y dice bien Dante:

*L'Amor che muove il Sole e l'altre stelle...*

La unidad es, en efecto, una ley de nuestro intelecto y de las cosas. Nuestro yo, bajo la variedad y multiplicidad de los fenómenos psíquicos, se siente uno. La comprensión de los objetos existe en cuanto éstos están sometidos a una

unidad perceptible, a una forma bajo la cual los opuestos y los múltiples se reducen a uno. La inteligencia es inconcebible sin la unidad de la conciencia. La unidad está en nuestro espíritu, está en la esencia infinita, y en el mundo observamos unidad de origen, de orden, de armonía y de fin.

La misión de la filosofía ha sido siempre la de buscar la unidad del ser a través de los opuestos y lo múltiple. Buscar la unidad es buscar la verdad, porque ésta está solamente en el orden, en las relaciones de los hechos entre sí. La verdad está en la armonía de los hechos y sin esta armonía los hechos son un cuerpo sin alma. El enlace entre la causa y el efecto, la ley que une y coordina los fenómenos, son los que imprimen en nuestra mente la verdad.

El materialismo manifiesta, en cambio, que la verdad está en los hechos; pero los hechos no pueden ser verdaderos, como un bloque de mármol no puede ser el Moisés de Miguel Angel. En el orden que percibimos, en la proporción que el artista imprime a las diversas partes de un bloque de mármol para hacer una gran estatua u obra de arte, es donde se halla la verdad.

Buscar la verdad es buscar la felicidad. *Felix qui potuit cognoscere causa*, es decir, la verdad. La inmensa multitud no es del todo feliz, porque busca sólo la felicidad en los goces materiales. El materialismo, la ciencia que se llama positivista, que ve en el universo un inmenso cadáver movido por fuerzas puramente mecánicas, no puede servirnos de guía de nuestra vida espiritual. La verdadera filosofía ve, por el contrario, un universo viviente, un gran organismo. Así como el hombre real es algo más que el cuerpo con que solemos confundirlo, la naturaleza contiene algo más que ese mecanismo brutal que las ciencias positivas nos enseñan.

La explicación puramente mecánica y cuantitativa es sólo exterior, aislada, intelectualista. La explicación profunda, filosófica, dirige su atención también sobre el elemento cualitativo, al conjunto de las cosas y a su fin. Renunciar a la explicación teleológica del mundo es renunciar a su completa comprensión. Uno de los grandes defectos

de las investigaciones contemporáneas es ver sólo en la naturaleza física una conexión de causa y efecto, y en los organismos vivientes procesos puramente físico-químicos, prescindiendo del concepto de vida y de alma. En los fenómenos vitales existen, es verdad, fenómenos mecánicos y químicos, pero éstos no constituyen su característica esencial y están completamente subordinados a los primeros.

Hemos querido, con lo que antecede, dejar entrever a grandes rasgos las consecuencias de la teoría unitrista. Esta teoría está expuesta en este trabajo muy sintéticamente y es susceptible, por tanto, de un mejor y amplio desarrollo en las distintas ramas del saber humano.

## II. LOS SEXOS Y LOS DEMÁS FENÓMENOS DEL MUNDO HAN SALIDO DE UN PRINCIPIO ANDRÓGINO

El hombre ha sido llamado microcosmos o pequeño mundo, porque analógicamente contiene en sí las leyes que rigen en el universo. En efecto, la cosmología humana es semejante a la de los distintos seres que constituyen en su conjunto el mundo.

La doctrina de Platón, que es la misma de Moisés (de cómo se originaron los sexos humanos), concuerda, en el fondo, con las teorías cosmogónicas de Pitágoras, de Empédocles, de Anaxágoras, precursoras de las teorías de Laplace, de Kant, de Herschel. A su vez las teorías de los filósofos griegos coinciden con las cosmologías egipcia, india, etrusca, caldea, persa y con las últimas hipótesis de las ciencias.

Según Platón, cada sexo "es la mitad cortada de un todo" llamado andrógino. "Al deseo o empeño para recuperar esta integridad se da el nombre de amor."

*Adam* en hebreo y *homo* en latín significan varón y varona. Y el *adam* bíblico no es un solo hombre, sino el nombre genérico con que se designa la especie humana.

Los maestros cabalistas afirman que toda alma en su estado original es andrógina. Sólo al encarnarse, al llegar a la tierra, se divide en una parte macho y en otra parte hembra; pero la reunión de sus partes, por el matrimonio

terrestre o después de su muerte, constituye su destino. El *Sohar* sostiene que esta última forma de unión era propia del hombre antes de su caída, de esos protoplastos en que sus cuerpos no estaban compuestos de ninguna materia grosera, como la de nuestra constitución actual, sino que estaban formados de una substancia fluidica penetrable por los distintos cuerpos.

Lamartine dice en su poesía *Fragment du Livre Primitif*:

... Chaque existence est une apothéose  
 Où l'être produit l'être en se décomposant,  
 Où tout se perpétue en se divinissant!  
 Et l'homme est ainsi né, fruit vivant de la Terre,  
 Non, comme l'Unité, complet et solitaire,  
 Mais de Deux composé, male et femelle, afin  
 Que sa dualité lui révélât sa fin,  
 Et que cette Union de l'homme et de la femme  
 Qui féconde le corps et qui complète l'âme,  
 Fût le symbole en lui de la divine Loi  
 D'amour et d'Unité que doit fondre en soit!

Estas tradiciones concuerdan perfectamente con la embriología, porque todo germen, todo feto, en su primer estado de desarrollo no tiene sexo; no es ni macho ni hembra, sino homogéneo, bisexual, andrógino. Únicamente más tarde, al fin de la cuarta semana, se produce la especificación y se convierte en varón o varona, según las fuerzas que obran sobre él.

La teoría de la evolución biológica manifiesta que, al principio de la filogénesis, el organismo está formado de un solo elemento celular que contiene en potencia las distintas funciones vitales. De los seres unicelulares por evolución se pasa a los pluricelulares y a la especificación de las distintas funciones vitales: la nutritiva, la reproductiva, la sensorial, la motriz, etc., es decir, se pasa de lo homogéneo a lo heterogéneo.

La célula, antes de reproducirse bajo la forma sexual masculina y femenina, se ha multiplicado por fisiparismo, por brotación, por esporos y por hermafroditismo intermedio. "El estado *neutro*, no diferenciado del individuo y del elemento reproductor, ha sido ciertamente la regla en

las primeras fases del desarrollo filogenético, como él es así en las primeras fases del desarrollo ontogenético", dice A. Sabatier.

En su obra *La descendencia del hombre*, Darwin se acerca, en parte, a la idea mosaica del origen de los sexos humanos en el siguiente pasaje: "Desde hace tiempo se sabe que en el reino de los vertebrados cada sexo tiene los rudimentos de varias partes accesorias, pertenecientes al sistema reproductor propio del sexo opuesto... Algún remoto progenitor de todo el reino de vertebrados parece que ha debido ser *hermafrodita* o *andrógino*". Aunque él afirma que esta suposición es improbable, como igualmente lo manifiesta E. Morselli en su *Antropología Générale*, sus argumentos son, sin embargo, poco satisfactorios.

El camino de toda perfección, de todo progreso en la naturaleza consiste en que la existencia, que ha principiado por la indiferencia, por el reposo, el equilibrio, se eleva a la actividad mediante el antagonismo.

El mundo en su estado indiferenciado, neutro, era inmóvil. El ser y el no ser, la vida y la muerte, lo finito y lo infinito, etc., se hallaban sólo en estado potencial. Al manifestarse fué como ocasionó el principio activo y el principio pasivo, y actuando el primero sobre el segundo, originó el movimiento, la actividad, la vida, los fenómenos, los seres. Así es como la unidad primitiva del *homo* para pasar del estado de indiferencia al estado de fenómeno debía dividirse; hacerse bisexual, masculino y femenino; como el *éter primordial*, que para constituir los distintos fenómenos debe polarizarse bajo la forma positiva y negativa.

La unidad absoluta de donde provienen todos los seres no es, según Pitágoras, ni par ni impar; es par e impar a la vez, es el neutro superior y anterior al contraste sexual; la indiferencia absoluta precede y engendra el dualismo.

Anaxágoras manifiesta que los distintos elementos del cosmos, en su principio, formaban una masa indiferente y neutra.

En el *Rig Vega*, en una parte que describe la creación, dice: "Cuando no había ni algo ni nada, cuando las

tinieblas rodaban sobre las tinieblas, ¿qué existía?" Y responde: "El (el Eterno Uno) existía entonces sin movimiento".

La *substancia* de Espinosa, la *nebulosa* de Laplace y de Kant, lo *homogéneo* de Spencer y lo *indistinto* de Ardigó son neutros, indiferenciados en sí mismos (1).

Las concepciones de estos últimos pensadores sobre el estado primitivo de la naturaleza son semejantes a las de los filósofos griegos, como asimismo tienen mucha analogía con el Adam de Moisés y el andrógino de Platón.

### III. LA DUALIDAD ES EL PRINCIPIO ORIGINARIO DE LA CREACIÓN Y LA BASE FUNDAMENTAL DE TODAS LAS CIENCIAS

La creación entera está basada sobre el dualismo, que no es solamente de número, sino de oposición, de contraste, antinomia.

La dualidad, la polaridad, penetra todo lo que existe; es la lógica de la creación, la lógica de la divinidad.

Todo lo que ha sido creado se manifiesta mediante una fuerza compuesta de dos principios. Todo ser es producto de una doble actividad que se llaman macho y hembra, positivo y negativo, atracción y repulsión. Desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, desde el átomo al sistema solar, todo es el resultado de una serie alternante de expansiones y de atracciones. La creación constituye una inmensa balanza donde toda existencia tiene un contrapeso en el platillo opuesto.

---

(1) Según Kant, antes que existieran los planetas y los cometas una *nebulosa* ocupaba todo el espacio planetario, encerrando en su seno todos los elementos cósmicos dotados de las fuerzas originarias de *atracción* y *repulsión*. Este *caos* de elementos divergentes no podían permanecer quietos más que por un instante, que bien pronto, en virtud de las dos fuerzas antagónicas, debían tener movimientos centrípetos y centrífugos, los cuales, obstaculizados en todo sentido, se compusieron, por último, en un único movimiento alrededor de un centro. Y con los elementos que en aquel centro se precipitaron, se formó la masa solar, y con los otros que alrededor de éstos se movían se tuvo, por sucesivas concentraciones, los planetas.



La oposición es el alma de lo real. Sin el término positivo no existiría el negativo ni la misma realidad; pues donde no hay movimiento, lucha, determinados por la posición de dos términos, no hay vida ni conciencia.

Las dualidades mediante las cuales se manifiestan todo ser o fenómeno son innumerables: frío y calor, evolución e involución, centrípeto y centrífugo, activo y pasivo, espíritu y materia, libertad y necesidad, impulsión y resistencia, luz y sombra, arriba y abajo, día y noche, derecha e izquierda, bien y mal, virtud y vicio, macrocosmo y microcosmo, sensibilidad e inteligencia, forma y materia, fuerza y masa, acción y reacción, vida y muerte, etc.

No hay efecto sin causa, emanación sin absorción, dilatación sin contracción, anabolismo sin catabolismo, diástole sin sístole, inspiración sin expiración, suma sin resta, multiplicación sin división, elevación a potencia sin extracción de raíz.

No existe una tesis sin una antítesis, el sí sin el no, el padre sin el hijo, el maestro sin el aprendiz, el esposo sin la esposa, el ciudadano sin el Estado, la cerradura sin la llave, el tornillo sin la tuerca.

Así como el naturalista deduce de la forma de un hueso la del animal a que correspondió, el filósofo deduce de cada forma del universo su conjugada, su contraria, macho o hembra, activo o pasivo, fuerza o inercia. En todas partes se observan dos fuerzas, una que tiende a mantener constante lo que existe, y otra que tiende a modificarlo o a transformarlo. Dos son siempre los factores principales de toda actividad creadora. Y, según la filosofía pitagórica, el mundo se conserva por medio de la atracción, el crecimiento o la amistad, y por medio de la repulsión, decrecimiento o la discordia. La amistad hace al mundo incorruptible y eterno. Pero la discordia se esfuerza en llevar a cabo la multiplicación de las cosas con la división, transformando las substancias del mundo en animal, vegetal y mineral, con todas sus especies.

En Heráclito todo lo que parece ser es producto de dos movimientos y de fuerzas opuestas que merced a su acción mantienen el equilibrio. La esencia del mundo es la armonía invisible en la que se resuelven todas las diversidades

y todas las antítesis. El universo es en cada momento unidad que se subdivide y se vuelve sobre sí misma.

Para Empédocles el *dios esférico* o el *Esfero*, al principio, no hace más que una sola cosa con el *amor*. Pero debido a la acción del odio se ocasiona en el Esfero la multiplicación de las cosas, la diferencia, dando origen a la tierra, a la atmósfera, a los astros, etc.

Kapila, filósofo indú; Aristóteles, en sus capítulos sobre la física; Hipócrates, en su tratado sobre los temperamentos; Lucrecio, en su *Natura Rerum*; Plinio, en su *Historia Natural*; Santo Tomás, como los escolásticos de la Edad Media; Avicena, en su filosofía; M. Ficino, Crollius, Agrippa de Netteshein, Rogerio Bacon, Kicher, Van Helmons, Roberto Fludd, afirman todos la ley de la polaridad: ley primordial de la armonía.

Jacob Bohem manifiesta que la dualidad constituye el fondo de todas las cosas: ternura y violencia, dulzura y amargura, bien y mal; todo lo que es viviente encierra lo dual; lo que es indiferente, ni dulce ni amargo, ni calor ni frío, ni bueno ni malo, se halla sin vida.

Sostiene Kant que la materia tiene dos fuerzas: la *atractiva* y la *repulsiva*. La fuerza centrífuga no es fuerza innata, sino derivada; la atracción es, en cambio, fuerza ingénita. Clasifica este filósofo las fuerzas, según la dirección, en atractivas y repulsivas o centrípetas y centrífugas; según el lugar donde obran, en progresivas y oscilatorias, y según el espacio que ocupan, en penetrantes y superficiales. La gravitación, el calor, la cohesión son fuerzas distintas, determinadas por distintas maneras de atracción y repulsión. La explicación de los fenómenos físicos por medio de estas dos fuerzas principales es llamada por Kant explicación *metafísico-dinámica* o filosofía dinámica, y se contrapone a la explicación matemático-mecánica, o sea a la filosofía atomista.

Hegel dice que los opuestos verdaderos pueden representarse, resumirse todos, en la dualidad y antítesis del *ser* y *no ser*. Este dualismo está fundado sobre la oposición de lo real, porque nadie puede negar la realidad del mal como opuesto al bien, de lo bello como opuesto a lo feo, de lo falso y de lo verdadero, de lo racional y de lo

irracional, de la vida y de la muerte. Para este filósofo existen dualidades que no son verdaderas y distintas; son falsas oposiciones y falsas distinciones que nacen de las ciencias empíricas, de las percepciones fenoménicas, las cuales precisamente porque parten de los fenómenos, cuando tienden a alcanzar lo universal, están obligadas a quebrantar la realidad en apariencia y ciencia, externo e interno, accidente y substancia, finito e infinito, múltiple y uno, sensible y ultrasensible, materia y espíritu.

Spencer, en su obra *Los Primeros Principios*, sostiene, como Kant, que la materia no puede ser concebida más que como manifestación de fuerza de *atracción* y de *repulsión*. De idéntica opinión es Florentino Ameghino al decir que "la transformación y evolución de la materia obedece a dos movimientos opuestos de igual intensidad, uno *concentrante* y otro *radiante*".

Todo fenómeno físico, vital y psíquico se presentan, en efecto, como producto de un contraste, de una oposición, correlativos y armoniosos

En mecánica esta paridad opuesta la forman la fuerza y la inercia. Estas constituyen los dos principios activos del movimiento vibratorio o del ritmo, que es el resultado alternante de la fuerza y de la inercia. En el movimiento del péndulo se observa con claridad la oposición de estos dos principios. Cuando el péndulo desciende bajo la influencia de la fuerza atractiva, la inercia del sistema reacciona contra el aumento de la velocidad adquirida y tiende a mantenerla constante. Este antagonismo entre la fuerza y la inercia lo encontramos en todo cuanto está dotado de movimiento; por ejemplo, en el movimiento de un tren, de un buque, de un proyectil, de un coche, etc.

El universo entero está sometido a las leyes de atracción y repulsión. Newton afirma que los cuerpos celestes se mantienen en el espacio ejerciendo los unos sobre los otro un poder de atracción o fuerza centrípeta, en lucha con una potencia de repulsión o fuerza centrífuga. Esta atracción está en razón directa de la masa y en razón inversa de los cuadrados de las distancias.

La repulsión, que es positiva, y la atracción, que es negativa, obran siempre, sea que nos elevemos en un aero-

plano o que descendamos al fondo de una mina. Son estas dos fuerzas que mantienen a los astros en sus respectivas órbitas y les permiten su libre circulación. Se supone que la rotación de la Tierra es el resultado de las leyes de repulsión solar y de atracción lunar. El polo positivo es el que atrae sin cesar las moléculas del polo negativo, el cual se las devuelve de nuevo transfiguradas o renovadas.

El sol, que es positivo con relación a los planetas, no es, como se cree vulgarmente, una masa de materia incandescente, en combustión continúa, sino que está compuesto de substancias muy parecidas al radium. El sol, siguiendo la doctrina de la dualidad, es un centro positivo de transformación en luz y calor de la energía que atrae continuamente de los planetas.

En matemáticas existe una ley llamada de la dualidad, la cual expresa que "toda proposición verdadera para un sistema de entes se convierte en otra proposición verdadera con cualquier otro sistema, con tal de que al reemplazarlos en el sistema de postulados adaptados, sean compatibles con éstos". Así en la geometría métrico-proyectiva-euclideana, el sistema de puntos, rectas y planos es compatible dejando el ente recta y permutando los otros dos. Existe asimismo la dualidad en el plano, en el espacio, en la radiación, y con un teorema se tienen varios, y demostrado uno de ellos quedan de hecho demostrados los restantes. M. Costa, en su trabajo *La loi de la dualité et les polyédres convexes*, Río de Janeiro, 1928, trata de demostrar que la ley de la dualidad es aplicable a todos los poliedros convexos.

El desarrollo orgánico es el resultado de las fuerzas de atracción y de resistencia. A. Peladan en su muy interesante y curiosa obra *Anatomie Homologique*, demuestra a cada paso la triple dualidad del cuerpo humano.

La vida, según H. Baraduc (*La Force Vitale*, París, 1893), es un principio activo e inteligente que puede ser interpretado en sus manifestaciones por sus propios movimientos de atracción y repulsión. Desde el punto de vista de la vida, la atracción significa: condensación del movimiento libre, contracción inteligente de la fuerza, afinidad, cohesión, concreción material, organización, creación.

La repulsión, por el contrario, designa: exteriorización del movimiento libre, función inteligente, expansión psíquica, disolución material, producción, agotamiento, muerte.

Bachofen y Frobenius hacen del mundo patriarcal y matriarcal las fuerzas primordiales de todo florecimiento cultural. Kretschmer divide los seres humanos en dos tipos: ciclo y espizotímicos, distintos tanto anímica como corporalmente. En la doctrina psicoanalítica lo masculino y lo femenino son considerados como opuestos. Klages de Munich conceptúa el alma y el espíritu como antitéticos y en todas partes ve dos fuerzas que sólo unidas dan lugar al todo y pueden dar fruto.

La vida intelectual, afectiva y volitiva es una mezcla de dos contrarios. La diferencia, el contraste, es lo que hace posible el desarrollo de la conciencia. Este es el resultado de una oposición entre un estado psíquico presente con otro pasado. Toda actividad psíquica que es incapaz de despertar placer o dolor, es incapaz también de tener conciencia.

Nos es imposible comprender lo que es nuestro yo sin pensar, además, en los elementos que no forman parte de nuestra personalidad. Distinguir un ser es separar por medio de nuestro pensamiento lo que él no es, es saber no sólo lo que es, sino igualmente lo que no es.

Toda idea perfecta se presenta bajo una doble fase: una positiva que indica lo que es; y una negativa que señala lo que no es. Toda idea tiene su contraste, su sombra, su negación, y es por este contraste que llega a ser clara y distinta. La afirmación y la negación, el es y el no es, son para nuestra mente lo que nuestras piernas para nuestro cuerpo, puntos de apoyo y medios imprescindibles para su actividad y desarrollo. La palabra no es más que el pensamiento en actividad. La atención es producto de dos tendencias afectivas opuestas mantenidas en suspenso.

La sensibilidad, desde el punto de vista de la polaridad, no es el resultado exclusivo de la propiedad innata del sistema nervioso y de los sentidos, sino consecuencia de la oposición polar entre el cuerpo del animal y el mundo exterior, entre el cerebro y la superficie del cuerpo. Y cuanto más sensible es el sistema nervioso mayor será su grado

de polarización y, por lo tanto, el poder de sentir y percibir.

Una de las principales teorías que explica el proceso de las sensaciones visuales es la eléctrica. J. Ch. Bose ha demostrado experimentalmente que las impresiones visuales son fenómenos concomitantes a perturbaciones eléctricas: corrientes eléctricas engendradas en la retina por la iluminación y transmitidas al cerebro por medio del nervio óptico.

La substancia gris del cerebro y de los demás centros nerviosos desempeñan un papel positivo; y la blanca, negativo. Como en la locomoción, en donde los músculos ejercen una función activa y el sistema óseo una función pasiva.

El cerebro goza de dos polaridades: una negativa, por la influencia que sobre él ejerce el mundo exterior: sentir es estar polarizado por los estímulos externos; y una positiva, por la reacción que éste ejerce sobre el mundo exterior, mediante el pensamiento y la voluntad. En este caso, el cerebro, en lugar de vibrar al unísono de los objetos exteriores, tiene el atributo supremo de poder engendrar vibraciones por sí mismo y ser así fuente de vida y de fuerza.

La vida afectiva se mueve en el seno de los contrarios. El sentimiento está lleno de antítesis: placer y dolor, amor y odio, alegría y tristeza, esperanza y temor, admiración y desprecio, etc.

Una pasión es un conflicto entre dos sentimientos y dos tendencias contrarias (ambivalentes). El enamorado celoso presenta una duplicidad afectiva: ama hasta el delirio y odia hasta la idea de muerte. El alcoholista, el cocainómano, el morfinómano y todos aquéllos que tienen un vicio y no están embrutecidos, sienten a un tiempo la atracción y la repulsión hacia el objeto de sus apetitos malsanos.

El amor es una mezcla de dos tendencias, una expansiva y otra atractiva, en armonía entre sí. El que ama teme a su vez perder el ser querido. Y Torquato Tasso dice:

*Amore è flutto alterno  
Di speranza e di noia,  
E di timor, e d'aspettata gioia.*

Acerca de la voluntad, sabemos que en toda acción hay una inhibición.

El bien es conocido por el mal, la vida por la muerte, la verdad por el error, la justicia por la injusticia, la salud por la enfermedad, etc. Como todos los fenómenos del universo se manifiestan de una manera dual, esto nos da la razón de la existencia en grados innumerables del bien y del mal, de la bondad y de la maldad, de lo bello y de lo feo, de lo grande y de lo pequeño, etc.

La actividad de los opuestos es la que proporciona a la creación su carácter rítmico. En el cosmos todo aspira y expira, asciende y desciende para equilibrarse. La ley del ritmo se observa tanto en los fenómenos físicos como vitales y psíquicos: tanto en el átomo como en los latidos del corazón y en la atención. Esto explica el misterio de la periodicidad del sol, de los planetas, de los satélites y de los cometas.

La vida no puede reducirse, por tanto, a la paz sin la lucha, a la quietud sin la actividad, porque entonces se confundiría con la muerte. La felicidad es el resultado de continuas alternativas de esperanzas y temores, de placeres y dolores, de actividad y de reposo, de triunfos y de derrotas, de aspiraciones y de ideales nunca perfectos, porque una vez alcanzado un fin se concibe otro mejor, y así sucesivamente, sin nunca estar por completo contentos. La calma, que es armonía del alma, supone que se ha vencido el dolor y sobrepasado el placer, y ésta no es una pasividad, sino una conquista. El optimismo es el resultado de la negación del término negativo en la diada de los opuestos; el pesimismo es, en cambio, la consecuencia de la negación del término positivo.

La dualidad de todo ser al individualizarse se subdivide, se duplica de modo de reproducirse indefinidamente. Así se tiene que la creación, en su conjunto, es negativa con relación a Dios; pero, por su parte, se distinguen en ella un lado positivo y otro negativo. El hombre presenta dos principios opuestos: cuerpo y espíritu. El espíritu es, a su vez, sentimiento y conocimiento. El sentimiento se presenta bajo la forma de amor y odio; el conocimiento, de verdad y error. La materia es viviente e inanimada. La

viviente es sensible y racional. La tierra atrae todos los objetos que se encuentran bajo su influencia, actúa en ese caso como principio activo; pero en relación con el sol, obra negativamente, por cuanto es atraída por éste.

En una obra artística, el ideal del artista es positivo; la habilidad y las facultades intelectuales, negativas; la obra, neutra. Cuando la obra se halla terminada y está al alcance del público, ella llega a ser positiva y el público negativo. El sentimiento que la obra despierta es neutro.

El conocimiento de una cosa no será, por tanto, perfecto, mientras no hayamos buscado su dualidad, de cuya combinación ha resultado; y hagamos lo mismo, luego, en cada una de ellas, y así indefinidamente (1).

(1) "Para que la multiplicidad nazca se necesita que en la Unidad se produzcan diferencias; esas diferencias en el universo actual son los "pares opuestos", los contrarios. Estos contrarios se encuentran por todas partes.

La materia es el punto de apoyo de la fuerza, y sin punto de apoyo ninguna fuerza puede manifestarse; no puede haber calor sin frío, y cuando un verano reina en un hemisferio, el invierno domina en el otro. No hay movimiento que no se apoye en un reposo; luz sin su sombra, placer sin su correspondiente dolor; libertad que no sea ejercida sobre una necesidad; bien que no implique la idea del mal.

Veamos ahora algunos ejemplos tomados de la naturaleza. La corriente eléctrica se polariza en dos, una positiva y negativa la otra. Lo propio ocurre con el imán; pártase una barra en cien pedazos, y se habrán creado cien barritas imantadas con sus polos positivo y negativo; la dualidad, los opuestos no se han destruído.

Al tenor del imán el espectro solar presenta dos series separadas por un punto neutro; la serie azul y la roja unidas por el color violeta:

VIOLETA	
INDIGO	AMARILLO
AZUL	NARANJA
VERDE	ROJO

Los términos de las dos series son complementarios respectivamente; el violeta domina los dos grupos de opuestos que forman un miembro visible del eje, constituido por los colores que pudieran llamarse neutros.

El dualismo se manifiesta de todas maneras y bajo todas las formas. Simbólicamente puede decirse con el induísmo que el universo



#### IV. EL PRINCIPIO POSITIVO Y NEGATIVO EN SU ACTIVIDAD CREADORA OBRAN DE UNA MANERA ANÁLOGA AL PRINCIPIO MASCULINO Y FEMENINO

Lo positivo y lo negativo están siempre presentes y en plena actividad en todos los fenómenos y en cada estado de la vida. Y su modo de obrar es análogo al principio masculino y femenino. Y siguiendo el principio dual de la creación, podemos decir que todas las cosas tienen sexo, han venido al mundo por parejas, por sicigias, por pares conjugados, por machos y hembras.

En su trabajo acerca de la *Morphologie des elements sexuels*, A. Sabatier manifiesta que las relaciones recíprocas y el papel del elemento masculino y femenino de los distintos animales, pueden ser comprendidos y explicados

---

principia y termina por medio de dos movimientos opuestos: emanación de Brahma, que nace cuando el pecho de Dios produce la espiración celeste; y muere reabsorbido cuando tiene lugar la inspiración universal. Estos movimientos producen la atracción y repulsión, la agregación y la disolución que por todas partes se encuentra. Es la atracción de un centro de fuerza que permite en derredor suyo la condensación étnica para formar la envoltura de la que aquel centro es el alma; cuando termina su ciclo de actividad, la atracción deja su puesto a la repulsión, la envoltura es destruída por el retorno de sus elementos constitutivos al centro de procedencia, y el alma queda liberada hasta un futuro ciclo de actividad.

Ni aun el ritmo de la respiración pulmonar, la sístole y la diástole cardíacas, el flujo y reflujo del mar, que como el día y la noche, la vigilia y el sueño, el verano y el invierno, la vida y la muerte, se libran de ser los productos de la ley de los contrarios que rigen la creación.

Los opuestos son la esencia misma de la vida cósmica, las dos columnas del equilibrio universal, representadas en el simbólico templo de Salomón por Jakim y Booz, la columna blanca y la columna negra: también son los triángulos entrelazados del *Sello de Salomón*, los dos Ancianos de la Cábala —el macroposopo en quien la imagen invertida origina el microposopo— el Jehovah blanco y el Jehovah negro; son Eros y Anteros, las serpientes del caduceo de Mercurio; las dos esfinges del carro de Osiris; Adam y Eva, Caín y Abel; Jacob y Esaú, el *Yang* y el *Yin* chinos; la copa y el basto del Tarot; el hombre y la mujer. Todas esas imágenes representan la misma ley." Doctor Th. Pascal: *Ensayos sobre la evolución humana*. Barcelona, 1906. Págs. 45, 46 y 47.

por las analogías que encontramos en el mundo físico. Así él explica el origen de la sexualidad con el predominio, en la célula reproductora primitiva, de una de las *polaridades* y la eliminación más o menos completa de la otra. "Se produce entonces y bajo una influencia que nosotros desconocemos por completo, un fenómeno comparable a eso que sucede en el disco metálico del electróforo, al contacto con la torta de resina, o en una barra de hierro dulce al contacto con un imán o bajo la influencia de una corriente en cele-noide; los dos elementos de polaridad se separan, son llevados lejos uno de otro. Esta separación conduce generalmente uno de los elementos, el elemento protoplasmático o macho, hacia la periferia, mientras que el otro elemento, el elemento hembra, permanece central. De dónde las denominaciones de elemento *centrífugo* y de elemento *centrípeto* que he creído poder dar a los elementos de sexualidad macho y hembra."

Hace presente igualmente Sabatier que el carácter del elemento femenino es de *concentración*, de integración, de unificación, de cohesión, de inmovilidad relativa, de interioridad, es el elemento tendiente a permanecer uno, a no seccionarse, a no dividirse, mientras es libre y está substraído a toda fecundación. El carácter propio del elemento macho es, por el contrario, de dispersión, de división, de desintegración, de exteriorización, de ser activo, cambiante e independiente.

Florentino Ameghino, en sus *Ampliaciones Póstumas al "Credo Filosófico"* trata de explicar también los fenómenos vitales con analogías sacadas de los fenómenos físicos. "La respiración es un proceso de oxidación absolutamente comparable al que se observa en el mundo universal. La nutrición, en su forma más simple, que es la absorción, es absolutamente comparable al crecimiento de una gota de agua en una atmósfera saturada de vapor. Si los organismos nacen y mueren, o lo que es más simple, tienen un principio y un fin, sucede otro tanto con los organismos. Si los organismos sólo tienen origen en otros organismos parecidos, otro tanto sucede con los inorganismos, en tanto no se trate de combinaciones de elementos; un trozo de hierro, hoy por hoy, sólo puede obtenerse

de una masa de hierro. La reproducción tampoco es distintivo de los organismos; en su forma más simple, que es la reproducción por bipartición, es un desprendimiento de un trozo de materia de otro parecido, absolutamente como en los minerales. El movimiento tampoco es un distintivo de los organismos, puesto que es inseparable de la materia. La sensibilidad en su forma más simple, no es separable del movimiento."

Así como el primero de estos autores ha pretendido explicar la sexualidad y la reproducción de los seres fundándose en analogías físicas, y el segundo aplicó el mismo método para descifrar la vida, otros, en cambio, han visto en la producción de los fenómenos físicos y químicos algo análogo a la procreación de los seres vivientes.

Los filósofos antiguos, como Pitágoras y Aristóteles, han concebido el universo como un animal perfecto y que tiene, como el hombre, su parte diestra y siniestra, anterior y posterior, cabeza y pies, y su parte *masculina* y *femenina*.

León Hebreo, en sus *Diálogos de Amor*, compara la armonía entre los distintos astros con la armonía de dos personas de diferente sexo, unidas por un amor recíproco. En su segundo diálogo menciona numerosos ejemplos de analogías entre el amor humano y las relaciones de los astros del sistema planetario. La tierra, receptáculo de todas las influencias con respecto al cielo, es hembra; y el cielo, con relación a la tierra, es macho, siendo la lluvia y el rocío, el semen del cielo. Según este escritor, el amor existe no sólo entre los seres vivientes, sino que se extiende a todas las cosas del mundo inorgánico, y por esto le denomina amor natural. El amor que tiene la tierra por sus hijos es semejante al de la mujer por los suyos. "Verás también las piedras y los metales engendrados por la tierra, que cuando se hallan fuera de ella, buscan con velocidad y no descansan jamás hasta que vuelven a ella; así como buscan los hijos a las madres, que con ellas solamente se aquietan. La tierra también con amor los engendra, los sostiene y conserva; y las plantas, las hierbas y los árboles tienen tanto amor a la tierra, madre y generatriz de ellos, que jamás sin corrupción no quieren apartarse de

ella; antes con los brazos de las raíces la abrazan con afecto, como hacen los niños con los pechos de sus madres."

El fenómeno de la copulación sexual, en su fondo, consiste en la cesión que el elemento masculino hace al elemento femenino de algo que aquél tiene y del que éste carece, razón por la cual se ha llamado también a este fenómeno "comercio sexual". Ahora bien; ese "cambio de lo que se tiene por lo que no se tiene y se desea —dice Roso de Luna en sus *Aberraciones Psíquicas del Sexo*—, es común a todo cuanto existe en el universo, constituyendo por ello la esencia misma de la vida, que es precisamente vida por el sexo".

Este mismo autor observa que la química no viene a ser sino el estudio del sexo en moléculas y átomos, siendo todo ácido masculino y toda base femenina. Y que el sexo en matemáticas está representado por las cantidades positivas y negativas; en mecánica, por la materia y la fuerza inteligente que la informa y fecunda; en física, por los flúidos eléctricos opuestos; en química, por los metales y los metaloides, los electrones y los iones; en biología, por los hidrógenos y los oxidrilos, en los que el agua se descompone, y también por el anfiaster, que determina la cariocinesis de la célula; en fisiología, por el espermatozoide y el óvulo; en astronomía por los soles dobles, pares conjugados, cual lo está también la luna y la tierra y los planetas con el sol; en la lucha de la historia, por los vencedores militares y los vencidos, más cultos que ellos casi siempre, y que suelen acabar por dominarlos... En todo cuanto nos rodea, en fin, el sexo está simbolizado en lo activo y lo pasivo; el arado y la tierra; la llave y su cerradura; la aguja y la tela; el tornillo y la tuerca; lo envolvente y lo envuelto; el árbol y el suelo que lo sustenta, etc., etcétera.

"Todo cuanto se ha tramado por algunos filólogos contra la aplicación del sexo a las cosas inanimadas en lengua como la latina y sus hijuelas —dice el mismo Roso de Luna— tiene por base el desconocimiento de la gran verdad sexual, la que, según la relativa actividad o pasividad del sujeto, le adjudica el artículo masculino o femenino, respectivamente.

"Una visión de conjunto nos muestra, por ejemplo, como "contrarios sexuales" al lago y al río, sintetizados luego entrambos por el mar, que participa de los opuestos caracteres del uno y del otro.

"El río propende en su forma y potenciales a una como masculina rectilinidad. Es largo, anguloso, impetuoso, pasional y activo propulsor de todas clases de potenciales mecánicos, de corriente incoercible y continua que penetra en el lago con viriles vigores y que sale luego del mismo de él, camino de *el mar o de la mar...*"

Kepler creía que los astros eran cuerpos dotados de vida y de inteligencia. Y para algunos filósofos y astrónomos la sexualidad es propia también de los astros. Los últimos estudios sobre los cometas consideran a éstos como verdaderos espermatozoides cósmicos que acaban luego por ser aprisionados por verdaderos óvulos femeninos constituidos por el sol y los anillos o esferas en los que se mueven los planetas.

Muchos filósofos asignaron a la materia inorgánica una vida inconsciente, y este atributo vital inconsciente no la libra, como lo vital consciente, de que tenga asimismo sexo.

Leibniz sostenía que la materia es un conjunto de fuerzas que no ha llegado todavía a tener la conciencia de sí misma. Que el progreso es la ley de todos los seres. Todo vive y se esfuerza para alcanzar el sentimiento y el pensamiento. El término del progreso de los seres es la vida *espiritual*. "La naturaleza se halla en su campo perfectamente independiente y sigue imperturbable sus leyes; pero todo este campo, en su complejidad, es solamente la *apariciencia* de un orden más profundo y que todo devenir natural con su mecanismo sirve en el fondo a los fines del espíritu."

El mundo natural y el mundo espiritual en su esencia, según Schelling, son idénticos; aquél contiene inconscientemente lo que tiene éste en conciencia. Y la naturaleza no es una coexistencia confusa y casual de los fenómenos y de las leyes, sino que es un *gran organismo*, cuyas partes existen únicamente para producir la vida y la conciencia. *La naturaleza es inteligencia que deviene.*

Schopenhauer concuerda en principio con Leibniz y

Schelling cuando le atribuye a la *voluntad* inconsciente, mecánica, una tendencia a llegar a ser consciente. La voluntad, según este filósofo, en sus formas más humildes se manifiesta como causa mecánica; en la superior aparece el estímulo orgánico, y en la perfecta, se manifiesta como causa consciente.

En un artículo reciente de Ch. Richet, *Le Problème des causes finales*, afirma que todo parece probar que las leyes del universo tienden al aumento del pensamiento. "Todo pasa como si alguna ley misteriosa ha determinado esta evolución hacia un máximo de pensamiento y de inteligencia."

Uno de los errores de las ciencias ha sido siempre el de querer explicar al hombre, por medio de la naturaleza física, en vez de explicar la naturaleza física por medio del hombre; porque nunca lo simple puede abarcar lo complejo, como un ignorante no puede comprender a un sabio. Por este motivo las analogías del hombre aplicadas a la naturaleza física deben ser más exactas que las analogías físicas aplicadas al hombre (1).

Según la teoría de los electrones, éstos se unen formando ejemplares de dos elementos de grado análogo, pero de naturaleza positiva y negativa, que complementándose forman un sistema *neutro* o Protilo; luego el neutrón, el protógeno, el ión, etc. Cada uno de los cuales llega a ser centro de más grandes y ulteriores atracciones. Así continuando es como se llega a la formación de los átomos materiales: el hidrógeno primordial, el helio, el caronio, el astero, etc.

Del polo negativo de la pila eléctrica es de donde salen el torbellino de electrones y los rayos eléctricos. El catodo obra, por consiguiente, como la madre de los fenómenos eléctricos.

---

(1) Si Bacon conceptuaba la consideración teleológica la más peligrosa de todos los ídolos, y Descartes el máximo obstáculo para el estudio de la naturaleza, es porque estos dos filósofos la observaron sólo desde el punto de vista de los *hechos* y prescindieron del punto de vista de sus *leyes* y de sus *principios*. Ya se sabe que la tesis *me-caniciستا* de la vida es impotente de por sí para explicar la vida. Newton, el principal sostenedor de la explicación causal en la física, no excluyó el punto de vista finalista al estudiar el conjunto de las cosas.

En la formación de los átomos los electrones o iones negativos se ponen a girar en torno de uno positivo. Un electrón cargado de electricidad positiva impulsa a los negativos a constituir ciertas combinaciones que dan por resultado la generación de un átomo. Los electrones creadores son los negativos, y el nuevo átomo está compuesto por la unión de electrones positivos y negativos, pero posee propiedades distintas de la electricidad en libertad.

Los electrones son los obreros, los elementos más activos de la naturaleza. Sus uniones o combinaciones originan los diversos fenómenos del cosmos: la luz, la electricidad, el calor, el magnetismo, la atracción, la repulsión, la afinidad química, etc.

La función del principio masculino o positivo es en la naturaleza mineral, como en la viviente, la de dirigir, fecundar la energía inherente al principio femenino, es la de poner en actividad el proceso creador.

En la formación de los cristales se encuentra algo que corresponde a una especie de actividad sexual. La repulsión entre los gases acontece en una forma análoga al odio entre los seres vivientes. Y las atracciones y repulsiones entre la materia, la cohesión o la afinidad y la desviación de las moléculas en química, nos revelan asimismo ciertas semejanzas con la simpatía y la antipatía entre los seres humanos.

El sexo, el amor, en su sentido lato, parece, pues, existir en todo. Y se le halla no sólo en la fusión de las almas y en el ayuntamiento de los animales, sino igualmente en las premisas de un silogismo que por su cópula engendra la conclusión, como en la afinidad química, en las figuras geométricas y en las atracciones de los astros.

#### V. LOS DOS PRINCIPIOS OPUESTOS SON DE IDÉNTICA NATURALEZA

Así como la mujer, desde el punto de vista de la unidad, no es la sirvienta ni la dueña del hombre, sino el hombre mismo concebido por el lado materno, afectuoso, los polos opuestos, positivo y negativo, las fuerzas contrarias, centrípeta y centrífugas, no son más que distintos aspectos

en que concebimos los fenómenos físicos, cuya esencia, en el fondo, es la misma.

Un carpintero, por ejemplo, cuando serrucha una tabla de madera, manifiesta una sola fuerza en el acto de serruchar la tabla; pero esta fuerza se manifiesta necesariamente como resistencia en cuanto la mano izquierda sujeta la tabla, y como potencia en cuanto la mano derecha maneja el serrucho. Sin poner en acción estas dos polaridades el hombre no podría caminar, hablar, querer, pensar, etcétera, pues todo acto de locomoción implica el apoyo de la pierna que se mueve hacia adelante en la resistencia de la otra en reposo (A. Villalón).

Los dos principios opuestos son siempre de idéntica naturaleza y sólo se distinguen entre sí por el diverso número de vibraciones y la disposición de sus componentes. Uno de ellos es complemento del otro, y al unirse forman la variedad de los seres de la creación. La electricidad positiva y negativa al combinarse no se anulan, sino que irradian sus respectivas energías determinando la luz.

Esto nos lleva a admitir la hipótesis de que los distintos fenómenos de la realidad están formados de una substancia única, que en su estado primordial no manifestada, en su esencia, es *homogénea, neutra, sin forma*. Y como tal la distinción de espíritu y materia, de fuerza y energía, de tiempo y espacio le son completamente extrañas.

Las ciencias, en efecto, con sus progresos van confirmando poco a poco que el *éter* es el elemento primordial, andrógino, del cual todo procede.

El *éter* es la substancia única, incorruptible, eterna, que ha engendrado todas las cosas y en la que vuelven a convertirse; es a la vez esperma y matriz de todas las formas, el agente hermafrodita del eterno devenir. El constituye el flúido universal imponderable, cuyas manifestaciones sensibles se llaman espíritu, materia, electricidad, magnetismo, luz, vida, pensamiento, etc. El *éter* de nuestros físicos es el *Amor* de Esíodo, el *caos* de Ovidio, el *akasa* de los indúes, la *luz* de los cabalistas, el *aör* de los hebreos, el *flúido* de Zoroastro, la *substancia* de Espinosa, la *luz espectral* de Passavand, la *energía* de Ostwald, el *continuum* de Einstein y el *universión* de Lakhovsky, que



no son más que distintos nombres para indicar la misma cosa.

Descartes y Kant no pudieron abstraerse de admitir también en sus respectivos sistemas filosóficos un medio de transmisión y una fuente inagotable de energías, el *éter*, y para Kant, el *Wärmestoff* o éter cósmico es más que una mera hipótesis: es un postulado, sólo demostrable de una manera indirecta.

En su trabajo *La Formazione naturale nel fatto del sistema solare* dice R. Ardigó: "El *éter*, que en el orden de las distinciones de la materialidad es para nosotros el supremo indistinto, y es tal por el máximo de fuerza latente, constituyendo su estado de máxima rarefacción, es también la plenitud de la virtualidad de la vida."

Ahora bien, el *éter* se manifiesta, se hace sensible a nuestros sentidos por medio de vibraciones: la materia, la vida, el pensamiento, los diversos fenómenos del universo, son el resultado de diferentes formas de esta substancia única (1).

Se ha demostrado claramente la equivalencia de una determinada forma de movimiento al transformarse en otra distinta, como la electricidad que se convierte en calor, el calor que se transmite en energía motriz, etc. La electricidad puede transformarse en magnetismo, calor, luz, y viceversa. La luz nace de la tensión, de la polarización del *éter*, y en ese sentido no existe una materia calórica. El frío es el *éter* sin movimiento, sin tensión, sin luz.

Sabemos que un cuerpo sólido por medio del calor se dilata, aumenta sus espacios intermoleculares, se hace más penetrable, más divisible, puede pasar del estado sólido al viscoso, y aumentando el calor de una manera gradual, se puede convertir en líquido y luego en gaseoso. Merced a nuevos movimientos íntimos y vibratorios se obtendrá de este último estado, según Faraday y Crookes, el estado radiante, en que las moléculas se disocian en átomos cada vez más libres. Esto quiere decir que el calor tiende a

---

(1) El *éter* no es una simple concepción teórica, pues este fluido ha sido aislado por M. F. Richnowski, ingeniero electricista de Lemberg; y la energía nerviosa parece ser lo que más se asemeja a este fluido.

poner las cosas heterogéneas en su uniformidad. Estos cuatro estados distintos de la materia, de vibración del éter, nos hace recordar los cuatro antiguos elementos de Empédocles: la tierra o lo sólido, el agua o lo líquido, el aire o lo gaseoso y el fuego o lo radiante. Este hecho nos hace ver la unión íntima de cosas en apariencia tan distintas, como la unidad de todos los fenómenos del universo, nos demuestra asimismo, la convertibilidad y la unidad de las fuerzas físicas, de las que se ocupó extensamente Angel Secchi.

Se sigue, como consecuencia de este principio unitario, que la materia y el espíritu no son más que dos aspectos de una misma cosa; sólo se diferencian en sus manifestaciones. El espíritu es la extrema sublimación de la materia y la materia la cristalización del espíritu. Lo primero es la substancia desde el punto de vista subjetivo; lo segundo es la substancia desde el aspecto objetivo. La vibración es la que produce la condensación del éter; lo visible es la concentración de lo invisible, y según sea el grado de la vibración se tienen los diversos estados de la materia. La vida cósmica representa, pues, un océano donde todo está bañado por un mismo elemento, indefinido en sus modalidades, y el hombre participa de esta ley de conjunto.

Schelling, partiendo de otros principios, considera la diversidad de los fenómenos como producto de la diferencia *cuantitativa* del elemento natural y del espíritu contenido en ellos. La íntima esencia es idéntica en el espíritu y en la naturaleza, sólo que en ésta es inconsciente, mientras que en el espíritu es consciente. Florentino Ameghino escribe: "No hay diferencia de substancia entre los cuerpos orgánicos y los cuerpos inorgánicos, entre el cuerpo vivo y el cuerpo muerto. Todos los elementos que entran en la composición de los organismos, forman igualmente parte de los inorganismos. Luego la diferenciación entre la materia orgánica e inorgánica es secundaria y no primitiva..." Bergson en su libro *L'Evolution Créatrice* afirma que: "Los dos términos —materia y pensamiento— son de la misma esencia... y lo físico es simplemente lo psíquico invertido". "La intelectualidad y la materialidad son de la misma naturaleza, se producen de la misma ma-

nera." "La materia es definida por una especie de descenso, este descenso por una interrupción de la ascensión." "Estas dos direcciones del movimiento no impiden la unidad del *élan* original, del esfuerzo vital, del flujo universal."

"La onda etérea luminosa, dice R. Ardigó, es un ritmo distinto de la calorífica y de aquellos otros ritmos que corresponden a las otras fuerzas físicas. Pero admite en sí variaciones de diversas especies, permaneciendo el mismo tipo rítmico. Y esto nos conduce a una confirmación de la doctrina de la *identidad* de la materia y de la fuerza. A las especies de las materialidades corresponden precisamente otras tantas especies de las fuerzas. Tantas especies de fuerzas otras tantas de cosas, y viceversa."

Herz, en su obra *Die Prinzipien der Mechanik*, hace presente que "lo que nosotros estamos habituados a llamar fuerza y energía, no es, para nosotros, más que un efecto de la masa o *del movimiento*, salvo que no se entienda la masa y el movimiento perceptible por nuestros sentidos. Esta explicación de la fuerza por el movimiento se debe llamar dinámica, y se puede decir muy bien que la física, el día de hoy, tiene bien en cuenta semejantes explicaciones. Las fuerzas del calor se han reducido, con seguridad, a movimientos ocultos de masas perceptibles. Debido a Maxwell, el concepto de que las fuerzas electrodinámicas sean efecto del movimiento de masas ocultas se ha transformado en una convicción. Lord Kelvin con amor pone en evidencia la explicación dinámica de las fuerzas, y en su teoría de la naturaleza vertiginosa de los átomos ha hecho la tentativa de dar una imagen correspondiente a esta intuición. Von Helmholtz, en su investigación acerca de los sistemas cíclicos, ha tratado la más importante forma de los movimientos ocultos".

Las vibraciones pueden ascender en su intensidad y en su número y orientarse así hacia el espíritu, como pueden descender o disminuir y dirigirse hacia la materia, de donde se tiene, siguiendo este principio, que el odio puede transformarse en amor, elevando, aumentando su grado de vibración, como el mal puede transformarse en bien, y el egoísmo en altruísmo. De esto se deduce que el polo positivo existe en realidad, absolutamente, y el polo

negativo es sólo la ausencia, la sombra del positivo; el mal es únicamente la ausencia del bien. El mal corresponde en el orden físico a la degradación de la materia; es una orientación descendiente, una involución de ondas vibratorias.

Las cosas están formadas por vibraciones del éter unidas entre sí por las fuerzas de *atracción*, que aseguran su permanencia como entidades individuales (y de *repulsión*, que tienden a destruirlas).

Las diversas vibraciones o movimientos del éter que forman los distintos seres de la creación han sido originadas en su primitiva aparición por un principio inteligente supremo que a su vez les ha proporcionado los medios para su subsistencia, persistencia y progreso.

El éter, que es andrógino, se manifiesta, por lo tanto, en una forma de corriente positiva o de proyección y de corriente negativa o de absorción. En el hombre las fuerzas positiva y negativa corresponden a los principios masculino y femenino, el espíritu y el cuerpo, respectivamente. En el mundo humano el amor y el odio son los equivalentes de la atracción y la repulsión en el mundo físico. El hombre es, pues, en el fondo, idéntico al cosmos, y la infinita variación de los seres está basada sobre los mismos principios.

#### VI. LA UNIDAD POR INTERMEDIO DEL TERNARIO ES EL FIN SUPREMO DEL AMOR Y DE LA CREACIÓN

El ternario es la suprema expresión del amor y de la creación. No se busca, en efecto, a dos, sino para convertirse en tres. La unidad primitiva, el andrógino, para hacerse activo debe multiplicarse, debe hacerse dual; pero esta dualidad permanecería estéril si no volviera a unirse para crear un tercero y formar así el ternario.

El ternario representa la unidad, la armonía de los contrarios, y sin esta armonía, la realidad, la vida y el pensamiento no existirían.

En los matrimonios fecundos los hijos son un principio común de concordia perpetua. En sus movimientos nuestros dos ojos obran en mutua concordia. Hay una inque-

brantable continuidad de relaciones entre el calor y el frío, la luz y la obscuridad, las notas altas y bajas de un piano. La paz es el acuerdo entre dos polaridades de nombres contrarios. Decir que cada átomo tiene un polo positivo y negativo es manifestar que tiene su parte interior y exterior, su espíritu y su cuerpo; pero ambos no forman más que una sola realidad. Los opuestos son tales relacionados entre sí, pero no con respecto a la unidad, que es la armonía. Esto nos da la razón de por qué ellos no originan la confusión en el universo, sino determinan la unidad.

La electricidad positiva y negativa al combinarse no se anulan mutuamente, sino que se fusionan entre sí, englobando sus medios respectivos, a través de los cuales irradian su recíproca energía sin suprimirse y cesar de existir.

La vida física y orgánica es el resultado de la armonía entre la fuerza y la inercia, la atracción y la repulsión, la asimilación la desasimilación, la inspiración y la expiración. La vida cognositiva del hombre es producto del sujeto y del objeto, de la intuición y la reflexión, de la verdad y del error, de lo necesario y de lo contingente.

Lo que llamamos ley es la armonía, el ritmo constante entre la causa y el efecto, es el equilibrio entre los fenómenos, y si este equilibrio o unidad falla, cesa también la ley.

Estos hechos nos llevan a la hipótesis de que las distintas cosas de la realidad están formadas de tres principios: *positivo, negativo y neutro*. Cualquier fenómeno se reduce a dos cosas contrarias con su medio. *Todo es unidad formada por una trinidad.*

Si la unidad encierra siempre una trinidad, se tiene como consecuencia que un ser o fenómeno no puede ser concebido más que  *sintéticamente*. El hombre, por ejemplo, se compone de un cuerpo animado y de una voluntad. Ahora bien, si quisiéramos concebirle sin su vitalidad o aptitud de obrar, desaparecería de inmediato su verdadera realidad, no sería más un hombre, sino una abstracción creada por nuestro espíritu. Nos resulta imposible separar la vida de la idea de cuerpo y pensar lo que podría ser la vida humana en sí misma y ver una especie de cosa me-

tafísica. Es sobre esto que se basan los materialistas para combatir a los espiritualistas exclusivos. Asimismo no podemos imaginar lo que podría ser el alma separada del cuerpo sin forma alguna corporal. Nosotros podemos representarnos un hombre extraordinariamente pequeño o extraordinariamente grande, pero nunca el alma considerada individualmente. Por esto que al hablar del hombre ninguno de los tres términos, cuerpo, vida y espíritu, pueden ser olvidados, pues son los que forman unidos la expresión de su verdadera realidad.

La trinidad de todo ser puede ser considerada bajo dos aspectos: desde el punto de vista de la *síntesis*, síntesis que es la razón de ser de su realidad, y que lo determina el tercer principio; y desde el punto de vista del análisis, en que vemos los dos principios opuestos que lo forman, sin olvidarnos que durante este análisis destruimos o fraccionamos su propia realidad.

La principal tarea de la filosofía ha sido, en efecto, para muchos filósofos, especialmente para G. Bruno, Schelling y Hegel, la de buscar la unidad de los opuestos, la armonía de los contrarios, la identidad absoluta.

“Conocer la unidad absoluta —dice G. Bruno— es el objeto y fin de todas las filosofías y contemplaciones naturales” y “es profunda filosofía encontrar la razón de la *coincidencia de los contrarios*, y buscar en qué consiste ésta.” Este filósofo, mucho antes de los que vinieron después de Kant, hizo la tentativa de resolver las antítesis entre forma y materia, Dios y Naturaleza, espíritu y cuerpo, objeto y sujeto, inorgánico y orgánico, causalidad y finalidad, necesidad y libertad, concebidos como inconciliables por los dualistas. Para esto, Bruno pensó en la *unidad absoluta*, en un principio supremo en donde estos términos opuestos se identifican y eliminan su oposición. Así para él, el llegar a ser y el ser en lo absoluto son una misma cosa, son coexistentes, homogéneos, inseparables y eternos. Esta unidad absoluta no es ni materia ni espíritu tomado aisladamente, sino que es a la vez materia y forma, potencia y acto; es la realidad que se desenvuelve pasando de lo homogéneo a lo heterogéneo, de la identidad a la diversidad.

“La razón —escribe Bruno— divide lo que es indivisible, según la naturaleza y la verdad.” “El principio, medio y fin, el nacimiento, desarrollo y perfección de cuanto vemos, es propio de contrarios, para contrarios, en los contrarios, a los contrarios; y donde hay contrariedad, está la acción y la reacción, está el movimiento, está la diversidad, está la multitud, está el orden, están los grados, está la sucesión, está la vicisitud.” De esto proviene la gran importancia que tiene para este filósofo *la razón de la coincidencia de los contrarios* y reconoce él mismo como precursores de esto a Parménides, a Heráclito y especialmente a Nicolás Cusano.

En su *Crítica de la razón pura*, Kant llevó a la forma más aguda el problema de los opuestos con sus antinomias y lo consideró como insoluble, debiendo la mente humana aceptarlo por necesidad. Pero luego Kant descubre la síntesis a priori, que no es más que la síntesis originaria de los opuestos. Triple es también la forma de su síntesis, y en sus categorías nos ofrece los siguientes ejemplos: unidad, pluralidad, totalidad; realidad, negación, limitación.

Después de Kant, la misión de la filosofía debía ser especialmente la de buscar la unidad del ser a través de las antítesis y de los opuestos, para hacer desaparecer los dualismos dejados intactos por este filósofo. Así es como en la filosofía de Fichte la triplicidad ocupa un puesto fundamental y toma los nombres de tesis, antítesis y síntesis.

Schelling afirma que no se puede filosofar más que con el principio de la *identidad* de los opuestos, y en lo absoluto desaparece la diferencia entre el sujeto y el objeto: es pura indentidad. Solamente para el espíritu finito existen los opuestos. Lo *absoluto*, para este filósofo, no es ni real ni ideal; ni naturaleza ni espíritu, sino la diferencia de ambas determinaciones, o sea identidad absoluta. El magnetismo en su conjunto no es ni positivo ni negativo, sino que es identidad de los dos, y en su punto central contiene la indiferencia de ellos, así lo absoluto es unión indivisa de todos los contrapuestos. Mientras que en lo absoluto los contrarios se eliminan recíprocamente con plena

igualdad, en los distintos fenómenos ellos tienen diferencias por cuyas causas prevalece la una o la otra.

Según Hegel, el pensamiento procede por triadas, y esta forma no existe sólo en nuestro pensamiento, sino también en la realidad. La triada que comprende en sí todas las demás, está formada por los términos: *ser*, *no ser* y *devenir*. La tesis llama a la antítesis y las dos se combinan en una síntesis, y en ésta únicamente se halla la armonía, la unidad, la vida y la verdad. El ser y no ser no son más que dos abstracciones; la realidad no está más que en el devenir: en la realidad no existe ni luz pura ni oscuridad pura, no hay más que colores. A Hegel le pareció que la idea cristiana de la trinidad, convertida en hueca por el cristianismo protestante, debía hallar su refugio y su significado verdadero en la nueva escuela filosófica de sus tiempos.

La *ley ternaria* predomina, en efecto, tanto en la teología y filosofía, como en las matemáticas, astronomía, física, biología, psicología y las demás disciplinas científicas. Cualquier ser revela en todo momento y circunstancia su origen ternario.

San Agustín y Porfilio nos atestiguan que los platónicos han encerrado en la divinidad tres personas: llamando a la primera, el padre del universo, a la segunda, el hijo o el primer pensamiento y a la tercera, el espíritu santo o alma del mundo.

Los doctores de la iglesia católica reconocen que no hay más que un solo y verdadero Dios, increado, infinito, omnipotente, eterno; que es uno por naturaleza y triple en persona: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, las tres eternas e iguales entre sí, que, no obstante, están formadas por una esencia y substancia única y de naturaleza simple. Jesús dijo: Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Como asimismo: "El Padre y Yo somos uno".

F. G. Lacuria, en su libro *Harmonías de L'Etre*, parte en sus deducciones de tres palabras de San Juan: *Vita*, *Verbum*, *Lux*. Analiza cada uno de estos términos, establece sus relaciones con la trinidad de los cristianos y determina los elementos de esa trinidad. "He aquí la Trini-



dad: el Padre, que es la vida o inmensidad; el Hijo, que es el Verbo o forma y distinción o variedad; el Espíritu Santo, que es luz, amor o unidad. Y estas tres personas no son más que un solo Dios, y su unidad se halla no solamente en los hechos eternos de su existencia, sino en la esencia de las cosas, pues ellas son inseparables en el pensamiento; no se les puede concebir el uno sin el otro." "Al principio del *ser*, el ser no es indeterminado, pero se distingue del *no ser*; ve qué es el ser, y estos dos puntos de vista, participando de la unidad de la substancia que ellos afectan, producen, por su unión, la conciencia, que es también la luz o la armonía."

La historia de la filosofía está dominada, en gran parte, por el contraste entre los distintos procesos del conocer que se suelen llamar "percepción" y "concepto". Este contraste ha dado motivo a una clasificación *dualista* de la actividad cognoscitiva y al problema de saber cuáles de los dos procesos tiene mayor valor para nosotros y si las leyes del universo son propias del mundo exterior o sólo de nuestro espíritu. Estos dos puntos de vista distintos han originado dos doctrinas diferentes del conocimiento: el *empirismo* y el *racionalismo*. El empirismo, como el de Hume, sostiene que todas las leyes naturales, las verdades de los hechos, son leyes empíricas, que los conceptos se regulan según los objetos. El racionalismo afirma, en cambio, que el intelecto no aprende de la experiencia las leyes naturales, sino que se lo prescribe a la naturaleza y sostiene, como Espinosa y Hegel, que las leyes del pensamiento son leyes naturales, y que las categorías lógicas son también categorías ontológicas.

Ahora, ningún filósofo ha sido capaz de presentarnos una teoría del universo en términos puramente conceptuales, o en términos puramente perceptivos. Y si hiciéramos la tentativa de fusionar todas las ideas en una sola, como ha sucedido con la idea de *substancia* de Espinosa, para luego afirmar que la realidad es expresión de esta idea única, nos encontraremos siempre en presencia de un contraste, de una antítesis, entre dos ideas por lo menos, entre la apariencia y la realidad, entre lo actual

y lo posible, entre lo real y lo ideal o cualquier otro análogo par de opuestos.

Esta incapacidad se debe a que nuestro conocer no se limita nunca a la mera percepción o al mero concepto. Sólo de una manera abstracta podemos pensar en la existencia de un conocimiento sensible puro o de un pensamiento conceptual puro, sin relación alguna con los datos de los sentidos. Por lo general, nuestro conocimiento es producto de la *unión* o *síntesis* de la percepción y del concepto.

Por esta causa muchos pensadores se vieron obligados a admitir una tercera actividad cognoscitiva más completa y que implicara, a su vez, tanto a la percepción como al concepto, formulando, de esta manera, una distinción triada de nuestros conocimientos.

Así Platón, para resolver la antítesis entre el ser y el no ser, para buscar la identidad entre el movimiento y el reposo concibe la *idea* de las ideas, fuera de la materia. Aristóteles para sobrepasar la oposición entre forma y materia eleva a lo absoluto el primero de los dos términos contrarios y concibe el principio *ideal* o *formal* y el pensamiento puro.

Plotino enseña que el *Uno* es indeterminado, que no tiene atributos, porque cada atributo sería un límite. Carece de inteligencia y de voluntad, como nos los representamos nosotros, porque conocer y querer implican necesariamente la dualidad del conocedor y del conocido, del que quiere y del querido y toda dualidad es inconciliable con lo infinitamente perfecto. Y admite *tres estados en el conocimiento*, y al último de estos estados lo denomina *éxtasis*, forma transcendental de la actividad intelectual por medio de la cual el alma contempla al Ser primero, Dios, en sí mismo.

Según Nicolás Cusano, no se puede llamar verdad a lo que nos ofrece la percepción sensible y la razón, porque tanto la primera como la segunda nos proporcionan un conocimiento fragmentario, transitorio y nos llevan a conclusiones divergentes u opuestas. Sólo el *intelectus*, sostenido por la gracia, puede darnos la visión de la absoluta verdad, donde todas las contradicciones desaparecen (*coincidentia oppositorum*), en la cual todo es unidad.

Manifiesta G. Bruno que lo *absoluto*, el Uno, la perfecta coincidencia de los contrarios, la concepción unitaria del mundo, no puede ser comprendida con la observación, la experiencia, la inducción y la deducción sola, sino que, además, debe intervenir la *intuición intelectual*, que aprehende la unidad en la variedad, lo immanente en lo transitorio, el ser en el devenir.

Sobre la percepción y el entendimiento existe, según Espinosa, la intuición o conocimiento *sub specie aeternis*. Y este conocimiento es para este filósofo la más elevada forma de la verdad, y sólo mediante él, es posible intuir el eterno fluir de las cosas de Dios y representarnos la perenne transformación del incondicionado en el universo.

Kant admite igualmente tres funciones cognoscitivas: *sentido, intelecto y razón*, y atribuye al sentido, la facultad perceptiva, al intelecto la de dar forma y de usar los conceptos y a la razón la de formar las ideas. Este filósofo entiende por idea la representación del todo, la imagen originaria de las cosas; y el conocimiento de la *cosa en sí* o de los nómenos sólo es posible mediante la *intuición intelectual* que está formada por la unión de la sensibilidad y del intelecto.

Schelling, atraído por la coincidencia de los opuestos de Cusano y de Bruno, establece asimismo que la *intuición intelectual* es el único órgano capaz de penetrar en la identidad absoluta.

La antítesis existente en la filosofía de Schopenhauer entre la *voluntad* y la *inteligencia*, es casi la misma que la que se observa entre el *instinto* y la *inteligencia* en Bergson; el primero lo resuelve mediante una tercera función cognoscitiva más perfecta, el *conocimiento intuitivo puro* o *idea*, y el segundo por medio de la *intuición*, que es un instinto desinteresado, consciente de sí mismo.

La oposición entre la negación y la afirmación del deseo de vivir de Schopenhauer, desaparece en la doctrina cristiana con el amor, con la caridad, pues la simple negación de la voluntad de vivir, la sola resignación no le basta al cristiano para salvarse. Y un ejemplo admirable de la solución de todas las antinomias del cosmos y del hombre, lo encontramos en San Francisco de Asís, que por el milagro

de su corazón se había identificado con los astros, las flores, los pájaros, etc. El amor, en efecto, es el que resuelve todas las contradicciones de la existencia, el que unifica todos los seres.

Para hacer desaparecer la dualidad entre la percepción y el concepto C. Pierce y J. Royce se valen de un proceso intelectual que ellos denominan interpretación. "Y la interpretación —dice Royce— presenta siempre una relación tríada. Lo que quiere decir que no se puede expresar ninguna actividad interpretativa indicando sólo dos términos." "En las conversaciones interiores están presentes y participan tres personas: el hombre del pasado, cuyos propósitos, memoria, recuerdos, viajes, viejas cartas, vienen interpretados, el yo que interpreta todo esto y el yo al cual esta interpretación va dirigida." La interpretación se distingue de la percepción y del concepto en que implica una relación tríada, tiene un fin social, nos enseña a reconocer el ser y la vida interna de nuestro prójimo, tiende a la unidad y a comprender el fondo de las cosas.

Existen tres grados o especies de conciencia: Primero, la *conciencia espontánea*, inmediata o primitiva; segundo, la *conciencia refleja* o autoconciencia; tercero, la *conciencia cósmica* o supraconciencia. En la conciencia espontánea el conocedor y lo conocido no están todavía diferenciados; se confunden y son sentidos como una misma cosa. La idea del sujeto como distinta del objeto no se ha formado todavía. Esta conciencia es propia de los animales, de los niños en la primera edad y de algunos salvajes. En la conciencia refleja el sujeto tiene el sentimiento y la idea de ser una cosa distinta de los demás seres. El sujeto que conoce se presenta como separado del objeto conocido. Al formarse la idea del yo aparece también la idea del no yo como independiente u opuestas entre sí. Pero esta separación lleva al hombre a quebrantar la unidad y la armonía viviente de los dos factores inseparables del conocer: el sujeto y el objeto. Esta separación lleva, además, a exagerar el valor del sujeto de modo de no ver en las cosas más que los intereses, necesidades que se refieren o tienen relación con su persona, y apreciar los objetos del conocer como seres sin vida y sin significado. Con la aparición de la conciencia

cósmica desaparece el conflicto entre el espíritu y la materia. El que conoce y el objeto conocido forman una sola unidad, son sentidos como partes de un mismo ser y de un único yo que todo lo abraza. La conciencia espontánea experimenta el sujeto y el objeto como una sola cosa, pero no como *uno*, porque no han estado nunca separados.

La conciencia cósmica representa la *armonía*, el punto *neutro* entre los polos opuestos, entre el espíritu y la materia, entre la conciencia refleja y la espontánea. Esta forma de conciencia es la única que nos proporciona el conocimiento especial de las cosas, porque el sujeto y el objeto, los dos aspectos inseparables del conocer, forman una unidad viviente. Si estos dos aspectos permanecen separados, o uno de ellos predomina sobre el otro, originan un conocimiento exterior e ilusorio. Por medio de la conciencia refleja se conoce las relaciones entre los fenómenos, su ley; la conciencia cósmica descubre su esencia, su vida interior, su alma, y llega a comprender que la armonía del cielo lleno de estrellas y la universalidad de la ley moral son, en el fondo, una misma cosa.

Con la conciencia cósmica el hombre penetra en un mundo puramente espiritual, en donde el conocimiento se adquiere sin pensar por integración, por función. Un autor inglés, el doctor R. M. Bucke, se ha ocupado especialmente de esta clase de conciencia en su obra *Cosmic Consciousness*, Philadelphia, 1905. Y manifiesta que la conciencia cósmica es el *Nirvana* de los budistas, el *Samadhí* de los yogi, la *Luz de Dios* de los místicos, el *Cristo* de San Pablo, el *Gabriel* de Mahoma, la *Beatriz* de Dante, el *Especialismo* de Balzac (1).

La conciencia cósmica llamada también por algunos intuición espiritual o inspiración, representa la adquisición más elevada a la cual se puede aspirar. Lo que hace que un hombre sea un genio y si se distingue de los demás hombres comunes es por haber alcanzado a la visión superior

---

(1) Ed. Carpenter, en su libro *L'arte della creazione*, Roma, 1909, estudia estos tres grados de conciencia a que hemos hecho referencia. Yram, en su trabajo *L'evolution dans les mondes superieucurs*, París, 1926, señala los distintos medios de que uno puede valerse para llegar a poseer el espíritu de la conciencia cósmica.

propia de la conciencia cósmica. Y Weininger observa con exactitud cuando dice que la genialidad implica la *universalidad*, una relación vital con todas las cosas y tiene en sí mismo el mundo entero. Que la genialidad es la percepción universal, un estado de conciencia general. "Un hombre —escribe este autor— se puede decir tanto más genial cuanto más vive en relación con el universo."

En otro orden de hechos puede verse también la ley ternaria.

La luz, la electricidad, el magnetismo, ofrecen dos estados o momentos dinámicos distintos, uno de los cuales es la unidad del equilibrio, y el otro la dualidad, el antagonismo.

El movimiento circular es la resultante de dos fuerzas opuestas, una centrípeta y otra centrífuga. Las cualidades principales de todo sonido son tres. La luz está formada de tres colores fundamentales: rojo, verde y violeta. El calor se muestra positivo en lo cálido, negativo en lo frío y equilibrado en lo tibio. La luz es positiva en la claridad, negativa en la obscuridad y equilibrada en la penumbra. La unión del polo positivo y negativo de la electricidad ocasiona la luz.

El sistema de atracción universal se explica muy bien por medio de la electricidad. La luz y el calor no son quizás más que productos de la neutralización de la electricidad positiva solar y de la negativa proveniente de los planetas. Santo Tomás dice: *Calor est effectus caloris mediante motu*; el calor pertenece al movimiento fluídico; y los rayos solares se revisten de calor al combinarse con la capa de aire que ellos atraviesan.

Turpin, en su obra *Formation des mondes* sostiene que es la energía solar la que, proyectada sobre la tierra, bajo la forma de ondulaciones (luz, calor, electricidad), hace girar la tierra y produce las corrientes magnéticas terrestres. "La Tierra —dice este autor— es un verdadero solenoide, pero que gira bajo la influencia de la energía recibida, y no por sí misma, como se ha creído y se indica en física."

El principio masculino y femenino al unirse forman el hijo que al principio de su vida intrauterina es neutro.

Los reinos de la naturaleza son tres. El espacio tiene tres dimensiones. El tiempo se compone de tres manifestaciones: presente, pasado y futuro. Toda sucesión tiene un principio, un medio y un fin.

Todo ser viviente está formado por cuerpo, vida y psique. La vida tiene tres gradaciones: vegetativa, sensitiva y moral. El cuerpo humano se divide en tres partes, en cada una de las cuales encontramos, a su vez, todo un símbolo de la ley del ternario.

Cualquiera que sea la forma de gobierno de una nación, no puede dispensarse de formar esta tríada básica: rey o presidente, ministro y súbdito. "El Estado, como el sistema solar —dice Hegel en su *Lógica*— reposa en un sistema de tres silogismos."

La percepción comienza con la unidad, sigue con la distinción y termina con la semejanza, que es una especie de unidad.

El juicio consta de tres elementos esenciales: el raciocinio, de dos premisas y una conclusión. El sentimiento se manifiesta en la forma de amor, indiferencia y odio. La expresión verbal se compone de tres elementos esenciales: substantivo, verbo y adjetivo.

A cada paso, tanto en el mundo físico como en el mundo biológico y espiritual, podemos encontrar esta ley de la trinidad, que es la ley de la armonía, del ritmo, del amor, "Los números, es decir, la armonía —manifiesta Pitágoras—, gobiernan al mundo." En religión, esta ley se suele llamar *dogma*, mientras que en el lenguaje científico se llama *ley universal del ser*.

Habiendo Dios creado al hombre y a los demás seres a su semejanza, no debe extrañarnos hallar este signo de la trinidad en toda la naturaleza, que es

*Quell'Uno e Due e Tre, che sempre vive,  
E regna sempre in Tre e Due ed Uno  
Non circoscritto, e tutto circoscrive*

DANTE, *Par.*, XIV.

Si todo está formado por una triple manifestación, no puede aceptarse la teoría monista de la realidad, ni la dualista, ni aun la pluralista, sino solamente la triunista.

Ninguna unidad, por otra parte, permanece aislada de las demás. Cualquiera que fuera por su naturaleza o grandeza está entrelazada con otras, en una admirable armonía. Desde Dios hasta los hombres, desde los distintos astros a los diferentes átomos, desde una estrella hasta una luciérnaga, desde el calor ocasionado por el sol hasta el calor vital del organismo más ínfimo, constituyen una inmensa cadena cuyos eslabones están sólidamente unidos.

Los seres inferiores están bajo la influencia de los superiores, y éstos bajo la de otros de más elevada jerarquía, formando un conjunto de uniones de alternadas condiciones que se pierden en el infinito.

La universalidad de la ley de la gravitación que determina el equilibrio entre los astros y que los enlaza al mismo tiempo en una unidad real, la cohesión que une y equilibra las moléculas de un metal, la conservación de la masa, las equivalencias de las distintas formas de energía y de la conservación de la energía total, el encadenamiento y subordinación de los reinos, sosteniéndose unos a otros y acomodándose a las exigencias del conjunto, son el testimonio más claro de la coordinación y subordinación de los distintos seres entre sí y del orden universal.

La palabra universo toma su significación de la idea de unidad, y Pitágoras denominó *Cosmos* al universo para indicar la belleza, el orden y la regularidad que reina en todas sus partes. Por esto Aristóteles dice en su *Metafísica* XIII, 3: "Para cualquiera que considere los fenómenos de la naturaleza, es imposible ver en ella una sucesión de episodios incoherentes, como en una mala tragedia."

Si todos los seres participan entre sí de una armonía real es porque un principio común los compenetra y los anima. Para muchos autores, como Empédocles, Platón, Virgilio y G. Bruno, este principio es el alma del mundo. La Biblia, Aristóteles, los santos Padres de la Iglesia nos hablan de *Dios* como causa del orden y de la creación del universo. Leibniz hace referencia a una *armonía preestablecida* por una causa primera. Newton nos dice que este orden admirable del sol, de los planetas y de los cometas no puede ser más que obra de un ser inteligente y omnipotente.



Para que las distintas partes de un todo estuviesen en recíproca armonía no se puede, en efecto, dejar de pensar en una inteligencia divina que lo haya así dispuesto. Es lo que dice con gran maestría Dante en su *Paraíso*, canto I :

... *Le cose tutte quante  
Han'ordine tra loro; e questo è forma,  
Che l'universo, a Dio, fa somigliante.  
Qui veggion, l'alte creature, l'orma  
Dell'eterno Valore il quale è fine,  
Al quale è fatta la toccata norma.  
Nell'ordine, ch'io dico, sono accline.  
Tutte nature, per diverse sorti,  
Più al principio loro, e men, vicine;  
Onde si muovono a diversi parti  
Per lo gran mar dell'essere, e ciascuna  
Con istinto, a lei dato, che la porti.*

La visión filosófica superior, la conciencia cósmica, ve en los distintos seres aislados como las piedras, las plantas, los animales, sólo una parte de una misma energía universal. Porque es siempre la misma vida, en sus distintos grados, que preside a la actividad del pensamiento, a la elaboración de la savia y a la afinidad química. Si desde el punto de vista de sus formas, los diferentes seres de la creación nos parecen por completo extraños los unos a los otros, el que posee la ciencia de sus correlaciones, la ciencia del amor, la conciencia cósmica, observa, por el contrario, su enlace vital y reduce a un solo ser al mundo entero.

Para alcanzar esta visión, para ponernos en comunicación con la naturaleza viviente, con el principio que mantiene y conserva las formas del universo, para sorprender la unidad primera actuando en la infinita diversidad es menester elevar y sublimizar nuestro espíritu con el amor y la oración, es necesario despertar en nosotros la conciencia cósmica.

Se verá entonces desaparecer todo lo que era para nosotros contradictorio y todas las oposiciones de nuestra existencia y sentiremos asimismo la armonía que nos une con el todo. *Esta armonía constituye nuestra verdadera realidad y el fin hacia el cual tiende el universo entero.*

## BIBLIOGRAFIA (1)

- AMEGHINO, F.—*Ampliaciones póstumas al Credo filosófico. Revista de Filosofía*. Buenos Aires, marzo, 1922.
- ANTICH, J.—*Andrógino*. Barcelona, 1906.
- ARDIGÓ, R.—*La formazione naturale nel fatto del sistema solare. Opere Filosofiche*. Padova, 1908, vol. II.
- BERGSON, H.—*L'evolution creatrice*. París, 1912.
- BOSE CHAUDER, J.—*Reactions de la Matière vivante*. París, 1926.
- CAILLET, A. L.—*Doctrine de l'Unité*. París, 1914.
- CARPENTER, ED.—*L'arte della creazione*. Roma, 1909.
- CROCE, B.—*Ciò che è vivo e ciò che è morto della filosofia de Hegel*. Bari, 1907.
- DE GUAITA, ST.—*Au seuil du mystère*. París, 1896.
- GIOBERTI, V.—*Protologia*. Torino, 1857.
- GRASSI BERTAZZI, G.—*Giordano Bruno il suo spirito e i suoi tempi*. Palermo, 1910.
- HEGEL.—*Filosofía del espíritu*. Madrid, 1907.
- *Lógica*. Madrid, 1872.
- JACOBI, F. E.—*Sulla dottrina dello Spinoza*. Bari, 1914.
- JACQUEMIN, E.—*La Polarité Universalle*. París, 1867.
- KANT, E.—*Critica della ragione pura*. Bari, 1921.
- LACURIA, P. F. G.—*Harmonies de l'être exprimées par les nombres*. París, 1899.
- LAKHOVSKY, G.—*L'universión*. París, 1927.
- MEYERSON, E.—*De l'explication dans les sciences*. París, 1921.
- PELADAN, AD.—*Anatomie Homologique. La triple dualité du corps humain*. París, 1886.
- PLATÓN.—*El convite*. Madrid, 1880.
- RÉMY, J.—*L'univers et la vie*. Moulins, 1925.
- RICHTER, CH.—*Le problème des causes finales*. *Revista Scientia*, Bologna, 1930.
- ROYCE, J.—*Il problema del cristianesimo*. Firenze, 1925.
- SABATIER, ARM.—*Morphologie des éléments sexuels et sur la nature de la sexualité*. París, 1886.
- SCHELLING, F. C.—*Bruno o il divino ed il naturale principio delle cose*. Torino, 1906.
- *Sposizione del mio sistema filosofico*. Bari, 1923.
- SPENCER, H.—*I primi principii*. Torino, 1921.
- TOCCO, F.—*Studi Kantiani*. Palermo, 1909.
- TRÉMAUX, P.—*Principe universel du mouvement et de la vie*. París, 1898.
- TURPIN, H.—*Formation des mondes*. París, 1892.
- UNGANIA, E.—*Elettroni e monomesoni*. Bologna, 1921.
- VILLALÓN, A.—*Ley de la dualidad*. Barcelona, 1925.
- WINDEBAND, G.—*Storia della Filosofia moderna*. Firenze, 1925.

(1) En esta bibliografía sólo citamos las obras más importantes.

PARTE TERCERA



---

---

## CAPITULO XII

### Psicología del amor de los hombres de genio

SUMARIO: I. Preliminares.—II. Características afectivas del hombre de genio.—III. El amor se ha manifestado precozmente en muchos genios.—IV. La inconstancia y la volubilidad han sido las cualidades propias del amor de un buen número de poetas y pensadores insignes.—V. Algunos genios espiritualizaron y otros idealizaron sus amores.—VI. Caracteres del amor de los hombres de genio.—VII. El amor intenso a la mujer no puede coexistir con el amor pleno al arte o a la ciencia.—VIII. Por no haber podido hallar una mujer digna de su ideal muchos genios se abstuvieron del amor y del matrimonio.—IX. Sólo un gran genio es capaz de un gran amor.

#### I. PRELIMINARES

Saber cómo han amado los hombres de genio ha sido siempre uno de los principales objetos de los críticos e historiadores, porque han comprendido, con mucho fundamento, que observando su vida amorosa podían obtener, más que de cualquier otro hecho, un conocimiento íntimo de su propia naturaleza psíquica y moral. En el amor es, en efecto, donde el alma humana se manifiesta en su totalidad y aparece con todos sus caracteres individuales. El oficio o la ocupación de un hombre es insuficiente para revelarnos sus verdaderas cualidades psíquicas. Rafael y Goya fueron insignes artistas, como Alejandro y Napoleón fueron grandes guerreros. No obstante han sentido el amor y han amado de muy distinto modo. Por esto no podemos conocer íntimamente a Rafael sin enterarnos de sus relaciones con la Fornarina; ni comprender el carácter de Na-

poleón sin tener presente las cualidades propias de sus amores con Josefina y otras mujeres.

El objeto que nos hemos propuesto en este capítulo no es, sin embargo, el de saber hasta qué punto el amor de un hombre ilustre ha influido en la creación de una obra artística, o hasta qué punto éste ha sido la causa de determinadas acciones sociales y políticas. Nuestro principal interés está en conocer la estructura psicológica del amor de los genios.

C. Lombroso, en sus distintas obras acerca del hombre de genio, no se ha ocupado en estudiar este punto tan importante de su vida afectiva, dejando al respecto una gran laguna. Otros, como Silvio Venturi, De Roberto, F. Paulhan han dedicado a este asunto únicamente algunas páginas, y los biógrafos lo han hecho desde el punto de vista de la persona por ellos estudiada. Resulta, pues, evidente la necesidad de hacer una amplia investigación psicológica general del amor del genio.

## II. CARACTERÍSTICAS AFECTIVAS DEL HOMBRE DE GENIO

Lo primero que aparece a la vista, al estudiar la vida de los grandes hombres, es su exquisita, intensa, profunda, excitable y activa sensibilidad afectiva. Están dotados de una extensa capacidad para sentir toda clase de impresiones. El número de estímulos que les causa gozo o pena es en ellos inmensamente grande. La *hiperestesia afectiva* constituye el estado típico, característico, preponderante de su espíritu.

La agudeza es, por lo general, un indicio de un alma superior. Y el temperamento artístico, científico, filosófico y religioso es proporcional a la aptitud para apasionarse. En el vulgo los sentimientos sensoriales predominan sobre los sentimientos ideales. Su sensibilidad afectiva resuena y se calma al contacto con los objetos comunes de la vida; en cambio, en los hombres de genio, sólo se despierta frente a las cosas elevadas, y el ardor de sus sentimientos únicamente se apacigua: con la meditación, si es filósofo; con una obra de arte, si es un artista; con un descubrimiento,

si es un sabio; con una acción heroica, si es un conductor de multitudes.

La hiperestesia afectiva, como cualidad fundamental del espíritu del genio, origina otras cualidades secundarias.

Cuanto más sensible es un órgano más grande es su necesidad de ser activo; más rápidas y enérgicas su reacción y su movilidad. De ahí proceden esa tendencia vehementemente de sensaciones y sentimientos, la incesante agitación y la continua inquietud que se ha observado en los hombres de genio; hecho éste que no está en contradicción con su amor a la soledad, porque si en el aislamiento su cuerpo está en reposo, su razón y su imaginación no se hallan nunca en calma.

Su apetito de sentimientos vivos y variados ha dado motivo a la desigualdad en su carácter. Beethoven tenía la singular tendencia de cambiar constantemente de domicilio y de lugar en sus paseos; y la polaridad ha sido el rasgo más importante de Goethe.

La sutileza afectiva hace sentir las cosas de un modo distinto de los demás y comprender ciertos hechos ignorados por la mayoría de los hombres, a la par que determina que sus necesidades sean más numerosas y más difíciles de satisfacer. De donde nacen su descontento por las cosas existentes y la tendencia viva al saber en sus distintos y múltiples aspectos y la de buscar objetos cada vez más dignos. Esta sutileza afectiva se manifiesta como una sensación de pobreza, como un ardiente deseo o instinto no satisfecho, semejante al hambre que siente un individuo cuando su cuerpo tiene la necesidad de reparar las energías perdidas.

En Berlioz la pasión artística era tan violenta que absorbía toda su vida entera. Un amigo de Ampere, que le aconsejaba que cuidara sus fuerzas y su salud, tuvo del sabio la siguiente respuesta: "Nosotros no debemos ocuparnos más que de lo eterno".

Para el hombre destinado a dejar rastros de su paso por la Humanidad no existe otra preocupación que la de perfeccionar su inteligencia, que la de crear obras importantes y realizar grandes acciones; las demás cosas ocupan en él un lugar secundario, inferior. Napoleón I a la vista

de sus grandes aspiraciones se despreocupaba de las pequeñas rencillas y luchas políticas. Los agravios hechos a su persona en privado los toleraba y hasta se mostraba débil; pero cuando se hallaba empeñado el honor de la nación y de su jefe, su alma se excitaba violentamente.

La exagerada sensibilidad afectiva engrandece y acrecienta más allá de lo normal, de lo verdadero, los diversos sentimientos. Por esto en ellos el dolor y el placer, el altruísmo y el egoísmo, el orgullo y la modestia, el amor y el odio son excesivos y fuera de medida. "Todo se exagera en mis sentimientos, en mi imaginación y en mis discursos" —decía Diderot—. Y en sus *Vers d'un philosophe* escribe J. M. Guyau:

    Mi corazón profundo se asemeja a esas bóvedas de iglesias  
    donde el menor ruido se agranda en inmensas voces.

El genio, llevando su poderosa concentración mental sobre las cosas de la vida cotidiana, contribuye a hacer sus sentimientos violentos e inusitados. De ahí que él se ve dominado por emociones inexplicables para los demás, y es llevado a cometer actos extravagantes cuya razón resulta oculta para el hombre ordinario. Hablando Rousseau de sus relaciones con la señora de Warens, dice lo siguiente: "A veces, en su misma presencia cometía extravagancias que sólo el más violento amor podía inspirar. Un día, en la mesa, en el momento en que había llevado un bocado a la boca, exclamé que había visto en él un cabello; ella lo dejó caer en el plato y entonces yo lo cogí con avidez y me lo tragué".

Su temperamento mismo los lleva a ser fácil presa de toda clase de estados afectivos. Y esto los conduce con demasiada frecuencia a los desengaños, a las desilusiones y al sufrimiento moral intenso, o a experimentar goces, alegrías, entusiasmos desconocidos de la mayoría de los hombres. Las simpatías se convierten en ellos en amores ardientes, irresistibles, fatales; las antipatías se transforman en desdenes, en odios profundos. Al surgir un deseo, experimentan la viva necesidad de satisfacerlo en el acto; las ternuras, los afectos súbitos, se disipan a la más pe-



queña sospecha de contrariedad. Las mínimas dificultades los ponen fuera de sí, los desesperan y los irritan. Cellini, Alfieri, Leibniz, Napoleón I, no sabían contener la explosión de sus emociones. A consecuencia de su excesiva actividad nerviosa y mental, Manzoni, Husley, Pasteur, Spencer, eran muy excitables y el más mínimo estímulo ponía en acción su sensibilidad afectiva.

La fuerte tendencia al contraste, a la inversión, la volubilidad, la inestabilidad y la oscilación del humor son otros de los tantos caracteres de la afectividad del genio. Es común en él la ondulación de sus sentimientos, el flujo y reflujo de su afectividad, el paso súbito a las emociones más opuestas: de la valentía a la timidez, del entusiasmo a la desesperación, de la alegría a la melancolía. Su hiperestesia siempre activa, agotada en uno de los polos del sentimiento, se pone a vibrar en el otro, no agotado aún. Se ha observado que en las almas muy sensibles la felicidad misma no está exenta de melancolía. La inversión afectiva es muy aguda en el amor de Musset por *Jorge Sand*, sobre el cual dice él mismo: "Un cuarto de hora después de haberla insultado estaba a sus plantas. En cuanto dejaba de acusar pedía perdón; desde que dejaba de burlarme, lloraba". Según Tito Livio, el viejo Catón tuvo el *ingenium versatile*, un espíritu versátil y maleable. "Yo he nacido —escribe Flaubert— con un montón de vicios que nunca han visto la luz. Me gusta el vino y no bebo jamás. Soy jugador y no he tocado nunca una carta. Me gusta la corrupción y el desarreglo y vivo como un monje."

Estos sentimientos opuestos se manifiestan siguiendo la ley del dinamismo y del equilibrio biológico: el excesivo gasto de energía determina una excesiva relajación de la misma. Tras un intenso y prolongado trabajo intelectual llevado a cabo con entusiasmo, es natural que siga luego una depresión del mismo producido por la fatiga.

La alternativa afectiva del genio obrando sobre su imaginación ardiente e inigual, es la causa asimismo de su grandeza y debilidad, de la elevación de su alma y de su descenso, de su penetración y de su ceguedad, de su sabiduría y de su locura, de su suprema felicidad y su gran desgracia, en una palabra, de su *carácter proteiforme*. Ba-

con de Verulam, Hugo Fóscolo, J. J. Rousseau han demostrado en el orden moral grandeza de alma y debilidades y bajezas, a la par. Lo que hace a Rousseau un ser extraordinario y, hasta cierto punto, un ser anómalo, como puede comprobarse al leer sus *Confesiones*, es su hiperestesia e inagotable afectividad y su ardiente imaginación. Tanto su vida como su obra están relacionadas con la naturaleza de su temperamento afectivo. Fué un carácter raro y extravagante. Inconstante en sus ideales, en sus opiniones, en sus hábitos, en sus amistades y en sus gustos. Por naturaleza honesto y franco y por debilidad y hábito falso y vicioso, de extremo orgullo y de una gran simplicidad y modestia. Juzga a los hombres y al hombre con rara sagacidad; pero crédulo y desconfiado, se convierte en juguete de sí mismo, de sus quimeras. Prefiere el campo y la soledad y vive en la ciudad; imagina y concibe mujeres sublimes y vive cerca de cuarenta años con una vulgar sirvienta; escribe un tratado de educación y pone a sus hijos en una casa de caridad. Soporta los dolores, las penas con resignación y la menor contrariedad lo sumerge en la melancolía. Muchos hombres ilustres en las artes, en las ciencias y en la filosofía han presentado esta particularidad.

Otra de las características afectivas de los hombres de genio es que experimentan con menor intensidad los dolores y los placeres físicos que los dolores y los placeres morales. Las penas del cuerpo las soportan más fácilmente que las penas del alma. Muchos de ellos han tolerado con heroica paciencia las enfermedades más graves y han demostrado una sangre fría ante toda clase de dolores sensoriales. Por el contrario, frente al dolor emotivo, a las penas morales, se los ha visto débiles, cobardes e impotentes. D'Alambert, Menage, insensibles a los dolores más crueles de una operación, lloraban bajo el aguijón de la crítica. Consideran el dolor físico como una necesidad de la naturaleza y a él se resignan; no del mismo modo aprecian el dolor moral, que penetra en lo más vivo de su ser y les causa asombro y los despedaza.

Si la hiperestesia afectiva constituye el estado típico, característico de la afectividad del genio, es de señalar ahora que ella, como se une con el estado general de la

nutrición, con las funciones somáticas y viscerales, sufre muchas variaciones y se presenta siempre con matices especiales. Así, según sea el carácter vital preponderante, da lugar a tipos alegres, tristes, optimistas, pesimistas, generosos, egoístas, irritables, equilibrados, etc. Con estos mismos matices se puede a su vez establecer una escala que va desde los más intensos a los menos intensos. La afectividad puede igualmente manifestarse de una manera profunda, extensa, variada, ocasionando, en consecuencia, otra variedad conforme prevalezca uno u otro de estos aspectos.

El genio asume, por lo tanto, un carácter diferente según el tono afectivo predominante; según el ojo que vé, el corazón que palpita, la mano que pinta y la razón que dirige. La afectividad es la que orienta la inteligencia, la que produce direcciones, aptitudes, disposiciones y talentos particulares. En otras palabras, la diversidad de espíritus nace de la diversidad del *temple afectivo*, y esta influencia tiene sobre la formación del hombre de genio mucha más importancia de lo que se cree. Corneille y La Fontaine han sido dos grandes poetas, pero su genio se presenta bajo aspectos enteramente diferentes a causa de su distinta manera de sentir. Si la filosofía de Leibniz es distinta de la de Schopenhauer, se debe, en gran parte, a su diversa sensibilidad afectiva, más que a su manera individual de comprender las cosas. La *cenestesia* es el fundamento de la peculiar manera de ser afectado por las cosas, y la causa secreta de la diversidad de los genios. Es, por tanto, en la afectividad donde se debe buscar la originalidad en las artes, en las ciencias, en la filosofía y en la religión; originalidad que consiste en ser completamente "uno mismo", en obedecer a las propias tendencias y disposiciones naturales y a las propias inspiraciones. Esta originalidad es, ciertamente, muy rara, porque es difícil poseer el doble poder de sentir y de expresar lo que otros nunca han sentido y manifestado.

La inestabilidad afectiva del genio parece a primera vista una contradicción de su propia naturaleza, en cuanto éste ha demostrado siempre una singular constancia en sus aspiraciones hacia las cosas grandes, hacia una continua perfección. La verdad es que la volubilidad del genio no es

la misma que la de los hombres comunes y sus pasiones inferiores no representan sino el lado negativo, su vida aparente y no su vida esencial. Los fuertes contrastes afectivos son una necesidad de su propia vida psíquica y una ley de su vida superior, y la volubilidad en ellos ha estado siempre asociada a una particular firmeza de propósitos.

El genio es, en efecto, múltiple no sólo en su esfera afectiva, sino también en su esfera mental y volitiva. El es el producto de las facultades, las más opuestas e incompatibles. Algunos poseen una gran sutileza afectiva, pero carecen de una sólida razón; otros tienen una gran facilidad de asimilar y comprender las cosas, pero no tienen constancia de voluntad; otros disponen de una imaginación poderosa, pero desprovista de un buen sentido. El genio reúne en sí todas estas distintas capacidades, y Platón lo ha definido "el orden en la grandeza". El no es solamente una gran capacidad para sentir, sino también una gran aptitud para imaginar lo nuevo, una razón sublime y una gran paciencia. Todo este conjunto tan precioso y armónico es difícil que pueda existir en una misma persona, de donde se desprende la razón de que los genios sean tan raros, como asimismo de su enorme poder, que hace que se los coloque a la cabeza de la civilización.

La gran afectividad, asociada y coordinada por una poderosa razón, no perjudica a la claridad del pensamiento. Una imaginación vigorosa puede estar estrechamente ligada al buen sentido. Si la una inventa, el otro le advierte la importancia y la utilidad de lo inventado. El papel de la imaginación es crear; el de la razón, conocer. La imaginación sólo puede ser fecunda cuando coopera con ella también la inteligencia.

La razón superior unida a sentimientos elevados es el freno más poderoso contra la volubilidad afectiva. Y muchos hombres ilustres, a pesar de su temperamento pasional e impetuoso y de su móvil naturaleza, consiguieron, mediante el poder de su razón y de su virtud, una fuerte armonía interior, la serenidad de su alma, frente a los más grandes obstáculos, peligros y vicisitudes de la vida. Confucio, Epaminondas, Sócrates, Epicteto, Ignacio de Loyola y muchos otros alcanzaron un estado excelso de perfección

y de dominio de su alma y no tenían más que la razón y los nobles sentimientos como principios de su acción.

El perfecto dominio de sí es la base de toda verdadera grandeza interior y exterior. Los grandes hombres se distinguen de los hombres comunes en que ellos obedecen a los dictámenes de las normas morales superiores, y éstos están a merced de sus pasiones y alternativas de la vida. Los primeros pueden proponerse un fin grande y seguirlo infatigablemente; los segundos son impotentes, a veces, en llevar a cabo las acciones más insignificantes, que han menester de mucha constancia. Fáciles en prometer, cuando su espíritu está sereno y en condiciones de comprender su verdadero bien, abandonan su promesa a las más pequeñas dificultades internas o externas que se presentan. Los hombres de estas condiciones son siempre juguetes de las situaciones del momento y de aquí nacen el desacuerdo y la inconstancia en su vida, su mediocridad y a veces también su corrupción, porque la mayoría de ellos cometen errores morales más por flaqueza de voluntad que por malicia, la cual deriva de no saber resistir a las primeras impresiones, que suelen ser siempre muy vivas, y por no estar habituados a ser dueños de sí mismos.

### III. EL AMOR SE HA MANIFESTADO PRECOZMENTE EN MUCHOS GENIOS

Es carácter propio de los hombres de genio, especialmente entre los poetas, sentir el amor desde la más tierna edad. Su gran sensibilidad afectiva, en ellos innata, los lleva a experimentar el amor prematuramente.

Dante se enamoró de Beatriz a las nueve años; Canova sintió su primer amor a los cinco años.

Byron a los ocho años se apasionó de María Duff, y cuando supo, ocho años más tarde, su casamiento con otro, fué atacado de horribles convulsiones. "Estuve próximo, dice él mismo, a ahogarme... y ni entonces ni muchos años después tenía ciertamente idea respecto a los sexos, y no obstante mis penas, mi amor por ella fué tan violento, que hasta dudo algunas veces si después he amado verdaderamente...; su imagen encantadora ha quedado grabada en

mi pensamiento. ¡Sus cabellos castaños, sus dulces y claros ojos pardos; hasta su traje! ¡Si volviera a verla sería el más desgraciado de los hombres!" Este culto que sintió por María fué completamente ideal. A los trece años Byron se enamoró de su prima Margarita Parker, de la misma edad. "Esta pasión tuvo para mí sus efectos ordinarios: no podía dormir, comer, tener reposo y creer que amaba; el único empleo de mi vida era pensar en el tiempo que tenía que transcurrir antes que volviéramos a vernos. Por lo común eran doce horas de separación. Estaba rematadamente loco, pero no estoy mucho más cuerdo que entonces." Este poeta manifiesta que había amado antes de conocer el amor.

A los catorce años, Camoens se enamoró, sin resultado, de una señora de la corte de Lisboa. Y en su destierro acarició siempre este amor sin esperanza, tema de muchos de sus sonetos.

Victor Alfieri sintió en su infancia un inocente amor "por las caritas juveniles, que no eran desemejantes de las caritas femeninas". Y en su juventud se enamoró perdidamente de una mujer, que nos describe él mismo en estos términos: "Era una señora joven, morena, lozana, garrida y maliciosa, que me atraía irresistiblemente. Los síntomas de aquella pasión, cuyas vicisitudes y tormentos he conocido después en toda su fuerza, aplicada a otros objetos, se manifestaron entonces en mí por medio de una tristeza profunda y obstinada; por correr incesantemente en busca del objeto de mi amor y esquivarlo en cuanto lo encontraba; por no saber qué decirle si por casualidad tenía ocasión de cambiar con ella algunas palabras —a solas, nunca, porque estaba demasiada vigilada por los suegros—; por el vagar continuo, cuando regreso a Turín, por las calles, impulsado por el deseo de verla pasar o tropezar con ella en los paseos públicos de Valentino y la Ciudadela; por no oír sin estremecerme que se hablase de ella o se la mentara siquiera; en fin, por todas y cada una de las emociones y sentimientos tan docta y admirablemente esculpidos por Petrarca, el divino maestro de esta pasión divina; emociones y sentimientos que sólo comprenden y experimentan los que están por encima

de lo vulgar en todas las artes humanas. Esta mi primera llama de amor no tuvo jamás consecuencia alguna; pero tampoco se extinguió del todo en mi corazón, y en los largos viajes que emprendí algunos años después, sin quererlo, y sin casi advertirlo, era la norma íntima de mis actos, como si una voz secreta me dijera: Si haces esto o aquello, y si adquieres tal o cual mérito, a tu regreso le gustará más a *ella*, y cambiadas las circunstancias, quizá podrás dar más cuerpo a esta sombra."

La primera pasión de Tasso se la inspiró una joven de Mantua, a la que dirigió muchos sonetos, a la manera de Petrarca, llamándola su Laura. Juan Pablo Richter fué muy enamorado desde la niñez. Estando en la escuela, experimentó una fuerte simpatía por Catalina Barin, y después consagró un capítulo, en su vida, al primer beso.

Shakespeare tuvo asimismo amores precoces. Se casó a los dieciocho años con una joven de nueve años más que él. Juan Jacobo Rousseau se enamoró a los nueve años de la señorita Lamercier. Un poco más tarde sintió afectos vehementes por las señoritas de Vulson y Gotan. "Me presentaba —escribe él— a la señorita de Vulson lleno de placer, pero sin turbarme; en cambio, la sola vista de la señorita Gotan me trastornaba, desconcertándome por completo... Por nada del mundo hubiera querido incomodar a la de Vulson; pero si a la de Gotan se le hubiera ocurrido ordenarme que me arrojara al fuego, creo que al punto lo hubiera hecho. Rousseau nos describe también en sus *Confesiones* sus primeros ataques de amor sexual, sin que lo determinara objeto alguno. "Sentíame inquieto, distraído y pensativo; lloraba, suspiraba, deseaba una dicha de la cual no tenía idea siquiera, y, sin embargo, sentía una falta... Es una plenitud de vida dolorosa al par que llena de delicias, que en la embriaguez del deseo nos da la idea anticipada de los placeres. Mi sangre enardecida poblaba incesantemente de mujeres el cerebro."

Corneille ha sido muy sensible a la pasión amorosa desde su adolescencia.

Goethe experimentó el amor a los once años. Frecuentando a esta edad el teatro francés de Francfort, hizo amistad con un pequeño actor, llamado Derones, que un

día le presentó a su hermana: una niña que no tenía todavía quince años, morena, grave, casi melancólica. "Yo hice un esfuerzo —dice Goethe— para llamar la atención; no iba nunca a verla sin llevarle flores o frutas; ella aceptaba y daba las gracias, pero su lánguida mirada nunca se fijó en mí."

Algunos poetas, artistas, científicos y hombres insignes se casaron muy jóvenes. Shelly, a los diecinueve años. Ben Johson, a los veintiuno. Franklin, a los veinticuatro años. Dante, Kepler, Fuller, Burke y Scott, a los veintiséis. Wáshington y Bonaparte, a los veintisiete.

Los amores prematuros del genio son semejantes por sus caracteres a los amores que sienten los adolescentes y los jóvenes, con la diferencia que en aquél se presentan de una manera más acentuada e idealista y siguen, por lo general, en un ulterior desarrollo, un rumbo distinto.

#### IV. LA INCONSTANCIA Y LA VOLUBILIDAD HAN SIDO LAS CUALIDADES PROPIAS DEL AMOR DE UN BUEN NÚMERO DE POETAS Y PENSADORES INSIGNES

El amor, como cualquier otro sentimiento, puede ser estudiado, tanto desde el punto de vista de su extensión, profundidad, intensidad, como desde el punto de vista de su resistencia, constancia, equilibrio y coordinación. Vamos a examinar el amor del genio teniendo presente estos últimos aspectos.

Ante todo debemos tener presente que la naturaleza afectiva del hombre es de por sí *móvil*, como los flujos y reflujos del mar. Los sentimientos, en general, no son inmutables como nuestros instintos y aun nuestras ideas. Ellos están bajo la ley del ritmo: la intermitencia es uno de los principios funcionales del cerebro y de la vida orgánica. Los estados afectivos oscilan continuamente, y cuanto más un afecto es sentido con violencia y por mucho tiempo, tanto más enérgico tiende a prevalecer su contrario. Las más vivas emociones se desvanecen rápidamente, dejando sólo un recuerdo confuso. Muchos deseos se disipan antes de haberlos podido satisfacer. Shakespeare ha



comprendido claramente este carácter de la vida afectiva al decir en su *Hamlet*: "Las resoluciones que formamos las quebrantamos a menudo. El propósito no es más que esclavo de la memoria; su nacimiento es brusco, pero de escasa validez. Ahora, como fruto acerbo, está adherido al árbol; pero caerá por sí solo cuando esté en sazón. Es de todo punto inevitable que olvidemos pagar lo que debemos a nosotros mismos, y cualquier cosa que nos propongamos en un rasgo de pasión, cuando ésta se calma, se desvanece el propósito. La violencia del dolor o del placer destruye sus resoluciones. Allí donde es más bulliciosa la alegría, más se lamenta la tristeza, y basta un leve accidente para que la tristeza se regocije y el regocijo se entristezca".

La variabilidad de nuestro sentimiento es, con frecuencia, independiente de nuestra voluntad. Cuando reprochamos, a veces, a las demás personas de poca sinceridad e incoherencia en sus afectos, olvidamos que éstos pueden haber cambiado del todo y a pesar suyo.

Si la vida afectiva normal es por sí móvil, con mayor razón lo es la de los hombres de genio, dotados de un exceso de sensibilidad afectiva y de una viva imaginación. Ellos son más sensibles que los demás hombres al menor choque; más fáciles a la exaltación y a la depresión, a la excitación y a la calma; más delicados al sufrimiento y al gozo; más dispuestos a la simpatía y a la antipatía, a las ilusiones y a las desilusiones, a los desequilibrios, a los contrastes y a la volubilidad. Por estos motivos ellos son en el amor más fuertes y más débiles, mejores y peores, más sublimes y perfectos, más sencillos e imperfectos.

La variabilidad ha sido el carácter común de los amores de Tasso, Shakespeare, Byron Shelley, Fóscolo, Goethe, Musset, Rousseau, etc. En todos ellos se observa el paso brusco de un acceso de amor a una completa frialdad, de las ternuras exquisitas a los abatimientos profundos, de los arrobamientos divinos a los éxtasis melancólicos. Muchos de ellos nos han descrito sus extremos goces, sus alegrías desbordantes, sus horas de desaliento, sus disgustos, su atonía, que los incapacitaba para realizar cualquier acción.

Shelley no ha hecho más que expresar el estado propio de su alma al decir:

El hoy del hombre es siempre un mañana  
Sólo una cosa dura: la mutabilidad.

Tasso, como él mismo reconocía, se enamoraba muy fácilmente de muchas mujeres, siendo indeciso en hacer elección e inconstante en sus amores:

*... Iconstanti amori...*

*Furo e miei sempre e non cocenti ardori.*

Todos sus héroes, Eustaquio, Olindo, Armida, Adras-te, aman y dejan de amar repentinamente.

Shakespeare ha reflejado sus mismos sentimientos en sus distintos personajes. Toda sus heroínas tienen una afectividad exaltada y extremadamente susceptible al amor. Cuando aman lo hacen sin medida y de una manera súbita. La primera vez que Julieta ve a Romeo le dice a su nodriza: "Ve a preguntar su nombre. Si está casado, la tumba será mi lecho". Las primeras miradas ocasionan éxtasis; el repentino nacimiento del amor, arrobamiento. Miranda, al ver a Fernando, cree ver una criatura celestial. Se queda inmóvil, deslumbrada por su figura.

Fóscolo amó profundamente, pero debido a su exceso de vida afectiva, no apaciguada por el solo trabajo, sus amores fueron fugaces, versátiles. Nacían en él de una manera brusca y eran de carácter vehemente. Carecían de toda apacibilidad y serenidad. Cuando creía haber encontrado la felicidad que tanto anhelaba, iba en busca de un ignorado afecto. Como la mujer no siempre puede corresponder en el amor con la misma intensidad, esta falta de correspondencia ocasiona una ilusión, el paso del júbilo a la congoja y la necesidad de ir en busca de otro sentimiento en armonía con el propio.

Es un error creer que la cesación brusca del amor entre dos seres de distinto sexo puede dar lugar a una recíproca estimación y amistad. De un fuerte sentimiento no puede nacer más que otro intenso sentimiento. De ahí que con frecuencia se pase tan fácilmente del amor al odio. Y es completamente normal en el genio —cuyas reservas afectivas son inagotables— que al languidecer en él un amor pase a otro, que su pasión sea transferida a otro objeto.

Si la *Heloísa* de Rousseau, observa justamente E. Levi, es criticable desde el punto de vista del amor absoluto, del amor verdadero, no deja de ser, sin embargo, una bella creación, tanto más verdadera cuanto más defectuosa. Porque representa en una novela realmente humana todas las contradicciones y todas las debilidades de su espíritu. Después de haber ensayado en vano el fijarse en Mme. de Warens, de la que tuvo celos; después de haberla olvidado al lado de Mme. de Larnaye; después de haber adorado a Mme. Houdetôt, que ama a otro, él se casa filosóficamente con su sirvienta, y si es verdad que murió luego de pena por una infidelidad de Teresa, es menester admirarlo y condolerse, pues su alma había sido hecha para amar.

El amor depende en gran parte de la imaginación. En el genio esta actividad del espíritu es muy grande. Y lleva a amplificar, deformar y extender fuera de los límites de lo normal su amor, quitándole toda serenidad y equilibrio. Es propio del genio ser grande en todo. De ahí que ese sentimiento resulta ser siempre un afecto monstruoso, desproporcionado, en relación con las necesidades individuales y sociales.

La viva imaginación del genio contribuye a hacer asimismo su vida amorosa móvil y llena de grandes contrastes. Todos, más o menos y en cierto grado, somos visionarios. Vemos en las cosas nuestra propia alma con todas sus grandezas y pequeñeces. Objetivamos lo que fermenta en nosotros. Así, para el poeta todo es fuente de maravilla, para el santo todo es divino y para el héroe todo es grande. Por el contrario, todo es pequeño, inferior, malo, feo, para el alma baja, mezquina y ciega. "Todo es puro para los que son puros y nada hay puro para los que son impuros e infieles", dice San Pablo (*Cartas a Tito*, cap. I, versículo 15). El genio, llevando dentro de sí la superioridad, tiñe de superior todo lo que encuentra. Dominado por una ardiente imaginación, se forja un ideal de perfección femenino en pleno contraste con la realidad. Este ideal lo encarna en la mujer que despierta su amor. Si ella es hermosa, es un ángel y tiene la bondad de una diosa; realza y transfigura sus verdaderas virtudes y sus defectos.

Fácil es ver ahora las grandes desilusiones y los enor-

mes errores y, por tanto, las veleidades a que están sujetos sus amores. Con el predominio de la imaginación, sus amores son con frecuencia puramente imaginativos, una exaltación cerebral, caprichos estéticos, más que verdaderas necesidades afectivas. Si se casan, es para realizar un sueño y no para fundar un hogar; están dispuestos, por tanto, a poner siempre un pie en lo falso y caer en un abismo. La imaginación, privada de todo juicio ha sido siempre una guía insegura para escoger la compañera de vida. No se podría explicar de otra manera la infelicidad matrimonial de muchos hombres insignes: Shakespeare, Milton, Shelley, Byron, Corneille, y las tristes relaciones amorosas de D'Alembert con la señorita Lespinasse.

La realidad es, además, tan diferente del ideal de perfección, de dicha, creado por el genio; su amor es tan grande y fuera de límites, que al ponerse en contacto con su objeto sufre un desencanto, una desilusión, tanto más grande cuanto más elevado es ese ideal. De donde vienen el disgusto y, por consiguiente, el abandono de la mujer que no supo encarnarlo y la necesidad incesante de buscar a otra que corresponda a su imagen ideal y a sus siempre renovados afectos.

Para el genio, como para todo amante, cuando ama de verdad, no existe más que una sola mujer; pero la mujer soñada por él se revela, a veces, en distintas personas, siendo esto también otra de las tantas causas de sus diferentes amores. "Amo un poco a todas las mujeres, como si tuvieran en prenda una parte de mi ideal o de mi mismo ideal", escribe F. Amiel.

Goethe amó durante su vida a Gretchen, a Clarchen, a Federica, a Emilia, a Ana, a Lotte, a Lili, a Betina y a otras. Juzga él muy agradable el sentimiento de una nueva pasión que nace antes que la primera se apague. Emilia le hace olvidar a Federica; Ana, a Emilia; Carlota, a Ana, y Maximiliana, a Carlota. "El hombre quiere conquistar, no ama la seguridad", dice este poeta.

Voltaire se enamoró sucesivamente de la señorita de Desnoyers, de la señora de Villars, de la señora de Rupelmonde y de la de Chatelet.

Juan Pablo Richter amó a Catalina Barin, a la señora de von de Kalb, a la señora de von Krudener, a Emilia von Berleps a Carolina von F., a Josefina von Sydon y, por último, a Carolina Meyer, con quien se casó.

La tendencia propia del genio a no repetirse y el exceso de su vida afectiva, que implica en él mayor necesidad de afectos variados y de pasiones nuevas, es igualmente otra causa de su inconstancia.

La volubilidad amorosa del genio no es, sin embargo, de la misma naturaleza que la de los hombres vulgares. Y acusar a aquellos de vanidad, de vicio, de concupiscencia, de vulgaridad y de ir en contra de las normas e imperativos sociales es desconocer en absoluto su estructura íntima afectiva y sus verdaderas tendencias. Muchos de los que han hecho la biografía de los hombres de genio, por no tener una noción elemental de su íntima naturaleza psicológica y de sus necesidades, han juzgado erróneamente sus amores. Es menester tener presente que la genialidad, por lo general, subordina el fin de su amor a su genio, a las necesidades de su espíritu: Otilia, en las *Afinidades electivas*, de Goethe, se debe a Minna, en los *Caprichos del amante* a Ana, la Suleika en el *Diván* a Mariana y en la admirable *Elegía* a Ulrica. Julia de la *Nueva Eloísa*, de Rousseau, es fruto de la señora de Houdetôt.

La polaridad, el contraste, la volubilidad de la vida afectiva del genio es análoga a la de los demás hombres comunes, con la diferencia de ser más manifiesta y más acentuada y obrar en beneficio del arte o de la ciencia. Pero el revés de la medalla es también más intenso y más grande en el genio, es decir, la tendencia a la coordinación, a la constancia y a la unidad. Por este motivo considerar la volubilidad como carácter único de su espíritu, es ignorar su propia esencia.

La aspiración a un amor constante, único, absoluto es, como veremos, otra de las fases de su gran espíritu. El cambio, la mutualidad es para ellos un proceso y la constancia un fin. En este sentido debe interpretarse el pensamiento siguiente de Tasso (*Gerusalemme*, Canto V):

... nel mondo mutabile e leggiro  
Costanza è spesso il variar pensiero.

El genio perfecto une siempre la innovación a la continuidad, el progreso a la persistencia, la variedad a la identidad.

#### V. ALGUNOS GENIOS ESPIRITUALIZARON Y OTROS IDEALIZARON SUS AMORES

Establece F. Paulhan una diferencia entre la espiritualización e idealización de las tendencias afectivas.

La espiritualización es, según este autor, la entrada de una tendencia en la vida general del espíritu, su combinación, lo más posible, con las demás tendencias, ideas, sentimientos, actos, etc. La espiritualización no es necesariamente una depuración, una sublimación. Por el contrario, es, en cierto sentido, un enriquecimiento. La idealización, en cambio, supone más bien la supresión de algunos de sus elementos y es, por tanto, un empobrecimiento. Un amor que se idealiza es un amor que no tiene en cuenta el cuerpo. La idealización es muy frecuente en los místicos, cuya ardiente aspiración hacia la vida eterna le hace olvidar la vida terrenal, y en los iluminados y apóstoles del amor abstracto.

El amor espiritualizado se asocia a las demás partes de la vida elemental y no descuidan el cuerpo, aunque podrá privarse por algún tiempo de su posesión para no herir los sentimientos de simpatía, de respeto, de conveniencia a los cuales se une. La espiritualización de la necesidad del comer no es disponerse a morir de hambre, sino asociar a esta necesidad un gran número de tendencias y sentimientos a las ideas de salud, impresiones estéticas, conveniencias comunes y personales y sentimientos de familia. La espiritualización no debe, pues, ser confundida con la idealización, porque consiste en elevar a las tendencias inferiores, en humanizarlas, en subordinarlas a las demás.

El amor espiritualizado en el sentido de Paulhan no es más que el *amor integral*, en donde el instinto sexual se une a los sentimientos de respeto mutuo, de belleza, de bondad, de pudor, de simpatía, etc. Y el amor idealizado es el amor llamado *ideal*, *platónico*, que excluye toda pose-

sión corporal y sólo aspira al gozo espiritual. El amor integral implica la posesión del objeto amado. El amor ideal sólo lo acaricia, lo admira, sin poseerlo, a menudo, para no romper la confianza de la persona amada. Los franceses llaman a esta clase de amor *amitie-amoureuse*; los alemanes, *herotische freundschaft*. En el amor ideal existe una sublimación del instinto sexual. La función instintiva inferior es substituída por otra superior y más moral. La suma de energía de instinto genésico es utilizado para un trabajo de orden superior.

Varios genios han conocido una y otra de estas dos clases de amores que acabamos de describir. Otros, por el contrario, no sintieron más que el amor ideal.

Dante, Petrarca y Cervantes amaron, respectivamente, a Beatriz, a Laura y a Dulcinea como si fueran una cosa ideal, sin relación alguna con las necesidades fisiológicas naturales. Pero conocieron igualmente el amor integral, pues ellos tuvieron mujer e hijos.

Rafael, Shakespeare, Milton, Racine, Víctor Hugo, Goethe, Goya, Stuart Mill, Lamartine, Fichte, etc., han sentido tanto el amor ideal y han tratado, a su vez, de no olvidarse del fin biológico de la especie. Mientras que Miguel Angel, Beethoven, Leopardi, Mendelssohn, Leonardo de Vinci, Metastasio, Pico de la Mirándola, Amiel, Newton, etcétera, a pesar que suspiraron toda su vida por la posesión de una mujer, no la amaron más que platónicamente.

## VI. CARACTERES DEL AMOR DE LOS HOMBRES DE GENIO

El amor del genio se caracteriza por poseer cualidades esencialmente ideales, las cuales están en íntima relación con las necesidades elevadas de su espíritu creador.

En el amor, como en el arte y en la conducta, existe una idea de lo grande, de lo sublime, por medio de la cual se ennoblecen los sentimientos más vulgares de la vida. Esta idea, que es producto de nuestra inteligencia, se llama ideal. Así como el artista en su obra no copia la realidad, sino que la engrandece, el genio en su amor busca las más sublimes relaciones, concentra los más elevados elementos

y se esfuerza continuamente para acercarse a la suprema perfección afectiva. Hay mucha verdad en la Venus de Milo, en los cuadros de Rafael, en las pinturas de Murillo, en Julieta, pero no encontramos el original. Hay mucha verdad, igualmente, en el amor ideal sentido por el genio, en el amor de Don Quijote por Dulcinea; pero sólo excepcionalmente es alcanzada una forma concreta. Los hombres comunes apenas llegan a entrever este ideal de perfección afectiva; porque el amor sublime es propio de un espíritu superior.

El amor de Tasso por Leonor, el de Leopardi por Apasia, el de Chateaubriand por Recamier, el de Miguel Angel por Victoria Colonna, el de Heine por la princesa Belgioioso, el de Comte por Clotilde de Vaux era en todo ideal.

La Beatriz que Dante amó en su juventud, era realmente la hija de Folco Portinario, pero la Beatriz amada por Dante en la edad viril sólo fué un recuerdo, una imagen de la primera, su esencia espiritual despojada de todo lo que es real.

La pasión que sentía Petrarca por Laura era, según él, verdadera y profunda. Los viajes, la soledad, la castidad, la nobleza de Laura calmaron sus amores y lo llevaron de la región inquieta del sentimiento a aquélla más serena del arte. El amante poeta pudo idealizar la amante y ver en ella, no Laura solamente, sino la mujer, y no la mujer sola, sino lo que es perfección, una diosa, Dios. Así su amor llegó a ser casto y virtuoso, amor puro, amistad espiritual; pero siempre sincera y viva.

Miguel Angel amó a Victoria Colonna con un sentimiento castísimo y la adoró como una cosa divina. Si su primer arrebató de amor por ella fué sensual, sin embargo, el respeto que él sentía por la dama, la virtud y la severa castidad que dominaban siempre en el alma del artista, lo determinaron a que ese primer deseo se transformara en un sentimiento platónico y que ella fuera cada vez menos mujer para convertirse, como la Beatriz de Dante, en un ángel y en una santa.

Leonardo de Vinci aspiró durante toda su vida a un amor perfecto e ideal. No se tiene seguridad alguna que él haya tenido amores sexuales con alguna mujer. Su amor



estaba bajo el dominio de la reflexión, y se despertaba en él después del conocimiento y transformaba su energía en ansias de saber. El sentimiento que él experimentó por la Gioconda fué de carácter platónico. Su vida amorosa ha sido menos tormentosa que la de otros grandes hombres.

En muchos de sus escritos Leopardi nos habla de los goces más elevados y más suaves que nacen de acariciar una bella figura abstracta femenina, que es incapaz de producir la contemplación de una imagen concreta, que carece de la perfección de la *excelsa imago*.

Su himno *Alla sua donna* no está dirigido a ninguna mujer de este mundo; sino a una mujer ideal concebida por él.

El sentimiento que experimentó Goethe por las distintas mujeres que amó fué, en la mayoría de los casos, intelectual. El no sintió hondamente aquella voluptuosidad del dolor que conocen los grandes amantes comunes. Su amor fué siempre vencido por el arte. Su tranquilidad se turbaba por muy poco tiempo. Cuando una criatura femenina hacía vibrar su alma, este amor era aprovechado para reproducirlo en las figuras imaginarias de su obra. Hecho esto, su amor se hacía indiferente y la mujer era olvidada. Más de una vez él habla del pesante yugo que la pasión pone sobre el cuello de los hombres. "La dulce mujer amada me tiene asido contra mi voluntad de ese hilo encantado que no puede romperse; tengo que vivir a su modo, dentro de su círculo encantado. ¡Qué mudanza más grande! ¡Amor! ¡Amor! ¡Déjame!" (*Memorias de mi vida*, cuarta parte, libro 17).

"Don Quijote —observa Miguel de Unamuno— amó a Dulcinea con un amor acabado y perfecto, con amor que no corre tras deleites egoístas y propios; entregóse a ella sin pretender que ella se entregara. Se lanzó al mundo a conquistar gloria y laureles para ir luego a depositarlos a los pies de su amada. Don Juan Tenorio habríase dedicado a rendirla con la mira de poseerla y saciar en ella su apetito, no más que por amor de gozarla y pregonarla."

Los principales caracteres del amor ideal del genio son la pureza, la castidad, la nobleza, la inmaterialidad, la

asexualidad, la duración, el sacrificio, la sublimidad, la unión absoluta y monogámica.

La tendencia a la unicidad del objeto, a la perfección ideal, a la selección, a la individualización es en el genio muy acentuada y profunda. Los elementos morales y estéticos desempeñan un papel preponderante y, por lo general, van acompañados de la hipertrofia de la personalidad y de la excesiva admiración.

Entran a formar parte del amor genial muchos elementos del amor romántico. Existe en él la tendencia a la profundidad e intensidad del sentimiento, más que a su amplitud; la atracción de todo lo que es misterio; la sed de la serena contemplación, de la adoración ilimitada; el anhelo a lo infinito y a los goces naturales y estéticos más refinados.

El amor humano integral busca ser correspondido, ama para ser amado. El amor ideal no busca ninguna recompensa, fuera del amor mismo; lo da todo sin recibir nada, ni agradecimiento ni restitución; es abnegación y desinterés puros. En el amor maternal se realiza este mismo hecho.

Lo que lleva al genio a amar es una necesidad de comunión espiritual; es la tendencia a la unidad anímica, suscitada por la belleza, la bondad, la gracia y la inteligencia de la mujer amada. "La bondad de la mujer y no sus miradas obtendrán mi amor" —dice Shakespeare—. Lo que atrae a la madre no es el cuerpo del niño mismo, sino el alma que subyace en su cuerpo. En cambio, lo que une en el amor integral es la atracción de los cuerpos y de las almas.

Favorecen la idealización del amor la reflexión, el gusto estético y moral muy elevados, la sensibilidad afectiva refinada, la independencia y la originalidad del espíritu. Contribuyen igualmente el amor rechazado, la ausencia o la muerte de la persona amada. "La ausencia disminuye las pasiones mediocres y aumenta las grandes, como el viento apaga las bujías y aviva el fuego" —escribe La Rochefoucauld—. La timidez, el elevado orgullo, la irresolución entran asimismo como factores de la idealización. Las almas delicadas sienten frente al amor superior timidez, vacilación, respeto sagrado.

Mientras que para el amor integral la belleza, la bondad, el cariño, la abnegación, la gracia del objeto amado se hacen dignos de posesión, para el amor ideal se convierten en un culto. El amante ideal pasa del objeto a la pura exaltación de la afectividad. Goza más con la mera contemplación de la bondad y de la belleza que con su posesión. A veces llega a ser incapaz de sentir el verdadero afecto por la mujer real. Todo lo que no se refiere a su ideal es indigno de sus miradas. "El ideal —dice Amiel— envenena en mí toda posesión imperfecta."

Cualquiera que haya amado una sola vez idealmente sabe que entre el deseo sexual y el amor ideal existe una especie de antagonismo. El pudor sexual aumenta el amor. En el amor integral o conyugal el conflicto entre el instinto y la pureza desaparece, porque el deseo sexual está subordinado a la estimación, al cariño, al pudor y a la razón. Sin embargo, nunca el éxtasis espiritual coincide, en el tiempo, con el éxtasis carnal. Sabido es que a medida que aumenta el respeto, la consideración moral por una mujer, menos se desea su posesión física; el instinto genésico se sublimiza frente a ella. "Puedo jurar —dice Rousseau al hablar de sus relaciones con la señora de Warens— que nunca la amé con mayor ternura que cuando apenas deseaba su posesión." El poeta alemán Grillaprzzer confesaba que el amor y la sexualidad eran en él bien distintos; cuando él amaba a Teresa no pensaba... en su pecho.

Ejemplos típicos de amor ideal los hallamos en la vida de la mayoría de los grandes poetas y pensadores insignes. Pero ninguno de ellos resalta tanto como el amor de Petrarca por Laura. Por ser de tanto interés, transcribimos aquí lo que dice él mismo en su *Confessioni* sobre este particular. "Afirmar que los sentidos no han ejercido en mí influencia alguna sería mentir; diré, con seguridad, sin embargo, que, aunque el ardor de la edad y de mi temperamento me disponía a sentir sus efectos, detesté siempre la bajeza. Durante mi adolescencia he experimentado las penas del amor violento, pero único y honesto; y más largo tiempo lo hubiera sentido si la muerte cruel, pero útil, no hubiera apagado aquel fuego que ya principiaba a entibiarse. Amé a una mujer cuya alma no conocía los cuida-

dos mundanos, sino que ardía en celestes anhelos; en su rostro relucían los rayos de la divina belleza; sus costumbres eran ejemplos de perfecta honestidad; en su voz, en la fuerza de sus miradas, en su semblante no había nada de humano o mortal. Diré todo en breve: Laura apareció la primera vez a mis ojos a los primeros años de mi adolescencia, en el año del Señor 1327, el 6 de abril, en la iglesia de Santa Clara, en Aviñon, y en la misma ciudad, el mismo mes y día, a la mañana, en el año del Señor 1348, aquella luz me fué arrebatada, mientras yo, por ventura, me hallaba en Verona ignorante, ¡ay de mí!, de mi destino. Tuve luego, en Parma, la infeliz noticia, por carta de Lodovico, al mismo año y mes de mayo y a la mañana del día 19. Su casto y bellissimo cuerpo, depositado el mismo día de su muerte, a la tarde, en un cómodo lugar de los frailes menores: y su alma, creo, que como dijo Séneca del Africano, que haya vuelto al cielo, de donde vino. Yo amé la virtud de Laura, virtud que no se ha extinguido en mí, porque no puse mi alma en algo mortal, sino que coloqué mi complacencia en su alma sobrehumana, en sus costumbres, cuyos ejemplos tenemos en el modo de vivir de los habitantes del cielo. En mi amor, salvo su carácter excesivo, no hubo ninguna cosa liviana, obscena y culpable. Mas, y esto no lo callo, lo poco que yo soy es por aquella mujer, y si tengo también cierta fama y gloria, éstas no las hubiera nunca alcanzado si la semilla tenue de virtud, que la virtud habí apuesto en mi alma, ella no la hubiera cultivado con nobles afectos. Sí, ella apartó a mi alma juvenil de todas las torpezas y la llevó a fijarse en las cosas celestiales. Y ¿no es verdad, acaso, que el amor transforma? No hubo nunca ningún maldiciente mordaz que con palabras punzantes tocara su fama; que manifestase haber visto en sus actos y expresiones algo reprehensible... No hay, luego, para qué maravillarse si su renombre tan conspicuo despertó en mí el deseo de adquirir brillante fama, y mitigase las ásperas fatigas a que tuve que someterme para conquistarla. ¡Pues qué otra cosa podía desear sino complacer a ella, y a ella sola, siendo la única que me gustaba!"

El amor que siente Víctor Hugo por Adela, como lo de-

muestran sus *Cartas a la novia*, es, en gran parte, ideal. Está formado de respeto, de admiración, de nobleza, de ternuras infinitas, de afectos profundos. Es un amor exclusivo, celoso, unido al ansia de perfección. “Me esfuerzo —dice él— en volverme mejor para ser más digno de ti.” “El deseo de ser digno de ti es lo que me hace severo con mis defectos. Te lo debo todo y me complazco en repetirlo. Si me he preservado con constancia de los desbordamientos demasiado frecuentes en los jóvenes de mi edad no ha sido porque me han faltado ocasiones, sino porque tu recuerdo me protegió sin cesar.” “Todos mis esfuerzos tienden a elevarme hasta ti, y, si alguna vez he parecido ambicioso de gloria, no era más que por la costumbre de llevar todos mis deseos a ti; si he tratado alguna vez de ilustrar mi nombre es por haber pensado que lo llevarás algún día.” Admira lo angelical, lo casto que hay en Adela. En el amor ve la unión de dos almas, que se compenetran, que se entienden, unión que comienza en la tierra y termina en el cielo. “Se aman nuestras almas y no nuestro cuerpo.” Este amor del alma es eterno, absoluto, es un culto que diviniza al ser amado, vive de desinterés, de entusiasmo y de sacrificios, no pide nada, ni siquiera una mirada a las demás mujeres.

Wágner, en su *Tannhauser*, ha puesto de relieve de una manera admirable el contraste entre el amor físico y el amor ideal. Wolfram, uno de sus personajes, ve en el amor “una fuente de gracia maravillosa, a la cual no osa acercarse por miedo de enturbiarla. Tocar a ella sería demasiado; le basta con adorarla. En esto —dice— reconozco la más pura esencia del amor”.

Como prueba también de que el genio experimenta por la mujer un amor ideal, lo tenemos en el entrañable cariño que algunos renombrados poetas y escritores han sentido por sus respectivas hermanas. Como, por ejemplo, Balzac por Laura, Leopardi por Paulina, Chateaubriand por Lucilla, Renán por Enriqueta, etc.

El amor ideal, con su repugnancia a todo lo sexual, contrasta con las condiciones que aseguran la fecundación física. Quiere decir que su fin no es la procreación de la especie, sino la creación de obras intelectuales y morales.

Los genios casi siempre han buscado en el amor sólo motivos afectivos para su inspiración. En efecto, los grandes poetas, artistas y pensadores han sacado de los goces del amor ideal los sentimientos más bellos, los más ardientes entusiasmos y elevadas sugerencias. La mujer elevada a la dignidad de una diosa y de una virgen ha inspirado siempre las más grandes concepciones de perfección moral, estética e intelectual.

Así como el amor en sus formas inferiores existe y sirve a la vida mediante la generación; en sus formas superiores, ideales, se emancipa de la vida, de modo de hacer de la reproducción un accidente no deseado. Entonces se podría decir: el amor no es para la vida, sino la vida para el amor, para el desarrollo del ser espiritual.

La fuerza del amor deriva, en gran parte, de la valorización, de la objetivación transcendental del objeto amado. Los sentimientos de belleza, de perfección, que el amante proyecta sobre la amada, vuelven a él llenos de fe y de entusiasmo.

Fué el amor ideal, divino, por Beatriz que animó e inspiró a Dante en la *Vita Nuova* y la *Divina Comedia*. Sólo en este amor se encuentra el secreto de la verdadera inspiración. Si Leopardi hubiera amado sensualmente a Aspasia y Goethe hubiera tenido relaciones carnales con Lili sus nombres no hubieran sido legados a la posteridad. "¿Crees —dice Byron (*Don Juan*, III)—, si Laura hubiera sido esposa de Petrarca, que hubiera estado éste escribiendo sonetos toda su vida?" A. Comte, con seguridad, no habría hecho de la mujer símbolo de altruismo, si se hubiera casado con Clotilde de Vaux.

Cuanto más el hombre se ha alejado de la pasión indomable del amor físico, más abundancia de simpatía, de benevolencia, de altruismo, de afecto desinteresado, de amor platónico ha sentido y expresado. Por esto es muy exacto lo observado por Unamuno al decir que, para los que aman mucho, es el amor —amor a mujer— algo subordinado y secundario en su vida, y lo principal de éste para los que aman poco.

El amor ideal del genio, cuando no excluye los intereses de la especie, señala la dirección hacia la cual debe orien-

tarse la humanidad superior. El verdadero genio es siempre apóstol del amor perfecto y esto es una de las principales misiones a que ha sido destinado.

#### VII. EL AMOR INTENSO A LA MUJER NO PUEDE COEXISTIR CON EL AMOR PLENO AL ARTE O A LA CIENCIA

Otra de las pruebas de que muchos genios amaron idealmente y se contentaron con goces amorosos puramente estéticos e intelectuales, lo tenemos en la incompatibilidad existente entre el amor intenso a la mujer y el amor profundo a la ciencia, arte, filosofía o religión.

El amor a la mujer es bastante grande para que pueda coexistir en un sabio con el amor completo a la ciencia. De todos nuestros sentimientos, el amor es el que llena más nuestra alma, y en este sentido apaga toda atracción hacia el arte o ciencia, que nace del sentimiento de insuficiencia afectiva y la necesidad de complemento espiritual. Dos amantes son dos seres que pueden bastarse a sí mismos, siendo, pues, los que menos pueden experimentar necesidades intelectuales superiores.

Cuando se ama más lo general que lo particular, la abstracción que los objetos reales, se sacrifica lo uno por lo otro. Cuando amamos más a los hombres en masa no queda sino un débil sentimiento para cada uno de ellos en particular. Y si asentamos toda nuestra felicidad en las afeciones científicas y filosóficas, nuestra simpatía se resiente, se debilita, para las personas. Por este motivo, los hombres de genio no pueden haber tenido por la mujer un amor muy grande e importante, porque ellos concentraron todos sus sentimientos en escribir libros, en hacer cuadros, en arrancar los secretos de la naturaleza, en guiar los pueblos hacia mejores destinos. La experiencia comprueba, en efecto, que los que se dedican ardentemente al estudio desprecian los amores sensuales y el acto de la generación.

Manifiesta C. O. Bunge "que las únicas pasiones que llega a dominar y absorber un animal perfectamente sano de cuerpo y espíritu son el hambre y el amor. Fuera del hambre y del amor, todo lo demás puede interesarle, pero mediocrementemente. Sin embargo, lo único que alcanza a inte-

resar fundamentalmente al hombre de genio es la pasión de su arte o ciencia, de su actividad mental. Esa pasión es la que absorbe su atención, lo que encadena su voluntad, lo que gasta su vida. Como prueba del poder extraordinario de tal sentimiento basta citar las anecdóticas *distracciones* de los hombres de genio”.

“El arte —dice Emerson (*Guía de la vida*)— es una dama celosa, y si un hombre tiene disposiciones para la pintura, música, poesía, arquitectura o filosofía, es un mal marido y un mal proveedor, y procedería sabiamente si no se engrillara a sí mismo con deberes que amargarán sus días y lo privarán de un trabajo más apropiado.”

La mayor parte de las grandes obras y las más bellas creaciones humanas han sido hechas por hombres solteros, por los que han dirigido hacia ellas todos sus sentimientos y todas sus energías. Salvo algunas excepciones, ningún eminente artista o pensador, antiguo o moderno, se conoce que se haya dedicado al amor intenso por la mujer.

El arte ha sido, en efecto, el verdadero amor de Beethoven, Rossini, Mendelssohn, Chopin, Verdi, etc. El verdadero amor de Platón, como el de Leonardo Vinci, Lope de Vega, Newton, Kant, Calderón, Murillo, fué el que sintieron por su ciencia, arte o filosofía. El objeto de su amor fueron sus ideales, prole fecunda, generadora impercedera de almas superiores.

Los verdaderos vástagos del genio son sus inventos, sus creaciones, sus concepciones superiores, llevadas a cabo con esfuerzo, con dolor, y alimentadas con la vida de su propio espíritu. Sus energías restantes, consagradas a la procreación biológica, sólo sirven para engendrar seres mediocres o deficientes. Miguel Angel no hubiera dado a la humanidad un hijo más hermoso, más noble, más fuerte que su David adolescente. Nadie se ocupa de la descendencia de Dante, Milton o de Goethe, pero todos se inclinan con respeto ante la *Divina Comedia*, el *Paraíso Perdido* y el *Fausto*, obras sublimes inspiradas por el amor ideal.

Balzac, en su libro *Investigación de lo absoluto*, pone en boca de Claes lo siguiente: “Un grande hombre no puede tener mujer ni hijos. ¡Idos sólo por vuestro camino de miseria! Vuestras virtudes no son las de las personas vul-



gares, y como sólo pertenecéis al mundo, no podéis pertenecer a una mujer ni a una familia. Secáis la tierra en torno vuestro, como hacen los árboles corpulentos.”

Aconseja E. P. Blavatsky (*La clave de la Teosofía*) evitar el matrimonio a los que desean llegar a la meta de la perfección en el ocultismo práctico; porque un hombre no puede servir a dos patrones y le es imposible dividir su atención entre el estudio del ocultismo y una mujer, y si lo realiza, no sobresaldrá ni en uno ni en otro. “El ocultismo práctico —escribe— es demasiado serio y muy peligroso para ser comprendido por un hombre cualquiera que no se dedica complementamente a él y no está dispuesto a sacrificar todo, y a sí mismo, ante todo, para alcanzar su fin.”

En el genio, la represión del amor físico no anula la necesidad de amar y la simpatía por ella, sino que sólo se transforma y obra en beneficio de su inteligencia y de su acción. El se libra de esta necesidad objetivándola en sus trabajos. Por esto no podemos decir que el genio no ama la mujer, sino que únicamente no se deja dominar por el amor inferior femenino hasta el punto de aniquilar sus aspiraciones superiores y su voluntad.

Muchos genios se entregaron al amor sensual a una edad ya avanzada, cuando ya brillaba sobre ellos el sol de la gloria, como Rafael y Buffon. Los que se casaron antes de haber realizado sus obras fueron malos padres, como Rousseau, o infieles maridos, como Shelley y Byron. Otros consagraron al amor de la mujer sus ratos perdidos, haciendo de él una cosa secundaria y sin importancia en su vida. Su amor estuvo reducido a la mera satisfacción del deseo físico, sin relación alguna con su vida intelectual; en ellos la vida sexual y la vida intelectual estaban separadas. Pero los genios perfectos han colocado siempre su entera personalidad en el amor, como en su arte o ciencia, y cuando olvidaron la ciencia por la mujer, aquélla sufrió en beneficio de ésta, y viceversa.

VIII. LA DIFICULTAD DE HALLAR UNA MUJER DIGNA DE SU IDEAL HA SIDO LA CAUSA DE QUE MUCHOS GENIOS SE ABSTUVIERAN DEL AMOR Y DEL MATRIMONIO

Todo ser racional lleva en su mente las cualidades que debe poseer la persona del otro sexo a fin de que pueda encarnar su amor. Cuanto más perfeccionadas y originales son estas cualidades, tanto más las exige el otro ser. El hombre que descubre en una mujer los caracteres de su ideal hace despertar en su alma el amor por ella. Esto es, en efecto, un poder por el cual uno se conoce en otro; es, en una palabra, un mutuo reconocimiento. Ahora bien: cuanto más elevado es un ideal amoroso, tanto más difícil de poderlo alcanzar resulta. Por el contrario, es muy fácil satisfacer un amor vulgar o un ideal inferior; la mediocridad es una condición que favorece el fácil hallazgo para la encarnación del ideal.

El ideal se perfecciona y el amor se engrandece a medida que la afectividad y la inteligencia se desarrollan. Pero lo real en el amor no corresponde, sino raras veces, a lo ideal, y en un hombre intelectualmente superior ocurre a menudo que, después de hacer éste varias tentativas para fijar su ideal, se ve dominado por la desilusión, por sus continuos fracasos, y obligado a vivir solo.

Muchos hombres de genio han aspirado a gozar del amor tal como ellos lo han sentido, o de lo contrario no participar de él. Han desdeñado toda realidad inferior a su ideal y han preferido su independencia y el libre desarrollo de su personalidad. Colocaron su ideal de amor tan alto que les fué imposible encontrar la mujer que lo pudiera personificar.

“Existe en toda criatura, escribe Guy de Maupassant, el ser moral y el ser físico. Para amar se necesita hallar entre estos dos seres una armonía que yo nunca he encontrado. Siempre uno de ellos es demasiado desproporcionado en relación al otro, unas veces el físico, otras veces el moral.”

“Para casarme —dice Amiel— debía haber hallado el alma gemela, mi complemento, aquélla que me hubiera eter-

namente satisfecho. Ahora bien: yo no he encontrado la mujer al lado de la que hubiera podido sin temor pasar la vida entera y la entera eternidad. He visto siempre el lado obscuro, el límite, la insuficiencia, el obstáculo, el punto amenazador, y no he podido tener la ilusión necesaria y la fe. Esta perfección crítica no impide de hecho la amistad; es decir, el afecto que perdona, anima, eleva, soporta, mejora; pero disipa la fascinación, impide la admiración ciega que hace ver en una mujer la mujer anhelada, la única, la suficiente; en una palabra, la esposa." "He sofocado en mí varios amores nacies. ¿Por qué? Porque con la profética seguridad de la intuición moral los sentía en mí poco aptos a vivir y poco duraderos; los he sofocado para ventaja futura del afecto definitivo. He escudriñado los amores de los sentidos, de la imaginación, de la sensibilidad, y los he rechazado; quería el amor profundo, supremo. Creo todavía en él; tanto peor para el amor femenino si no tengo razón. No quiero los fuegos de paja que deslumbran, consumen o desecan; invoco, tengo fe, anhelo y espero el amor grande, santo, grave y serio que vive en las fibras y en todas las fuerzas del alma. La mujer que no lo comprende no es digna de mí. Si debo permanecer solo, prefiero llevar a la tumba mi esperanza y mi sueño antes que envilecer mi alma."

El pesimismo de Leopardi acerca del amor ha sido ocasionado, en parte, por el hecho de no haber hallado a la mujer que respondiera al ideal de perfección que él se había formado.

Rousseau dice en sus *Confesiones* que estuvo siempre atormentado por la necesidad de un amor superior, sin poderlo satisfacer nunca. "La imposibilidad de alcanzar los objetos reales me lanzó al país de las quimeras, y no viendo nada real que satisficiera mi delirio, lo distraje con un mundo ideal, que mi imaginación creadora pobló de seres conforme a las aspiraciones de mi corazón." Este delirio que se refiere Rousseau ha sido una de las causas de la creación de los personajes de su *Nueva Eloísa*.

Según testimonio de los mismos, parece que pudieron alcanzar su ideal amoroso Schelling, Víctor Hugo, Goldoni y, a una edad madura, Alfieri y Stuart Mill.

Contribuyen a hacer difícil la personificación de un elevado sentimiento de amor varias otras causas, como la exaltación de la castidad, el amor puro, un gusto estético y moral exagerado, las impurezas atribuidas al acto sexual que lleva a considerar a la mujer como "alegría de las almas vulgares". Hay quienes por su elevado desarrollo moral y estético repugnan todo acto sexual exento de un gran amor, sienten aversión a las mujeres públicas y asco a las libertinas.

La individualización del amor, si por un lado ha creado nuevos motivos de alegría y goce, por otro ha relevado nuevas e innumerables penas y dolores morales. La idea de tener que soportar tales dolores y pesares, muy vivos en los hombres superiores; el temor de perder su independencia, la desconfianza en su destino, su pesimismo, debido a su penetración, han sido los motivos por que muchos artistas y sabios se alejaron de la mujer y del matrimonio.

El amor a la libertad y la necesidad de no sentirse constreñido por ningún vínculo moral y material, para consagrarse por completo al único y grande ideal de alcanzar la perfección y la gloria como poeta trágico, llevó a Alfieri a abandonar todo proyecto de constituir un hogar y perpetuar la estirpe de su familia.

La causa de la disminución de los matrimonios en la época actual se debe, entre otras causas, a la dificultad siempre creciente de hallar una correspondencia psíquica individual como consecuencia del desarrollo del amor.

El amor al individualizarse tiende a ser una fuerza independiente y trata de buscar en sí mismo su razón de ser y su fin. Al perder su brutalidad, al hacerse más consciente, se desvía de su meta final, que es la reproducción de la especie.

La historia de los grandes amores nos hace ver que la paternidad y la maternidad han entrado en ellos como elementos secundarios y a veces incompatibles con el mismo amor. Si la amante llega a sentir un afecto maternal, éste va dirigido al amante, como puede observarse en el amor de Eloísa por Abelardo, de Warens por Rousseau, de Sand por Musset y Chopin y de Julia por Lamartine.

Si sobreviene el hijo, éste resulta con frecuencia fuera de la esfera del amor de sus padres.

La elevada inteligencia del genio abre, en general, entre él y la mujer un hondo abismo que sólo el sentimiento de bondad puede salvar e identificar las almas. Pero esta identificación es sólo moral, y no intelectual, integral. Este es otro de los inconvenientes que se presentan al genio para encontrar su ser complementario femenino. "La mujer —dice G. Bovio— admira al genio, mas no lo ama; porque el genio, que ante su ayuda de cámara es un hombre cualquiera, en presencia de la mujer supera demasiado aquella paridad que liga a las almas."

#### IX. SÓLO UN GRAN GENIO ES CAPAZ DE UN GRAN AMOR

La necesidad de amar aumenta en proporción del desarrollo de la afectividad y de la inteligencia. A medida que crece el saber y aumenta la civilización se agrandan y multiplican los deseos y el amor. Los hombres mejor dotados intelectual y moralmente han sido aquéllos que más han sentido el amor y han amado. "*Chi più conosce più ama*", ha dicho Leonardo de Vinci. Si se ama el arte, la ciencia, la filosofía, etc., en vez de la mujer, la esencia del amor no cambia en sí mismo; sólo cambia el objeto.

Un gran amor está unido a la clara visión del objeto amado, al conocimiento íntimo de su ser, de sus perfecciones, de su felicidad. De donde se sigue que cuanto más se comprende, tanto más se ama. "Amor e inteligencia —escribe Juan Montalvo (*Geometría Moral*)— tienen más conexiones de las que nosotros alcanzamos buenamente a concebir; muchas veces dos individuos se apasionan uno de otro porque se comprenden y se tocan, digámoslo, así las delicadas entrañas."

El progreso moral y estético en el amor se realiza mediante una continua penetración de la afectividad por medio de la inteligencia. Por otro lado, cuanta más vida tiene un ser, más la comunica a sus semejantes. La inexpressión es cada vez más grande a medida que se desciende a los grados ínfimos de la vida. El ser que mejor se conoce es el que conoce más óptimamente a los demás. A medida

que su perfección es mayor se regocija de la perfección de sus semejantes. En otros términos: el hombre más perfecto, más ama.

Las condiciones de la felicidad en el amor, sus principios psicológicos, están basados igualmente en el conocimiento del ser amado y de sus excelencias respectivas. Cuanto más visibles son sus perfecciones, más intenso es el amor y el gozo; por el contrario, el imperfecto conocimiento ocasiona un amor débil y una felicidad mediocre.

Las alegrías que nacen de las perfecciones y de la felicidad de la persona amada dependen de la perfección de nuestro espíritu y de nuestra observación. Nadie puede comprender y amar la belleza, la bondad, si no siente en sí estas respectivas cualidades.

Un gran amor se caracteriza por su constancia, intensidad, amplitud, profundidad y elevación. La constancia es una de las virtudes más difíciles y poco frecuentes en los hombres, porque la mayoría de éstos son incompletos, de carácter versátil y desigual y lleno de pequeñeces. Esto los incapacita para la armonía conyugal, fundamento esencial de la felicidad. La concentración de todos nuestros pensamientos y sentimientos en un solo objeto durante muchísimos años, la tenacidad de amar, a veces, sin correspondencia y cumplimiento, como en el caso de Dante y Petrarca, es obra de grandes espíritus. Los grandes amores son raros precisamente porque las más de las veces carecen de la fuerza y de la constancia. El genio es el único ser capaz, por su energía, sencillez, ingenuidad, indulgencia, profundidad y continuidad de humor y de dulzura, de vencer todas las asperezas de la vida que conspiran en contra de la persistencia de sus afectos.

La constancia depende del grado de desarrollo mental y afectivo del amante. El amor se extingue con el deseo saciado y la curiosidad satisfecha. Un alma pequeña tiene muy pocos y limitados deseos y éstos no se despiertan más que bajo la acción de nuevos estímulos. Su curiosidad es elemental y restringida y sólo es capaz, por tanto, de un pequeño número de observaciones. Para ser atraída, seducida de nuevo, tiene necesidad de un nuevo objeto y que se encuentre en situaciones distintas. Pero su indignancia

en la capacidad de observar determina que no vea más cosas en el nuevo objeto de lo que hubiera podido ver en el primero. De esta manera es como un espíritu estrecho que va de un objeto a otro siempre embaucado y nunca satisfecho. Por esta causa, la inconstancia, cuando ella no es signo de debilidad, es siempre signo de mediocridad.

Un alma superior ve, en cambio, en el menor objeto un campo de observaciones indefinidas, no siéndole necesario estímulos nuevos para satisfacer sus deseos y su curiosidad. Puede hallar en un ser ordinario elevadas cualidades donde otro no ha encontrado más que pequeñeces. Pues un individuo que se explora, es como un libro que se lee, que, a veces, es más rico en lo que nos sugiere que en lo que hay en él. Es privilegio del hombre de genio encontrar todo interesante. Y la mayor parte de las personas monógamas no son las que se satisfacen con un solo amor, sino aquellas que a causa de su grandeza misma encuentran todas las fases y matices del amor en una sola persona. "Amar a un ser o a un mundo es percibir en ellos a cada instante alguna cosa nueva, dice J. M. Guyau.

La constancia en el amor depende también del sacrificio continuamente renovado, y esto es lo que se observa, con particularidad en la mujer, más capaz, por esta aptitud de su alma, a ser fiel a un solo hombre.

La facultad de hablar bien es un arma poderosa para la seducción amorosa. Los don Juanes son generalmente maestros diestros en la palabra. El genio, como poder supremo de expresión, es hábil y afortunado en la conquista amorosa, aunque no aprovecha ni hace uso de ella normalmente. Aspasia rindió homenaje al mérito de Pericles abandonando a sus amantes más bellos. Viejo ya Chateaubriand infundió un amor a una niña, Goethe, siendo anciano, inspiró ardiente amor profundo a una joven de diecinueve años: Betina de Armin.

El genio perfecto es capaz de enamorar a una mujer, pero es incapaz de seducirla. Es un amante, no un conquistador. Los hombres vulgares seducen a una criada, lo mismo que a una gran dama. El genio no es hombre de enamorar y de enamorarse, sino tratándose de una mujer de cierto rango superior y espiritual. El no se consume por

un pequeño amor, porque su alma en pos de lo grande desdén todo lo que ocupa lugares inferiores. Cuando el hombre es elevado en su inteligencia y en sus sentimientos, lo es también en su amor. El sabio es el único ser que puede alcanzar el amor perfecto. Esto presupone una inteligencia y voluntad suprema, apta siempre a los mayores sacrificios y dominio de las pasiones mezquinas. Si la sabiduría es el uso sapiente del amor, el amor perfecto no puede hallarse más que en la sabiduría.

## BIBLIOGRAFIA

- ALFIERI, V.—*Vita scritta da esso*. Firenze, 1822.  
 AMIEL, E. F.—*Giornale intimo*. Torino, 1925.  
 ANTONINI e COGNETTI DE MARTIS.—*Vittorio Alfieri*. Torino, 1898.  
 AUTOBIOGRAFIE.—*Petrarca, etc.* Firenze, 1859.  
 BACON, F.—*Oeuvres*. París, 1843, vol. II.  
 BARTHOU, P.—*Les amours d'un poete: documents inédites sur Victor Hugo*. París, 1919.  
 CANTU, C.—*Lord Byron*. Milano, 1833.  
 CASTELAR, E.—*La vita de lord Byron*. Milano, 1833.  
 CHIARINI, G.—*Gli amori di U. Foscolo*. Bologna, 1891.  
 DANTE ALIGHIERI.—*La Vita Nuova*. Milano.  
 DE SANTIS, FR.—*Saggio critico sul Petrarca*. Napoli, 1883.  
 DIDE, M.—*Les idealistes passionnes*. París, 1913.  
 FAGET, E.—*Amours d'hommes de lettres*. París.  
 — *Discurs sur le passions de l'amour (attribué a Pascal)*. París, 1911.  
 FOA, A.—*L'amore in U. Foscolo*. Torino, 1900.  
 FOSCOLO, U.—*Saggi sopra il Petrarca*. Lanciano, 1911.  
 FOSCOLO BENEDETTO, L.—*Il discorso di B. Pascal sulle amorose passioni*. Foligno, 1923.  
 FREUD, S.—*Totem y Tabú*. Madrid, 1923.  
 GOETHE.—*Memorias de mi vida*. Madrid, 1923.  
 KOSTYLEFF, N.—*Contribution a l'etude du sentiment amoureux, Revue Philosophique*. París, 1914, vol. I.  
 LEGAY TRISTAN.—*Les amours de Victor Hugo*. París, 1901.  
 LEVI, C.—*Studi Melereani*. Palermo, 1922.  
 METCHNIKOFF, E.—*Essay optimiste*. París, 1907.  
 NARDI DE, R.—*Amori celebri dei poeti e degli artisti italiani*. Milano, 1872.  
 NICOLINI, P.—*L'amore e l'arte di Dante*. Ferrara, 1921.  
 OBERDORFER, A.—*Saggio su Michelangelo*. Palermo, 1913.  
 PATRIZI, M.—*Saggio psico-antropologico su G. Leopardi*. Torino, 1896.



PAULHAN, FR.— *Le transformations sociales des sentiments*. París, 1920.

— *L'activité mentale et les éléments de l'esprit*. París, 1913.

REUVRE, CH. DE.— *L'aumoureuse historia d'Auguste Comte et de Cl. de Vaux*. París, 1917.

REVELLES PARISE, J. H.— *Physiologie et hygiène des hommes livres aux travaux de l'esprit*. Bruxelles, 1840.

RONCORONI, L.— *Genio e Pazzia in T. Tasso*. Torino, 1896.

ROUSSEAU.— *Las confesiones*. Madrid, 1925.

SMILES, S.— *Vida y trabajo*. París.

STOPPOLONI, A.— *Le donne nella vita di G. G. Rousseau*. Roma, 1901.

TONELLI, L.— *L'anima moderna*. Milano, 1925.

UNAMUNO, M. DE.— *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid, 1914.



# INDICE

	<u>Páginas</u>
PREFACIO.....	7
<b>PARTE PRIMERA</b>	
<b>CAPÍTULO PRIMERO.—El instinto sexual como causa del despertar de las funciones psíquicas creadoras.....</b>	<b>11</b>
I.—Algunas opiniones acerca del instinto sexual considerado como fundamento de nuestras facultades intelectuales y morales.....	11
II.—Los caracteres psíquicos del niño antes de la edad púber.....	14
III.—Los caracteres psíquicos del niño después de la pubertad.....	17
IV.—Características psíquicas y orgánicas de los tres diferentes períodos de la pubertad, según Marro...	22
V.—Coincidencias entre el despertar de la función sexual y el despertar de las aptitudes psíquicas creadoras.....	25
<b>CAPÍTULO SEGUNDO.—Relaciones entre los órganos sexuales y el cerebro.....</b>	<b>34</b>
I.—Relaciones neuroquímicas o nerviosas entre el cerebro y los órganos genitales.....	34
II.—Influencia de las secreciones internas sexuales sobre el cerebro y las demás partes del organismo.....	43
<b>CAPÍTULO TERCERO.—La función sexual y el genio.....</b>	<b>56</b>
I.—Paralelismo entre la función sexual y la creación genial.....	56
II.—El genio transforma su energía sexual en energía psíquica creadora.....	64
<b>CAPÍTULO CUARTO.—El genio y la castidad.....</b>	<b>74</b>
I.—Qué es la castidad.....	74
II.—La castidad como condición del genio.....	77

III.—La castidad es compatible con la salud física y mental.....	87
IV.—Consecuencias funestas biológicas y morales del comercio sexual antes del matrimonio.....	90
<b>CAPÍTULO QUINTO.—Incompatibilidad entre el genio y la perversión sexual.....</b>	<b>97</b>
I.—El genio cuando ha sufrido desviaciones sexuales nunca se ha inspirado en ellas para crear su obra.	97
II.—La perversión sexual de algunos genios nunca ha sido concomitante con la época de sus creaciones, sino siempre anterior o posterior a ella.....	103
III.—El genio está constituido por los más elevados caracteres intelectuales masculinos y femeninos.....	108
<b>CAPÍTULO SEXTO.—Relaciones entre la función sexual con la actividad moral, estética y religiosa.....</b>	<b>116</b>
I.—El instinto sexual y el altruismo.....	116
II.—La función sexual y la actividad estética.....	118
III.—La función sexual y el sentimiento religioso.....	124

## PARTE SEGUNDA

<b>CAPÍTULO SÉPTIMO.—El amor.....</b>	<b>135</b>
I.—Dificultades que ofrece el estudio científico del amor y sus diversos significados.....	135
II.—Caracteres que distinguen el amor del instinto sexual.....	140
III.—El amor es el más complejo de todos los sentimientos.....	154
IV.—La expansión y la atracción constituyen las tendencias fundamentales del amor.....	159
V.—Las distintas clases de amor son el resultado de los diferentes grados de vibración de la afectividad.	163
VI.—Intensidad y profundidad del amor.....	166
VII.—Conexiones entre el amor y la muerte.....	171
VIII.—El amor según Platón, Descartes, Leibniz, León Hebreo, Stendhal, Schopenhauer, Gioberti y otros pensadores.....	179
<b>CAPÍTULO OCTAVO.—La tendencia a la unidad es la característica esencial del amor.....</b>	<b>198</b>
I.—Cada sexo es la mitad complementaria del otro.....	198
II.—El grado de amor indica el grado de unidad.....	201

III.—La unidad para que sea perfecta debe ser dirigida por el principio masculino.....	203
IV.—La unidad como condición de la felicidad y de la inmortalidad.....	205
<b>CAPÍTULO NOVENO.—Diferencias psicológicas entre el amor del hombre y el amor de la mujer.....</b>	<b>210</b>
I.—Preliminares.....	210
II.—Algunas características de la psique masculina y femenina.....	212
III.—Los principales caracteres psíquicos que distinguen el amor del hombre del amor de la mujer.....	220
<b>CAPÍTULO DÉCIMO.—Psicología del amor de la juventud.....</b>	<b>231</b>
I.—Fases de la evolución del amor.....	231
II.—El amor y la sexualidad viven separados en el joven.....	236
III.—Caracteres del amor en la edad juvenil.....	239
IV.—El amor en el joven es un medio de expresión y de desarrollo de su personalidad.....	243
V.—Diferencia entre el amor de la juventud y el de la edad madura.....	245
<b>CAPÍTULO UNDÉCIMO.—El amor y el cosmo (el unitrinismo).....</b>	<b>248</b>
I.—Preliminares.....	248
II.—Los sexos y los demás fenómenos del mundo han salido de un principio andrógino.....	251
III.—La dualidad es el principio originario de la creación y la base fundamental de todas las ciencias...	254
IV.—El principio positivo y negativo en su actividad creadora obran de una manera análoga al principio masculino y femenino.....	263
V.—Los dos principios opuestos son de idéntica naturaleza.....	269
VI.—La unidad por intermedio del ternario es el fin supremo del amor y de la creación.....	274

## PARTE TERCERA

<b>CAPÍTULO DUODÉCIMO.—Psicología del amor de los hombres de genio.....</b>	<b>291</b>
I.—Preliminares.....	291
II.—Características afectivas del hombre de genio.....	292
III.—El amor se ha manifestado precozmente en muchos genios.....	299

	<u>Páginas</u>
IV.—La inconstancia y la volubilidad han sido las cualidades propias del amor de un buen número de poetas y pensadores insignes.....	302
V.—Algunos genios espiritualizaron y otros idealizaron sus amores.....	308
VI.—Caracteres del amor de los hombres de genio.....	309
VII.—El amor intenso a la mujer no puede coexistir con el amor pleno al arte o a la ciencia.....	317
VIII.—La dificultad de hallar una mujer digna de su ideal ha sido la causa de que muchos genios se abstuvieran del amor y del matrimonio.....	320
IX.—Sólo un gran genio es capaz de un gran amor.....	323

# DEL MISMO AUTOR

## Psicología del valor, del coraje y de la bravura

Un volumen de 78 páginas, de 20 × 13 centímetros. Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de billetes de Banco, 1916.

ÍNDICE: Importancia del factor psicológico en la guerra. — El valor, el coraje y la bravura. — Algunas opiniones sobre el valor y el coraje. Base fisiológica y el proceso psíquico del valor, del coraje y de la bravura. — Influencia de la educación sobre el valor y el coraje. — Influencia del hábito. — Influencias que ejercen los superiores del ejército. — Influencias sociales. — Relatos sobre el valor, el coraje y la bravura, tomados de la guerra actual. Conclusión. — Valor y valor.

## El placer y el dolor (Teoría de los sentimientos)

Un volumen de 454 páginas, de 20 × 13 centímetros. Buenos Aires, Espasa-Calpe, S. A., 1932.

SUMARIO: PARTE PRIMERA. *Caracteres y condiciones generales de los sentimientos.* — Cap. I. Dificultades que ofrece el estudio psicológico de los sentimientos. — II. Caracteres distintivos de los sentimientos. — III. Método para el estudio de los sentimientos. — IV. Todos los sentimientos pueden reducirse al placer o al dolor. — V. El predominio del sentimiento sobre el intelecto. — VI. Factores determinantes del sentimiento. — VII. Naturaleza del placer y del dolor. — VIII. El placer como el dolor son estados positivos. — IX. Las condiciones del placer y del dolor. — X. Funciones biopsíquicas del placer y del dolor. — XI. Relatividad del placer y del dolor. — PARTE SEGUNDA. *Caracteres específicos de los sentimientos y clasificación de estos fenómenos.* — Cap. XII. Clasificación de los sentimientos. — XIII. Los sentimientos sensoriales. — XIV. Los sentimientos de la vida orgánica. — XV. Los sentimientos sensoriales de la vida de relación. — XVI. Los sentimientos sensoriales compuestos. — XVII. Las emociones. — XVIII. Los sentimientos propiamente dichos o ideales. — XIX. Los sentimientos y las tendencias. — XX. Los afectos y las pasiones. — PARTE TERCERA. *Teoría de los sentimientos.* — Cap. XXI. Teorías intelectualistas. — XXII. Teorías sensistas. — XXIII. Teorías psicomecánicas. — XXIV. Teorías fisiológicas. — XXV. Teorías cerebrales. — XXVI. La teoría biológica de las emociones. — XXVII. Teoría psicofísica. — XXVIII. Teoría de la aptitud innata y orgánica. — Conclusión.

ESTAS OBRAS SE ENCUENTRAN A LA VENTA:

EN MADRID: LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ, PRECIADOS, 48

EN BUENOS AIRES: LIBRERÍA ACADÉMICA DE POBLET HERMANOS,  
CALLAO, 675

# EDITORIAL "POBLET"

MADRID \* BUENOS AIRES

## LIBROS PUBLICADOS:

FUNDAMENTOS DE BIOQUÍMICA RELACIONADOS CON LA FISIOLÓGIA HUMANA, por el *Dr. T. R. Parsons*, de la Universidad de Mc. Gill (Montreal); traducción de la tercera edición inglesa por el *Dr. Octavio Pico Estrada*, de la Universidad de Buenos Aires. Un tomo de 336 páginas, en 8.º, 23 grabados y una lámina en color; encuadernado en tela inglesa.—12 pesetas.

CURSO DE MATEMÁTICAS PARA QUÍMICOS Y BIÓLOGOS, por el *Doctor Leonor Michaelis*, de la Universidad de Berlín; traducido de la segunda edición alemana por el *Dr. Julio Palacios*, de la Universidad de Madrid. Un tomo de VIII-318 páginas, en 8.º, con 116 figuras; encuadernado en tela inglesa.—15 pesetas.

LECCIONES DE PSICOLOGÍA, por *D. Roustan*, Inspector de la Academia de París. Segunda edición española, traducción de la décima francesa, por *D. Gregorio Fingermann*, del Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires. Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia con el premio "Charles Lambert". Un tomo en 8.º mayor, encuadernado en tela.—15 pesetas.

TRATADO DE LÓGICA, por *Edmundo Goblot*; prefacio de *Emilio Boutroux*, de la Academia Francesa. Edición traducida de la cuarta edición por *D. Eduardo Ovejero y Maury*, Profesor de Filosofía en la Universidad de Madrid. Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia. Un tomo en 8.º mayor, encuadernado en tela.—15 pesetas.

INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA, por el *Dr. Külpe*; traducción directa del alemán de la 12.ª edición editada por *A. Messer*,



por *Carlos Jesinghaus*, de la Universidad de Buenos Aires.  
Un tomo en 8.º mayor, tela.—20 pesetas.

POSITIVISMO E IDEALISMO EN LA LINGÜÍSTICA Y EL LENGUAJE  
COMO CREACIÓN Y EVOLUCIÓN, por *Karl Vossler*; traducción  
del alemán por *José F. Pastor*. Un tomo en 8.º, en rústica.—  
6 pesetas.

LO ESENCIAL DE LA FISIOLÓGIA, por *Bainbridge y Menzies*. Edi-  
ción revisada por *G. Lovatt Evans*, traducción de la quinta  
edición inglesa por el *Dr. Octavio Pico Estrada*. Obra ilus-  
trada con 197 grabados, algunos de ellos en color. Un tomo  
en 8.º mayor, encuadernado en tela.—30 pesetas.

ANÁLISIS ORGÁNICO CUALITATIVO PARA LA IDENTIFICACIÓN DE COM-  
PUESTOS ORGÁNICOS, por *Oliver Kamm*, de la Universidad  
de Illinois; traducido por *Eusebio Lasala*, Doctor en Cien-  
cias Químicas. Un tomo en 8.º mayor, encuadernado en  
tela.—20 pesetas.

NOCIONES DE FÍSICO-QUÍMICA, por el *Dr. George Senter*. Tra-  
ducción de la 16.ª edición inglesa por *Julio Orozco Díaz*.  
Un tomo en 8.º, de 454 páginas, encuadernado en tela.—20  
pesetas.

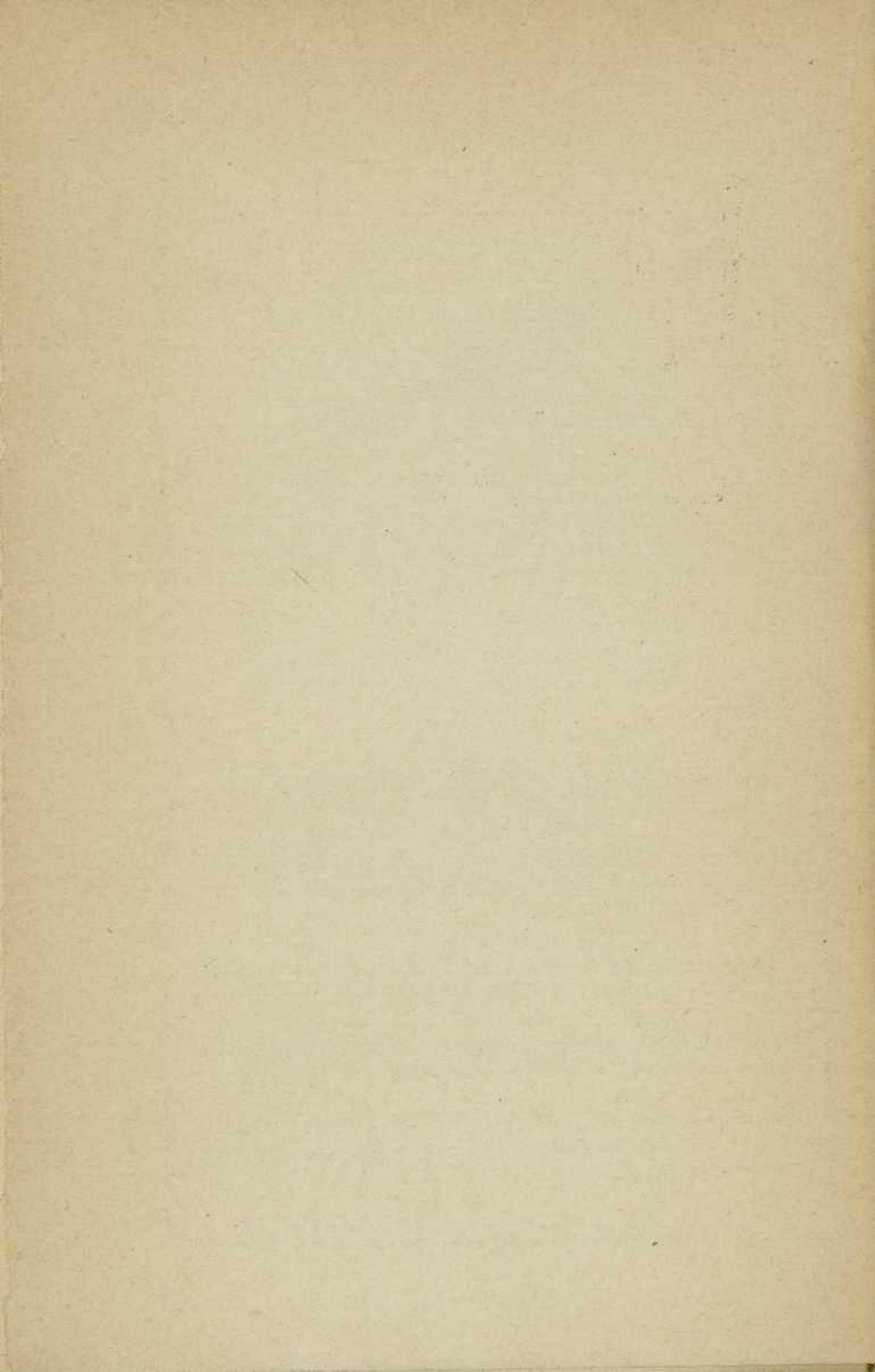
LITERATURA TRÁGICA, por *Scipio Sighele*; traducción de *Augus-  
to Barrado*. Un tomo en 8.º, en rústica.—4 pesetas.

EL HOMBRE ETERNO, por *G. K. Chesterton*. Traducción directa  
del inglés por *Fernando de la Milla*. Un tomo en 8.º, en  
rústica.—5 pesetas.

LA TORMENTA QUE VIENE DE ORIENTE, por *S. de Chessin*. Tra-  
ducción de *F. Vera*. Un tomo en 8.º, en rústica.—5 pesetas.

ANECDOTARIO POLÍTICO, recopilado por *M. Fernández Núñez*.  
Un tomo en 8.º, en rústica.—5 pesetas.

LA SUPERSTICIÓN DEL DIVORCIO, por *G. K. Chesterton*. Traduc-  
ción de *Eduardo Toda Valcárcel*. Un tomo en 8.º, en rús-  
tica.—4 pesetas.



B.P. de Soria



61182541

DR 7774

Precio: 10<sup>2</sup> pesetas

---

EL AMOR  
Y  
EL GENIO

SFONDRINI

DR  
7774